

M. C. ANDREWS

# NOVENTA DÍAS



se

# 1

No puedo dormir. Llevo horas dando vueltas y cada segundo que pasa es peor que el anterior. Me tumbo boca arriba y cierro los ojos. Empiezo a contar ovejitas. Al llegar a la sexta ya estoy harta y me siento en la cama. ¿Por qué no puedo dormir? Estoy cansada, he tenido un día horrible en el trabajo... mi jefa, Patricia, no me ha dado tregua y luego he cenado con Marina y nos hemos quedado charlando hasta tarde. Marina insiste en que debería olvidarlo y seguir con mi vida, pero ¿cómo puedo hacerlo?

Debería dormir. Tengo un mal presentimiento. Un escalofrío me recorre la espalda y me digo que son los nervios y la falta de sueño. Estos últimos meses han sido muy... busco una palabra, ¿intensos? No, más, mucho más.

Basta. Estoy cansada y debería dormir, no sirve de nada que siga dándole vueltas. Miro los brillantes números del despertador: son las cuatro. Si no me duermo ahora mismo, mañana tendré un aspecto horrible. Lo tendré igualmente. Me paso la mano por el pelo; de pequeña dormía con una trenza, porque, si no, por la mañana mamá tardaba tanto en desenredármelo que llegaba tarde al colegio. Quizá debería volver a trenzármelo. O cortármelo. Llevo una melena demasiado larga para tener veinticinco años y los rizos me dan un aspecto demasiado dulce. Sí, me lo cortaré, así me tomarán más en serio.

Suena el móvil y casi me da un infarto. Lo busco en la mesilla de noche y compruebo que no está allí. Me lo he dejado en la cocina. Me levanto de la cama con el corazón a mil por hora. Prácticamente nadie sabe mi número de móvil y las pocas personas que lo tienen no me llamarían a estas horas si no

fuese importante. Los timbrazos continúan. Cojo el teléfono y no reconozco el número que aparece en la pantalla. Respondo de todos modos, con el corazón en un puño.

—¿Diga?

—¿Amelia Clark? ¿Es usted Amelia Clark? —me pregunta una voz que no identifico, al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Elizabeth Portland y la llamo del Royal London Hospital.

—¿Del hospital? —Me cuesta pronunciar cada sílaba y aprieto el aparato con tanta fuerza que tengo miedo de romperlo.

—Sí. Lamento molestarla a estas horas, pero en situaciones como ésta es el procedimiento habitual. —La mujer me habla con tanta calma que sólo consigue asustarme más.

—¿Situaciones como ésta?

—Su nombre aparece como persona de contacto en la póliza de un paciente que ha sido ingresado hace un par de horas.

Mamá y papá no pueden ser, a no ser que les haya sucedido algo a los dos al mismo tiempo, y tampoco puede ser mi hermano Robert, ni mi amiga Marina. Era imposible que sea quien me estoy imaginando, pero mi corazón lo sabe antes de que esa mujer me lo confirme.

—Me temo, señorita Clark, que el señor Daniel...

—Daniel —la interrumpo y noto cómo se me para el corazón.

—... ha sufrido un accidente. Ahora mismo está todavía en el quirófano, pero necesitaríamos que venga al hospital por si hay que tomar alguna decisión.

Daniel no está muerto. No está muerto. Está en el quirófano.

¿Y yo soy su persona de contacto? ¿Por qué? ¿Desde cuándo? ¿Todavía?

Daniel nunca hace nada sin motivo. Nunca deja nada al azar.

Daniel está en el hospital.

Me necesita.

—Voy hacia allí —afirmo antes de colgar.

No sé si la mujer del hospital se despide, pero no me importa. Ni siquiera le pregunto en qué planta está. Lo único importante es que Daniel ha tenido

un accidente y que yo tengo que estar a su lado. Lo demás, la horrible discusión que tuvimos, nuestro adiós, me parece ridículo comparado con lo que sugiere la última frase de la señora Portland: «... por si hay que tomar alguna decisión».

Vuelvo al dormitorio sin permitirme pensar en eso y me visto con movimientos rápidos y precisos, dispuesta a evitar cualquier gesto innecesario que pueda retrasarme. Vaqueros, camiseta azul claro, jersey negro, botas. Bufanda, abrigo, bolso. Bajo corriendo la escalera y paro el primer taxi que veo. Por una vez en la vida, vivir en una de las calles más transitadas de Londres me parece algo bueno.

—Buenas noches —me saluda el taxista a través del cristal que lo separa de los asientos de sus pasajeros.

—Al Royal London Hospital, por favor —le digo, mirándolo sólo un segundo.

No quiero apartar la vista del móvil para asegurarme de que tengo cobertura y de que no he recibido ninguna otra llamada del hospital sin darme cuenta.

Esta misma mañana me he planteado devolver este aparato y pedirle a Stephanie que me diese mi antiguo teléfono. Pero cuando la astuta secretaria de Dirección me ha visto acercarme con el móvil en la mano, ha levantado una ceja y me ha dicho claramente que ni lo intentase, que no quería que la despidiesen por mi culpa.

—El señor Bond me despedirá si vuelvo a darte el trasto que llevabas antes —me ha dicho—. No me busques problemas, Amelia.

—¿Sabes al menos dónde está?

—¿Tu viejo teléfono? —ha preguntado ella, devolviendo la mirada a la pantalla de ordenador.

—No —he contestado yo, con los brazos en jarras y sin dejarme amedrentar por su sarcasmo—, el señor Bond —he especificado apretando los dientes.

—No —ha afirmado rotunda—, pero me ha llamado y me ha pedido que le mande unos archivos a su cuenta privada, así que está trabajando. —Ha hecho una pausa—. Tú deberías hacer lo mismo.

—Si me necesitas, estaré en mi mesa.

Stephanie fue muy antipática conmigo al principio. La verdad es que continúa siéndolo, pero en las últimas semanas he aprendido a descifrar sus respuestas sarcásticas y sé que me tiene cariño.

—Llegaremos en seguida —me dice el taxista, cuando un estúpido semáforo nos detiene—. El hospital está en la calle siguiente. ¿Dónde quiere que la deje?

—¿Disculpe? —Levanto la vista del móvil y, al verme en el retrovisor del coche, me doy cuenta de que he estado llorando. Un par de lágrimas me resbalan lentamente por las mejillas. Me las seco con una mano y carraspeo en busca de mi voz.

—¿Quiere que la deje en la entrada de urgencias o en recepción? —El hombre se percata de mi confusión y decide por mí—. La dejaré en urgencias.

—Gracias —contesto, tragando saliva un par de veces para no volver a llorar.

—No quiero entrometerme, señorita, pero ya verá cómo todo sale bien.

Yo antes pensaba así. Ahora ya no.

—Daniel ha tenido un accidente —le digo sin más.

Todavía no sé por qué he elegido ese momento para decir esa horrible frase en voz alta. Hasta entonces ni siquiera la había pensado. Y ese pobre hombre no me conoce de nada, aunque supongo que es cierto eso que dicen que a menudo resulta más fácil hablar con un desconocido que con un amigo.

No se me ha pasado por la cabeza llamar a Marina, ni a Stephanie, ni tampoco a mis padres y mucho menos a Robert.

—Lo lamento mucho, señorita.

El semáforo cambia de color y el taxi reanuda la marcha. El hombre me mira una vez más por debajo de la visera de la gorra —la típica gorra de lana con la que de pequeña habría dibujado a un taxista de Londres— y con la mano izquierda aprieta un botón de su móvil, que lleva en el soporte del vaso.

—¿Ricky? Sí soy yo, Spencer —dice el taxista, cuyo nombre al parecer es Spencer, a través del pequeño micrófono sujeto junto a sus labios. Hasta ahora no me había dado cuenta de que el hombre, que debe de rondar los sesenta, estuviera tan modernizado—. Sí, trabajando. ¿Y tú qué tal, amigo, todavía estás en urgencias del Royal? Me alegro. Ricky, oye, sé que te

parecerá raro, pero ¿puedes salir a la puerta? —Spencer sonrió—. No, no te traigo ningún regalo, esa partida de póquer la perdiste merecidamente. La señorita que traigo en el taxi está muy preocupada por su novio y te agradecería que salieras a buscarla. ¿Cómo se llama? —me pregunta, mirándome a través del retrovisor y después le repite mi nombre al hombre con el que estaba hablando. Otra sonrisa—. Gracias, amigo.

Apaga el móvil con la mano izquierda y gira hacia la entrada de urgencias del hospital.

—Ése es Ricky. —Me señala a un hombre pelirrojo, con el rostro salpicado de pecas. Es muy alto y robusto y parece salido de una fábula irlandesa—. Él la ayudará a encontrar a Daniel.

El taxi se detiene y abro el bolso en busca del monedero.

Y justo entonces descubro que sólo llevo cinco libras. Daniel siempre me decía que tenía que ser más precavida. Una lágrima escapa a mi control. Las cinco libras no cubren ni por asomo la carrera.

—Hola, Spencer, veo que estás tan feo como siempre —el gigante irlandés saluda a mi taxista.

—Yo también me alegro de verte, Ricky.

—Disculpe, señor —me atrevo a interrumpirlos—. ¿Sabe dónde puedo encontrar un cajero automático? —le pregunto, muerta de vergüenza.

—No se preocupe, señorita —me dice Spencer volviéndose de inmediato—. Vaya con Daniel.

—Yo... —balbuceo y anticipo que voy a volver a echarme a llorar—. No puedo aceptarlo.

—Tenga mi tarjeta. —El hombre abre una pequeña ventana que hay en medio de la pantalla de plástico que nos separa—. Si así se queda más tranquila, ahí puede encontrarme cuando todo esté bien y entonces me paga la carrera. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias. —Cojo la tarjeta y salgo del taxi, y tengo que hacer un verdadero esfuerzo para no agarrar al enfermero de la manga y tirar de él.

—Que tengas una buena noche, Spencer —se despide Ricky con afecto de su amigo.

—Lo mismo digo, Ricky, lo mismo digo.

Las luces del taxi parpadean y el vehículo negro se pone de nuevo en marcha.

—Vamos, señorita —me dice el enfermero colocándose a mi lado—, creo que la están esperando.

Abro los ojos al máximo y, por un instante, noto que se afloja la banda de acero que me aprisiona el pecho.

—¿Ha hablado con Daniel?

Quizá ya se hubiese despertado, quizá me estaba esperando tumbado en su cama del hospital, de mal humor por haber destrozado su precioso coche.

Él me sonrío con tanta tristeza que sé que no, pero entonces me pone una mano en el hombro e intenta reconfortarme. Siento que el corazón se me hiela y tragar aire se convierte en una tarea casi imposible.

—La señora Portland la está esperando —dice, guiándome por los pasillos.

—¿Es la doctora que ha atendido a Daniel?

—No, la señora Portland se ocupa de tratar con los familiares —me explica Ricky—. Tengo entendido que ha hablado antes con usted.

—Sí, me ha llamado. —¿Acaso este pasillo no se va a terminar nunca?—. ¿Usted ha visto a Daniel?

—No, señorita, cuando ha empezado mi turno él ya estaba en el quirófano.

—¿Puede decirme algo?

—No, señorita, lo siento. Ya hemos llegado.

Se detiene frente a una puerta marrón de la que cuelga una placa de acero en la que puede leerse: «Elizabeth Portland. Unidad de apoyo familiar». Un escalofrío me recorre la espalda y los pies se me clavan en el suelo. Ricky llama a la puerta y, tras oír la respuesta de la mujer que hay tras ella, la abre.

—Adelante, señorita.

—Pase, señorita Clark. La estaba esperando. —La señora Portland lee las últimas líneas de un papel y se quita las gafas al ponerse en pie—. Pase, por favor.

—¿Dónde está Daniel? —pregunto muy asustada. Jamás he tenido tanto miedo—. ¿Dónde está Daniel? —repito. Es la pregunta más importante que he hecho en toda la vida.

—Pase a mi despacho, señorita Clark.

—No pienso ir a ninguna parte hasta que me diga dónde está Daniel.

Casi sin darme cuenta, me aferró a la manga del uniforme de Ricky y suplico para que no me obligue a entrar. Tengo el horrible presentimiento de que si me encierro en ese despacho, cuando vea a Daniel ya será demasiado tarde.

—Señorita Clark, la operación ha sido muy larga y todavía no estamos seguros de...

—Quiero ver a Daniel. Ahora.

La mujer se me ha acercado y me mira a los ojos durante unos segundos; después desvía la vista hacia el enfermero. Me mantengo firme y recuerdo aquella vez que discutí con Daniel porque él me dijo que no sabía luchar por lo que quiero. Que intente ahora la tal Portland hacerme cambiar de opinión, que se va a llevar la sorpresa de su vida. Algo debe de presentir ella, porque se saca un móvil minúsculo del bolsillo de la americana y llama a alguien.

—La señorita Clark ha llegado e insiste en ver al... —Sea quién sea la persona que está al otro lado de la línea, la interrumpe—. De acuerdo. Gracias. —Cuelga—. Sígame.

La oigo refunfuñar, pero no me importa y me pego a sus talones. Ricky también decide acompañarme, probablemente intuye que puedo necesitar a alguien. Los tres nos detenemos frente a un ascensor. A esas horas no hay gente y estamos solos esperando que se abran las puertas metálicas.

—¿Puede decirme cómo está Daniel?

—El señor Bond está en coma.

## 2

### *Noventa días antes*

Por fin tomé la decisión adecuada. Quedarme en Bloxham, no serviría de nada. En Londres tenía un trabajo de ensueño esperándome. Marina estaba encantada de compartir piso conmigo y decía que me iba a presentar a todos sus amigos. Pero si estaba tan convencida, ¿por qué tenía un nudo en el estómago o por qué no dejaban de temblarme las piernas? Y las manos.

—No tienes por qué irte, hermanita.

Mi hermano Robert estaba tumbado en su antigua cama. Había venido a casa a ayudarme con las maletas y llevarme a la estación. Podía ir sola, pero a Robert le encanta jugar al hermano mayor. Y, además, sigue sintiéndose culpable por lo de Tom.

—Ya sé que no tengo que irme —contesté, lanzando un jersey rosa a la bolsa—. Pero me apetece vivir en la ciudad una temporada. Quién sabe, a lo mejor te libras de mí para siempre...

—No digas estupideces, Amy. —Se sentó en la cama con las piernas cruzadas—. Si te vas, ¿quién cuidará de la energúmena cuando Katie me obligue a salir a cenar?

La energúmena es mi preciosa sobrina Rachel, de cinco años.

—Cualquiera diría que me voy a Iraq. —Cerré la bolsa—. Estaré bien, Robert. Además, hace un año me decías que era una idiota por querer quedarme aquí —le recordé.

—¿Y desde cuándo me haces caso? —Mi hermano se puso en pie y se me

acercó—. Mira, ya sé que no quieres hablar del tema.

—Si lo sabes, ¿por qué tengo la sensación de que vas a sacarlo?

Robert frunció el cejo y me miró como cuando éramos pequeños y quería estrangularme con mis trenzas.

—¡Tienes que hablar del tema, Amy! —exclamó—. No puedes hacer como si no hubiese pasado nada, no es normal.

—Sí que puedo. Mírame, es exactamente lo que estoy haciendo. —Me colgué la bolsa del hombro y me acerqué a la maleta—. ¿Me acompañas a la estación o no?

—Mamá y papá te siguen el juego porque tienen miedo de que te echas a llorar como una histérica o de que caigas en una depresión.

—Pues deberías seguir su ejemplo.

—Joder, Amy, ya no eres una niña. Si de verdad quieres seguir adelante, tienes que afrontar la verdad.

—Tienes toda la razón, Robert, ya no soy una niña, así que no me trates como si lo fuera. Mira, si Katie se hubiese portado como Tom, quizá tú te habrías emborrachado y te habrías metido en una pelea, o te habrías hecho un tatuaje y habrías decidido irte a pasar un año sabático a Australia. —Lo vi apretar la mandíbula y esperé unos segundos antes de continuar—: Pero hicieras lo que hicieras, aunque decidieras convertirte en Priscilla *la Reina del Desierto*, yo te apoyaría. Estaría a tu lado. ¿No puedes hacer lo mismo por mí, Rob, por favor?

Robert buscó mi mirada con la suya y yo se la aguanté. ¿Por qué diablos ha decidido tener un restaurante cuando podría haber sido policía o agente de la CIA, o gángster?

—¿De verdad te quieres ir a vivir a Londres con la loca de Marina y trabajar en ese bufete tan refinado de la amiga de mamá?

—De verdad, Rob.

—Entonces, de acuerdo —dijo, antes de abrazarme. Y me retuvo unos segundos más de lo que es habitual en él—. Si quieres, puedo llevarte en coche, a Katie y a Rachel no les importará. Y mamá y papá se quedarían más tranquilos.

—A eso se lo llama chantaje, Robert. No, gracias, prefiero ir en tren —le aseguré—. Marina vendrá a buscarme a la estación. No hace falta, de verdad.

—Está bien. —Cogió el asa de la maleta—. ¿Ya te has despedido de mamá y papá?

—Unas mil veces, no sé por qué estáis todos tan preocupados. Vendré dentro de tres semanas, para la fiesta de la tía Gloria.

—Ya sabes por qué estamos preocupados. Lo que te hizo Tom...

—Es agua pasada. Y no quiero hablar de ello —le recordé.

—Vale. Te llevaré a la estación, pero tendrás que tomarte un café conmigo antes de irte. Y, para que conste, yo jamás me habría hecho un tatuaje.

Robert es cinco años mayor que yo y siempre me ha parecido invencible. Cuando era pequeña, nos peleábamos y siempre me gastaba bromas pesadas; pero si era algún otro niño el que intentaba gastármelas en su lugar, entonces me defendía como si le fuese la vida en ello. Quería ser médico, bombero o astronauta, pero cuando papá tuvo su primer infarto, se quedó con el restaurante y no ha parado hasta convertirlo en uno de los más famosos de Inglaterra. Salimos en las más prestigiosas revistas internacionales y hay que reservar con meses de antelación.

Mi cuñada Katie es una santa; no, ahora que lo pienso, Katie es un general que sabe mandar sin que lo parezca. El día que la conocí, supe que mi hermano estaba perdido. Ella fue a cenar al restaurante con unas amigas y devolvió un plato a la cocina diciendo que estaba soso. Eso fue hace años, yo tenía vacaciones de la universidad y estaba ayudando como camarera. Vi salir a mi hermano de la cocina caminando despacio, como si no sucediese nada, pero yo me percaté de que estaba furioso... y entonces vio a Katie y se le iluminó el semblante. Literalmente. No sabría describirlo, pero su reacción, y la de ella, fue evidente. Un año más tarde se casaron y Rachel no tardó demasiado en llegar.

Mamá y papá están jubilados y, cuando no van de viaje a algún lugar soleado donde no llueva seis de los siete días de la semana, es decir, fuera de Inglaterra, se quedan en casa, malcriando a su nieta o atormentándonos a Robert y a mí.

Mamá es la que peor lleva que Tom y yo hayamos roto. «Roto», que expresión tan estúpida, ¿no? A mí siempre me lo ha parecido, ¿acaso éramos un jarrón? Él no está roto, eso seguro, a no ser que esa chica con la que lo

pillé le haya dado un mordisco con demasiado ímpetu. Y yo... yo tampoco.

Quizá lo que le pasa a mamá es culpa mía, por no haberle contado toda la verdad. Papá y ella sólo saben a medias lo que pasó. Robert es el único que conoce los detalles más grotescos, pero ni siquiera él lo sabe todo.

Y no voy a contárselo.

—¿Estás segura de que lo tienes todo? —me preguntó Robert ya en la estación—. ¿Sólo llevas una maleta y una bolsa?

—Le mandé unas cajas a Marina hace una semana. Y, no sé si te has enterado, pero Londres es una de las ciudades más grandes del mundo. Seguro que si me he olvidado algo, sabré apañármelas.

—Sabelotodo.

—Plasta.

—Te echaré de menos —me confesó de repente mi rudo hermano mayor—. Cuando pienso que si no fuese porque Tom cometió esa estupidez, tú y yo probablemente habríamos acabado siendo vecinos y viéndonos a diario...

—Eh, quizá algún día tengas que darle las gracias —bromeé—. Dentro de un tiempo tal vez vuelva y me convierta en la loca del barrio. Tendré gatos, por lo menos cuarenta, y saldré a la calle en bata.

Dije todo eso en broma, pero Robert me miró a los ojos y tuvo la insensatez de decirme:

—Tú no, hermanita. Triunfarás en Londres. Te convertirás en la mejor abogada de la ciudad y los hombres harán cola para salir contigo.

—Oh, Rob —balbuceé como una idiota—. ¿Y si...?

Él no me dejó terminar y me abrazó otra vez.

—Vamos —dijo tras soltarme—, métete en ese tren y demuéstrole a todo el mundo quién es mi campeona.

—Gracias, Robert —le contesté, antes de darle un beso en la mejilla.

—De nada.

Después de ese momento tan emotivo, me acompañó hasta la puerta del vagón y me ayudó a subir las maletas.

—Una cosa más, Amy. —Robert ya estaba en el andén, esperando a que se cerrase la puerta.

—¿Qué?

—No voy a sacar el tema, pero sí me encuentro a Tom, quizá no tenga

más remedio que partirle la cara.

Sonreí y pensé que tengo el mejor hermano del mundo, pero como no quería que acabase en la cárcel ni que saliese en los periódicos, le dije:

—No vale la pena. Además, probablemente todavía tenga el ojo morado.

Robert me miró escandalizado, pero con una sonrisa en los labios. El pitido del jefe de estación evitó que me preguntase lo que seguro que estaba pensando.

Podría haberme pasado el trayecto hasta la estación Victoria reflexionando sobre todo lo que había sucedido, replanteándome de nuevo todas las dudas que me habían embargado hasta entonces, pero no lo hice. Aquel tren iba a llevarme a mi destino. Todo iba a salir bien. El trabajo sería genial y Marina y yo nos lo pasaríamos en grande en la ciudad. Me convertiría en una mujer de mundo.

Por fin le sacaría provecho al título. No quería desmerecer al señor Jensens, el abogado de Bloxham al que había estado ayudando hasta hacía unas semanas, pero discutir los arrendamientos de un par de tiendas de comestibles no podía compararse con los casos que a partir de entonces tendría oportunidad de conocer. Iba a aprender muchísimo. Patricia, la amiga de mamá, iba a ser una gran mentora.

Yo siempre había criticado hasta quedarme afónica a todas esas personas que recurren a sus amistades para encontrar trabajo. A los «enchufes»; hay que llamar a las cosas por su nombre. Pero cuando decidí irme de Bloxham, un rincón de mi mente recordó a la misteriosa amiga de mamá que había triunfado como abogada de las altas esferas londinenses —será verdad eso que dicen de que la necesidad agudiza el ingenio— y le propuse a mamá que la llamase y le pidiese un favor.

En menos de una hora, me encontré con una oferta de trabajo del bufete más prestigioso de la ciudad, y probablemente del país.

Lo de Marina resultó todavía más fácil. Cualquiera diría que el destino parecía empeñado en que me fuese a vivir a Londres precisamente en ese momento...

Marina Coffi es, como su nombre indica, italiana y mi mejor amiga.

Estudiamos Derecho juntas. Ella procede de una familia con mucho dinero (nunca le he preguntado exactamente a qué se dedica su padre, porque no puedo quitarme de la cabeza la película *El Padrino*) y, tras licenciarnos, empezó a trabajar en una ONG.

Tom nunca le gustó. Debería haberle hecho más caso. La próxima vez así lo haré. Durante el último año, nos habíamos distanciado un poco, pero cuando la llamé para decirle que él y yo habíamos roto y que quería mudarme a la ciudad, ni siquiera me dejó terminar la frase y me ofreció vivir con ella. Evidentemente, tiene un piso espectacular en una zona de Londres que yo no podría permitirme ni en sueños, a sólo diez minutos del bufete.

El tren aminoró la marcha y comprobé que estábamos entrando en el andén. El viaje se me había hecho mucho más corto de lo que esperaba. «Será por las ganas que tengo de empezar mi nueva vida», pensé.

Me puse en pie y me aseguré de no dejarme nada. Miré por la ventana y vi a Marina cerca de una de las escaleras que conducían a la estación.

Es increíblemente guapa, representa todos los estereotipos de la mujer italiana por excelencia, lo que hace que yo a su lado parezca una escoba con cabeza de loca. Ella tiene una preciosa melena negra, yo tengo el pelo rizado y de un color entre castaño y rubio, pero nada místico ni espectacular, sencillamente un castaño sin demasiada gracia. Marina tiene los ojos casi negros, yo los tengo marrones con algunos reflejos verdes, o eso me decía mi abuela. Ella es bajita y voluptuosa, con unas curvas de infarto. Yo soy de estatura media y a lo máximo que puedo aspirar es a provocar un ataque de hipo. Sé que tengo una cara bonita, y la típica piel inglesa que se quema con sólo mirarla, pero no puedo competir con una mujer cuyos antepasados paseaban bajo el sol de la Toscana, mientras los míos se resguardaban de la lluvia en los Cotswold.

El tren se detuvo y fui de las primeras en bajar. En cuanto Marina me vio en el andén, corrió hacia mí y me abrazó. Luego se apartó y dijo:

—Vamos, tenemos el tiempo justo de dejar las maletas en casa e ir a cenar.

—¿A cenar?

—Claro. Y no me vengas con excusas, Amy. Estás muy guapa y no pienso dejar que te quedes encerrada en casa. Te prometo que nos

acostaremos pronto y que mañana podrás ir a trabajar y ser la primera de la clase.

Así eliminó de un plumazo cualquier excusa que yo hubiese podido darle.

—Está bien. ¿Dónde vamos a cenar y con quién?

Si mi vida iba a cambiar de verdad, tenía que empezar por mí misma.

—En un restaurante japonés del centro. Con unos amigos —contestó con una sonrisa.

—De acuerdo.

—Entonces, vamos, no tenemos tiempo que perder.

Salimos de la estación y, cuando estábamos subiendo a un taxi, Marina me dijo:

—Estoy muy contenta de que hayas vuelto.

—Y yo.

Ninguna de las dos nos referíamos sólo a que hubiese vuelto a la ciudad.

### 3

Me desperté media hora antes de que sonase el despertador. Tenía tanto miedo de dormirme que me pasé la noche entera dando vueltas en la cama.

La cena fue un éxito. Los amigos de Marina eran todos muy simpáticos y me recibieron con los brazos abiertos, y ella cumplió su palabra y volvimos pronto a casa para que yo pudiese instalarme un poco antes de acostarme.

Mi dormitorio era precioso, igual que el resto del apartamento; tenía una cama de matrimonio con sábanas blancas y las paredes estaban empapeladas con un ligero estampado a base de plumas. Era como estar en la nube más elegante del cielo. Conociendo a Marina como la conozco, no me sorprendió: mi amiga tiene un gusto exquisito.

Me levanté de la cama y fui a ducharme. Había elegido el atuendo para el primer día de trabajo con mucho esmero, aunque a última hora tuve la sensación de que debía cambiar algo y opté por ponerme la blusa de seda violeta en lugar de la blanca. Me resaltaba más la piel y siempre que me la ponía recibía muchos elogios. Quizá no tendría que preocuparme por eso y debería pensar en cambio en si iba a hacer el ridículo en ese bufete. Dios, va estaba, desde ese momento no iba a poder dejar de pensar en que metería la pata y empezaría a tartamudear y a decir tonterías.

Me maquillé un poco y me dejé el pelo suelto. Salí del cuarto de baño, pero volví unos segundos más tarde para hacerme un recogido. No podía presentarme el primer día como si fuese una loca de las montañas —sí, ése era el aspecto de mi melena—. Me recogí el pelo y me hice un moño al estilo Grace Kelly. Muy profesional y femenino al mismo tiempo.

Entré en la cocina, pero no comí nada; a esas alturas, era una tontería seguir fingiendo que no estaba nerviosa, y si bebía o comía algo todavía sería peor. Cogí mi maletín y mi bolso y le dejé un post-it a Marina pegado en la nevera. Ella seguía durmiendo. Antes de acostarnos me dijo que no tenía que ir a trabajar hasta las once y que no nos veríamos hasta la noche, pero me obligó a prometerle que la llamaría si necesitaba algo.

Fui caminando hasta el bufete, estaba tan cerca que era absurdo tomar ningún medio de transporte, y al recorrer la calle, mientras veía los rostros de la gente que pasaba por mi lado, comprendí que aquello estaba sucediendo de verdad. Sujeté el maletín con fuerza para que no se me cayese y me detuve frente al edificio al que me dirigía. Respiré hondo y abrí la puerta.

—Buenos días, señorita —me saludó un portero uniformado.

—Buenos días.

Caminé hasta el ascensor y le di al botón. Levanté la cabeza y observé cómo se iluminaban los números de los pisos a medida que iba descendiendo. El bufete de Patricia Mercer estaba en la planta 24 de las veintiséis que tenía el edificio. Miré mi reloj y vi que llegaba media hora antes de lo previsto. Quizá debería irme. Podría esperar en un café y volver después. El aire a mi alrededor cambió de un modo casi imperceptible que me puso la piel de gallina.

—Buenos días —me saludó un desconocido, deteniéndose a mi lado.

Volví la cabeza para devolverle la cortesía y casi me quedé sin respiración al verlo. El corazón se me aceleró y me golpeó con tanta fuerza las costillas que creía que me iba a dar un infarto. ¿Qué diablos me estaba pasando? Tampoco había para tanto. «Son los nervios del primer día de trabajo», me dije y me obligué a recordar que era una mujer hecha y derecha de veinticinco años que sabía hablar perfectamente.

—Buenos días —contesté.

Él se limitó a levantar una comisura de los labios. Oh, Dios mío, creía que esas sonrisas sólo sabían esbozarlas los actores de cine. Clavé los talones en el suelo —había decidido ponerme los zapatos Miu Miu que me compré en un ataque de locura— y me convencí de que no me temblaban las piernas. Por suerte, el ascensor se abrió en aquel preciso instante y esperé a que él entrase. Pero se negó y colocó una mano frente a las puertas para asegurarse

de que no se cerraban, mientras me decía:

—Las damas primero.

Se dice que la caballerosidad ha muerto, pero al parecer aquel hombre no se había enterado.

—Gracias —balbuceé como una idiota y entré.

Me detuve a pocos centímetros de una de las esquinas. No quería que pensase que lo rehuía, pero tampoco quería darle conversación. Quién sabía qué tontería podía llegar a decirle y, además, tenía que concentrarme en el trabajo que iba a empezar en cuestión de minutos.

—¿A qué piso va, señorita? —me preguntó y recordé una frase que había leído una vez sobre un hombre con una voz cálida como el chocolate y provocadora como el whisky, y que entonces me pareció absurda.

La del hombre que tenía al lado podría derretirme y embriagarme en cuestión de segundos.

«Céntrate, Amy».

—Al veinticuatro, gracias —le dije y volví a mirar el reloj para evitar mirarlo a los ojos, porque tuve el fuerte presentimiento de que estaba sonriendo.

Él apretó el botón del piso 24 y después del 26. Menos mal que no iba al bufete de Patricia. No sería capaz de trabajar con él merodeando por allí. Pero podría haber sido un cliente, me susurró una voz en la mente. No, mejor no. Aquel hombre estaba muy lejos de mi alcance. Los hombres que parecen sacados de una revista *GQ* y llevan un traje que vale más que todo mi vestuario no se fijan en chicas como yo.

El ascensor inició la subida y se detuvo un par de pisos más arriba. Entraron tres mujeres que, evidentemente, devoraron a mi acompañante con la vista. Tuve la tentación de arrancarles los ojos, pero él se limitó a sonreírles y colocarse al final del ascensor, donde se apoyó en la pared con las manos en los bolsillos del pantalón.

Llevaba un traje gris oscuro con chaleco. Sólo alguien como él, de casi metro noventa y con los hombros más bien definidos que yo había visto nunca, podía llevar una prenda como ésa y desprender masculinidad por todos los poros de su piel. La camisa era blanca y la corbata, con un perfecto nudo windsor, de un gris más oscuro. El impecable traje inglés contrastaba

con su mandíbula de boxeador y la incipiente barba que le oscurecía las mejillas. Yo hubiese jurado que se había afeitado, porque olía muy bien y lo tenía lo bastante cerca como para saberlo, pero era muy moreno y seguro que si quería ir bien rasurado tendría que hacerlo un par de veces al día.

Apoyó la cabeza en la pared, con la mirada fija hacia adelante, pero sin fijarse en ninguna de las mujeres que estábamos en el ascensor. Tendría unos treinta años, treinta y cinco como mucho. Nariz recta, pómulos perfectos, los ojos tan negros como el pelo y una cicatriz muy profunda en una ceja.

Sonó una campanilla, pero mi cerebro no la procesó y entonces él giró la cabeza y me pilló mirándolo.

«Tierra, trágame».

—El piso veinticuatro, señorita —me anunció. Se apartó de la pared, se acercó al panel de botones y presionó el de mi piso, añadiendo—: Que tenga un buen día.

Tragué saliva. Verlo moverse era como ver una pantera. Gracias a Dios que no volveríamos a encontrarnos, porque tuve el presentimiento de que no me importaría que me cazase.

Por fin reaccioné y salí sin despedirme. No conseguía recordar cómo se hacía con exactitud.

El ascensor se abrió directamente en el vestíbulo del bufete, así que me encontré de golpe ante una recepcionista uniformada, con un enorme jarrón al lado y un ordenador de última generación delante. Parecía la comandante de una nave espacial.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenos días, soy Amelia Clark. Tengo una cita con la señora Mercer, creo que he llegado un poco pronto —dije, recordándome que era una profesional.

—La señora Mercer ya está en su despacho —me informó la chica, que tecleó algo en el ordenador y luego habló por el pinganillo—. Sí, señora Mercer. En seguida. La señora Mercer dice que pase. Permítame que la acompañe.

Se levantó y me llevó hasta el despacho de la amiga de mi madre.

Le di las gracias al despedirme.

—De nada —respondió ella mientras me abría la puerta—. Pase, la

señora Mercer la está esperando.

—Pasa, pasa, Amy —me indicó aquella mujer a la que yo sólo había visto una vez en mi vida, cuando tenía diez u once años.

Era alta y delgada, con el pelo de un rubio casi blanco y maquillaje impecable. Intenté imaginármela junto a mi madre, una mujer redonda, de mejillas sonrosadas, que disfrutaba tejiendo jerséis horribles para Navidad, y no pude. ¿Cómo diablos se habían hecho amigas?

—Gracias, señora Mercer —repuse de inmediato e intenté impregnar la frase de la gratitud que de verdad sentía.

—Llámame Patricia.

—De acuerdo, Patricia.

Salió de detrás de su escritorio y se acercó a mí para darme un abrazo. Luego se apartó y me miró con atención.

—Te pareces a tu madre —sentenció, concluido el examen.

—Sí, Robert se parece a papá. Así los dos están contentos.

—Me lo imagino. ¿Cuándo llegaste a Londres?

—Ayer.

—Ven, sentémonos en el sofá..., así estaremos más cómodas. ¿Te apetece tomar un té o un café?

—No, gracias.

—Tengo que confesarte, Amy, que la llamada de tu madre me pilló por sorpresa.

Me sonrojé.

—No te lo tomes a mal —añadió ella—, pero ¿por qué no nos mandaste un currículum cuando terminaste la carrera? Fuiste la primera de tu promoción, te habríamos contratado o, como mínimo, entrevistado, aunque no hubieses sido la hija de mi mejor amiga de la infancia.

—Quería ejercer en una ciudad más pequeña —le expliqué, a pesar de que no era toda la verdad, pero no iba a contarle lo de Tom a la mujer que iba a convertirse en mi jefa. No quería que pensase que soy tonta de remate.

—Y ahora, ¿qué ha cambiado? —me preguntó, mirándome a los ojos y en aquel preciso instante comprendí por qué Patricia Mercer era temida por todos los abogados de Londres y más de la mitad de los jueces.

—Yo.

No se me ocurrió mejor forma de explicárselo.

—Está bien. De acuerdo —afirmó enigmática, tras observarme durante unos segundos—. Me temo que no fui del todo sincera contigo y con tu madre.

«Oh, no. No va a darme el trabajo», pensé y ella debió de detectar la preocupación en mi rostro, porque se apresuró a aclararme:

—Si sólo quisieras trabajar aquí unos meses como becaria, bastaría con que yo diese la orden a Personal. Pero si lo que quieres es entrar en el bufete como abogada de pleno derecho, mi socio también tiene que autorizarlo. El señor Bond y yo nos entendemos muy bien como socios porque tenemos unas normas muy claras de funcionamiento, y una de ellas es que ambos debemos aprobar todas las contrataciones.

—Entiendo —dije yo más tranquila.

Patricia me preguntó por mis padres y estuvimos charlando diez minutos sobre mi familia. También me preguntó por Robert y por la universidad, y descubrimos que, a pesar de la diferencia de edad, habíamos tenido algunos profesores en común. Tras la educada conversación, ella miró su reloj y se puso en pie. Se acercó de nuevo al escritorio y descolgó el teléfono.

—¿Ha llegado ya el señor Bond? Perfecto, gracias, Cynthia.

Yo también me levanté y me alisé la falda.

—Puedes dejar aquí el maletín, si quieres. Nos está esperando en una de las salas de reuniones.

La seguí por un pasillo. Nos cruzamos con un par de abogados que le dijeron que querían hablar con ella y Patricia los citó para más tarde. El lugar desprendía actividad y respeto. Allí por fin me convertiría en abogada. Bueno, si superaba la entrevista con el socio de Patricia.

Ella abrió la puerta y yo me quedé petrificada.

Frente a una mesa ovalada de madera de caoba estaba el hombre del ascensor.

—Amelia Clark, te presento a Daniel Bond, mi socio.

## 4

¿Aquél era Daniel Bond? ¿Daniel Bond?

Dios, iban a despedirme antes de contratarme. Era imposible que aquel hombre me aceptara después de haberme visto babear en el ascensor. Y me estaba bien merecido, por haber perdido la compostura de esa manera y haberme quedado mirándolo como si fuera a comérmelo.

Quizá no fuera él, quizá el tal Daniel Bond tenía un hermano gemelo en el mismo edificio, pensé, presa del pánico. Y entonces lo miré y él me sonrió, pero a diferencia de cuando lo vi en el ascensor, la sonrisa no le llegó a los ojos. Echó a andar en dirección a mí y se me puso la piel de gallina. No, no tenía ningún hermano gemelo; era imposible que existiesen dos hombres tan devastadores en el mundo y que ambos me provocasen el mismo efecto.

—Encantado de conocerla, señorita Clark —me saludó, tendiéndome la mano.

¿Tenía que tocarlo? Si antes me había parecido una pantera, en ese momento estaba convencida de que su tacto sería como acariciar a un animal salvaje. Y lo peor de todo era que me moría de ganas de hacerlo.

—Lo mismo digo, señor Bond —respondí, estrechándole la mano.

Él me dio un fuerte apretón y, cuando me soltó los dedos, alargó el índice y me acarició la parte interior de la muñeca. Yo me estremecí, y recé para que Patricia, que estaba a menos de medio metro de mí, no se hubiese dado cuenta.

Y entonces, de repente, Daniel Bond se puso furioso. ¿Se puso furioso? ¿Por qué?

—Patricia me ha dicho que quiere contratarla —dijo sin más, cambiando completamente de actitud.

Caminó de nuevo hasta la mesa y retiró una silla para mí y otra para su socia; luego se sentó al lado de ella.

—Sí, Amy se licenció la primera de su promoción —me defendió Patricia, al notar la más que evidente reticencia de Daniel. «Del señor Bond», tuve que corregirme mentalmente—. Y hace unas semanas decidimos que ampliaríamos el departamento de Matrimonial.

—Ese es uno de mis departamentos, Patricia —le recordó él.

—Lo sé, Daniel —convino la mujer, mirándolo a los ojos—. Llevo meses diciéndote que busques a alguien. Amy es perfecta.

—Lo dudo.

Tanto Patricia como yo nos quedamos estupefactas, aunque ella lo disimuló mucho mejor.

—¿Cuándo se licenció, señorita Clark? —me preguntó él, cruzándose de brazos.

Lo miré un segundo y me di cuenta de que tenía el pelo mojado y de que estaba recién afeitado. Llevaba el mismo traje de antes, pero ¿se había duchado? Él notó que me había quedado mirando una gota que le caía de uno de los mechones de la nuca y me fulminó con la mirada. Cada segundo que pasaba estaba más furioso conmigo.

Dejé de mirarlo e intenté concentrarme. No podía perder aquel trabajo. Sencillamente no podía.

—Hace dos años, señor Bond —le contesté.

—¿Y qué ha hecho durante estos dos años, señorita Clark?

—He trabajado en el despacho del señor Jensens, en Bloxham. Llevábamos la mayoría de los asuntos locales, señor.

—Comprendo. No se ofenda, señorita Clark, pero mi departamento de Matrimonial está a años luz de los asuntos que pudiese llevar el señor Jensens. No tengo tiempo para enseñar a nadie y tampoco lo tienen mis adjuntos.

—No me ofendo, señor —repuse yo, mirándolo a los ojos. ¿Quién se había creído que era?—. Me siento muy orgullosa del trabajo que desempeñé con el señor Jensens.

Daniel me sostuvo la mirada y me pareció que sus ojos brillaban. Descruzó los brazos y, con los dedos de una mano, tamborileó en la mesa ligeramente.

—¿Podemos hablar un momento, Patricia? —le preguntó de repente a su socia.

—Iba a sugerirte lo mismo. Quédate aquí, Amy. En seguida volveré —me dijo y en ese momento habría podido abrazarla.

Los dos se pusieron en pie y abandonaron la sala de reuniones, que era tan elegante como el resto del bufete. Yo no quería reconocerlo, pero a pesar de lo que le había dicho, el señor Bond tenía parte de razón. Había pasado los dos últimos años en un pequeño despacho, pero la ley es la ley y a mí siempre me había encantado descifrarla, buscarle todos los sentidos y dar con la mejor solución para cada caso. Estaba convencida de que podía hacer ese trabajo, pero probablemente había cientos, o miles de candidatos mejor preparados que yo para el puesto.

Pasaron varios minutos, aunque a mí me parecieron horas. Iban a decirme que no tenía el puesto. «Bueno —pensé—, me quedaré en el piso de Marina y seguro que encontraré algo. No será tan fantástico como esto, pero me conformaré y no volveré a Bloxham hasta que...» Oí la puerta y me volví, convencida de que vería entrar a Patricia.

Me equivoqué.

Daniel Bond ocupaba el vano casi por completo. Cerró y se encaminó hacia mí sin dejar de mirarme. Seguro que así era como se sentían las gacelas cuando un león iba a devorarlas.

No se detuvo hasta estar frente a mí. Me recorrió con la mirada y yo noté cómo se me erizaba la piel a medida que sus ojos descendían por mi cuerpo. Luego apretó furioso la mandíbula y se apartó, acercándose a una ventana a través de la cual se tenía una vista espectacular de Londres y se cogió las manos tras la espalda.

—Patricia va a obligarme a contratarla, señorita Clark. Según nuestro acuerdo de socios, ella y yo debemos aprobar juntos todas las contrataciones, pero ambos tenemos ciertos derechos de veto, o de imposición, como quiera llamarlos. Patricia va a ejercer el suyo porque dice que usted es hija de su mejor amiga y porque cree que está más que capacitada para ocupar la

vacante de mi departamento.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Por qué era tan reacio a contratarme? Acababa de conocerme y, no es que yo sea muy vanidosa, pero no estuve entre las mejores de mi promoción; fui la mejor. Y sólo hacía dos años que me había graduado.

—Supongo que se pregunta por qué le estoy contando todo esto.

Él se quedó en silencio y deduje que esperaba mi respuesta.

—Sí, así es —contesté e hice ademán de levantarme.

No quería seguir sentada con él de pie. Me sentía en desventaja. En más desventaja de la que debería.

—No se levante —me ordenó. Y hubo algo en su voz que me impulsó a obedecer. Cuando vio que me sentaba, tensó los hombros y añadió—: ¿Sabe por qué tengo el pelo mojado, señorita Clark?

La pregunta me cogió tan desprevenida que tardé varios segundos en asimilarla.

—No.

No iba a fingir que no me había dado cuenta. Los dos sabíamos que me había fijado.

—En el último piso hay un gimnasio privado con piscina. He tenido que nadar un rato —explicó, mirándome a los ojos. Y añadió—: Por su culpa.

—¿Por mi culpa?

No entendía nada de lo que estaba pasando. O no quería entenderlo.

El señor Bond se apartó de la ventana y volvió a acercarse a mí. Se soltó las manos y las colocó encima de la mesa, una a cada lado de mis brazos.

—No puede trabajar aquí, señorita Clark. Le he pedido a Patricia que me deje entrevistarla a solas y ella ha accedido. —Sonrió como si creyese que su socia había cometido un error—. Cuando Patricia venga, usted le dirá que lo ha pensado mejor y que cree que Mercer & Bond no es lugar para usted.

—¿Y por qué voy a hacer tal cosa?

El leve olor a cloro que desprendía su piel no conseguía ocultar su seductora esencia. Y las gotas que continuaban resbalándole del pelo me resultaron fascinantes. Una le cayó en el cuello de la camisa y luego se deslizó hacia su interior; me pregunté cómo sería seguirla.

«¡Dios mío, Amy, para!»

—Porque yo se lo pido —dijo él—. Y porque me encargaré personalmente de que encuentre trabajo en el bufete que más le guste de la ciudad.

—¿En el que más me guste?

—En el que más le guste —repitió y tuve la sensación de que respiraba más aliviado.

No, no iba a volver a ceder tan fácilmente ante nadie.

—El que más me gusta es Mercer & Bond —repliqué, retándolo con la mirada.

—¿Acaso no se da cuenta de lo que está pasando, señorita Clark?

Se acercó tanto a mí que tuve que pegar la espalda al respaldo de la silla para separarme un poco. El señor Bond tenía la cabeza agachada y yo tenía la mía echada hacia atrás para poder mirarlo. Vi que volvía a apretar la mandíbula y seguro que él se percató de que yo me mordía el labio inferior de lo nerviosa que estaba.

—Puedo hacer el trabajo, señor Bond —le dije.

—¿Usted cree?

Yo tenía las manos en los apoyabrazos de la silla, que había quedado de espaldas a la mesa cuando me había vuelto para ver quién entraba. El señor Bond estaba inmóvil frente a mis rodillas y a través de las medias podía notar la fuerza que desprendían sus piernas. Estaba furioso.

—Sé que puedo hacerlo —afirmé con todo el convencimiento de que fui capaz.

Él me miró y noté que estaba debatiendo consigo mismo, pero fui incapaz de entender por qué.

—Deme una oportunidad.

—¿Por qué?

Presentí que la pregunta se la estaba haciendo más a él que a mí, pero le contesté de todos modos:

—Porque soy buena abogada y usted necesita contratar a alguien para el departamento de Matrimonial. Y porque si al final tiene razón y tienen que despedirme, la señora Mercer estará en deuda con usted.

—No me basta, porque si al final Patricia y usted tienen razón y resulta ser una buena abogada, seré yo el que deberá reconocer su error ante mi

socia. No, dígame por qué cree que debería contratarla.

—Porque no quiero volver a Bloxham. Porque quiero quedarme aquí y descubrir de qué soy capaz —reconocí, sin referirme únicamente al mundo profesional.

Bond me miró a los ojos largo rato y sentí un escalofrío al pensar que estaba intentando meterse en mi cabeza. Fue de lo más desconcertante e inusual. Mantuve la compostura e intenté adoptar una expresión impasible, pero a medida que iba alargándose el silencio iba perdiendo las esperanzas. Iba a negarse. Iba a...

—De acuerdo —dijo de repente.

Y tras esa breve e inesperada respuesta se apartó de la mesa, y de mí, al instante. Estuve tentada de ponerme en pie y seguirlo, pero mi instinto de supervivencia me obligó a quedarme quieta y a darle espacio. Fuera lo que fuese lo que estuviese pensando Daniel Bond, no le resultaba agradable.

—Gracias, señor Bond —le dije, sincera, a pesar de que era obvio que él no había cambiado de opinión respecto a mí.

A decir verdad, tuve la sensación de que Daniel Bond se obligaba a contratarme.

—No me las dé, señorita Clark. Haré todo lo posible para que se lo replantee y presente su dimisión lo antes posible. Se incorporará ahora mismo al departamento de Matrimonial. David Lee será su superior inmediato y si necesita cualquier cosa, puede pedírsela a Stephanie, mi secretaria. A no ser que sea una cuestión de vida o muerte, no venga a verme. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor Bond.

—No sabe lo que está haciendo —me advirtió entonces a media voz, con la mano ya en el picaporte.

—Sí lo sé, señor Bond —no pude evitar contestar.

«Ahora viene cuando me despide».

—Entonces, quizá sea yo el que no lo sabe, señorita Clark —me sorprendió contestando—. Dígale a Patricia que le presente a Stephanie. Yo volveré dentro de media hora.

Cuando lo volví a ver, tenía el pelo de nuevo mojado.

## 5

Después de que el señor Bond me dejase plantada en la sala de reuniones, me fui en busca de Patricia. Por suerte, la encontré en el pasillo y me felicitó por haber pasado la entrevista con Daniel. Yo no le dije que si eso había sido una entrevista, había sido la más rara de mi vida; a mí me había parecido más bien una prueba de supervivencia. Una advertencia.

Seguían temblándome las piernas y no podía dejar de sentir un leve cosquilleo en las rodillas, justo donde se habían rozado con las de él.

Todas aquellas nuevas sensaciones me sobrecogían, no las comprendía, y la verdad era que después de lo que me había sucedido con Tom no quería analizarlas. No me fiaba de mis propios instintos. Al menos, no en lo que se refería a los hombres. Quizá lo que yo había interpretado como una sorprendente —temporal— e inexplicable atracción, para el señor Bond tan sólo había sido un incordio, una cuestión de mala química. A veces hay gente a la que no se soporta ni mirarla y tal vez era eso lo que le había pasado a él conmigo. Pero me ha sonreído en el ascensor.

—Martha te explicará cómo funcionan las cosas en el departamento —me dijo David Lee después de presentarme a esa otra abogada.

David Lee era el responsable de los casos civiles del bufete, que básicamente se dividían en dos grandes grupos: divorcios y herencias. Patricia me había llevado con él y me había dejado en sus manos. David apenas le había prestado atención. Al parecer, el señor Bond no había exagerado al decir que el departamento estaba desbordado. Con un «gracias», y un «luego iré a verte a tu despacho», David se despidió de Patricia.

A diferencia del señor Bond, David Lee sí respondía al prototipo de abogado londinense que yo tenía en la cabeza. Era un hombre de unos sesenta años, con traje gris, calcetines de colores, camisa de rayas y pañuelo a cuadros en el bolsillo. Pura flema y mal humor, con unos modales excelentes y cortantes.

Llevaba allí varias horas y comprendí que David, él insistió en que lo llamase por su nombre, dirigía su departamento con mano férrea pero a la vez suave. Era estricto y directo, y me dijo claramente qué esperaba de mí:

—Durante los primeros días seguirás a Martha y la ayudarás en todo lo que sea necesario. Tanto si es buscar jurisprudencia como archivar papeles.

—Por supuesto.

—Ahora mismo, la mitad del departamento está centrada en el divorcio de los Howell. Nosotros representamos a la señora Howell. Evidentemente no han llegado a ningún acuerdo, así que iremos a juicio. La primera vista es dentro de dos semanas, por lo que no tenemos tiempo que perder. Céntrate en este caso y después ya veremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, David.

Me pasé el resto del día intentando seguirle el ritmo a Martha y comprobé que tenía mucho que aprender. Por fortuna, ella estaba dispuesta a ayudarme porque había pasado por lo mismo un año atrás y no era de esas mujeres que disfrutaban machacando y hundiendo a las demás.

Al mediodía comimos juntas en una cafetería que había cerca del bufete y Martha y yo intercambiamos la información básica. Nombre, dónde habíamos estudiado y cosas por el estilo. Ella no me habló de nadie del trabajo, muestra sin duda de su inteligencia, y yo tampoco le pregunté. Fue un almuerzo agradable y pensé que probablemente terminaríamos haciéndonos amigas.

Cuando volvimos al bufete, nos pasamos el resto de la tarde repasando las cuentas y las declaraciones de bienes del señor Howell, quien, a pesar de haber sido capitán de la selección inglesa de fútbol e imagen de importantes firmas de cosmética masculina, decía no poseer nada a su nombre y se negaba a pagar lo que la señora Howell le pedía.

Era lógico que el divorcio de los Howell me hiciese pensar en Tom y en mi casi boda. ¿Por qué había hombres que sentían la necesidad compulsiva de mentir y utilizar a la mujer a la que se suponía que habían jurado amar por

encima de todo? Tanto Tom como el señor Howell ofrecían al mundo una imagen de maridos y novios perfectos. Irónico.

Eran unos farsantes. Deberían ser sinceros; si no se veían capaces de mantener sus promesas, al menos deberían tener el valor de decirlo y no comportarse como unos cobardes, ni abrir una cuenta en una isla lejana, ni...

—Amy, ¿estás bien?

La pregunta de Martha me salvó de revivir, al menos en mi mente, el momento más humillante de toda mi vida.

—Sí, ¿por qué?

—Estás arrugando ese pobre folio con tanta fuerza que lo pulverizarás —me dijo, señalándome las manos.

Bajé la vista y vi que tenía razón.

—Lo siento.

—No te preocupes. —Sonrió—. Tenemos otro juego de fotocopias, pero en serio, ¿estás bien? Si estás cansada puedes prepararte un té o un café. Hay una pequeña cocina en la parte de atrás de la oficina.

—Estoy bien —le aseguré y aflojé los dedos para soltar el pobre papel—. Es que —empecé, sintiendo la necesidad de explicarme, aunque fuese sólo un poco—, me molesta que una persona no asuma las consecuencias de sus actos.

—Sí. —Martha desvió la vista hacia los documentos que estaba revisando—. Yo me llevé una gran decepción cuando empezamos con el caso. Para mí, Howell era prácticamente perfecto. Un ídolo. Y al final resulta que es humano, como todos nosotros.

—Podría no ser un mentiroso —dije, ofendida, y vi que Martha volvía a mirarme y enarcaba una ceja.

—Es bonito tener ideales, pero ten presente que no siempre defendemos los intereses de la parte inocente. A veces nos toca defender a los Howell de este mundo.

Se me revolvió el estómago sólo con pensarlo.

—¿Y cómo lo haces?

—Es mi trabajo —contestó, como si fuese la respuesta más obvia del mundo— e intento hacerlo lo mejor que puedo, pero cuando termino, me voy de aquí y me olvido de todo por completo. Éste no es tu primer trabajo, ¿no?

No me dirás que en Bloxham todo el mundo es bueno.

—No, por supuesto que no. No me hagas caso, supongo que, igual que te pasó a ti, me he llevado una gran decepción con Howell —improvisé.

—No tan grande como su esposa —concluyó Martha y tras otra sonrisa, las dos volvimos a concentrarnos en el trabajo.

Dieron las seis y Martha se despidió diciendo que su prometido había ido a buscarla. Yo me quedé un rato más y aproveché para leer el boceto de la demanda que había preparado David Lee. Marina no llegaría a casa hasta más tarde y así podía ponerme un poco al día.

Era muy consciente de que Patricia me había dado esa oportunidad por mi madre y no quería hacerla quedar mal delante de su pretencioso socio.

A pesar de mis buenas intenciones, un par de horas más tarde noté que las líneas de la demanda bailaban ante mis ojos y decidí que había llegado el momento de dejarlo y volver a casa.

Guardé la documentación y recogí mis cosas. Me habían dado una tarjeta para entrar y salir del edificio y me aseguré de llevarla conmigo. Fui hasta el ascensor y bajé sola, sin recordar para nada el trayecto de subida con el atractivo desconocido que ahora ya no lo era tanto; de desconocido, porque atractivo, por desgracia para mí, seguía pareciéndomelo. Y eso que había prometido echarme.

Llegué al vestíbulo y vi que estaba lloviendo a cántaros. Me había olvidado el paraguas. Busqué al portero, pero no lo encontré por ninguna parte. Bueno, el piso de Marina estaba sólo a diez minutos de allí, cinco si iba corriendo. Al fin y al cabo, sólo era agua. El agua nunca ha matado a nadie.

—Señorita, señorita —me llamó el portero, que reapareció en la entrada—. Permítame que le busque un taxi.

—No es necesario —afirmé, pero después desvié la vista hacia mis zapatos de tacón.

No saldrían demasiado bien parados de la lluvia. Y yo probablemente terminaría en el suelo.

—Vamos, señorita, no querrá coger un resfriado su primer día de trabajo —insistió el hombre.

—¿Cómo sabe que trabajo aquí?

—La señora Mercer me ha dado su ficha para que la incluya en la base de

datos. Y, además, este mediodía la he visto entrar y salir con la señorita Reynolds.

—Es usted muy observador, señor... Disculpe pero no sé su nombre.

—Leary, aunque todo el mundo me llama Peter. Y es mi trabajo ser observador. Si me disculpa un momento... —me dijo, alejándose de mí un segundo para abrir la puerta y dejar entrar a una rubia despampanante.

—Llame al señor Bond y dígame que le estoy esperando —ordenó la mujer sin ninguna educación.

¿Aquella rubia había ido a recoger a Daniel Bond? Acababa de conocerlo, pero algo dentro de mí se negó a aceptar la idea. Hacían muy mala pareja. Sí, los dos eran tan guapos que daban ganas de insultarlos, pero aquella mujer desprendía una frialdad y una estupidez que no encajaba con Daniel.

«Mírame, hablando de él como si lo conociera. Tengo que parar».

Observé de nuevo a Peter y, a juzgar por el modo en que enarcó las cejas, yo no era la única que creía que la rubia era idiota.

—Vamos, ¿a qué está esperando? —lo increpó ésta, demostrando que además carecía de modales—. Llámelo.

En ese preciso instante sonaron de nuevo las campanillas del ascensor y, sin darme la vuelta, supe que Daniel había llegado al vestíbulo. Noté sus ojos clavados en mi nuca y tuve que contenerme para no darme la vuelta.

—¿Qué estás haciendo aquí, Victoria? —le preguntó a la rubia con una voz tan fría que incluso sentí un poco de lástima por ella.

—He venido a buscarte. Quería darte una sorpresa —se justificó y le puso morritos.

Peter y yo contemplábamos el intercambio anonadados y algo confusos; era más que evidente que a Daniel no le había hecho ninguna gracia que la tal Victoria hubiese ido a verlo.

—No es ninguna sorpresa. —Su tono sonó a reprimenda—. Creía que ya te había explicado cómo estaban las cosas.

La joven se pasó la lengua por los labios en una clara provocación, pero Daniel sólo se puso más furioso.

—Si quieres, puedes castigarme —dijo ella con un mohín.

—No, Victoria. Es obvio que no me expliqué bien y te pido disculpas.

Aparte de lo molesto que estaba Daniel porque la tal Victoria hubiese

aparecido, también era evidente que estaba enfadado consigo mismo.

¿Por qué?

—No quiero volver a verte más. Lamento que hayas venido hasta aquí para nada, pero si me hubieses llamado, te habría recordado que lo mejor para ti es casarte con el señor Colton.

—Pero Colton no es tan... divertido como tú.

¿Daniel Bond era divertido? ¿Cuándo?

—El señor Colton es joven, apuesto y posee una fortuna más que considerable. Y, lo más importante —añadió, mirándola a los ojos—, te seguirá el juego. Yo no. —Tras esa afirmación, buscó al portero con la mirada—. Peter, pare un taxi para la señorita Elfman, por favor.

—En seguida, señor Bond.

—No se moleste —replicó ella, fulminando al pobre portero con la mirada—. Mi chófer está esperando fuera. Te arrepentirás de esto, Daniel.

—No, Victoria —dijo él y, pasando por mi lado, se dirigió a la salida.

El vestíbulo era muy amplio y, sin embargo, tuve la sensación de que casi me había rozado. Ahora ya no tenía el pelo húmedo, pero la barba incipiente que le había visto esa mañana en el ascensor había reaparecido en sus mejillas. Salió fuera y, a través del cristal, vi que abría la puerta trasera del Mercedes negro que sin duda pertenecía a Victoria, invitándola a entrar.

Esta dirigió su mirada asesina hacia mí. ¿Qué le había hecho yo? Seguro que estaba enfadada porque había presenciado la escena. Salió también y entró en el automóvil hecha una fiera. Debió de gritarle al pobre conductor que se pusiera en marcha, porque el coche se incorporó a la circulación al instante.

Peter salió fuera para ofrecerle un paraguas a Daniel, pero éste lo rechazó y se quedó allí de pie bajo la lluvia durante unos segundos. Y yo me quedé mirándolo desde dentro. Incliné la cabeza y se frotó el puente de la nariz. A Victoria le había hablado con suma educación, pero tenía los músculos de la espalda tensos por el esfuerzo que había hecho para contenerse. Levantó la cabeza y, tras sacudirla levemente, volvió a entrar en el vestíbulo.

—Lamento el espectáculo, Peter, señorita Clark —nos dijo.

—No se preocupe, señor Bond —respondió el portero y yo me limité a asentir.

Era incapaz de decir nada, sus ojos negros me tenían hipnotizada; por fin volvían a parecerse a los del ascensor, volvían a parecer llenos de fuego. Un fuego que hasta entonces yo no había visto en nadie.

—¿Le importaría llamar a un taxi para la señorita Clark, Peter? Fuera está diluviando —comentó con una leve sonrisa.

—Por supuesto, señor. Y, si me permite un consejo, usted debería ir a cambiarse.

—Es un buen consejo, Peter, gracias.

El portero descolgó un teléfono que tenía en la recepción y llamó a la compañía de taxis. Le dijeron que tardarían más de veinte minutos. Llovía a cántaros y, al parecer, una de las líneas de metro de Londres se había averiado.

No supe decir si estaba teniendo buena o mala suerte. Por un lado, no podía irme a casa y estaba atrapada en aquel vestíbulo con Daniel Bond y, por otro lado, no podía irme a casa y estaba atrapada en aquel vestíbulo con Daniel Bond.

—No se preocupe, Peter —le dije, decidiendo que lo mejor sería irme de allí y caminar bajo la lluvia. Con el frío seguro que recuperaría la capacidad de razonar como si tuviese más de quince años—. Me iré a pie, sólo vivo a diez minutos.

—No diga tonterías, señorita Clark —intervino Daniel, al que yo creía en el ascensor—. Se quedará empapada y se resfriará. O se caerá en medio de la calle con esos tacones.

Señaló mis zapatos con el mentón y me dio rabia que adivinase mis pensamientos de antes.

Se abrieron las puertas del ascensor y Daniel entró. No dije nada, lo mejor sería esperar a que él se fuese y luego me podría marchar sin ningún problema. Las puertas del ascensor se cerrarían en cuestión de segundos. Seis, cinco, cuatro... Daniel las detuvo con una mano.

—Si cuando vuelvo descubro que no se ha ido en taxi, señorita Clark, mañana la pondré a archivar toda la guía telefónica.

Las puertas se cerraron.

«No me importa archivar», pensé mientras sopesaba seriamente la posibilidad de irme andando bajo la lluvia, pero no lo hice. No lo hice porque

no podía quitarme de encima la sensación de que a Daniel, al señor Bond, me corregí, le gustaría que lo desobedeciese. Sonreí. Sí, seguro que él estaba convencido de que me iría a pie sólo para desafiarme. Qué equivocado estaba. Acababa de conocerlo, pero no podía evitar la tentación de provocarlo. De hacerlo reaccionar.

—El taxi está en la puerta —me dijo el portero.

—Gracias, Peter. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, señorita.

—¿El señor Bond ha venido en coche?

Él me sonrió antes de contestar.

—No, señorita. Esta mañana ha venido andando.

—Gracias, Peter. Le será muy difícil encontrar otro taxi.

—Muy difícil —convino el hombre con una mirada cómplice.

—Creo que, después de todo lo que ha sucedido, lo mínimo que puedo hacer es esperar a que el señor Bond baje y compartir el taxi con él.

—Por supuesto, señorita. Es lo mínimo. Iré a decirle al conductor que espere y no se preocupe, le daré una propina por las molestias.

—Gracias, Peter.

Me senté en una de las butacas Mies Van der Rohe y esperé.

Un minuto y medio más tarde, volvió a sonar la campanilla del ascensor.

—Peter, lamento volver a molestarlo, pero le importaría... ¿Qué está haciendo aquí, señorita Clark?

Daniel se había quitado el traje oscuro y se había puesto unos vaqueros, un jersey de cuello vuelto negro y unas botas. En la mano derecha llevaba una bolsa de deporte también negra y una cazadora de piel. Pensé que me quedaba sin respiración.

—Ah, señor Bond. —La oportuna reaparición del portero me salvó de hacer el ridículo—. La señorita Clark ha decidido esperarlo y compartir taxi con usted. Es todo un milagro que haya podido conseguir uno estando como está la ciudad.

Noté que Daniel desviaba la vista hacia mí y que contemplaba la posibilidad de rechazar mi ofrecimiento delante de Peter; él quedaría como un maleducado y yo como una idiota que le estaba haciendo la pelota a su nuevo jefe. No sé por qué, quizá por el modo en que apretó la mandíbula o

por cómo le brillaron los ojos, pero supe que no iba a hacer tal cosa.

—Sí, un milagro —dijo, en voz más baja que antes, y entonces se volvió hacia mí—: Gracias por esperarme, señorita Clark. No era necesario que se molestase.

—No ha sido ninguna molestia —repuse, poniéndome en pie.

Peter nos acompañó fuera con un paraguas, bajo el cual sólo me coloqué yo, y luego volvió al interior del edificio. Daniel entró en el taxi por la puerta que quedaba más lejos de la acera y, tras sentarse, se pasó las manos por el pelo para quitarse las gotas de lluvia. Dejó la bolsa de deporte entre ambos y le dijo mi dirección al taxista tras darle las buenas noches.

—¿Cómo sabe dónde vivo? —le pregunté yo en cuanto el taxi se puso en marcha.

—Lo he visto en su contrato, señorita Clark —me contestó, cruzándose de brazos—. ¿Qué hacía trabajando hasta tan tarde?

—Ponerle difícil mi despido.

¿Había dicho eso en voz alta? Apenas lo conocía, pero sabía que no debería provocarlo y esa frase era como mostrarle un capote rojo a un toro.

Sorprendentemente, él me sonrió y, tras unos segundos, pareció incluso que se le aflojaron un poco los hombros.

—¿David la ha puesto a trabajar con Martha?

—Sí —le contesté cuando conseguí recuperarme de su sonrisa.

El semáforo se puso en rojo y el taxi se detuvo. A pesar de que Peter había intentado cubrirme con el paraguas, me había mojado un poco y noté una gota de lluvia deslizándoseme por el cuello de la blusa. Daniel la siguió con la mirada y yo fui incapaz de entender por qué me daba cuenta de todas sus reacciones.

Él no intentó disimular, sino que mantuvo los ojos fijos en la gota, con el cejo fruncido. Volvía a estar furioso. Sería porque llegaba tarde a alguna parte, o por lo de aquella rubia. Victoria.

—¿Por qué volvió a Bloxham después de licenciarse, señorita Clark?

De todas las preguntas que habría podido hacerme, aquélla era probablemente la más incómoda. Preferiría contarle que sufría una leve adicción a las novelas románticas, que había vuelto a casa porque soñaba con enamorarme y formar una familia. Seguro que a Daniel Bond le daría un

ataque de risa si le decía que mi sueño era levantarme cada día con el hombre de mi vida a mi lado, ir a trabajar y volver a casa pronto para estar con mis hijos. Un niño y una niña, a poder ser.

Sí, seguro que le parecería una idea ridícula. Y a mí también debería parecérmelo, después de lo que me había sucedido, pero supongo que soy un caso perdido, aunque antes quisiera ver si de verdad es tan emocionante vivir al límite...

—¿Se encuentra bien, señorita Clark?

«Mierda. Me he quedado embobada sin contestarle».

—Llámeme Amy —le dije de repente. No me gustaba que me llamase «señorita Clark» o, mejor dicho, no me gustaba que se me pusiese la piel de gallina cada vez que se lo oía decir.

—Mejor que no, señorita Clark —se negó él, aunque los ojos le brillaron al final de la frase y me recordó a un niño pequeño cuando dice que va a portarse bien sin tener ninguna intención de hacerlo.

Aquel hombre era muy peligroso.

—A Martha la llama por su nombre y también a David y a Stephanie. Y a Peter. Y a Victoria —enumeré, mirándolo a los ojos y negándome a ceder.

—Tiene razón. Pero ellos no son usted, ¿verdad? A Patricia y a mí — cuando pronunció el nombre de Patricia sonrió y me restregó sutilmente que me había olvidado de incluirla en la lista— nos gusta mantener un trato cordial en el bufete y solemos llamarnos por nuestros nombres.

—Yo formo parte del bufete.

—Por poco tiempo.

—¡Qué más quisiera usted!

«¡Tengo que aprender a morderme la lengua!»

Volvió a sonreír.

—No ha contestado a mi pregunta —me recordó y el taxi retomó la marcha.

—Y usted sigue sin llamarme por mi nombre.

La lluvia caía con fuerza y el ruido del limpiaparabrisas se repetía constante en el interior del vehículo. Él estaba sentado de lado, mirándome, y yo me alisé la falda y fingí estudiarme las uñas. Había ido a hacerme la manicura un par de días antes y aquel color rosa claro era muy elegante...

El taxi frenó de repente y me di cuenta de que no me había puesto el cinturón de seguridad. Una bicicleta pasó justo por el lado de mi ventanilla, con el joven ciclista insultando al conductor. El chico estaba empapado y llevaba una bolsa de mensajero colgando de un lado.

Yo no me había dado de bruces contra el cristal que separaba los asientos de los pasajeros del conductor porque Daniel me había puesto el brazo delante y me estaba sujetando con el otro.

—Disculpen —se apresuró a decir el taxista—. Con esta lluvia no he visto la bicicleta y esos mensajeros van como alma que lleva el diablo.

—No se preocupe —contestó Daniel sin soltarme—. Estamos bien.

¿¡Estamos bien!? El corazón me latía tan de prisa que había empezado a sentírmelo en la garganta y el estómago me había ido a parar a los pies. Y cada vez que tomaba aire, notaba su brazo pegado a mi torso. Bajé la vista hacia ese brazo y respiré.

Él lo apartó despacio, retiró la mano con que se había sujetado a la puerta y luego se echó hacia atrás. Su otra mano estaba alrededor de mi antebrazo y sentí cómo aflojaba los dedos uno a uno; luego hizo algo todavía más sorprendente: me alisó la manga de la americana y me apartó un mechón de pelo que se me había soltado del recogido. Me pareció que lo acariciaba durante un instante, pero seguro que me lo imaginé.

—Gracias —le dije, tras tragar saliva.

—De nada.

Pasó un minuto durante el cual no nos dijimos nada. Yo no podía pensar. La lluvia, el perfume de Daniel, que empezaba a dominar el interior del taxi, la piel de gallina de mi espalda. Me atreví a mirarlo y lo encontré con la vista fija al frente, aunque vi que le temblaba levemente el músculo de la mandíbula. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas levemente separadas. Parecía incómodo, igual que en el ascensor esa mañana: una pantera enjaulada.

—Hemos llegado —anunció el taxista.

Miré por la ventana y comprobé que nos habíamos detenido delante del portal del edificio de Marina. Cogí el bolso para pagar, pero una mano me lo impidió.

—No me ofenda —dijo Daniel muy serio.

Se movía tan rápido que yo ni siquiera había tenido tiempo de reaccionar. Había colocado una mano encima de la mía y mis ojos parecían negarse a dejar de mirar cómo sus dedos cubrían los míos. Eran mucho más cálidos de lo que me había imaginado.

—Llámeme Amy.

Durante un instante pensé que se negaría. Y de hecho, lo hizo.

Apartó la mano de encima de la mía sin dejar de mirarme a los ojos.

—Buenas noches, Amelia.

No me había dado cuenta de que había dejado de hacerlo, pero cuando le oí pronunciar mi nombre volví a respirar.

Abrí la puerta del taxi y me aseguré de tener el bolso y el maletín bien sujetos.

—Buenas noches, señor Bond.

Salí y cerré a toda prisa, para que la lluvia no entrase en el interior del vehículo y me dije que no lo había visto sonreír.

## 6

Después del incidente de la lluvia no vi al señor Bond durante unos cuantos días. Y no pensé en él. Ese hombre me confundía; yo nunca había reaccionado así ante nadie, por eso precisamente leía novelas románticas; porque nunca me sentía «sobrecogida de deseo» ni «embargada de pasión». Y era una locura que estuviese tan fascinada (elegí ese término a falta de otro mejor) con un hombre que había dicho que pretendía echarme de mi trabajo. Un trabajo que me encantaba, y no sólo por el trabajo en sí mismo, sino también porque había empezado a conocer gente y a descubrir una parte de mí que probablemente no habría descubierto jamás si me hubiese quedado en Bloxham.

Mamá y papá me llamaban a diario para preguntarme cómo estaba, creo que al principio estaban convencidos de que les diría que no me adaptaba a la ciudad y que volvía a casa. Pero poco a poco fui notando que se relajaban y que se alegraban por mí, en especial papá. Con Robert todavía no había hablado, aunque seguro que mi querido hermano mayor estaba al tanto de todo lo que me sucedía. No le conté a nadie que el socio de Patricia había amenazado con echarme y la verdad era que empezaba a creer que me había imaginado todo el incidente. Hasta el miércoles de la segunda semana.

Mi jefe inmediato, David Lee, se encargaba de representar a Gloria Howell en el que ya era considerado uno de los divorcios más caros de la historia de Inglaterra, más o menos a la altura del de sir Paul McCartney.

Esa tarde, los todavía señor y señora Howell iban a encontrarse en el bufete con sus respectivos abogados para intentar llegar un acuerdo que les

evitase ir a juicio. Martha y yo nos habíamos pasado dos días con la nariz pegada al ordenador, repasando balances, cuentas y cualquier documento que nos sirviese para demostrar que el señor Howell había ocultado su patrimonio para no tener que pagarle a su mujer la cantidad que ésta solicitaba. Al final habíamos encontrado el rastro de varias cuentas en paraísos fiscales, sociedades fantasma y una casa a nombre de una bailarina de Las Vegas.

David Lee estaba convencido de que la reunión con el señor Howell y su abogado iba a ser una completa pérdida de tiempo; a pesar de que existían pruebas de que le había sido infiel a su esposa, Ruffus Howell quería ir a juicio. El excapitán de la selección inglesa confiaba en que en ese campo también saldría vencedor. David nos felicitó a Martha y a mí por el trabajo que habíamos llevado a cabo y nos pidió que lo acompañásemos a la reunión.

La noche anterior apenas pude dormir, repasando una y otra vez toda la información que teníamos acerca de Howell. Probablemente yo ni siquiera iba a tener que hablar, pues David Lee llevaría la voz cantante en la reunión y Martha actuaría como su ayudante, pero aun así estaba nerviosa: era la primera vez que asistía a una negociación.

Me desperté y desayuné con Marina, que insistió mucho en que quería celebrar conmigo aquel acontecimiento. Marina es así de genial. Cuando pasó lo de Tom, no me preguntó nada, como si supiera que yo no quería hablar del tema, pero ahora insistía en celebrar que iba a tener mi primera reunión importante.

Preparó chocolate caliente y salió a comprar unas pastas buenísimas que vendían en una pequeña cafetería cerca de casa.

Llegué al bufete y fui en busca de Martha; ella y yo solíamos llegar a la misma hora, pero esa mañana tuve que esperarla. De camino a mi box, pasé por delante del despacho de Patricia y vi que tenía la puerta entreabierta. Me acerqué con intención de darle los buenos días, pero me detuve en seco al ver que estaba hablando con Daniel Bond y que no parecía ser una conversación agradable.

Estaban muy cerca el uno del otro; Daniel de espaldas a mí, con una postura que irradiaba tensión, y Patricia con el cejo fruncido. No podía oír lo que decían, y sé que no debería haberme quedado allí parada, pero no pude evitarlo. Ella dijo algo y levantó la mano derecha con intención de tocarle la

mejilla a Daniel, pero él se apartó antes de que pudiese hacerlo y sus hombros se tensaron todavía más.

—Hola, Amy —me saludó Martha desde el pasillo.

Me volví de repente hacia mi compañera y recé para que no me hubiese pillado curioseando.

—¿Estás lista para hoy? —me preguntó.

Yo aproveché para reanudar la marcha en dirección a mi puesto de trabajo.

—Eso creo —le contesté—, pero yo sólo escucharé. David y tú sois quienes lleváis el caso.

—Cierto, pero en estas reuniones nunca se sabe, quizá tú te des cuenta de algo que a nosotros se nos pase por alto. Al final, lo importante es proteger lo mejor posible los intereses de nuestro cliente.

—Claro.

Martha y yo íbamos caminando por el pasillo y oí que a nuestra espalda se cerraba la puerta del despacho de Patricia. Dos segundos más tarde, volvió a abrirse y alguien salió. Daniel Bond. Igual que el día del ascensor, noté sus ojos fijos en mí.

¿Me llamaría y me despediría por haber estado fisgoneando? Sólo había sido un segundo, aunque no conseguía aflojar el nudo que se me había hecho en el estómago al ver que Patricia iba a acariciarlo. ¿Había algo entre ellos dos? ¿Por eso lo había molestado tanto a él que la tal Victoria hubiese ido a buscarlo? Patricia era como mínimo quince o veinte años mayor que Daniel, pero no sería la primera que iba con un hombre mucho más joven que ella. Y además era una mujer muy atractiva.

Oí que sus pasos se alejaban por el pasillo en dirección contraria y respiré aliviada.

Tal como había anticipado David Lee, la reunión entre el señor y la señora Howell fue un completo fracaso. Él se presentó con su abogada, Lucinda Cleese, una mujer que parecía comer pasantes para desayunar. La señora Cleese y David Lee intercambiaron insultos con suma cortesía y pensé que los divorcios que había llevado en Bloxham no se parecían en nada a ése.

Yo había visto a Ruffus Howell por la tele muchas veces, era imposible coger un autobús o un metro sin encontrarte con uno de sus anuncios de maquinillas de afeitar, ropa interior o leche de soja. Al natural era todavía más guapo, pero había algo en sus ojos que me puso la piel de gallina. Y no en el buen sentido.

Cuando entró en la sala, fulminó a su esposa con la mirada para luego ignorarla durante el resto del encuentro, algo que me pareció tremendamente insultante. Contestó, con sarcasmo, por supuesto, a un par de preguntas a David Lee y mientras respondía a la segunda, puso la mano en el antebrazo de su abogada y tanto yo como el resto de los presentes tuvimos la certeza de que eran amantes. O que lo habían sido. O que lo iban a ser.

Como si eso no fuese bastante, Howell nos desnudó a Martha y a mí con la mirada. Con ella se detuvo muy poco, algo le debió ver que lo desalentó de seguir adelante, quizá de algún modo desprendía que estaba comprometida y que su novio medía más de dos metros. Pero yo no tuve tanta suerte, y eso que agaché la cabeza e intenté por todos los medios fingir que no veía que me estaba mirando; sus avances no eran bien recibidos, capitán de la selección inglesa de fútbol o no.

—Entonces, nos veremos en el juicio —dijo Lucinda Cleese cerrando teatralmente un cuaderno de piel negra en el que no había apuntado nada.

—Si ya sabías que ibas a hacernos perder el tiempo, querida Lucinda, no deberías haber venido —le contestó David con una sonrisa.

La abogada se puso en pie y el señor Howell hizo lo mismo.

—Piénsalo bien, David, mi cliente es uno de los hombres más queridos de Inglaterra. No vas a conseguir más de lo que os estamos ofreciendo.

—Si es así, no tienes de qué preocuparte, ¿no? Además, a mí no me importa si el señor Howell es el hombre más querido de toda Inglaterra o del mundo entero, lo único que quiero es que mi clienta reciba lo que le pertenece. Y tú sabes mejor que nadie lo mal que nos tomamos los ingleses que nuestros héroes nos decepcionen.

Lucinda Cleese levantó la nariz, airada, y excapitán de la selección abrió la puerta de la sala de reuniones. David había sido muy listo al insinuarle a su contrincante que disponía de las pruebas necesarias para bajar a Ruffus Howell del pedestal en que lo había colocado la opinión pública.

—Bueno, no ha salido tan mal como esperaba —nos confesó David en cuanto se cerró la puerta—. Muchas gracias por venir, señora Howell. —Se dirigió a nuestra clienta, que discretamente se estaba secando una lágrima—. Lamento que el encuentro la haya afectado.

—No te preocupes, David, y llámame Gloria —contestó ella—, dudo que haya alguien que sepa más cosas de mí y de mi matrimonio que tú, así que... —Levantó una mano y se secó la única lágrima que había escapado de su férreo control—. No sé por qué todavía me importa.

—Pronto habrá terminado, Gloria —la consoló él—. Vete a casa y deja que hagamos nuestro trabajo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó ella con resignación.

—Amy te acompañará a la salida —sugirió mi jefe inmediato, mirándome.

—Por supuesto —dije yo, aquella mujer estaba tan triste que tenía ganas de abrazarla.

Lo confieso, Gloria Howell siempre me había caído bien. Ella y su marido habían sido novios desde la adolescencia e incluso lo había mantenido mientras él intentaba abrirse camino en equipos de segunda. Durante años, habían sido la pareja de novios preferida de las revistas del corazón, hasta que ella dejó de ir a los partidos y de asistir a las fiestas.

—Si es tan amable de acompañarme, señora Howell.

Gloria se despidió de David y de Martha y me siguió por el pasillo que conducía al ascensor. Vi que volvía llorar y que se secaba las lágrimas con la misma discreción de antes.

—Seguro que cree que soy una estúpida —me dijo, al notar que la miraba.

—No, no creo que sea una estúpida —repliqué de inmediato y aminoré la marcha para quedar a su lado.

—Pues lo soy. Siempre pensé que Ruffus y yo envejeceríamos juntos y ahora tengo la sensación de que estoy de luto. Es como si mi Ruffus hubiese muerto hace años y justo ahora me doy cuenta. Estúpido, ¿no? Prefiero pensar que mi marido ha muerto a creer que lleva años engañándome.

—Tal vez sea lo mismo —le dije yo, mirándola a los ojos—. Quizá la mujer que usted es ahora se merezca estar con un hombre mucho mejor que

el señor Howell de ahora.

Me mordí el labio inferior en cuanto terminé la frase. ¿Quién era yo para dar consejos?

—Quizá tenga razón...

—Amy —le dije mi nombre sin molestarme que no lo recordase.

—Amy. —Me tendió la mano—. Gracias por acompañarme.

—De nada.

Estábamos frente al ascensor. Cuando éste se abrió y ante nosotras apareció el señor Ruffus Howell en persona.

—Vaya, qué sorpresa —exclamó con una sonrisa sardónica—. No encuentro el móvil —explicó, metiéndose las manos en los bolsillos—. ¿Me acompañas a buscarlo, Glo, o querrás reclamármelo más tarde?

Vi que a la señora Howell volvían a llenársele los ojos de lágrimas, mientras él sonreía satisfecho.

—Yo lo acompañaré, señor Howell —me ofrecí, antes de que dijese algo más ofensivo contra su esposa—. Adiós, Gloria.

Me despedí con una sonrisa y me aseguré de que se cerraba el ascensor con ella dentro antes de dirigirme al recién llegado.

—No se deje camelar por las lágrimas de Glo, es toda una artista —me advirtió Ruffus Howell sin dejar de sonreír, pero modificando la posición de los labios.

Me recordó a los malos de los dibujos animados que miraba de pequeña.

—Si quiere, puede esperar aquí y yo iré a ver si encuentro su teléfono.

—No, prefiero acompañarla.

—Como quiera. —Me di media vuelta y empecé a caminar de nuevo por el pasillo. Nos cruzamos con Martha y, al verla levantar las cejas, le expliqué lo que sucedía antes de que me lo preguntase—; El señor Howell ha perdido su teléfono móvil y cree que podría estar en la sala de reuniones.

—Yo no he visto nada, pero no está de más comprobarlo. Te espero en mi despacho dentro de dos minutos, ¿de acuerdo? —añadió mi compañera, mirando directamente a Howell.

En ese instante le habría dado un beso a Martha. Hacía pocos días que nos conocíamos y ya se había dado cuenta de que aquel hombre me ponía los pelos de punta. Y su actitud, peor que la del lobo de Caperucita, no ayudaba

demasiado.

—No sabía que los bufetes de abogados funcionasen igual que los internados —se burló él en cuanto Martha se alejó un poco—. Su amiga se ha comportado como una madre superiora.

Abrí la puerta de la sala de reuniones y entré sin dignarme contestarle; él me siguió. Aparté las sillas de la mesa y miré en el suelo; mientras, Howell sencillamente se apoyaba en una pared.

—Su teléfono no está aquí —afirmé con total convicción.

—Vaya, qué lástima.

Se apartó de la pared y se acercó a mí. Yo estaba en el extremo más alejado de la puerta y la mesa me bloqueaba por la izquierda. A la derecha tenía una pared. Una de las pocas del bufete que no era de cristal.

—Será mejor que lo dé de baja cuanto antes —le sugerí como una idiota.

No sabía qué decir y no me gustaba nada el modo en que me miraba.

—Lucinda se encargará —contestó él, sin dejar de moverse—. Eres nueva, ¿no? La primera vez que vine, David sólo tenía a esa remilgada como asistente.

Mis piernas empezaron a flaquear.

—Me he incorporado hace poco —le informé, intentando fingir que manteníamos una conversación de lo más normal y que él no estaba a menos de medio metro de mí.

Mi espalda chocó contra la pared y Ruffus Howell alargó un brazo y lo apoyó en la silla de la presidencia de la mesa, impidiéndome salir.

—Señor Howell, la señorita Reynolds me está esperando —le recordé, haciendo referencia a Martha.

—Oh, no se preocupe, seguro que lo entenderá —me dijo él, mostrando sus blanquísimos dientes e inclinándose hacia mí.

—Apártese, señor Howell.

—Tranquila, he cerrado la puerta al entrar. No nos molestarán —repuso el muy cretino, interpretando que mis nervios se debían a que tenía miedo de que nos pillaran.

—Gritaré.

—Grita tanto como quieras.

Cerré el puño de la mano derecha y me pregunté si me arrestarían si le

daba un puñetazo al capitán de la selección inglesa de fútbol.

«Si no se aparta se lo doy —pensé—. No me merezco que mi primer beso después de...»

La puerta se abrió de repente.

—Apártate de la señorita Clark, Ruffus.

—Hola, Daniel. —Howell saludó a mi salvador y su sonrisa se ensanchó un poco más hasta convertirse en una mueca esperpéntica.

—Apártate.

Daniel Bond entró en la sala y se acercó a donde yo estaba sin dejar de mirarme a los ojos. No desvió la vista hasta que me vio asentir levemente, un gesto que hice de manera inconsciente, pues estaba absorta mirándolo. Tuve la sensación de que si le hubiese dicho que el señor Howell se había propasado, lo habría echado de allí sin dudarlo. Sin dudar de mí.

—No volveré a pedírtelo, Ruffus —le advirtió él, en cuanto quedó a medio metro del otro hombre.

Howell me miró el escote. Yo había elegido precisamente ese día para ponerme una blusa de seda blanca. No transparentaba mucho y, además, debajo llevaba uno de esos visos de seda que parecen de otra época, pero, aun así, tuve ganas de taparme. No lo hice, no quería levantar las manos y que aquel cretino volviese a sonreírme. Apreté los dedos para contener el impulso y Daniel, evidentemente, se fijó en el gesto.

—Basta, Ruffus. —Lo cogió por el antebrazo y lo apartó de mí con un único y firme movimiento.

El señor Howell quedó con la espalda pegada a la pared y Daniel, aunque lo soltó, se colocó justo delante de él y le dijo muy despacio:

—Discúlpate con la señorita Clark, Ruffus.

—He venido a buscar mi móvil —se justificó, fingiendo que la presencia

de aquel hombre más joven y mucho más fuerte que él no lo intimidaba.

—¿Este móvil? —Daniel le mostró un smartphone que dejó con un golpe seco en la mesa—. Estaba en el servicio de caballeros. Aunque eso ya lo sabías, ¿no?

—No todos somos tan retorcidos como tú, querido Daniel.

Yo habría podido irme, pero mis pies y mis ojos se negaron a alejarse de allí; gracias a eso, vi que esa última frase había herido a Daniel, o, como mínimo, rozado, porque frunció el cejo y, por un instante, le cambió el brillo de los ojos.

—Vete de aquí, Ruffus. Y no vuelvas si no es por algo que tenga que ver con el divorcio.

—Tú tendrías que ser mi abogado y no el de Gloria. Se suponía que eras mi amigo.

Eso sí que no me lo esperaba.

—Ya sabes por qué soy el abogado de Gloria.

—Oh, sí, me olvidaba... Estás convencido de que porque le fui infiel merezco ir al infierno. ¿Y qué te mereces tú, Daniel? ¿Adónde van los hombres como tú?

Él entrecerró los ojos, que se le vieron completamente negros. Me pareció que apretaba la mandíbula, pero el resto del cuerpo lo mantuvo inmóvil.

—Discúlpate con la señorita Clark.

Al oír de nuevo mi nombre, me esforcé por centrarme en lo que estaba pasando y no en lo que mi mente estaba pensando. ¿Ruffus Howell y Daniel Bond eran amigos?

Los dos se sostenían la mirada, midiéndose como si fueran a batirse en duelo. Aun en el caso de que fuesen amigos, algo que me costaba creer, no sería bueno para nadie que se liasen a puñetazos en medio de la sala de reuniones. Seguro que a Patricia no le gustaría. Y yo no quería darle ningún motivo al señor Bond para despedirme.

—No es necesario —dije, para ver si así disminuía un poco la tensión.

—Por supuesto que es necesario —repuso Daniel rotundo.

El señor Howell levantó la vista para mirarlo a los ojos y, tras unos segundos, abrió los suyos como si acabase de descubrir algo realmente sorprendente.

—No sabía que fuera tuya —dijo entonces y Daniel retrocedió un poco y movió levemente la cabeza, intentando negarlo. Howell levantó una mano y lo detuvo—: Le ruego que me disculpe, señorita Clark, todo ha sido un malentendido.

Luego cogió el móvil de donde Daniel lo había puesto y se fue de allí dejándome a mí confusa y a Daniel Bond en completo silencio.

—Gracias por haber venido a ayudarme —le dije yo tras unos largos segundos.

No sabía si quería que me fuese, pero después de haber estado unos días sin verlo, quería quedarme un poco más. Y no iba a analizar el porqué. Daniel Bond acababa de salvarme de una situación como mínimo embarazosa y eso lo convertía en lo más parecido a un príncipe azul que yo hubiese visto nunca. Aunque cualquiera que lo viese entonces diría que se arrepentía de haberme ayudado. Quería preguntarle qué había querido decir Howell con lo de que yo era suya, pero no me atreví. Los ojos le brillaban con intensidad y era más que evidente que estaba haciendo un esfuerzo por contenerse.

Él se dio cuenta de que lo estaba mirando y sacudió la cabeza para despejarse; después volvió a centrar sus ojos negros en mí. Esperé a que hablase.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Perfectamente. —Respiré—. Gracias a ti.

—No deberías haberte encerrado aquí con él —dijo, recorriéndome con la mirada, como si quisiera comprobar que de verdad había salido ilesa del encuentro.

Debió de sentirse satisfecho con el resultado, porque se metió las manos en los bolsillos y se dio media vuelta.

—Él ha entrado detrás de mí y ha cerrado la puerta. Me he portado como una estúpida —solté yo, casi sin saber por qué.

No, sí sabía por qué; no quería que Daniel creyese que me había encerrado gustosa en la sala de reuniones con el señor Howell.

Se detuvo y se volvió de nuevo.

—No eres estúpida, Amelia. Eres demasiado inocente.

—¿Por qué lo dices como si fuese un insulto?

Para mi sorpresa, el majestuoso Daniel Bond se sonrojó un poco, lo que

lo hizo todavía más atractivo.

—No es un insulto, es una barrera.

—¿Una barrera? —le pregunté confusa.

—No me haga caso, señorita Clark. Acabo de llegar del aeropuerto y estoy de mal humor.

Volvió a tratarme de usted, pero esta vez no me importó. Tuve la sensación de que era algo entre nosotros. «Ya está, Amy, ya vuelves a imaginarte cosas».

—David Lee me ha dicho que está impresionado con usted —continuó él.

—Eso es bueno, ¿no, señor Bond? —Le sonreí.

—No lo sé, señorita Clark. No lo sé.

Se frotó la cara y, por primera vez desde que había entrado en la sala, me di cuenta de que tenía ojeras y que parecía muy cansado.

—Debería irse a casa y descansar un rato, señor Bond.

—No creo que pueda. —Se balanceó sobre los talones, un gesto que no encajaba con el tipo duro que había amenazado a uno de los hombres más famosos de Inglaterra hacía unos minutos. Carraspeó y se puso firme—. ¿De verdad estás bien, Amelia?

Sonreí al oír mi nombre otra vez. Nunca me había parecido tan sexy. Normalmente, me parece anticuado y pasado de moda. Cursi incluso. Pero en boca de Daniel Bond sonaba sencillamente perfecto; elegante, misterioso. Sensual. Él pronunciaba cada sílaba, cada letra, como si su lengua quisiera grabar esos movimientos en su paladar.

—De verdad, Daniel.

Me acerqué a él e hice algo completamente inapropiado. Mucho más inapropiado que mis pensamientos. Me puse de puntillas y le coloqué una palma en la mejilla. Lo noté temblar bajo mi mano; empezaba a notársele la barba, así que seguro que no había podido afeitarse en el avión.

—Gracias —le susurré al oído derecho y, antes de apartarme, le di un beso en la mejilla.

Me fui de allí antes de que él pudiera reaccionar y decidiese despedirme, y de que yo me convenciese a mí misma de que podía volver a besarlo.

—¿Irás a la fiesta? —me preguntó Martha.

—¿Qué fiesta? —le pregunté, mientras almorzábamos, una semana más tarde. Había decidido no contarle nada de lo del señor Howell; básicamente porque luego tendría que contarle lo de Daniel Bond y entonces probablemente tendría que explicarle algo que por el momento ni siquiera yo entendía.

—La del Museo Británico. La organiza el colegio de abogados con el patrocinio de los bufetes más importantes de la ciudad. Mercer & Bond participa cada año.

—No creo que me inviten, acabo de llegar —afirmé convencida.

—Siempre estamos todos invitados. Seguro que David o Patricia te lo dirán hoy mismo.

—Así es, Amy —nos interrumpió David, entrando con un sobre en la mano—, aquí tienes tu invitación.

—Gracias —balbuceé—, aunque creo que...

—Ah, no, no te atrevas a decir que no vas a venir —me interrumpió Martha—, es la primera vez que no soy la abogada más joven del bufete. Tienes que venir.

—Martha tiene razón, Amy. Tienes que venir. Es un acto muy importante y a los socios les encanta demostrar lo generosos que son al invitar a sus empleados.

Alguien dio unos golpecitos en la puerta y los tres nos volvimos hacia allí. Era Patricia: parecía cansada, pero tenía una sonrisa en los labios e iba tan elegante como siempre.

—Te estaba buscando, David, ¿tienes un momento?

—Por supuesto, para ti todos los que quieras, Patricia —le contestó él, flirteando.

—Oh, no, ¿qué has hecho esta vez? —El piropo no dejó indiferente a Patricia, que se sonrojó.

—¿Yo? Nada —se defendió David—. Le estaba diciendo a Amy que tiene que venir a la fiesta del viernes.

—Ay, es verdad, Amy, me había olvidado de comentártelo. Han sido

unos días muy complicados y...

—No hace falta que te disculpes, por favor —la detuve.

Patricia había hecho tantas cosas por mí que me incomodaba que se sintiese culpable por esa nimiedad.

—En fin, tienes que venir y no porque David te haya dicho que nos encanta presumir de empleados —puntualizó, mirando al abogado, cuyo rostro se puso del color de la corbata escarlata que llevaba.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Iré. Gracias por invitarme —contesté para salvar a mi jefe.

Patricia me sonrió y luego volvió a mirar seria a David.

—Señoritas —dijo éste—, seguid trabajando en el divorcio de los Howell. La última reunión fue bien, pero no quiero ninguna sorpresa en el juicio. —Y desapareció junto con Patricia.

Martha y yo seguimos con el caso, aunque confieso que, en más de una ocasión, me descubrí pensando que no tenía nada que ponerme para esa fiesta. Al final me di por vencida y, aunque sabía que quedaría como una quinceañera, me atreví a preguntárselo a mi compañera.

—¿Tú qué te pondrás para la fiesta?

Martha dejó el bolígrafo encima de la mesa y apartó los papeles que tenía delante.

—No sabes qué clase de fiesta es, ¿a que no?

—¿A qué te refieres?

—Abre la invitación —me dijo, señalando el sobre que, efectivamente, yo no había abierto.

Rompí el lacre, no sabía que hoy en día aún se utilizaran esas cosas, y saqué la invitación.

—Es un baile de máscaras.

Tras recuperarme de la impresión y decidir que encontraría alguna excusa para no ir a la fiesta, como por ejemplo que había tomado la determinación de entrar en un convento, me centré en mi trabajo: repasar por enésima vez el acuerdo prematrimonial de los Howell.

Igual que los demás días, me quedé sola hasta tarde en la biblioteca del

bufete, intentando ponerme al día. Aunque me molestase reconocerlo, en Bloxham, la práctica del Derecho era algo distinta a la de Londres.

Estaba leyendo una aburridísima sentencia cuando oí la puerta y, al levantar la vista, me topé con el causante de que estuviese hasta las tantas repasando jurisprudencia.

—¿Qué está haciendo aquí, señorita Clark? —Daniel sacudió el brazo izquierdo y se miró el reloj, que sobresalió por el puño de la camisa blanca. Volvía a llevar un traje negro, pero no tenía el pelo mojado como el primer día—. Debería haberse ido a casa hace un rato.

—Y usted también —repuse.

Se metió las manos en los bolsillos y se acercó a la mesa en la que yo estaba trabajando. Cuando pasó por detrás de mí, pensé que se detenía un segundo, pero no, seguro que sólo fue mi imaginación. ¿Por qué quería que se detuviese a mi espalda? No tuve tiempo de analizarlo pues él siguió avanzando hasta pararse a un lado de la mesa, a dos sillas de distancia de la que yo ocupaba.

—Lamento lo que sucedió con Ruffus —me dijo.

—No fue culpa tuya. No tienes por qué disculparte por él.

—Debería haberle advertido a David acerca de su carácter impetuoso —añadió, asumiendo de nuevo la responsabilidad por lo sucedido.

—No sabía que fueras amigo del señor Howell.

—¿Amigos? ¿Ruffus y yo? No, no somos amigos —replicó, ofendido por la mera observación.

—Lo siento —rectifiqué de inmediato. No quería echar a perder la primera conversación más o menos normal que manteníamos.

—Howell y yo coincidimos una vez en un sitio. —¿Fueron imaginaciones mías o tardó mucho en elegir cada palabra?—. Y él se quedó con la idea equivocada de que tenemos cosas en común.

—Qué disparate —me salió del alma—, pero si sois completamente opuestos.

—Gracias, pero no deberías juzgar tan rápidamente a las personas. Quizá Ruffus Howell y yo nos parezcamos más de lo que crees —respondió, mirándome a los ojos.

—No. Imposible —insistí, a pesar de que tuve el fuerte presentimiento de

que en su frase había una advertencia.

—David me ha dicho que está muy contento contigo —comentó, encogiéndose de hombros.

Seguía con las manos en los bolsillos y si a eso le sumamos su cara de cansado y la barba que empezaba a salirle, el resultado final era devastador. Daniel Bond en plan abogado agresivo era impresionante, pero cansado y algo inseguro, porque eso era exactamente lo que parecía en ese momento, dejaba sin aliento.

El hombre que tenía delante en ese preciso instante no parecía el mismo que había echado a Ruffus Howell de la sala de reuniones. ¿A qué se debía el cambio? ¿Qué había sucedido durante los días que no lo había visto?

—Estoy aprendiendo mucho y todo el mundo es muy amable conmigo.

Él asintió y creo que tuvo intención de sonreírme, pero al final no lo hizo.

—Será mejor que me vaya —dijo entonces. Y se dirigió decidido hacia la puerta. Pensé que se iría de allí sin más, pero se detuvo al tocar el picaporte —. No deberías haberme besado.

—Yo... —balbuceé.

—No vuelvas a hacerlo.

—Yo... —Perdí la capacidad de hablar.

—Patricia me ha contado que tu madre es su mejor amiga, así que sé que no puedo despedirte. Y es evidente que eres demasiado terca como para renunciar al trabajo. También me ha contado por qué decidiste irte de Bloxham —añadió, antes de que yo pudiese decirle que no era terca.

Genial, el primer hombre que me hacía sentir una atracción que hasta entonces creía que sólo existía en las novelas sabía lo que me había hecho mi novio, mi único novio. Perfecto. Sencillamente perfecto.

—¿Significa eso que puedo quedarme? —le pregunté, negándome a darle ninguna explicación acerca de Tom o de mi pasado.

—Significa que no voy a hacer nada para que te vayas —me aclaró él sin darse la vuelta—, pero lo demás sigue en pie.

—¿Lo demás? —Me sentí tan aliviada al saber que no intentaría despedirme que no supe a qué se refería con esa coletilla.

—Sí. A no ser que sea una cuestión de vida o muerte, manténgase alejada de mí, señorita Clark. ¿Comprendido?

—¿Por qué?

Oh, no, lo había dicho en voz alta. Y él se estaba volviendo poco a poco.

—¿Por qué? —Daniel repitió mi pregunta mirándome a los ojos—. Porque nos sentimos demasiado atraídos el uno por el otro.

El corazón me dejó de latir. Quizá me había quedado dormida y todo aquello era un sueño. No, Daniel Bond estaba allí de verdad, con sus ojos negros fijos en los míos, mirándome como si estuviese furioso. Tuve que tragar saliva varias veces antes de poder hablar.

—¿Y eso es malo?

Quizá el bufete tenía una política muy estricta en cuanto a las relaciones entre trabajadores. Pero él era uno de los dos socios, su nombre estaba en la puerta, seguro que podía hacer lo que quisiera.

—Puede serlo.

—¿Por qué? ¿Acaso tendrías problemas con Patricia si salieras conmigo?

No quería seguir dándole vueltas al tema, y si él tenía derecho a ser tan directo, yo también. O eso me dije cuando me noté la espalda empapada de sudor.

—No, aunque probablemente querría arrancarme la piel a tiras. —Se pasó las manos por el pelo y respiró hondo—. Yo no quiero salir contigo.

Vaya, entre mi ex y Daniel Bond mi ego jamás se recuperaría.

—Lo que yo quiero es mucho más complicado y tú no eres de la clase de mujer que puede entenderlo —aseguró, pero el brillo que apareció en sus ojos, sólo por un instante, proclamó a gritos que esa afirmación era falsa.

No sé qué me pasó exactamente. Quizá fue porque cuando pillé a Tom con aquella rubia de rodillas delante de él, haciéndole —cito textualmente sus palabras— «la mejor mamada de la historia», mi ex me dijo que yo no era de la clase de mujer que podía hacerlo feliz. ¿Qué clase de mujer se suponía que era yo? ¿De las que todo el mundo se atreve a ignorar o a pisotear? El caso es que dije:

—Yo tampoco quiero salir contigo.

Recogí furiosa mis cosas, devolví los libros a la estantería y me guardé la invitación en el bolso. Daniel seguía inmóvil en el mismo lugar, observándome intrigado.

—Si sabes lo de Tom —añadí, mientras ordenaba los libros—, entonces

entenderás que ahora mismo no quiera salir con nadie. —Cerré el portátil e intenté no hacerle pagar las consecuencias—. Ahora mismo, lo único que quiero es pasarlo bien. —Vi clarísimamente que él apretaba los puños y entrecerraba los ojos, pero seguí adelante—. No voy a negar que me siento atraída por ti, tú mismo lo acabas de decir —me colgué el bolso del hombro y me acerqué a él—, pero estoy convencida de que encontraré a otro hombre que me haga sentir lo mismo.

—Vaya con cuidado, señorita Clark. Está jugando a un juego muy peligroso —me advirtió, mirándome a los ojos.

Me concentré y le dediqué mi mejor mirada de mujer fatal; no quería que se diese cuenta de que todo aquello era una actuación.

—No se preocupe, señor Bond —le dije—. Ya buscaré a otro con quien jugar.

Levanté la mano para tocarle la mejilla y hacer una salida triunfal, pero él me cogió la muñeca y me detuvo.

—Esto no es ningún juego, Amelia.

—Suéltame.

Daniel me miró a los ojos. Noté cómo los dedos con que me aprisionaba la muñeca temblaban ligeramente. Casi podía sentir el calor de su piel bajo mis yemas, el cosquilleo que me produciría su incipiente barba. Detecté un leve olor a cloro y sonreí. No le había visto el pelo mojado, pero había ido a la piscina. Seguí sonriendo y él entrecerró más los ojos e inclinó un poco la cabeza, un poco más. Noté que su torso se acercaba al mío, las solapas de su americana me rozaron y el corazón casi se me salió por la boca.

Iba a besarme. Empecé a cerrar los ojos y me pasé la lengua por los labios en un gesto inconsciente. Pero entonces Daniel me soltó y se apartó. Cuando abrí los ojos, ya estaba en la puerta.

—Una última cosa —dijo.

Yo permanecí en silencio y, aunque Daniel no me veía, no habló hasta que yo asentí.

—No vayas al baile —ordenó, con un tono que dejaba claro que esperaba que lo obedeciese.

Salí de allí y me fui a la que, según todos los blogs de moda, era la mejor tienda de máscaras de Londres.

## 8

### *Royal London Hospital*

La campanilla del ascensor del hospital me devuelve al presente y sigo a la señora Portland por otro pasillo. Las paredes son blancas y los fluorescentes le dan un aspecto irreal, propio de un sueño, de una pesadilla. Pero es real. El nudo que se ha formado en mi garganta es asimismo real, igual que lo son las lágrimas que me rebosan los ojos.

—¿Puede explicarme qué ha sucedido? —le pregunto a la mujer, después de tragar saliva varias veces.

—El señor Bond ha tenido un accidente de coche. El médico le dará los detalles.

Su frialdad me pone los pelos de punta. Habla de Daniel como si no fuese una persona, como si no fuese la persona más importante del mundo para mí. Pero él no lo sabe y quizá no... Dejo de pensar en lo peor e intento saber más cosas.

—¿Se recuperará?

—Tal como le he dicho, el doctor la informará de todo —me contesta ella como si me riñese.

Voy a decirle algo, pero noto que Ricky, el enfermero que nos acompaña, me aprieta ligeramente el hombro y me callo.

—Es aquí. —La señora Portland se detiene frente a una puerta—. Si quiere, puede entrar.

—Gracias —le digo, cogiendo el picaporte.

Necesito ver a Daniel, pero esa arpía vuelve a detenerme.

—El doctor vendrá en seguida, pero aprovecho para decirle que en esta planta sólo se permite una visita en cada habitación.

—Comprendo.

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza llamar al tío de Daniel y a Patricia ya la llamaré más tarde. Y en cuanto al resto, pueden irse al infierno. Ahora lo primero es Daniel.

Elizabeth Portland asiente y se va y yo me quedo petrificada delante de la puerta.

—Entre —me dice Ricky abriéndola por mí—. Yo me quedaré aquí fuera, llámeme si me necesita.

Camino sin darme cuenta, lo primero que oigo es el bip-bip constante que sale de una de las máquinas que Daniel tiene enchufadas al cuerpo. Me acerco a él y le paso la mano por el rostro. Está caliente y le está saliendo la barba. Me late el corazón y veo que tiene una gota de agua en la mejilla; entonces descubro que estoy llorando y que mis lágrimas caen sobre él.

—Daniel —balbuceo—, lo siento.

Todavía no sé si soy capaz de ser lo que él necesita, pero sé que si se muere sin saber lo que siento, yo moriré con él.

Me echo a llorar y me desplomo en la silla que hay junto a la cama. Daniel parece estar simplemente dormido, pero la inmovilidad de su cuerpo es aterradora. Nunca he sentido tanto miedo de perder a alguien como ahora. Ni siquiera cuando discutimos hace unos días y él se fue de mi vida. No, yo me fui de la suya.

—Lo siento —repito, aferrándome a su mano.

El bip-bip de la máquina es lo único que me responde. La respiración de Daniel es tan leve que apenas puedo oírla. Levanto la cabeza y le suelto la mano para secarme la cara.

—No voy a permitir que me dejes —le digo solemne—. Yo no.

A Daniel lo han dejado demasiadas personas importantes a lo largo de su vida, a pesar de lo que él diga.

Vuelvo a fijarme y veo por primera vez la horrible cicatriz que le cruza el lateral izquierdo de la frente y el moratón que le está apareciendo en toda esa zona y que se le extiende por el cuello y probablemente por debajo del

camisón del hospital. También lleva vendada una parte del torso y tiene otro vendaje en la mano izquierda, con un par de dedos colocados encima de una férula de acero. La pierna izquierda está parcialmente enyesada y la tiene inmovilizada con un contrapeso que cuelga del techo.

Un mechón de pelo le ha caído sobre la frente y se lo aparto. Le acaricio de nuevo el rostro y deseo con todas mis fuerzas que abra los ojos y me vea. Siempre se me acelera el corazón cuando Daniel me mira, es como si el resto del mundo desapareciese.

—Estoy aquí, Daniel —susurro.

Me agacho y le doy un beso en los labios, pero en seguida me aparto. No porque me dé vergüenza que alguien nos vea, sino porque algo capta mi atención y me fijo en los objetos que hay encima de la mesilla auxiliar del lado de la cama.

Cerca del habitual teléfono de plástico blanco propio de los hospitales está el reloj de Daniel, un Rolex de acero que él mismo me contó que se había comprado tras ganar su primer caso en solitario, uno de los pañuelos de lino que siempre lleva en la americana, su móvil con la pantalla partida por la mitad —probablemente por el accidente— y una larga cinta de cuero negro muy delgada. Gastada, raída por varios puntos. Sin nada colgando de ella.

Los ojos vuelven a llenárseme de lágrimas.

—¿Dónde has estado estos días, Daniel? —le pregunto, a pesar de que sé que no va a contestarme.

Aunque lo que de verdad quiero saber es por qué ha desaparecido sin decirme nada. Por qué me ha dejado al margen. Porque le dije que no podía darle lo que necesitaba. Tuve miedo y no supe ser tan valiente como él.

Alguien llama a la puerta y me seco los ojos al ponerme en pie.

—¿Señorita Clark?

—Sí, soy yo. Llámeme Amy —le pido de inmediato al recién llegado.

No me gusta que nadie me llame Amelia, ni siquiera señorita Clark. Excepto Daniel.

—Por supuesto, soy el doctor Michael Jeffries. —Se me acerca y me tiende la mano—. ¿Le parece bien que hablemos aquí o prefiere ir a mi despacho?

—Si a usted no le importa, prefiero quedarme aquí —le contesto,

entrelazando de nuevo mis dedos con los de Daniel.

No quiero dejarlo solo.

—No, aquí está bien. Comprendo perfectamente que quiera estar con su prometido.

¿Mi prometido? Tardo medio segundo en recuperarme, pero si él se da cuenta de mi sorpresa no le parece extraña, teniendo en cuenta las circunstancias. Me planteo la posibilidad de corregirlo, pero me muerdo la lengua. Si en el hospital descubren que él y yo no somos nada el uno del otro, probablemente no me dejen estar aquí y llamen a su tío. Y Daniel no querría eso, me digo para justificar la farsa. Además, casi fui su prometida, si yo no hubiese resultado una cobarde y hubiese sido capaz de...

—El señor Bond ha llegado al hospital con una fractura craneal causada por un fuerte impacto que también le ha perforado un pulmón y le ha roto dos falanges de la mano izquierda y la rodilla del mismo costado.

—Dios mío —exclamo en voz baja.

Las palabras del médico me sacan de mi ensimismamiento con brutal rapidez y tiemblo sólo de pensar en lo que ha sufrido Daniel.

—Por fortuna, el coche del señor Bond se ha estrellado cerca de un pub muy concurrido y en seguida han llamado a una ambulancia.

—¿Sabe... sabe cómo ha tenido lugar el accidente? Daniel es muy buen conductor y seguro que no había bebido.

Él nunca pierde el control de nada y mucho menos de un coche. Y todos los que tiene, desde el Jaguar hasta el Jeep, están en perfecto estado. Sé que hay algo más, lo del accidente no tiene sentido, pero ahora no me importa. Sólo quiero que se ponga bien.

El médico comprueba unos datos antes de contestarme:

—Efectivamente, el señor Bond no tenía rastro de alcohol en la sangre. En cuanto al accidente, no sé cómo se ha producido, pero a juzgar por las heridas, diría que el lateral izquierdo de su coche ha debido de chocar contra algo muy pesado, un muro o un árbol, o quizá contra un camión. Supongo que la policía podrá informarla.

—¿Se pondrá bien?

—Ha ingresado en estado muy grave. A pesar de que la ambulancia ha llegado al lugar del accidente pasados pocos minutos, me temo que ha

perdido mucha sangre. Lo han traído inconsciente. La herida del pulmón está suturada y debería curarse sin ningún problema y los huesos de la mano y la pierna se soldarán, aunque tendrá que hacer rehabilitación.

—¿Y la herida de la cabeza?

El doctor Jeffries suspira un instante y me mira a los ojos.

—Hemos tenido que intervenirle de urgencia porque, tras hacerle un escáner, hemos detectado un gran hematoma en el cerebro y temíamos que la zona fuese a inundarse de sangre. La señora Portland se ha puesto en contacto con usted por si... —Carraspea y, tras una breve mirada, decide omitir la frase siguiente e ir directamente al final de su discurso—. La operación ha ido bien, ahora lo único que podemos hacer es esperar.

—¿Esperar?

—Sí, tenemos que dejar que el cuerpo del señor Bond asimile todo lo que ha sucedido. Si dentro de unas horas no se ha despertado, repetiremos el escáner y le haremos más pruebas.

—¿Puedo quedarme aquí?

—Sí. Si me necesita, llámeme —me da una tarjeta—, o pídale a alguna de las enfermeras que me localice. Volveré dentro de tres horas —puntualiza, tras mirar el reloj y antes de despedirse y salir de la habitación.

Me guardo la tarjeta con un gesto casi mecánico y vuelvo a sentarme en la misma silla de antes.

—Oh, Daniel.

Le acaricio de nuevo la cara y me quedo mirándolo como si pudiese obligarlo a despertarse sólo con mi fuerza de voluntad. Él ni siquiera se mueve. Jamás he deseado tanto poder retroceder en el tiempo y cambiar algo y no me refiero únicamente al accidente, aunque estaría dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de que Daniel no lo sufriese. Más que nada en el mundo, me gustaría retroceder hasta la noche de nuestra discusión. La noche en que él me dijo lo que necesitaba para ser feliz y yo le dije que no.

Me seco furiosa una lágrima y cojo la delgada cinta de cuero negro que hay en la mesilla. Levanto el brazo que Daniel tiene ileso y se la coloco en la muñeca, sólo le da dos vueltas —a mí me daba tres—, pero se la anudo y le doy un beso antes de colocarle de nuevo el brazo encima de la cama. Entrelazo mis dedos con los suyos y me parece notar una leve presión. Sólo

dura un instante, pero me aferró a la esperanza como a un clavo ardiendo.

Pasan las tres horas y aparecen unos enfermeros para llevarse a Daniel. Él no ha abierto los ojos y, aparte de la presión que he sentido antes, tampoco se ha movido. Me explican que tardarán varias horas y que puedo irme a casa, que me llamarán si sucede algo. No quiero irme, pero sé que ahí no puedo hacer nada y tengo que contarle a Patricia lo que ha pasado. Se me encoge el estómago sólo de pensar en ella y en la cara que pondrá cuando se entere del accidente. Siempre he tenido celos de su relación con Daniel; sí, quizá sea poco retorcido por mi parte, pero sé que ambos me están ocultando algo.

Resignada, me pongo en pie y le doy a Daniel un beso en los labios antes de irme. Uno de los enfermeros me mira raro, pero no me importa lo más mínimo. Él otro desvía la vista hacia la cinta de cuero que horas antes he anudado en la muñeca de Daniel.

—No se la quite —le digo.

El enfermero me mira y ve que hablo muy en serio.

—Si va a quirófano, se la quitarán.

—¿Molesta para las pruebas que tienen que hacerle ahora? —pregunto.

No sé por qué, quizá sean sólo los nervios, pero necesito que Daniel sepa que estoy a su lado y estoy convencida de que el único modo que tengo de decírselo es con esa cinta. No quiero que se la quiten. Si se despierta y la ve, sabrá lo que significa. Tengo ganas de llorar.

—No, no molesta —me dice de repente el enfermero. ¿Me habrá visto las lágrimas? Da igual, respiro aliviada y no lo disimulo—. Si tuviese que quitársela —añade cauteloso—, se la guardaré.

—Gracias.

Me voy de allí antes de echarme a llorar delante de ellos.

Arrastré a Marina a la tienda de disfraces y de máscaras y pasamos dos horas probándonos vestidos dignos de una película de época. Al final, aunque el estilo Jane Austen me atraía, terminé alquilando un precioso disfraz de pirata. Los pantalones de piel negra y las botas hasta las rodillas me gustaban y me hacían sentir atrevida, y el antifaz, también negro, junto con el sombrero de ala ancha ocultaban mi rostro lo suficiente como para fingir que no era yo la que los llevaba.

El traje se completaba con una holgada blusa blanca de algodón muy fino y medio corsé de cuero negro anudado encima. Evidentemente, también llevaba una espada colgando de la cintura, pero al final decidí no llevármela, porque no quería verme en la tesitura de utilizarla. Y porque, tal como dijo Marina, podía hacer caer a algún camarero con ella.

A la mañana siguiente, llegué al despacho con ganas de contarle lo del disfraz a Martha y de sonsacarle qué iba a ponerse ella, pero en cuanto pasé por delante de la biblioteca, los recuerdos del «casi beso» que Daniel al final no me había dado inundaron mi mente y me resultó imposible pensar en otra cosa. No sólo no me había besado, sino que me había dicho textualmente que no quería salir conmigo y luego me había ordenado que no fuese a la fiesta, el muy engreído. Era insoportable. Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en él? Por el modo en que me miró cuando me quitó a Ruffus Howell de encima y por cómo se me aceleraba el corazón siempre que se me acercaba.

Era absurdo. Ridículo. Seguro que la atracción que ambos sentíamos era pasajera. Yo hacía poco que había sufrido un gran desengaño y tenía ganas de tener mi primera aventura y él, bueno, de él no sabía nada, pero seguro que había alguna explicación.

Llegué al despacho de Martha y vi que ella todavía no estaba, así que aproveché para ir a la pequeña cocina que había en esa zona del bufete y preparar un poco de té. Esta se hallaba al final del pasillo y estaba provista de nevera, cafetera, microondas y distintas estanterías llenas de tazas y de cajas de galletas. Abrí la puerta, convencida de que no encontraría a nadie y me llevé una sorpresa.

Daniel Bond estaba preparando té. Acababa de sumergir las bolsas en el agua hirviendo, antes de ponerle la tapa a la tetera. Llevaba uno de sus elegantísimos trajes negros y tenía el pelo húmedo y, aunque no lo pareciese, encajaba perfectamente en aquel lugar. Había algo en su expresión, allí, estando a solas, que lo hacía parecer más joven, menos duro.

¿Quién era ese hombre? ¿Desaparecería en cuanto dejase de estar a solas?

—Buenos días, Amy —me saludó otra de mis compañeras desde el pasillo. Y Daniel levantó la cabeza y me pilló mirándolo. Como era de prever, la dulzura desapareció de su rostro con tanta rapidez que pensé que me la había imaginado.

—Buenos días —lo saludé.

—Buenos días —contestó él.

—Venía a preparar té —dije yo, justificando así mi presencia allí, a pesar de que no me había preguntado nada.

Daniel dejó la tetera encima de la mesa que había en el centro de la cocina, sacó una taza del armario y leche de soja de la nevera y me sirvió.

—Espera un poco, todavía está muy caliente —me aconsejó, levantando la taza para acercármela.

Yo la cogí, junto con la servilleta de papel que me dio también para que no me quemase.

—Gracias.

Nuestros dedos se rozaron en el asa y vi que él cerraba en seguida la mano.

—¿Cómo sabes cómo tomo el té? —le pregunté cuando reaccioné.

Me sonrió y pensé que se iría sin contestarme.

Me equivocaba.

—Porque, aunque intente lo contrario, siempre te presto atención.

Oh, Dios mío, seguro que se me había desencajado la mandíbula.

—Que tenga un buen día, señorita Clark.

Ahora sí que iba a irse.

—Un momento.

La mano con la que no sujetaba la taza cobró vida propia y se apoyó en la puerta para cerrarle el paso a Daniel Bond. A mi jefe. A uno de los profesionales más importantes e influyentes de Inglaterra.

—¿Sí? —Él enarcó una ceja y me miró intrigado.

—Tienes el pelo mojado —solté de repente—. Yo también te presto atención.

—He ido a nadar. Lo hago todos los días.

—Lo sé.

Y además se le notaba. Tenía la típica cintura estrecha y los hombros de un nadador.

—¿Necesitas algo más?

Habría podido apartarme sin ninguna dificultad, o sencillamente habría podido ordenarme que lo dejase pasar y despedirme a continuación, pero se quedó allí quieto, con la mirada fija en mí.

Todo eso era absurdo y a mí nunca se me habían dado bien los subterfugios, así que decidí seguir el lema de mi nueva vida y arriesgarme.

—Ayer por la noche... —me humedecí los labios y él siguió el movimiento con los ojos—, ¿por qué no me besaste?

—¿Querías que lo hiciera?

—Yo he preguntado antes.

Levantó la comisura derecha del labio.

—Eres demasiado abierta y sincera. No deberías decir siempre lo que piensas.

—¿Por qué?

—Porque así sólo conseguirás que te hagan daño.

—¿Qué tiene eso que ver con que no me besases?

—Todo. —Suspiró y se corrigió—: Nada.

Le vi tensar la mandíbula y volví a arriesgarme.

—Sí, quería que me besases —contesté.

—Por eso no lo hice —respondió él con absoluta seriedad—. Tú querías que te besase y que te abrazase, que te llevase a cenar y que hoy te mandase flores y te dijese que había sido una noche maravillosa. Y yo no hago esas cosas.

Me puso furiosa verlo tan seguro de sí mismo y de lo que habría sucedido.

—No sé qué quería exactamente, pero no sé qué tendría de malo desear todo lo que has dicho.

—Nada, absolutamente nada —afirmó él.

¿Por qué parecía triste y resignado?

—¿Entonces? —La atracción que sentía hacia aquel hombre iba a terminar volviéndome loca.

—No tiene nada de malo que desees esas cosas —repitió, mirándome—. Lo que estoy intentando decirte es que no esperes conseguir las conmigo.

—Yo no espero conseguir nada de ti —repliqué. ¿De verdad era tan cínico como aparentaba? Me miró incrédulo y añadí—: Mira, eres el primer hombre —por fortuna no dije el único— por el que siento...

Me sonrojé. Otra vez.

—¿Atracción? ¿Lujuria? ¿Deseo? —sugirió él con la voz ronca.

Asentí.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —prosiguió Daniel—. Si ni siquiera eres capaz de decirlo sin sonrojarte.

—Eso no significa que no esté dispuesta a averiguarlo —insistí yo.

—¿Averiguarlo? ¿De verdad quieres averiguarlo? —Esperó un segundo en silencio sin dejar de mirarme a los ojos—. Deja la taza encima de la mesa.

Obedecí de inmediato y los iris de él se oscurecieron.

—Anoche no te besé, porque el beso que tú querías y el que yo necesitaba darte eran opuestos. Tú querías que te besase con los ojos cerrados y acariciándote el rostro, que te abrazase con ternura y algo de pasión. Y yo necesitaba poseerte, besarte con los ojos abiertos, sin parpadear para no perderme ninguna de tus reacciones. Necesitaba sujetarte por el pelo y deshacerte el recogido que llevabas y que tú me dejases hacerlo. Lo que yo

necesito y lo que tú quieres no encaja, señorita Clark y, créeme, es mejor así.

—Tú no sabes lo que quiero. —Quizá tampoco lo supiera yo, porque en mi mente sólo veía imágenes de lo que Daniel había descrito y mi cuerpo estaba reaccionando de un modo hasta entonces desconocido—. Ya he tenido un novio que me mandaba flores al día siguiente y no quiero volver a tenerlo.

—¿Qué te hizo exactamente ese imbécil?

Sentí que se me encogía el estómago al comprobar que, sin saber todos los detalles de la historia y sin apenas conocerme, Daniel se ponía de mi parte.

—Lo encontré con otra. Tom estaba en su piso, el que iba a ser nuestro hogar, con los pantalones bajados hasta los tobillos y con una rubia de rodillas delante de él.

—Ese tipo tiene que estar completamente loco.

—La verdad es que muchos de nuestros amigos creen que la loca soy yo y que debería perdonarlo.

Daniel apretó los puños y juntó las cejas, horrorizado.

—¿Vuestros amigos? Querrás decir que son amigos de él, porque si fueran amigos tuyos de verdad dudo que te aconsejasen tal estupidez.

Lo pensé un instante y comprendí que tenía razón.

—Sí, a Marina, mi mejor amiga, nunca le gustó Tom y mi hermano quería romperle la cara.

—¿No lo hizo?

—No, por supuesto que no —contesté.

—Yo lo habría hecho —añadió él y algo me dijo que Daniel Bond no descartaba la posibilidad de ir a darle una paliza a un hombre al que no conocía.

—Lo que quiero decir —proseguí, al ver que nos estábamos alejando del tema—, es que tú tienes tantas posibilidades de saber qué quiero yo como yo de saber qué quieres tú.

—Tú no quieres saber qué quiero yo.

Ese hombre era exasperante. Frustrada, moví la mano sin pensar, le di un golpe a la taza de té y el líquido humeante se derramó sobre mis dedos.

Ni siquiera lo vi moverse. Un segundo antes, Daniel estaba frente a la puerta y al siguiente me cogía la mano y me la metía bajo el grifo de la

cocina.

—Mueve los dedos, Amelia —me dijo sin soltármelos y sujetándome la mano bajo el chorro de agua fría. Me miró a los ojos—. ¿Te duele?

—Un poco —reconocí.

—Te había dicho que quema. —Cerró el grifo y buscó una toalla—. El agua estaba muy caliente —agregó.

Parecía más enfadado consigo mismo que conmigo.

—El té con agua fría no sale bien —dije yo para quitarle importancia.

—No digas estupideces, Amelia. Los líquidos calientes pueden ser muy peligrosos, lo sé...

—¿Estás aquí, Amy? —La voz de Martha anunció su llegada justo antes de que abriese la puerta.

Daniel no se apartó, pero dejó de mirarme como hasta entonces. Y yo lo lamenté desde el primer segundo. ¿Cómo habría acabado esa frase si Martha no nos hubiese interrumpido?

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mi compañera al verme, aunque no sé qué le extrañó más, si ver allí a Daniel cogiéndome la mano o el té derramado por la mesa y el suelo.

—Nada, me he echado una taza de té en la mano y el señor Bond ha ejercido de médico de urgencias —le expliqué.

—¿Te has hecho daño? —me preguntó un poco preocupada.

—No, sólo me he quemado. Gracias por su ayuda, señor Bond. —Aparté la mano de la suya y moví los dedos—. Apenas me duelen.

—No se merecen —señaló Daniel, dirigiéndose a mí tras mirar a Martha—. Y ahora, si me disculpan, creo que dejaré la medicina y me pondré a trabajar.

—Por supuesto —dijo Martha, acercándose a donde yo estaba.

—Una cosa más, Amelia: la conversación de antes no ha terminado —puntualizó Daniel, deteniéndose junto a la puerta y, durante unos segundos, me olvidé de la quemadura e incluso de que tenía mano—. Creo que quizá me he precipitado al juzgarla.

Se fue de allí dejándome completamente confusa, más de lo que me sucedía siempre que lo veía y que hablaba con él.

—¿Qué ha querido decir con eso? —me preguntó Martha, recordándome

así su presencia.

«Piensa, Amy, piensa».

—Oh, nada. —Carraspeé y busqué una explicación, la que fuese—. El día que empecé a trabajar aquí, me dijo que creía que no estaba suficientemente preparada para el puesto.

Gracias a Dios por mi memoria.

—Ah, bueno, no te preocupes —me consoló Martha—. Seguro que a estas alturas ya sabe que estás más que cualificada.

Sí, eso mismo pensé yo.

## 10

—Estoy ridícula, Marina.

—No digas estupideces, Amy. Estás espectacular. Seguro que Johnny Deep se te llevaría en su barco.

—Johnny Deep no tiene demasiado buen gusto para las mujeres.

—Oh, vamos, reconoce que estás nerviosa porque no ves al señor misterioso desde lo del té y tienes ganas de verlo.

—No estoy nerviosa y, para que lo sepas, el señor misterioso está de viaje.

—¿Cómo lo sabes?

Me sonrojé y mentí como una bellaca.

—Se lo oí decir a alguien en el bufete.

—¿Y no asistiré a la fiesta más importante de la profesión? —me preguntó mi amiga, incrédula.

—Ni lo sé ni me importa.

—Mientes fatal, Amy.

Marina estaba sentada encima de mi cama, con las piernas cruzadas, mientras yo no paraba de mirarme en el espejo. Tenía que admitir que me costaba reconocerme. El antifaz y el gorro de ala ancha me ocultaban la mitad superior del rostro y me daban un aspecto muy misterioso. Y gracias al corsé de cuero negro, parecía que tuviese muchas más curvas de las que en realidad tenía.

—Creo que llamaré a Patricia y le diré que estoy enferma.

—Ni se te ocurra. Vas a ir a esa fiesta y a pasártelo bien. Conocerás a un

abogado superatractivo y tendrás una aventura con él.

—Ves demasiadas películas —le dije a Marina.

—El día que llegaste a Londres, me dijiste que eso era lo que querías, ¿no?

—Sí. No. No lo sé. Tú sabes lo que me dijo Tom.

—Tom es un idiota.

—Lo sé. Gracias. Pero ¿y si tiene razón?

—¿¡Cómo va a tener razón!?

El timbre de la puerta nos interrumpió.

—¡Tus amigos ya están aquí! —exclamó Marina, eufórica, saltando de la cama—. Ahora no puedes escaparte.

¿Por qué habría accedido a que Martha y su novio pasasen a buscarme? Oí que Marina los invitaba a entrar y, tras pintarme de nuevo los labios, salí a recibirlos.

—¡Amy, estás guapísima! —exclamó Martha nada más verme.

—Gracias, tú también —respondí yo—. Los dos estáis muy bien.

Iban vestidos de aventureros, con un atuendo similar al de los protagonistas de la película La momia. Martha me había contado el día anterior, justo después de presentarme a su novio a la salida del trabajo, que era el único disfraz que él había accedido a ponerse.

—Tenemos el taxi abajo esperando —me informó—. Ha sido un placer conocerte, Marina.

—Lo mismo digo —contestó mi amiga. Entonces me miró—. Vamos, vete y pórtate mal.

—Haré lo que pueda.

Durante el trayecto en taxi me relajé un poco. Tanto Martha como su novio eran muy agradables y me reí con sus historias sobre los preparativos de la boda. Llegamos al baile en pocos minutos y me atreví a pensar que iba a pasármelo bien.

El local estaba decorado con mucho gusto, con distintas mesas cubiertas con manteles blancos, cada una con un jarrón en el centro con flores recién cortadas, también blancas. Al fondo, una orquesta con sus miembros vestidos de esmoquin tocaban canciones de los años cincuenta, y había camareros circulando con bandejas repletas de copas de champán. Detrás de la barra,

decorada acorde con el resto, dos barmans preparaban diversos tipos de cócteles.

Vi a Patricia, iba vestida al estilo gánster, sin ningún antifaz, y me acerqué a saludarla.

—Me alegro de que hayas venido, Amy —me contestó ella, tras darme un beso en la mejilla y dejarme allí la marca de sus labios.

—Y yo. Muchas gracias por invitarme.

—Siempre invitamos a todo el bufete. —Cogió dos copas de champán de la bandeja de un camarero que se acercó a ofrecérnoslas—. Por tu llegada a Londres —dijo al brindar.

—Gracias. —Nuestras copas chocaron y bebí un sorbo.

—Bueno, tengo que ir a saludar a un par de jueces. Si me disculpas...

—Por supuesto.

Patricia dejó la copa en la bandeja de otro camarero que pasó por su lado y se alejó. Yo me quedé allí, con la mía entre los dedos, mirando a mi alrededor. La fiesta era todo un éxito, había gente hablando por todos lados y unas cuantas parejas bailando.

Martha me hizo un gesto desde una mesa y fui hacia ella. Estábamos charlando, después de que me presentase a sus amigos, cuando noté que alguien me estaba mirando. Sentí unos ojos clavados en mi espalda y no tuve que darme la vuelta para saber a quién pertenecían. No tendría que haber mirado, porque lo que vi me causó un repentino y agudo dolor en las entrañas.

Daniel Bond acababa de llegar. Estaba hablando con Patricia y con dos personas más y, cogida de su brazo, llevaba a una mujer espectacular. Sin embargo, estaba segura de que me estaba mirando. Podía notar sus ojos fijos en mí a pesar de que apenas se le veían tras la máscara blanca que llevaba.

Iba disfrazado de Fantasma de la Opera; nunca había visto a un hombre al que el esmoquin le quedase tan bien. Y la máscara blanca que le cubría hasta los labios lo hacía parecer más peligroso que de costumbre. Para mi desgracia, yo siempre había sentido especial debilidad por el Fantasma y Daniel Bond hacía quedar en ridículo a cualquier actor de Broadway que lo hubiese representado.

La mujer que lo acompañaba era realmente guapísima, iba vestida de

época y sonreía como una boba, pero lo que más me molestó, fue ver cómo se aferraba al brazo de él; como si tuviese todo el derecho del mundo a hacerlo.

Tenía que apartar la vista y darles la espalda, pero mis ojos seguían fijos en los dedos que ella tenía sobre el antebrazo de él. Daniel se dio cuenta y, desde la distancia, vi que cogía una copa de champán y se la pasaba a su acompañante... para que así ella tuviese que soltarle el brazo.

Me di media vuelta y me fui al baño. No sabía qué era peor, que me hubiese pillado mirándolo y hubiese sabido interpretar a la perfección lo que yo estaba sintiendo, o que se hubiese comportado como si le hubiese dolido herirme. Me encerré en un cubículo y me quedé sentada en el retrete un rato, pensando, y poco a poco la confusión que sentía se convirtió en enfado. Al fin y al cabo, Daniel se había presentado allí con otra y seguro que a ésa no le había dicho que no quería salir con ella.

Sí, ahora estaba furiosa y me sentía mucho mejor conmigo misma. Salí del baño y me detuve un instante frente a un espejo para volver a pintarme los labios. Me coloqué bien el antifaz y volví a la fiesta, dispuesta a divertirme.

Bailé con uno de los abogados que Martha me había presentado y con otro estuve hablando más de media hora, mientras tomábamos una copa de champán cerca de la orquesta. También estuve con Patricia y con una antigua amiga de la facultad que, al parecer, trabajaba en otro importante bufete de la ciudad.

La orquesta tocaba piezas clásicas y modernas e iba alternando partituras más rápidas con otras de bailes lentos. Yo estaba sentada a una mesa, junto con Martha y su novio, pero cuando sonaron las notas de una canción muy romántica, salieron a bailar dejándome sola. Pasó un camarero y lo detuve para pedirle que, por favor, que me trajese otra copa. No me importaba quedarme sola, las burbujas del champán me harían compañía.

—Una pirata tan guapa como tú no debería estar sola —dijo una voz a mi espalda.

Me volví y me topé con el Zorro.

—Eres rubio —solté sin pensar. La verdad era que resultaba muy raro ver a un Zorro tan rubio y ése lo era.

—Ya —me sonrió él—. ¿Puedo sentarme?

—Adelante.

El camarero de antes apareció con dos copas, una para mí y otra para mi acompañante.

—Me llamo Rafferty Jones, llámame Raff. —Me tendió la mano, cubierta con un guante negro, por supuesto.

—Amy Clark —le ofrecí la mía y me presenté a mi vez.

Creía que iba a estrecharme la mano, pero se la llevó a los labios y me la besó. El Zorro nunca le habría estrechado la mano a una dama.

—Dime, Amy, ¿por qué estás sola? ¿Quién es el idiota que te ha dejado aquí indefensa?

—Mis amigos están bailando —respondí, señalando a Martha y su novio —, y no estoy indefensa.

—Ah, me alegro.

Me sonrió como un canalla adorable, una de esas sonrisas a lo George Clooney que probablemente conseguirían derretir a cualquier mujer. ¿Por qué a mí no, entonces? Negué levemente con la cabeza al comprender que me estaba comportando como una quinceañera sobrehormonada. Tenía a un adonis delante tirándome los tejos y yo seguía pensando en un hombre que hasta el momento lo único que me había dejado claro era que no quería salir conmigo.

—¿Quieres bailar, Raff?

Mi pregunta lo sorprendió; sin duda aquel Casanova no estaba acostumbrado a que la mujer tomase la iniciativa, pero se recuperó en seguida y me guiñó un ojo.

—Por supuesto, Amy.

Se puso en pie y me tendió la mano con un gesto muy caballeroso.

—Las piratas primero —me dijo con otra sonrisa. Y yo se la devolví.

Me acompañó a la pista, donde empezamos a bailar. Raff sabía lo que se hacía, todos sus movimientos eran perfectos y estaban destinados a seducir a su acompañante: el modo firme en que me sujetaba la mano, lo cerca que estaba de mi torso, las palabras que me susurraba al oído de vez en cuando. Todo estaba muy bien calculado y resultaba sumamente halagador. Además, Raff era exactamente lo que aparentaba. Y eso, después de los últimos días, me resultó muy atractivo. Y poco complicado. Y mucho más seguro para mi corazón, presentí.

—La fiesta está a punto de terminar —me comentó, cuando el baile llegó a su fin—. Me gustaría verte sin la máscara.

—¿Eso es todo lo que te gustaría?

El champán me había vuelto atrevida y sí, una parte de mí quería demostrarle a todo el mundo, en especial a Daniel Bond, que no era tan inocente o remilgada como creían.

—No —me contestó él con media sonrisa—. ¿Quieres venir a mi casa?

—Preferiría ir a un hotel.

Por guapo que fuese, no quería ir a la casa de un desconocido. Las clases de educación sexual más los capítulos de «CSI» nos han enseñado a todas que es mejor estar en territorio neutral y con gente cerca que pueda oírnos.

—Chica lista —dijo y me rodeó la cintura con un brazo para pegarme a él—. Tengo que despedirme de unas personas. No tardo nada.

Pensé que me besaría allí en medio y durante un segundo quise apartarlo de mí y volver la cara, pero me soltó con una sonrisa y sin hacer nada y vi que, efectivamente, se acercaba a hablar con dos caballeros, uno de los cuales era el juez al que Patricia había saludado antes.

Bueno, conocía a un juez, señal de que era alguien de fiar. De todos modos, busqué el móvil para enviarle un mensaje a Marina con el nombre de él, contándole mis planes. Escribí el texto e intenté mandarlo, pero allí no había cobertura, así que me acerqué a un ventanal para ver si tenía más suerte.

Tampoco.

—¿Qué diablos estabas haciendo con Rafferty Jones?

No tuve que volverme para averiguar quién me hablaba con aquel tono tan airado.

—No es de su incumbencia, señor Bond.

—Pues claro que lo es. —Me colocó una mano en la cintura y sentí que apretaba los dedos por encima del corsé—. Claro que lo es —repitió.

Se me aceleró el corazón y tuve que tragar saliva antes de hablar. No me había dado la vuelta y podía notar la respiración de Daniel pegada a mi nuca.

—No, no lo es. ¿No deberías volver con tu cita?

—No es mi cita, es...

—No es de mi incumbencia —lo interrumpí y él apretó más los dedos.

Estaba furioso y a mí el corazón me latía cada vez más de prisa. Lo estaba provocando, lo sabía, pero era lo que me pedía el cuerpo. ¿Quién se había creído que era? Él se había presentado a la fiesta con una mujer despampanante y se había pasado días ignorándome. Eso sí, después de dejarme claro que no quería tener nada que ver conmigo.

—¿Por qué has bailado con él?

No contesté, sino que me limité a encogerme de hombros. Entonces, Daniel se pegó más a mi espalda.

—Suéltame, Raff me está esperando —le dije con firmeza, aunque tuve que tragar saliva antes.

—¿Vas a irte con él? —me preguntó con voz ronca.

Noté que su torso vibraba detrás de mi espalda y el calor que desprendía su cuerpo me llenó de confusión.

—Yo no sirvo para estas cosas, Daniel —confesé abatida—. No sé qué quieres y te juro que cada vez que creo que he conseguido entenderte, haces algo que me descoloca y vuelves a dejarme completamente perdida. No sé qué está pasando entre nosotros. —Suspiré—. De hecho, ni siquiera sé si está pasando algo. Quizá todo esto sea sólo un juego para ti, o quizá sólo yo...

—Debería alejarme de ti, Amelia —confesó él interrumpiéndome y acercándose todavía más, eliminando el espacio que nos separaba—. Pero no puedo.

Inclinó levemente la cabeza y noté que me acariciaba la clavícula con el mentón. ¡Dios!, se me puso la piel de gallina.

—Dime qué está pasando, Daniel.

—No te vayas con Rafferty.

—Si no me hubieses visto bailando con él —dije—, ¿habrías venido a hablar conmigo?

—Sí —afirmó rotundo.

—¿Por qué?

—Ya te dije que nuestra conversación no había terminado.

—¿Por eso querías hablar conmigo? ¿Para explicarme otro motivo por el que no debería sentirme atraída hacia ti? —le pregunté dolida, al recordar nuestra última conversación en el trabajo.

Cerré los ojos y apreté los dientes, decidida a no mostrar lo que estaba

sintiendo.

—¿Va todo bien, Amy? —Raff nos interrumpió y me aparté de Daniel.

—Sí, perfectamente, estaba intentando mandarle un mensaje a Marina, mi compañera de piso.

—¿Me permites el teléfono? —me pidió Raff. Yo se lo di y vi que marcaba un número—. Este es mi número, pásaselo también a tu amiga.

—Gracias.

Vaya, además de un seductor, también parecía ser un buen tipo.

—Hola, Dan, ¿qué tal van las cosas? —Raff le tendió la mano a Daniel.

¿Dan?

Daniel Bond parecía ser el hombre de las mil caras. El abogado triunfador hecho a sí mismo. El seductor que acudía a fiestas con rubias despampanantes del brazo. El caballero.

—Bien —contestó Daniel, estrechándosela brevemente.

—Haces unos días vi a tu tío, me dio muy buenos consejos sobre unas inversiones.

—Sí, eso se le da muy bien.

—¿Nos vamos, Amy?

Me hizo la pregunta con el tono de voz perfecto, con la sonrisa perfecta, pero lo único que yo veía eran los ojos de Daniel y el modo en que tensaba la mandíbula y cerraba los puños.

—No, creo que no. Lo siento, Raff —dije. Pero ¿qué estaba haciendo?—. Ha sido un placer conocerte y lamento haberte dado una impresión equivocada, pero preferiría irme a casa.

—¿Te encuentras bien? Si quieres, puedo acompañarte y luego irme —se ofreció.

—No, gracias. Estoy perfectamente. Es sólo que creo que será mejor que nos veamos otro día.

—Te tomo la palabra, Amy. Te llamaré e iremos a cenar, y esta vez no aceptaré una negativa —me advirtió Raff, mirándome a mí y luego a Daniel—. Bueno, será mejor que vuelva a la fiesta. Buenas noches, Amy, ha sido un placer conocerte. Dan.

—Buenas noches, Raff.

Esperé a que ya no pudiera oírnos y entonces me volví de nuevo en

dirección a Daniel.

—¿Vas a decirme por qué he rechazado al que parece ser un hombre encantador?

Él no dijo nada y su silencio fue la gota que colmó el vaso. Tenía que irme de allí de inmediato, antes de que empezase a gritarle o hiciese algo peor, como echarme a llorar.

—Está bien, me voy. Buenas noches, Daniel.

Fui en busca de Martha y le dije que me dolía la cabeza —lo cual era verdad— y que me iba en taxi. Cogí mi abrigo del guardarropía y salí a la calle. Esperé unos segundos y vi que un taxi libre se acercaba por la derecha. Le hice una señal y el conductor puso los intermitentes para arrimarse a la acera.

—No te has ido con él.

Fue lo único que me dijo Daniel antes de darme media vuelta y besarme con todas sus fuerzas. Me sujetó la cara con ambas manos y durante un segundo me miró a los ojos con más sinceridad de la que le había visto nunca. ¿Qué era lo que brillaba en el fondo de su mirada? Parecía tristeza y frialdad, pero al mismo tiempo sus pupilas ardían como el fuego.

Debió de darse cuenta de que, sin decirme nada, me estaba contando demasiado y desvió la vista hacia mis labios. Me besó sin pedirme permiso, sin hacerme ninguna concesión. Notaba sus manos en mi rostro y las sentí temblar. Con su boca, tomó posesión de mi fuerza de voluntad y levanté las manos para aferrarme a sus muñecas. No podía dejar de pensar que no quería que se apartase de mí. Jamás. Nunca me habían besado así. Su lengua me quemó por dentro y todo su cuerpo, desde su ancho torso hasta sus pies, quedó pegado a mí, igual que si quisiera fundirse con el mío.

El taxi que había parado debió de detenerse junto al bordillo, porque de repente lo noté contra mi espalda. Daniel seguía besándome, su máscara y mi sombrero lo entorpecían, pero no se detuvo. Me mordió el labio inferior y no se apartó hasta que se me escapó un gemido. Levanté una mano para tocarlo, pero justo antes de que lo consiguiese, él me la atrapó con una de las suyas.

Podía notar su corazón latiendo pegado al mío, sus fuertes piernas presionándome contra el coche, su erección marcándose bajo los pantalones y moviéndose encima de mí. Deseé que la ropa de ambos desapareciese.

—Abrázame —me ordenó con voz ronca, justo antes de mordirme el cuello.

—Daniel.

—Chist...

Me dio otro beso y movió las caderas contra las mías. Dejó de besarme en los labios para hacerlo en el cuello y, poco a poco, llegó hasta mi clavícula, donde me dio un beso justo encima del mordisco de antes. No muy fuerte, pero lo suficiente como para que yo lo sintiese; noté que se me doblaban las rodillas y pensé que si seguía moviéndose así...

Oí un bocinazo y Daniel interrumpió el beso.

—Nadie tiene derecho de verte así —me dijo, como si de repente se diera cuenta de que estábamos en medio de la calle—. Sólo yo.

—¿Van a subir? —nos preguntó el taxista, sacando la cabeza por la ventana y mirándonos con cara de aburrimiento.

Supuse que en su profesión habría visto de todo, porque si yo hubiese visto a una pareja besándose como Daniel me había estado besando a mí, habría tenido que irme. Me sonrojé sólo de pensarlo y noté que mi entrepierna temblaba de nuevo, añorando sus movimientos.

—La señorita sí —le contestó Daniel mirándome a los ojos y después desvió la vista hacia mi cuello, deteniéndola allí un instante.

Estaba mirando la marca que acababa de dejarme. ¿Qué estaría pensando?

—Vete a casa, Amelia.

—¿Tú no me acompañas? —me atreví a preguntarle.

No podía creerme que después de ese beso fuese a dejarme ir sin más.

—¿Suben o no? —insistió el taxista.

—Disculpa un segundo. —Daniel sacó un billete de cincuenta libras y se lo dio al hombre—. La señorita subirá en seguida.

—Como quieran. —El taxista cogió gustoso el dinero y se sentó a esperar.

—Marina estará en casa, pero podrías subir y... —le expliqué yo, nerviosa.

No quería separarme de él y no sólo porque mi cuerpo no quisiera dejar de sentir sus arrolladoras caricias. No quería que Daniel se fuese porque tenía miedo de que, cuando lo viera de nuevo, volviese a insistir en que no

podíamos estar juntos.

—Cuando te he visto bailando con Rafferty —me interrumpió y tuve la sensación de que se estaba obligando a contarme eso, que si hubiese encontrado el modo de evitarlo lo habría hecho—, he tenido que contenerme para no ir a la pista de baile y apartarlo de ti. Por la fuerza, si hubiera sido necesario.

—Pero si yo...

Me puso un dedo en los labios y me callé.

—Y a ti —tragó saliva y me miró a los ojos—, ahora mismo, todos mis instintos me piden a gritos que te lleve conmigo a casa y te castigue por lo que me has hecho. Quiero besarte, pero también quiero castigarte por haber bailado con otro hombre.

—¿Castigarme?

—Sí. Y no sólo eso. Quiero meterme dentro de ti, poseerte como nunca te poseyó Tom, como nunca te poseerá Raff o ningún otro hombre.

—No te entiendo.

—Vete a casa, Amelia. Duerme un poco, piensa en nuestro beso, Dios sabe que yo no pensaré en otra cosa, y piensa que Rafferty es mucho mejor que yo. Tienes razón, es un tipo estupendo, con él tendrías tu casita con valla blanca y la parejita en menos de cinco años. Conmigo no lo tendrás jamás. Y si, a pesar de todo, mañana sigues queriendo saber qué pasa entre nosotros, hablaremos. Iré a buscarte a las cinco de la tarde; si no me abres, sabré que has decidido no seguir adelante. Y no te preocupes por el trabajo, me he comportado como un cretino. Puede estar tranquila al respecto.

Terminó de hablar y se apartó y yo lo eché de menos en ese mismo instante. De hecho, tuve que cerrar los puños para no cogerlo por las solapas y tirar de él. El único motivo por el que no lo hice fue porque vi lo mucho que le había costado pronunciar esas palabras, y entendí que para él era realmente importante que yo tuviese esa noche para pensar.

—Estoy tranquila, sé que jamás abusarías de tu poder para echarme del bufete sin motivo —le dije.

Sentía la imperiosa necesidad de abrazarlo, de decirle que todo saldría bien. Y también quería gritarle por dejarme tan confusa. Probablemente Daniel tenía razón, me iría bien pensar en todo lo que estaba sucediendo.

—No estés tan segura.

¿Por qué tenía tan mala opinión de sí mismo?

—Mañana a las cinco, estaré esperándote —le aseguré.

—Piénsalo bien, Amelia.

Me miró a los ojos, metiéndose un poquito más en mi alma.

—Lo pensaré —le prometí y pareció relajarse un poco.

Volvió a acercarse a mí y me dio un beso en la boca. Lento, suave. Intenso. Me separó los labios con la lengua y fue moviéndola despacio hasta que a ambos se nos volvió a acelerar la respiración. Se apartó lentamente y se quitó la rosa roja que había llevado en la solapa durante toda la noche.

—Es para ti. Te la habría dejado en tu mesa, pero luego pensé... —Se sonrojó.

Dios mío, Daniel Bond se sonrojó porque me estaba dando una rosa.

—Gracias. —La cogí y me la acerqué a los labios.

Los pétalos eran muy suaves y vi que él observaba el gesto y volvían a oscurecerse los ojos. No disimuló y un cosquilleo me recorrió el cuerpo. Sentí como si me besase, pero sus labios no volvieron a tocarme. Aparté la rosa y lo miré también sin ocultar nada.

Él asintió y se acercó al taxista. Vi que le daba otro billete y mi dirección y, cuando conseguí reaccionar, ya estaba metida en el vehículo, dos calles más abajo.

Durante el desayuno, le conté a Marina lo que había pasado en la fiesta. A pesar de que sabía que me bombardearía a preguntas, necesitaba su opinión.

—¿Por qué no te fuiste con el tal Raff?

—Porque no me hace sentir como Daniel.

—¿Cómo te hace sentir?

—Hecha un lío. Confusa. Intrigada.

—¿Excitada? Oh, vamos, a mí puedes decirme la verdad. Es la primera vez que te veo babear por un hombre.

—Sí, está bien, lo reconozco. Daniel Bond me resulta excitante.

—¿Y qué es eso de que quería castigarte?

—No lo sé.

—Mira, Amy, sé que te gusta, pero quizá deberías pasar. Parece demasiado complicado y él mismo te dijo que no tiene intención de tener una relación estable ni contigo ni con nadie.

—No me dijo eso. Sólo que no podía darme una casita con valla blanca y la parejita. Lo dio por hecho, como quien explica que es zurdo.

Lo defendí de inmediato, porque una parte de mí no podía dejar de pensar en que él no había dicho que no «quisiera», sencillamente que no «podía».

—Temo que estés intentando hacer que parezca más romántico de lo que es, Amy. Quizá lo único que pasa es que el tal Daniel es un manipulador, uno de esos hombres que se excitan dándoles órdenes a las mujeres y sometiéndolas.

—Él no es así.

—¿Cómo lo sabes? Hace muy poco que lo conoces y tu misma dices que no logras entenderlo.

—Lo sé.

—Una compañera de trabajo salió un tiempo con un tipo así, con un hombre que todo el día le daba órdenes y le prohibía hacer cosas y luego la insultaba cuando practicaban sexo.

—Lo siento por esa chica, pero Daniel siempre ha sido respetuoso conmigo. Es todo un caballero. Ayer incluso pagó el taxi.

—Sí, reconozco que tiene gestos caballerosos, pero Raff me parece más de tu estilo.

—Tom era de mi estilo y me puso los cuernos.

—Mira, es obvio que te sientes muy atraída por Daniel y que nada de lo que yo pueda decirte te hará cambiar de opinión. Pero te pido por favor que tengas cuidado. ¿De acuerdo?

—Claro. No te preocupes. Te llamaré desde casa de Daniel para que te quedes tranquila, ¿te parece bien, mamá?

—Me parece perfecto y ahora ve a quitarte ese pijama de ranas y ponte bien guapa para atormentar a tu señor misterioso.

Marina se fue y yo me quedé sola en el piso. Me duché y me vestí, nada complicado, un vestido con un estampado de flores de Liberty, medias y botas. Me maquillé un poco y me dejé el pelo suelto, pero luego recordé lo que Daniel me había dicho sobre mi recogido y me hice una cola.

Marina tenía razón, Raff parecía mucho menos complicado y sin duda era muy atractivo, pero me dejaba completamente indiferente. Además, lo único que me había dicho Daniel era que iría a buscarme y que, si yo estaba dispuesta, hablaríamos.

Y realmente teníamos que hacerlo. Si no intentaba llegar al fondo de los sentimientos que me provocaba, jamás me lo perdonaría.

Oí el timbre y me quedé sorprendida al ver que ya eran las cinco en punto. Me había pasado dos horas sentada en el sofá, pensando en él. Sí, definitivamente necesitaba aclarar lo que estaba pasando con ese hombre, porque, si las cosas seguían así, terminaría sin saber dónde tenía la cabeza.

—¿Sí? —pregunté por el interfono.

—Buenas tardes, señorita Clark —me saludó él desde la calle.

No dijo «Soy yo», no hacía falta.

—Ahora mismo bajo.

Colgué antes de que pudiera preguntarme si de verdad quería bajar.

Era lo que más deseaba en el mundo, pero no quería que él lo supiera. No sabía muy bien por qué, pero no me apetecía que se enterase de ese «pequeño» detalle.

Cogí el bolso y bajé los escalones de dos en dos. Tenía muchas ganas de verlo, aunque al mismo tiempo tenía miedo, miedo de que Daniel se portase como si el beso de la noche anterior no hubiese existido. Miedo a ser la única con aquellos sentimientos.

Abrí la puerta de la calle y me sucedió lo que me sucedía cada vez que lo veía: se me aceleró el corazón y la respiración. Llevaba unos vaqueros y un jersey de pico negro y estaba apoyado en un Jaguar aparcado delante mismo del edificio. Pero no fue ni el coche, espectacular, ni la ropa de diseño lo que hizo que casi me cayera al suelo. Fue su sonrisa y el alivio que me pareció que sentía al verme.

—Estás preciosa —me dijo, apartándose del coche para acercarse a mí.

—Gracias.

Me temblaban las piernas y no podía dejar de sonreír.

—Mi apartamento está a pocos minutos de aquí, pero si no te importa, me gustaría llevarte a la casa que tengo a las afueras de Londres —me sorprendió diciéndome.

—No, no me importa. Pero deja que antes avise a Marina, por favor.

—Por supuesto.

—¿Volveremos muy tarde? —le pregunté, mientras terminaba de escribir el mensaje.

—Depende de ti. —Se apartó del coche y se me acercó—. Yo había pensado quedarme todo el fin de semana, pero si quieres irte después de hablar, te traeré de vuelta.

No añadió nada más y no intentó convencerme, clavó los ojos en los míos y esperó unos segundos.

—Aunque tienes que saber una cosa —añadió, justo antes de que yo le contestase—, ahora que he decidido dar este paso, y después del beso de anoche, tengo la firme intención de hacer todo lo posible para que aceptes lo

que te voy a proponer. ¿De acuerdo?

Entrelazó los dedos con los míos y luego levantó nuestras manos juntas para besar la mía.

—De acuerdo. —¿Desde cuándo me costaba tanto tragar saliva?—. Iré a por una bolsa con mis cosas. Por si acaso —puntualicé, soltando despacio su mano para alejarme.

Casi me tropecé con el escalón de la entrada al verlo sonreír.

Subí al apartamento, cogí una bolsa de fin semana y, sin fijarme lo más mínimo, metí en ella un pijama, una muda de ropa interior, otro vestido, otras medias, un jersey y mi neceser de viaje con el kit de maquillaje.

Volví a bajar corriendo y lo encontré esperándome en el portal, dispuesto a cargar con mi equipaje.

—Ya la llevo yo —se ofreció, como si la bolsa pesase una tonelada, y luego fue hasta la puerta del acompañante y me la abrió—. Abróchate el cinturón.

Me lo abroché y Daniel se agachó para darme un beso en los labios. Yo no podía moverme, pues el torso de él me aprisionaba contra el respaldo del asiento. Por otra parte, tampoco quería irme a ningún lado; por mí, Daniel podía seguir besándome toda la vida.

Nunca me había sentido tan deseada, sus labios temblaban un segundo antes de tocar los míos, igual que si estuviese intentando contener la fuerza de su deseo. Conmigo nadie había tenido que contenerse nunca y no quería que Daniel lo hiciese.

Él se apartó igual de despacio que la noche anterior y se detuvo a escasos centímetros de mi rostro.

—Cierra los ojos, pareces cansada.

Y yo que me había esmerado tapándome las ojeras...

—Tú también pareces cansado.

—Últimamente no duermo bien.

—Lo siento —dije yo de inmediato.

Le habría tocado la mejilla, realmente tenía muchas ganas de acariciarlo, pero no me atreví. Todavía no sabía cómo actuar delante de aquel Daniel. ¿Era el definitivo? ¿El de verdad? ¿O al cabo de unas horas me llevaría una gran decepción al encontrarme de nuevo con el frío y distante que no quería

estar conmigo?

—No es culpa tuya. No del todo —puntualizó—. Vamos a mi casa y te prometo que hablaremos.

—Está bien —acepté—, cerraré los ojos, pero te advierto que no suelo dormirme en los trayectos en coche.

—La casa está a dos horas de Londres, te despertaré cuando lleguemos —dijo él, ignorando mi último comentario.

Creo que le repetí una vez más que yo nunca me dormía yendo en coche.

Una hora y cincuenta y tres minutos más tarde, abrí los ojos y me encontré con la mano de Daniel encima de la mía, descansando en uno de mis muslos, y frente a la casa más bonita que había visto nunca.

Era una vivienda antigua, rodeada de árboles y rosales, con un camino de grava que conducía hasta la entrada. Tenía dos plantas y las ventanas estaban repletas de flores.

—Ya hemos llegado —dijo Daniel, tras retirar la mano de encima de la mía. Apagó el motor del coche y salió del mismo para abrirme la puerta—. Bienvenida a mi humilde morada, señorita Clark.

—Es preciosa —murmuré embobada como una idiota.

La casa parecía sacada de mis sueños y no encajaba para nada con la imagen de playboy multimillonario. Miré a Daniel y vi que me estaba ofreciendo una mano para ayudarme a salir del coche. Se la cogí y noté que me apretaba ligeramente los dedos, capturando los míos en una cárcel de la que no querrían escapar. Y de repente pensé que la casa sí que encajaba con esos detalles que él parecía tener sin darse cuenta, con las miradas de ternura y con las sonrisas inseguras. El problema era que siempre que ese otro Daniel aparecía, él mismo se encargaba de contenerlo.

—Gracias.

Daniel llevaba colgada del hombro mi bolsa de viaje, que contrastaba espantosamente con la carísima bolsa de piel negra que llevaba él en la mano.

—Creía que siempre estabas en la ciudad.

—No, no siempre. ¿Vamos? —Subimos los dos escalones de la entrada y abrió la puerta—. La señora Riverton lo ha dejado todo listo.

—¿La señora Riverton?

—Mi ama de llaves.

—¿Tienes ama de llaves? ¡Oh, Dios mío! —exclamé como una idiota—, eres del siglo pasado —me burlé.

—Ella dice que es mi niñera —explicó Daniel, encogiéndose de hombros—, pero no es verdad. La señora Riverton se ocupa de todo, no sólo de mí. Es también quien cuida el jardín, excepto de las rosas.

—¿Por qué no las rosas?

—Las rosas son mías —contestó sin más—. Ven, te enseñaré tu dormitorio para que te refresques un poco y luego te mostraré el resto de la casa.

—¿Mi dormitorio? —Me sonrojé en cuanto terminé de decir la frase—. Lo siento, creía que...

—Sé lo que creías, Amelia, pero antes tenemos que hablar.

—¿Hablar?

—Sí, hablar.

—Pues hablemos —le pedí ansiosa.

Con cada segundo que pasaba me ponía más nerviosa.

—Todo a su debido tiempo, señorita Clark. Todo a su debido tiempo.

Levanté las manos, exasperada.

—¡Oh, está bien, señor Bond! La verdad es que me gustaría ir al baño.

—Claro, por supuesto —convino, mirándome a los ojos—. Sígueme.

Me llevó hasta un dormitorio con una preciosa cama blanca llena de cojines y con muebles que dejaban sin aliento. El papel de la pared tenía un estampado a base de flores con pequeños colibríes que le daban un aire oriental, y en un tocador que había junto a la ventana había un jarrón lleno de rosas recién cortadas.

Daniel dejó mi bolsa encima de la cama y luego me indicó una puerta en el lateral.

—Ahí está el baño. Mi habitación está justo al lado —apuntó—. Iré a dejar mis cosas y volveré al salón. Baja cuando estés lista; te estaré esperando. Abrígate un poco, hace frío y me gustaría enseñarte el jardín.

Se marchó antes de que yo consiguiese recuperarme. No me gustaba que me diesen órdenes, pero cuando él me hablaba de esa manera y me miraba como si lo único que le importase en este mundo fuese mi bienestar, no conseguía enfadarme por su tono autoritario.

Abrí la bolsa y me planteé no hacerle caso, sólo para ver qué pasaba, pero entonces pensé que eso era una completa estupidez; él conocía la zona y si decía que iba a refrescar, lo mejor sería que cogiese un jersey.

Estaba ya en la puerta cuando di marcha atrás y entré en el baño para retocarme los labios. No me los pinté demasiado, sólo sutilmente; todo lo que me rodeaba era tan sofisticado que tuve la sensación de que tenía que arreglarme un poco para estar a la altura.

Bajé al salón y, efectivamente, me encontré a Daniel allí esperándome. Estaba de pie frente a la chimenea, dándome la espalda. Debía de estar muy concentrado, porque no se dio cuenta de mi presencia. Di un par de pasos más y vi que estaba mirando una fotografía. Yo estaba demasiado lejos para distinguir los rostros con claridad, pero pude ver la imagen de una mujer con un niño y una niña pequeña en el regazo. ¿Quiénes serían? La fotografía parecía tener unos años, pues era del mismo color que las viejas fotos que mi madre guardaba de Robert y de mí de pequeños. Quizá el niño de la fotografía era Daniel. ¿Me contestaría si se lo preguntaba?

Antes de que pudiese decidir si me atrevía a correr el riesgo de averiguarlo, dejó el marco encima de la repisa de la chimenea y se volvió. Y en cuanto me vio, durante unos segundos me miró con aquella vulnerabilidad que pocas veces dejaba entrever, pero luego entrecerró los ojos y esa debilidad desapareció.

—Te has pintado los labios —señaló.

Me los humedecí en un gesto reflejo. Ni siquiera ese pequeño detalle le había pasado por alto. Quizá por eso me sentía tan inexplicablemente atraída por él, porque nunca me había sentido tan observada por nadie. Aunque era algo más: cuando Daniel estaba cerca de mí podía notar sus ojos encima de mí y sus emociones mezclándose con las mías.

No tenía sentido, incluso en aquel momento, con él sin hacer nada, sólo mirándome desde varios metros de distancia, mi cuerpo respondía al suyo. Me daba miedo, no Daniel en sí mismo, sino la sensación de que con él podía hacer cualquier cosa.

—Sí —contesté.

Él no se había cambiado, pero a juzgar por el pelo mojado se había echado agua en la cara y el olor de su perfume me estaba haciendo perder la

cabeza, además, no paraba de desnudarme con los ojos.

—No vas a ponérmelo fácil, ¿a que no?

—No tengo ni idea de a qué te refieres —respondí con mi mejor sonrisa inocente.

—Oh, sí, lo sabes perfectamente, Amelia, pero no importa. Vamos, sígueme, te enseñaré la casa.

Me cogió la mano y mis dedos se entrelazaron con los suyos como si lo hubiesen hecho toda la vida.

—¿Y después?

Me quedé firme donde estaba. Sí, me sentía muy atraída por él y aquella casa era preciosa y parecía sacada de un sueño, pero antes de que sucediese nada más entre los dos, tenía que saber si Daniel sentía lo mismo que yo, o al menos una parte de lo que yo sentía.

—Después hablaremos.

—¿Me lo prometes?

Tenía necesidad de confirmarlo. Algo me decía que si me dejaba llevar por ese hombre, me costaría recuperar el terreno perdido.

Él me miró y tardó unos segundos en contestar:

—No deberías pedirle promesas a alguien como yo.

—¿Por qué no? A mí me parece el hombre más íntegro que he conocido nunca.

—Eso no lo puedes decir. Apenas me conoces —afirmó y juraría que le dolió cada sílaba.

—Lo sé, pero... —le fui sincera, no pude ser otra cosa—, aquí dentro —me llevé una mano al corazón—, estoy convencida de que lo eres. Sé que puedo confiar en ti.

Daniel tragó saliva y levantó la mano en la que retenía una de las mías y le dio un beso.

—Me compré esta casa cuando cumplí dieciocho años y me fui de casa de mi tío. Hay muy poca gente que sepa que existe. Y ahora voy a enseñártela.

—De acuerdo —accedí yo, dejando por fin que me arrastrase a la cocina.

Durante todo el recorrido por la mansión, Daniel me contó que la señora Riverton se ocupaba de mantenerla limpia y en buen estado y de llenarle la despensa siempre que él iba de visita. No volvió a hablarme de las rosas del

jardín, pero pensé que algún día me lo contaría. ¿Algún día?

Podía imaginarme a mí misma, a los dos, en cada una de las habitaciones que me enseñaba; en la biblioteca repleta de libros; en la sala de la chimenea, sentados en uno de los sofás de piel; en el comedor; en uno de aquellos diminutos salones que no servían para nada; en la despensa; en todos los dormitorios con camas con dosel.

Y en el jardín. Aquel jardín estaba tejido de sueños. Fue sin duda la parte de la casa que más me abrumó y no sólo porque Daniel apenas dijese cuatro palabras cuando me lo mostró. Los árboles y los rosales parecían esconder mil secretos y tuve el presentimiento de que él me había llevado allí para que pudiese descubrirlos.

—Es una casa increíble, Daniel —dije apabullada al terminar el recorrido.

—Cuando la vi, tuve que comprarla —confesó él con una de aquellas raras sonrisas que parecían escapar tan raramente a su control—. Fue como si me llamase, como si me necesitase. Seguro que te parecerá una tontería.

—No, la verdad es que no —afirmé, mirándolo a los ojos y, sin poderlo evitar, levanté una mano, la que él no me tenía cogida, y le aparté un mechón de pelo de la frente.

Él me atrapó la mano al vuelo y se la acercó a la cara; muy despacio, se llevó mi palma a la mejilla. Lo vi cerrar los ojos un segundo y luego volvió a abrirlos. Carraspeó antes de dirigirse a mí de nuevo, mientras me soltaba la mano para apartarse:

—Tenemos que hablar. Iba a esperar hasta después de la cena, la señora Riverton es una gran cocinera...

—No importa, ahora mismo tampoco podría comer nada. —Tenía el estómago encogido y estaba muerta de curiosidad.

—Ven, vamos a sentarnos.

Me llevó hasta uno de los salones que antes me había enseñado, el que más me había gustado, aunque yo no se lo había dicho. ¿Se había dado cuenta? Seguro que sí, pues había sentido su mirada fija en mi rostro durante todo el recorrido de la casa, absorbiendo todos mis gestos y mis suspiros.

—Siéntate, Amelia.

Al oírle pronunciar mi nombre en aquel tono tan serio, tan autoritario, el mismo que utilizaba en el despacho, me sorprendí. Él se percató de mi sorpresa y la malinterpretó, porque añadió un «por favor» que sonó muy raro en sus labios.

Me senté en un sillón orejero de cuero marrón oscuro que había cerca del hogar. Daniel se acercó a un cesto de mimbre repleto de troncos y cogió cuatro de ellos y una caja de cerillas. Se agachó y los fue colocando con mucha pericia, como si lo hubiese hecho miles de veces y aquellos movimientos mecánicos lo relajasen.

Yo lo observé fascinada; los músculos de la espalda y de los antebrazos se le flexionaban con cada gesto y pensé que quizá el olor a madera que había detectado antes en su piel se debía que hacía eso con frecuencia.

Prendió el fuego y las primeras llamas le iluminaron el rostro y no por primera vez me fijé en la cicatriz que tenía en una ceja.

Se puso en pie y se acercó a mí. Respiró hondo y noté en mi propia piel su proximidad. Deseé que se inclinara y me besase, que me cogiese en brazos y me devorase con los labios sin explicarme nada. No sabía qué iba a decirme, pero una parte de mí sabía que no iba a ser fácil y esa misma parte no quería tener que afrontar ninguna dificultad más. Esa parte sólo quería que Daniel, el primer hombre que me había seducido, se me llevase a la cama.

Pero yo seguía siendo yo, a pesar de todas las frases de mujer fatal que le había soltado a Marina, o al propio Daniel, y necesitaba saber qué era lo que

tenía que contarme.

Pensé que se quedaría en pie y probablemente habría sido mejor, porque de todos los sitios disponibles, Daniel optó por sentarse en la banqueta que había frente al sillón que yo ocupaba. Se cruzó de brazos, hizo un gesto de asentimiento y levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Te acuerdas del día que nos conocimos, en el ascensor?

—Sí —contesté, a pesar de que sabía que no hacía falta. Era imposible que ninguno de los dos olvidase ese encuentro.

—El aire cambió a nuestro alrededor, jamás me había sentido tan atraído por alguien tan de repente.

No sé si esperaba que yo dijese algo, pero tras oírle decir eso, se me secó la garganta y noté lo mismo que aquel día.

—Incluso en los casos en que me he sentido atraído por una mujer —continuó—, nunca, nunca he tenido el impulso de retenerla a mi lado y de no dejarla marchar. —Sus ojos seguían clavados en los míos y pensé que me quemarían—. Durante un segundo, me planteé seriamente la posibilidad de hacer saltar la alarma del ascensor y quedarme allí contigo. Pensé que así tendría el tiempo necesario para entender por qué me habías afectado tanto. Y por el modo en que me miraste, tuve la certeza de que tú habías sentido algo parecido.

Su seguridad en sí mismo me habría parecido insultante si no hubiese estado tan justificada. Seguro que en el ascensor yo había puesto la misma cara de boba que estaba poniendo en ese momento.

—Me dijiste a qué piso ibas —sonrió— y cuando supe que ibas al bufete, di por hecho que eras alguna nueva cliente y que no me costaría demasiado volver a dar contigo. Fui a la piscina y nadé un poco. Tracé un plan, lo tenía todo perfectamente planeado; tú nos ibas a contratar para llevar tu divorcio, o para gestionar el patrimonio de tu familia, o algo por el estilo. Eras una mujer de mundo. Te conocería, saldríamos un par de noches, te convertirías en mi amante y después de un tiempo nos separaríamos como amigos.

Oírlo hablar de ese modo sobre nosotros, a pesar de que ese plan se ajustaba a lo mismo que yo le había dicho a Marina, me sorprendió y me dolió un poco. Daniel me había dicho que no quería salir conmigo, ¿y al principio había querido que fuésemos amantes?

—No lo entiendo —dije sincera.

Él apretó los labios y sacudió levemente la cabeza, como si durante un breve instante se hubiese olvidado de que yo estaba allí y no en sus recuerdos del día que nos conocimos.

—Pensé que eras como esas mujeres que acuden al bufete —me explicó y esa frase sí que me ofendió.

—Soy como esas mujeres —afirmé rotunda.

—No, no lo eres y por eso te he traído aquí.

Esa insinuación acerca de que en aquella casa no había estado ninguna de las otras mujeres fue lo que me convenció de seguir escuchándolo. Vi que apretaba la mandíbula, un gesto que ahora ya sabía que lo delataba, y adopté una postura más relajada y receptiva.

—Termina de contarme lo que me estabas diciendo.

—Bajé a mi despacho y me llamó Patricia para decirme que había llegado la nueva abogada a la que íbamos a contratar y que teníamos que entrevistarla. Recuerdo que cuando me llamó para recordarme la cita, tuve un presentimiento, pero no le di importancia. —Descruzó los brazos un segundo y los volvió a cruzar—. Hasta que entré en la sala de reuniones y te vi. Y supe que jamás podría tocarte.

—¿Por qué? ¿Porque iba a trabajar para vosotros?

—No, por el modo en que me miraste.

—¿Qué tiene de malo cómo te miré?

—Nadie me había mirado así antes. Estoy acostumbrado a que las mujeres me miren con lujuria o que crean que acostándose conmigo podrán conseguir algo; una noche de pasión, su fantasía erótica más concreta, una vida llena de lujos... Lo que sea, pero algo tangible y con un claro valor transaccional. Sé distinguir la lujuria de la avaricia y de la codicia, incluso sé cuándo un hombre me mira con esos objetivos en mente. Pero tú no me miraste así.

—¿Y eso es malo?

—Para ti sí.

—¿No crees que estás siendo muy condescendiente conmigo? Quizá estás buscándole sentido a algo que no lo tiene.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó, realmente intrigado.

—Quizá yo también te miro con lujuria —le dije sonrojándome.

—Sé que me deseas, lo noto en la piel siempre que estás cerca. Pero me miras con algo más que deseo. Contigo es como si el deseo sólo fuese el principio y no un fin en sí mismo.

—Reconozco que nunca he tenido ninguna relación que fuese exclusivamente física —le confesé—, pero no las juzgo. Nunca he tenido ninguna porque nunca me he sentido inclinada a hacerlo. Y si sabes que te deseo —tragué saliva— y tú me deseas a mí, ¿qué tiene de malo que lo intentemos?

—Yo no «lo intento», Amelia. Yo tengo aventuras. Empiezan y terminan —explicó solemne—. No respondo al cliché romántico, alguien que espera encontrar a su alma gemela para enamorarse y formar una familia. Yo nunca tengo relaciones, tengo parejas sexuales que están de acuerdo en cumplir con mis condiciones y en seguir unas determinadas normas de conducta.

Se quedó en silencio y me observó igual que cualquiera observaría una probeta a la que acaban de lanzar un producto explosivo.

—¿Nunca has tenido una relación estable?

—De todo lo que te he dicho, eso ha sido lo que más te ha sorprendido —dijo casi para sí mismo—. No, nunca —respondió—. Y no quiero tenerlas.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Pero sí que has tenido, tienes, relaciones sexuales —puntalicé yo, más confusa que cinco minutos antes.

—Sí, siete en total.

¿Siete? Daniel era el prototipo del hombre perfecto; listo, guapo, educado y con muchísimo dinero y ¿sólo había tenido siete parejas? Imposible. Claro que no parecía estar mintiendo.

—¿Y nunca te has enamorado?

—No. Me gusta pensar que por alguna de ellas sentí algo de afecto, pero nunca me he enamorado. Yo jamás me casaré ni formaré una familia —aseveró como quien afirma que la Tierra es redonda.

—Entonces, lo que me estás diciendo es que estarías dispuesto a que fuésemos amantes pero nada más. ¿Es eso?

—No quiero que seamos amantes, no en el sentido que te estás

imaginando.

—¿Hay más de un sentido?

No pude reprimir la pregunta y él me sonrió con cierta tristeza.

—Debería mantenerme alejado de ti. —Se pasó las manos por el pelo y se levantó de donde estaba para acercarse a la repisa de la chimenea—. No tendría que haberte traído aquí —se lamentó pesaroso.

Seguía sin entenderlo, pero sentí que me necesitaba y me puse en pie para acercarme a él.

—¿Por qué me has traído aquí, Daniel? —le pregunté, deteniéndome a su espalda.

—Porque me he convencido a mí mismo de que no eres tan inocente como sé que eres y me he dicho que tras el beso de anoche quizá me desees lo suficiente como para darme lo que voy a pedirte.

—Pues entonces, pídemelo, Daniel.

—Prefiero demostrártelo. Ven aquí.

Estaba confusa y me flaqueaban las rodillas, pero tenía tantas ganas de besarlo que ni siquiera me planteé no hacerle caso. Me acerqué y le di un beso en los labios. Él tardó unos segundos en mover los suyos y cuando lo hizo fue para morderme. Me recorrió un escalofrío que se instaló entre mis piernas y entonces Daniel se apartó.

Respiró hondo un par de veces y la tercera asintió igual que si hubiese tomado una decisión. Se apartó de la chimenea para acercarse al escritorio que ocupaba el otro extremo del salón en el que estábamos, abrió un cajón y sacó algo de él, un retal de tela negra. Lo deslizó entre los dedos y volvió a acercarse a mí.

—Extiende la mano —me pidió y, en cuanto lo hice, colocó la tela en mi palma—. Es un antifaz, o mejor dicho, una venda —me explicó—. Quiero que te vendas los ojos.

—¿Ahora?

Acaricié la tela con las yemas; era suave y tuve la sensación de que desprendía calor tras haber estado antes en la mano de Daniel. Era una cinta doble, o quizá triple, cosida con precisión y muy larga, lo suficiente como para dar dos vueltas a la cabeza y dejar una lazada colgando por la espalda. Me imaginé a mí misma con esa cinta tapándome los ojos y Daniel a mi

espalda y me mordí el labio inferior para no suspirar.

—Todavía no —me respondió él con los ojos fijos en mi boca—, pero si aceptas estar conmigo tendrás que ponértelo.

—¿Cada día?

—Siempre que tengamos relaciones.

Sonaba tan aséptico..., pero me dije que esas frases eran sencillamente el modo que tenía Daniel de hablar y que no iba a dejar que me asustasen.

—¿Esto es todo? —le pregunté, levantando la cinta en la mano.

—No, esto es sólo un símbolo. Durante el tiempo que seamos amantes —pronunció la última palabra levantando una ceja y supe que la estaba utilizando en deferencia a mí—, serás mía.

—¿Tuya?

—Sí, mientras estemos juntos, necesito saber que confías plenamente en mí, que sabes que jamás haré nada que pueda hacerte daño. No soy estúpido y sé que es imposible que ahora confíes ciegamente en mí, pero ése sería mi mayor deseo, por lo que me dedicaré en cuerpo y alma a ganarme tu confianza.

—Mientras estemos juntos —repetí yo.

—Exacto. Quiero que tu cuerpo y tu placer me pertenezcan, que recurras a mí para sentirlo. Quiero poder castigarte si me desafías, premiarte si me satisfaces —titubeó y pensé que iba a añadir algo más, pero se quedó en silencio.

Yo tenía la garganta seca y apenas podía respirar de lo sensual que me parecía lo que me estaba insinuando.

—Como anoche por bailar con Raff.

—Sí, como anoche.

—Si hubiésemos estado juntos, qué me habrías hecho por haber bailado con otro hombre.

A Daniel le brillaron los ojos antes de contestarme y adiviné que se había planteado seriamente ese tema.

—No habrías bailado con otro hombre —afirmó rotundo—, porque antes de acudir al baile te habría hecho el amor y te habría dejado claro que tu cuerpo me pertenece. Pero si hubieses cometido ese error, o si lo hubieses hecho para provocarme, te habría llevado de vuelta a casa y te habría

enseñado lo que se siente al estar excitado y no poder hacer nada. Te habría tenido horas al límite sin dejarte alcanzar el orgasmo y no me habría detenido hasta que tú me suplicas. —Bajó la voz—. O hasta que me jures que eras sólo mía.

¿Eso era un mal plan? Dios, nunca había estado tan excitada como en ese instante.

—No quería bailar con Raff —murmuré tras unos segundos—. Quería bailar contigo.

Daniel me arrebató la cinta de entre los dedos y me acarició la palma con los suyos. La caricia se extendió por todo mi cuerpo y me dio un vuelco el corazón. Se colocó a mi espalda y me vendó los ojos. Dio dos vueltas a mi cabeza con la cinta de seda y cuando terminó, me la anudó con fuerza, aunque con suma delicadeza, en la nuca.

Se inclinó y me dio un beso bajo la oreja. Me estremecí y suspiré. Por nada del mundo lo habría detenido.

Me cogió de la mano y me llevó hasta un sofá.

—Siéntate —me dijo.

Lo hice y a él se le escapó un suave gemido.

—Dios, no te imaginas lo que me afecta verte obedecer con esa dulzura y naturalidad.

Yo negué con la cabeza y entreabrí los labios buscando los suyos.

Él volvió a gemir. No lo veía, pero podía imaginarme a la perfección sus ojos negros y su mandíbula ensombrecida por la incipiente barba. Las cejas fruncidas por la concentración.

—Amelia, si aceptas estar conmigo, tendrás que ponerte esta cinta cada vez que estemos juntos. Vendrás a mi apartamento siempre que yo te lo pida, me aseguraré de que tengas una llave y de que mi chófer vaya a buscarte. Te pondrás la venda y no te la quitarás en ningún momento y no dirás nada. Nada en absoluto. Si aceptas, te prometo que jamás abusaré del regalo de tu confianza y te aseguro que conmigo sólo sentirás placer. Si algún día, por el motivo que sea, hay algo con lo que no estás conforme, lo único que tienes que hacer es decir no. Y podrás irte sin más. Yo no intentaré retenerte y tampoco haré nada para perjudicarte en el bufete.

Me quedé pensando en lo que acababa de decirme y recordé lo que

Marina me había contado de esa compañera suya de trabajo. Daniel me estaba pidiendo que confiase en él cuando apenas hacía unas semanas que lo conocía, que confiase en él vendándome los ojos y acatando sus órdenes. El último hombre en el que había confiado, el primero y único hasta entonces, me había puesto los cuernos y me había dicho que nunca me había querido.

—Sé que te estoy pidiendo mucho, así que si quieres irte, sólo tienes que quitarte la venda e irte a tu dormitorio a descansar. Mañana regresaremos a Londres y será como si esto no hubiese sucedido, aunque tendría que pedirte, por favor, que no se lo cuentes a nadie. ¿De acuerdo, Amelia?

—No se lo contaría a nadie tanto si acepto estar contigo como si no — respondí con absoluta convicción.

—Lamento si te he ofendido, no estoy acostumbrado a ti —se disculpó él—. ¿Quieres hacerme alguna pregunta?

—Sí —dije, antes de que cambiase de opinión.

—Adelante.

—¿Eres sadomasoquista?

—No, no lo soy, pero ¿sabes qué significa realmente esa palabra?

—No soy tan inocente como te empeñas en creer y sí, sé lo que significa. Marina me dijo que tenía una compañera de trabajo que tuvo una relación de ese estilo y que su pareja no la dejaba sentarse a la mesa y que le decía qué tenía que comer y qué podía ponerse. Yo no aceptaré una relación así.

—Y yo jamás te lo pediría, Amelia. Te lo repito, no, no soy sadomasoquista. Nunca me han gustado las etiquetas, normalmente, nadie encaja del todo en ninguna, aunque los humanos nos empeñemos en meternos a todos en cajitas perfectamente estancas que sólo consiguen asfixiarnos. No soy sadomasoquista —repitió—, no necesito que firmes ningún contrato ni decidir qué puedes tomar para desayunar ni nada por el estilo, pero sí necesito tener el control en todo momento. Y no sólo en la cama, aunque ahí sin duda es importante. Necesito tener el control en todos los aspectos de mi vida y el sexo es parte vital de ella. Ya te dije que no soy como los demás hombres —me recordó, tras abrir y cerrar los puños— y sin duda son muy distinto de Rafferty. Pero jamás te haré daño. Preferiría morir antes que hacerte daño. —Esa frase resonó dentro de mí y temblé al ver que lo decía en serio—. Lo único que quiero que sientas conmigo es placer.

—¿Y, tú?

—Si tú sientes placer, yo lo sentiré. Tus orgasmos me pertenecerán, conoceré tu cuerpo mejor que tú. Aprenderé a tocarlo como si fuese un valiosísimo instrumento. Y lo será, mío. Dejará de ser tuyo para pertenecerme y no me imagino mayor placer que ése.

Si seguía hablándome así, terminaría por tener un orgasmo en aquel sillón.

—Pero sólo en la cama. Fuera de ella yo seguiré siendo la misma de siempre. Tú seguirás siendo el mismo de siempre.

—En el despacho todo seguirá igual. Yo no quiero dominarte, tú eres una mujer muy lista y nadie sabe mejor que tú cómo hacer tu trabajo, pero si algún día veo que un cliente abusa de ti, intervendré igual que lo haría con cualquier otro empleado. Yo no me siento atraído por las mujeres sin personalidad y mientras estemos juntos quiero seguir disfrutando de la tuya. Pero según mis normas.

«Estemos juntos...» Esa frase hizo que sintiera como si infinitas mariposas revoloteasen en mi estómago y se instalasen en mi entrepierna.

—¿Y cuándo terminará? Has dicho que tú sólo tienes aventuras y que siempre tienen fecha de caducidad.

—Siempre terminan. Llegará un día en que querrás quitarte el antifaz, o en que no querrás seguir obedeciéndome. O sencillamente te cansarás de esperar o me pedirás algo que no podré darte.

—¿Y si no llega?

—Llegará, Amelia. Un día querrás que te acompañe a conocer a tus padres, o querrás ir a cenar y hacer el amor como una pareja normal. Y yo te diré que no y tú te irás.

—Si tan seguro estás, ¿por qué estás dispuesto a seguir adelante? Es imposible que a ti no te afecte —lo reté, a pesar de que no lo veía.

—Me afectará, de eso también puedes estar segura. Estoy dispuesto a seguir adelante porque yo soy así. Porque no existe otro modo. Incluso ahora he sido incapaz de contarte todo esto mirándote a los ojos.

Levantó una mano y me tocó la venda que me cubría los párpados. Habría jurado que le temblaba, pero no tuve tiempo de comprobarlo.

—Una última cosa —añadió—: nunca podrás quedarte a dormir conmigo.

Nunca te echaré de mi apartamento, pero si quieres quedarte, tendrá que ser en otro dormitorio. Yo nunca duermo con nadie. Nunca.

Por el modo en que lo subrayó, deduje que como mínimo una de esas siete mujeres que había mencionado antes había tenido problemas para entenderlo.

Idiotas. Tenía ganas de arrancarles los ojos a todas, aunque ni siquiera sabía quiénes eran. Y Tom se quejaba de que yo no era celosa...

—Tendré que ponerme la cinta siempre —dije en voz baja, tras humedecerme los labios—, y no podré decir nada excepto no.

—Así es.

—Y eso sólo podré decirlo una vez, porque cuando lo diga dejaremos de vernos y todo volverá a la normalidad.

—Exacto.

—Nunca saldremos a cenar —recité las normas de Daniel.

—A no ser que esté relacionado con el trabajo —puntualizó él y la romántica que habita en mí lo tomó como muy buena señal.

—Y nunca dormiremos juntos.

—Nunca.

—Son muchas condiciones —repliqué, dándole vueltas en mi mente.

—Lo son y es comprensible que te parezcan completamente injustificadas. Quítate la venda y...

—Estoy pensando.

—De acuerdo —comino él y lo sentí sonreír—. No vuelvas a interrumpirme cuando hablo, señorita Clark.

—No vuelvas a interrumpirme cuando pienso, señor Bond.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Sabía que él no se había ido, porque yo seguía teniendo la piel de gallina y el pulso descontrolado, y eso sólo me sucedía cuando Daniel estaba cerca.

—Son muchas condiciones —repetí.

—Sí.

—Yo también quiero poner una.

—¿Cuál?

—Por cada siete noches que pasemos juntos, tendré derecho a hacerte una pregunta sobre lo que sea y tú tendrás que contestarme sinceramente.

—¿Siete noches?

—Sí. Siete noches a cambio de una pregunta.

—Y de una verdad —puntualizó él.

Quería quitarme la venda. Necesitaba ver a Daniel con todas mis fuerzas, pero sabía que él necesitaba la distancia que proporcionaba aquel retal de tela negra. Quizá todavía no lo comprendía, pero lo sabía.

—Piénsalo —le dije entonces.

—Lo pensaré.

—Si acepto, nada de esto empezará hasta el lunes, ¿no? ¿Qué haremos el fin de semana? —pregunté ingenua, aunque me sonrojé en cuanto las palabras salieron de mis labios, porque sabía que él las malinterpretaría.

Daniel soltó una leve carcajada y, olvidándome de mi sonrojo, supe que haría lo que fuese para volver a oírla.

—Lo que hacemos los chicos de ciudad cuando vamos al campo: pasear. En seguida vuelvo, señorita Clark, voy a fingir que preparo la cena que nos ha dejado la señora Riverton. Cuando estés lista, ven al comedor.

Oí que la puerta se abría y volvía a cerrarse y supe que estaba a solas, porque pude respirar de nuevo con normalidad. Me llevé las manos, que no dejaban de temblarme, a la nuca y tiré del nudo de la cinta de seda. Se deslizó por mi rostro y la enredé alrededor de los dedos. No tuve que pensarlo, me la guardé en el bolsillo del pantalón y me aseguré de no perderla. A Daniel no se lo diría hasta el día siguiente, pero mi respuesta iba a ser sí.

Un sí rotundo.

## 13

El resto del fin de semana fue maravilloso. Para ser un hombre tan convencido de que no quería tener una relación, a Daniel se le daba muy bien hacer que una mujer se sintiese la más especial del mundo. De hecho, si el domingo no hubiésemos vuelto a Londres, probablemente me habría echado encima de él y le habría exigido que me besase. Otra vez.

El sábado por la noche, después de que yo entrase en el comedor sin el antifaz, Daniel se comportó como un perfecto caballero, hablamos de libros, de nuestras respectivas épocas universitarias... y durante un rato me olvidé de que estaba con el hombre más fascinante y complicado que había conocido nunca. Él me preguntó por mi familia como si le interesase de verdad, pero cuando yo le pregunté por la suya, cambió de tema en menos de un par de segundos. Yo se lo permití porque vi que en el fondo de sus ojos negros brillaba algo especial, algo remoto y a lo que no parecía querer enfrentarse. Y porque no quería estropear aquellos momentos.

No tenía ninguna duda de que Daniel había hablado en serio: el lunes volvería a convertirse en el hombre distante de trajes negros carísimos y que quería que su amante llevase los ojos ocultos tras una seda negra. Pero aquel sábado por la noche Daniel Bond era sólo un chico y yo una chica, cenando a la luz de las velas.

Terminamos el postre, un delicioso pudín de chocolate blanco, y él insistió en lavar los platos mientras yo lo esperaba en el sofá, con un libro que me había recomendado durante la cena y que tenía en la biblioteca.

Lo encontré con facilidad y me quedé de pie junto a la chimenea, leyendo

las primeras páginas.

—Estás preciosa —me dijo Daniel al entrar.

Me sonrojé y cerré el libro nerviosa.

—¿Puedo llevármelo?

Levanté el ejemplar y él tuvo la cortesía de fingir que no veía que me temblaban las manos.

—Claro.

Se quedó mirándome de aquel modo que me hacía sentir como si quisiera tocarme pero estuviera conteniéndose y se me erizó la piel sólo de pensar en sus manos encima de mí.

Durante la cena, él no había hecho ni siquiera una leve referencia a la conversación de antes y yo estaba empezando a creer que me la había imaginado. Hasta que me llevé la mano al bolsillo casi sin querer y toqué la cinta de raso negro.

Daniel se fijó en el gesto y en mi expresión al rozar el retal de seda. Lo supe porque lo vi tragar saliva y luego desviar la vista hacia una mesa en la que había una botella de cristal tallado que seguro que contenía un whisky carísimo. Todo lo que había en aquella casa era de la mejor calidad e, igual que los trajes que él llevaba en el bufete, era elegante y sofisticado. Daniel Bond era uno de los hombres más ricos de Inglaterra y no ocultaba que le gustaba estar rodeado de cosas bellas, pero no alardeaba de ello.

—¿Te gusta trabajar en el bufete? —me sorprendió preguntándome.

Eso me obligó a dejar de mirarlo. Algo que al parecer me estaba resultando cada vez más difícil.

—Sí, mucho. Todavía me estoy poniendo al día, pero Martha me está ayudando mucho. Y David Lee es increíble. ¿Hay algo que no sepa ese hombre sobre derecho matrimonial?

—No. —Sonrió él y se sirvió dos dedos de whisky en una copa—. David está muy sorprendido contigo, dice que tus enfoques son imprevisibles.

No tuve más remedio que devolverle la sonrisa.

—Bueno, es muy amable diciendo eso. La verdad es que me siento muy torpe a su lado.

—No tienes por qué.

—Gracias —dije, mirándolo de nuevo—. Soy consciente de que Patricia

me contrató para hacerle un favor a mi madre y tengo la intención de hacer todo lo que esté en mi mano para que no se arrepienta de ello.

—Y, tú, ¿crees que algún día te arrepentirás de haber vuelto a Londres?

—Jamás. Nunca debí haberme ido.

—¿Por qué lo hiciste? —Me lo preguntó tras vaciar la copa y con el mismo tono de voz que utilizaba cuando estaba enfadado.

Dejé el libro en la repisa y paseé por delante de la chimenea. Daniel no se acercó, pero sentí que sus ojos seguían cada uno de mis movimientos.

—¿Tan enamorada estabas de tu prometido? —sugirió, al ver que yo no contestaba.

Entonces levanté la vista. Estaba tenso, había dejado la copa en la mesa y permanecía completamente inmóvil. Me recordó a una pantera, igual que el día que lo vi en el ascensor, y sentí la tentación de acercarme a él a pesar de que sabía que probablemente no era lo que Daniel quería. No lo hice.

—No —le contesté sincera y vi que soltaba el aliento—. Estaba enamorada de mi idea del amor. —Me encogí de hombros y terminé de contarle la verdad—: Tenía tantas ganas de creer que él me quería y que yo lo quería que estuve a punto de convencerme de ello. Íbamos a celebrar una boda preciosa, nos iríamos de luna de miel y, cuando volviésemos, yo trabajaría en un pequeño bufete de Bloxham. Tendríamos un niño al cabo de un año, dos a lo sumo, y después otro. Y daríamos fiestas en el jardín y él me diría que me quería bajo la luz de la luna mientras los niños dormían dentro de la casa. —Hice una pausa—. Seguro que te parecerá una estupidez.

—No —afirmó rotundo—. Me parece que Tom fue un imbécil por dejar escapar ese futuro que describes. Si no estaba interesado en eso, tendría que haber sido sincero contigo desde el principio.

—Como tú.

—Como yo —convino Daniel, pero tuve la sensación de que le había dolido el comentario.

—Supongo que en el fondo tendría que estarle agradecida.

—¿Por qué? ¿Por haberte sido infiel? Se comportó como un cobarde.

—Quizá, pero Tom forma parte del pasado. Y no quiero seguir hablando del tema. —No quería pensar en Tom porque no podía dejar de pensar que si él, un contable de Bloxham con una calvicie incipiente y la elegancia de un

pato, me había sido infiel, ¿cómo podía ser capaz de retener el interés de un hombre como Daniel Bond? Al menos Daniel había sido sincero y me había dicho que nuestra relación tenía fecha de caducidad.

Y en mis entrañas sabía que jamás me sería infiel ni haría algo tan vil como lo que me hizo Tom. El día que se cansase de mí, me lo diría mirándome a los ojos.

—Deja de pensar que fue culpa tuya —me espetó Daniel y me dio un vuelco el corazón al ver lo fácil que le resultaba adivinar mis sentimientos.

—¿Cómo lo sabes? Quizá Tom tuviera motivos de sobra para buscarse a otra mujer.

Tomé aire. Daniel me hacía sentir cosas que Tom nunca me había hecho sentir, temblaba sólo con tenerlo cerca y me parecía que dejaría de respirar si no lo besaba, pero nada de eso garantizaba que el sexo fuera a ser diferente. Si decepcionar a Tom me había hecho daño, decepcionar a Daniel me mataría. Metí la mano en el bolsillo y toqué la cinta de seda.

—A mí el sexo no se me da bien —dije en voz baja y sin mirarlo.

—¿Qué has dicho?

—Sólo he estado con un hombre en mi vida y no estuvo interesado en quedarse. —Levanté la cabeza y vi a Daniel con los labios entreabiertos y la respiración acelerada, escuchándome con suma atención. Seguí antes de perder el valor—: Nunca he hecho nada remotamente parecido a lo que antes me has descrito, pero quiero intentarlo. Contigo.

—¡Mierda! —masculló él—. Creía que eras inocente, pero estaba convencido de que al menos habías experimentado algo. ¿No se supone que es lo que hacemos todos en la universidad?

—No, lo siento.

—No te disculpes —me riñó.

Cerré los ojos un segundo para contener las repentinas lágrimas que habían aflorado a mis ojos al ver a Daniel tan furioso.

—Lo siento —repetí yo sin poder evitarlo—. Me iré a dormir y haremos lo que dijiste, como si nada de esto hubiese sucedido.

—No te muevas. —Daniel se pasó las manos por el pelo y se frotó el rostro un segundo—. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante? —Se me acercó y se detuvo a pocos centímetros.

—Estoy segura. Nunca había sentido con nadie lo que siento estando contigo. No sé qué es y entiendo lo que me has dicho antes y de todos modos quiero averiguarlo.

—Dios, yo también, pero no puedo pedirte que vengas el lunes a mi apartamento y que te entregues a mí sin más. Hay todo un mundo entre los estúpidos egoístas como Tom y yo, cientos de miles de hombres que matarían para estar contigo. Hombres que no te serán infieles y que le darán gracias a Dios por tener a una mujer como tú a su lado. Hombres que no te impondrían las condiciones que yo necesito imponerte.

—No deseo a ninguno de esos hombres.

—Tú no sabes lo que es el deseo.

—Enséñamelo tú.

Pensé que me rechazaría, que me diría que no estaba interesado en seducir a una mujer tan poco sofisticada como yo.

Lo vi apretar la mandíbula y los puños. Cerró los ojos un instante y, cuando volvió a abrirlos, brillaban como la noche.

—Siéntate en el sofá y cierra los ojos.

Sentí tal alivio que casi se me doblaron las rodillas. Hice lo que Daniel me había indicado y tomé asiento en un sofá de piel marrón de dos plazas; me senté en medio. Él se agachó delante de la chimenea y avivó el fuego.

—Cierra los ojos —repitió Daniel.

Los cerré.

Lo oí caminar y segundos más tarde noté que se oscurecía el salón.

—He apagado la luz —explicó él—. Deja las manos ahí y no las muevas. Quiero que me toques, llevo noches soñando con ello, pero esto es para ti, Amelia, sólo para ti. —Me cogió ambas manos y colocó una a cada lado de mi cuerpo—. Si hago algo que no te gusta, sólo tienes que decírmelo. Todavía no me has dado tu respuesta y esta noche no tiene nada que ver con lo que sucederá a partir del lunes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Lo único que quiero es demostrarte que eres la mujer más sensual que he conocido nunca. —Me dio un beso en la mandíbula, justo debajo de la oreja y fue bajando por el cuello—. Eres preciosa. —Me besó la clavícula y deslizó una mano por entre los botones del vestido. Debía de estar de rodillas

delante de mí, pero no abrí los ojos para comprobarlo. Sentí su mano encima de mi ombligo y temblé, noté que él sonreía levemente, pegado a mi piel—. Eso es, Amelia, no me ocultes jamás cómo te afecto. Tú me afectas del mismo modo. —Su mano subió por mi estómago y, con los nudillos, me acarició un pecho y luego otro—. Respira, Amelia.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba aguantando la respiración, pero mi cuerpo debía de creer que sólo necesitaba las caricias de Daniel para vivir y que tomar oxígeno era una pérdida de tiempo innecesaria. Me recorrió entonces el labio inferior con la lengua y yo habría gemido, pero justo entonces, me mordió.

—Relájate y respira, o tendré que morderte.

Asentí y él me recompensó con un beso tan intenso como el que me había dado la noche anterior, al salir de la fiesta. Sentía un cosquilleo casi incontenible en las yemas de los dedos de las ganas que tenía de tocarlo y Daniel debió de notarlo, porque me pellizcó el pecho que me cubría con la mano.

—No te muevas.

Se apartó y yo oí que ambos teníamos la respiración entrecortada. Saber que esos besos lo habían alterado tanto como a mí me excitó todavía más. Me desabroché los botones del vestido y separó la tela. Esa mañana me había puesto uno de mis conjuntos de ropa interior preferidos; unos sostenes de encaje combinados con negro y *nude* y unas sencillas braguitas a juego.

—Dios mío.

Me sonrojé al oírle decir eso.

—Puedo ver cómo te estás sonrojando. Tienes la piel más bonita que he visto nunca, blanca y delicada, pero que a la vez quema con sólo mirarla.

Me besó entonces la garganta y fue deslizándose la lengua por mi esternón. Se detuvo al llegar al sujetador y se desvió lentamente hacia un pecho. Lo capturó entre los labios y lo besó como si nunca tuviese intención de dejar de hacerlo. Era como si estuviese haciéndole el amor a cada parte de mi cuerpo.

Gemí y eché la cabeza hacia atrás.

Sin dejar de besarme y mordirme el pecho, Daniel terminó de desabrocharme el vestido con una mano y, cuando acabó, la colocó justo encima de las braguitas. Volví a gemir e intenté cerrar las piernas.

—No —me detuvo él—. Deja que vea lo excitada que estás. No tengas miedo.

Yo nunca me había sentido cómoda compartiendo esa clase de intimidad con Tom y de repente comprendí que era porque con él parecía forzado, como si ese hombre con el que había estado a punto de casarme, no tuviese derecho a presenciar mi deseo.

Daniel deslizó la mano dentro de mi ropa interior y se detuvo justo encima de mi sexo. Yo estaba temblando, pero él también. Se quedó inmóvil unos segundos y cuando sentí que me besaba el pecho que hasta entonces había estado huérfano de sus labios, suspiré aliviada. Le dedicó a ese pecho las mismas caricias que al otro y poco a poco fue moviendo la mano que tenía entre mis piernas. Sólo me estaba acariciando. Lentamente. Dejando que mi sexo notase los temblores que le recorrían a él cuerpo. Movié los dedos con delicadeza, dándome tiempo para reaccionar y para anticipar y desear cada nuevo movimiento. Y cuando yo adelanté las caderas en busca de más caricias, soltó el pecho que tenía entre los labios y descansó la frente en mi regazo.

Sentí su respiración entrecortada sobre mí. Cada vez que él tomaba aire se me ponía la piel de gallina y tenía que sujetarme al sofá para no soltar las manos y tocarlo. Me humedecí los labios presa del deseo.

Daniel se apartó y poco a poco retiró también la mano que tenía dentro de mis braguitas. Gemí desesperada. Nunca me había sentido como si mi propia piel no pudiese contenerme. Iba a cerrar las piernas para ver si así lograba detener los temblores que amenazaban con consumirme y entonces noté los labios de Daniel encima de mi ropa interior. Me besó justo por encima del encaje. Podía sentir su lengua y sus labios dibujando cada parte de mi sexo, recorriéndolo con lentitud y adoración. La delgada tela de las braguitas no era ninguna barrera para el fuego con el que él me estaba abrasando, sencillamente convertían aquel beso en el más erótico que me habían dado nunca.

Eché la cabeza hacia atrás y volví a aguantar la respiración.

Y Daniel dejó de besarme.

—¿Qué te he dicho que te haría si te olvidabas de respirar?

Tardé varios segundos en comprender que me estaba hablando y otros

más en reunir las fuerzas necesarias para contestar:

—Que me morderías.

—Exacto.

Daniel inclinó la cabeza, me capturó el clítoris entre los labios y me lo mordió levemente. Lo besó y lo besó, lo lamió y me sujetó por los muslos mientras yo descubría por primera vez lo que era perder la cabeza de deseo. Lo noté temblar, flexionó los dedos encima de mis muslos y sentí cómo sus labios engullían mi orgasmo como si su vida dependiese de ello. Supongo que grité. No lo sé, pero poco a poco recuperé la calma y me atreví a abrir los ojos.

Daniel seguía de rodillas delante de mí, con la cabeza encima de mi regazo, besándome lentamente. Me besó entre las piernas una vez más y luego la parte interior de los muslos. Me pasó la mejilla por ellos y la barba me hizo cosquillas. Me pareció un gesto tan tierno, tan inconsciente por su parte, que me dio un vuelco el corazón y noté que me resbalaba una lágrima por la mejilla.

Volví a cerrar los ojos antes de que él lo viese. Daniel me besó entonces las marcas que sin querer me había dejado con los dedos al sujetarme los muslos. No dejó una pierna hasta asegurarse de que había besado todas y cada una de las marcas, y luego siguió con la otra. Y cuando se sintió satisfecho, me abrochó el vestido y me dio un cariñoso beso en los labios.

Noté mi sabor en ellos y la lengua de Daniel me hizo el amor igual que había hecho antes con mi sexo.

Quería tocarlo, probablemente nunca había deseado tanto nada, pero no lo hice porque él no me había pedido que lo hiciese. Y una parte de mí quería darle todo lo que necesitase.

Dejó de besarme y el sofá se hundió a mi lado.

—Abre los ojos.

Lo hice y lo descubrí junto a mí. Y lo que vi me dejó sin aliento. Sus ojos, oscurecidos, parecían desprender fuego. Tenía la mandíbula tensa y parecía a punto de perder el control. El torso le subía y bajaba con cada respiración y era imposible ocultar lo excitado que estaba.

—Eres una mujer preciosa, Amelia, y yo soy un bastardo por pedirte lo que te he pedido. Tendría que decirte que lo has sentido conmigo puedes

sentirlo con cualquier hombre, pero no pienso hacerlo. De hecho, estoy convencido de que es imposible que exista otro hombre capaz de darte el placer que yo puedo darte. Di que el lunes vendrás a mi apartamento.

Me miró a los ojos. No dijo nada para convencerme. No dijo que no hacía falta que me pusiera la venda, ni tampoco que fuese a cambiar. Ni siquiera me dijo que lo intentaría. No me ofreció ninguna excusa, ninguna mentira. Y lo que me convenció fueron las dos palabras que susurró justo antes de ponerse en pie y salir del salón. Dos palabras que todos mis instintos decían que no les había dicho a ninguna de las siete mujeres con las que había estado:

—Por favor.

El domingo por la mañana, Daniel me llevó de paseo por el pueblo e insistió en comprarme todo lo que yo decía que me parecía bonito; desde un ramo de crisantemos hasta unos pendientes preciosos en un anticuario. Al final, terminé por callarme, pero a él no le importó. Sencillamente, se limitó a comprar todo lo que yo miraba más de dos segundos.

Me dormí durante el trayecto de regreso a Londres, lo que lamenté, porque me habría gustado seguir disfrutando de la compañía de ese Daniel tan relajado que contaba anécdotas absurdas sobre su época de pasante y que se empeñaba en decirme que estaba guapa. No habíamos vuelto a hablar de lo de la noche anterior, pero tampoco hablamos del trabajo ni de Tom, ni de nada por el estilo. Me contó alguna de sus aventuras en el extranjero y yo le correspondí hablándole de los dos veranos que había pasado en Italia de pequeña.

—Ya hemos llegado —me dijo cuando detuvo el coche frente a mi apartamento—. Tu compañera de piso seguro que te está esperando.

Yo abrí los ojos y al verlo mirándome con una sonrisa en los ojos, me sonrojé.

—Sí; Marina es la mejor. No sé qué habría hecho sin ella.

—Habrías estado bien —afirmó Daniel—, pero me alegro de que tengas una buena amiga que se preocupa por ti.

—Bueno, será mejor que me vaya —dije yo, sin poder evitar mirarle los labios.

—No voy a besarte —me espetó, adivinando mis pensamientos y sin

apartar los ojos de mi boca.

—Oh, está bien. —Intenté bromear para disimular la decepción, pero me temo que no lo conseguí—. Gracias por el fin de semana, señor Bond. Nos vemos mañana.

—Nos vemos mañana, señorita Clark.

Iba a abrir la puerta, pero me detuvo y salió del coche para abrirla él.

—Gracias —le dije con una sonrisa al bajar.

—De nada. Buenas noches, Amelia.

—Buenas noches.

Volvió a meterse en el Jaguar y me dije que él también había tenido que morderse los labios para no besarme.

Marina efectivamente estaba esperándome y no me dejó acostarme hasta que le hube jurado por toda mi familia que Daniel se había portado bien conmigo. No le conté lo que me había pedido, pero no por él, sino porque yo tampoco estaba lista para compartirlo. Daniel me estaba haciendo sentir algo completamente nuevo y no quería que nadie, ni siquiera Marina, intentase convencerme de que no estaba bien.

A la mañana siguiente, me desperté con una sonrisa en los labios y con unas ganas casi incontrolables de ir al bufete y ver a Daniel, pero a medida que iba acercándome al edificio de la sede de Mercer & Bond iban asaltándome más y más dudas. ¿Y si Daniel lo había pensado mejor? ¿Y si todo había sido una broma de mal gusto? O, peor aún, ¿y si me había utilizado y ahora fingía que no había pasado nada?

Subí en el ascensor con el corazón en un puño y me fui directa a mi mesa para ver si conseguía calmarme antes de que llegase alguno de mis compañeros y me viese. Y entonces reparé en la caja.

Una caja de terciopelo negro junto a un sobre y una taza de té recién hecho. Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie. Había llegado un poco antes y agradecí la soledad y la intimidad. Me quedé contemplando los distintos objetos durante unos segundos, sin necesidad de plantearme quién los había dejado allí y decidí abrir primero la caja.

Una llave colgando de una sencilla cinta de cuero.

Pasé los dedos por la llave, parecía nueva, y luego volví a cerrar la caja. Abrí el sobre y saqué la nota manuscrita. Era la primera vez que veía la letra de Daniel y me pareció un detalle muy íntimo.

*Amelia,  
Ésta es la llave de mi apartamento, encontrarás la dirección en el reverso de esta nota.  
Te espero a las nueve. Si no vienes, sabré que has decidido seguir con tu sueño.  
Tómame el té y piensa en mí. Yo estoy en la piscina (intentando no pensar en ti).  
Tuyo,  
D.*

Metí la nota en el sobre y me lo guardé en el bolso, junto con la llave. Me bebí el té, que estaba como a mí me gusta, sin poder dejar de sonreír. Y pensé que aún faltaban muchas horas para las nueve.

Pasé el resto de la mañana sin ver a Daniel y sin dejar de pensar en él, aunque la verdad es que fui capaz de trabajar y de concentrarme en lo que estaba haciendo. Era como si él en cierto modo me inspirase, me motivase a ser mejor abogada, a prestar más atención.

Fui a comer con Martha a un restaurante vegetariano que había cerca del bufete y en cuanto nos sentamos, empezó el interrogatorio:

—Te vi bailando con Rafferty —me confesó mi nueva amiga—. Es muy guapo. Si yo no estuviese comprometida, y pesase doce kilos menos, le tiraría los tejos.

—Estás fantástica.

—No mientas y cuéntame lo de Rafferty Jones. ¿Te fuiste con él? Parecía estar muy bien el uno con el otro.

—No, no me fui con él.

—Vaya, yo que pensaba que ibas a contarme algo interesante...

—No, lo siento.

—Bueno, qué se le va a hacer —dijo Martha con una sonrisa—. ¿Y qué has hecho todo el fin de semana?

—Nada especial —mentí—. ¿Y, tú?

—Seguir con los preparativos de la boda. Por suerte, faltan sólo tres

semanas. Ah, antes de que se me olvide —metió una mano en el bolso y sacó un sobre rojo—. Estás invitada.

—Oh, no hace falta, Martha —le aseguré, cogiendo el sobre.

—Por supuesto que hace falta. Es la primera vez que tengo una amiga en el trabajo. Si quieres, puedes venir acompañada.

Pensé en Daniel y sentí un nudo en el estómago. Él me había dejado claro que no quería ser mi pareja, al menos no fuera de la cama, y me dolió. Por primera vez comprendí lo que me había dicho de que llegaría un día en que lo dejaríamos porque yo le pediría algo y él me diría que no.

—Gracias, pero iré sola.

—Todavía faltan muchos días, quién sabe, quizá para entonces Rafferty esté completamente enamorado de ti y te suplique que lo dejes acompañarte.

—Quién sabe.

Las dos nos reímos y seguimos hablando de tonterías.

Por primera vez, salí del trabajo antes de las ocho y me fui a casa para cambiarme. Había pensando en mentirle a Marina, pero al final opté por contarle la verdad.

—Voy a ver a Daniel.

—¿Vas a cenar con él?

—Hemos quedado en su apartamento —respondí sin concretar—. He anotado la dirección en la cocina.

—¿Te quedarás a dormir? —me preguntó ella enarcando una ceja.

—No, pero quizá vuelva tarde.

—Vaya, vaya, Amy. ¿Estás segura de que es lo que quieres hacer?

—Lo estoy.

—Está bien, pero ten cuidado. A pesar de lo que digas, tienes demasiado corazón como para poder mantenerlo a distancia. Y Daniel Bond quizá no sea el hombre adecuado como para que vuelvas a arriesgarlo.

—Ha sido sincero conmigo, que es mucho más de lo que puede decirse de Tom. Sólo iré a su apartamento un rato. Y te prometo que no me enamoraré de él.

Con su expresión, Marina dejó claro que se lo creía tan poco como yo.

Me puse un conjunto de ropa interior blanco muy delicado y que Tom no había visto nunca. En realidad, al ponérmelo pensé que nunca me había preocupado qué ropa interior iba a ver él o no. En cambio, con Daniel, me pasé más de veinte minutos con el cajón de la lencería abierto, intentando decidir cuál le gustaría más.

Elegí ese blanco por su tacto, era muy suave y, al no tener ningún relleno, si él no me desnudaba sentiría sus dedos a través de la ropa. Además era muy femenino. A Daniel parecía gustarle que yo no tuviese demasiada experiencia, y ese sujetador jamás se lo habría comprado una *femme fatale*.

Luego elegí un vestido y me puse las medias y las botas. Me maquillé poco y me eché unas gotas del último perfume que me había comprado. Cogí la cinta de seda negra y me la acerqué a la nariz. Olía como Daniel. Sólo como Daniel, y de repente se me encogió el estómago al preguntarme si habría utilizado esa misma cinta con sus otras mujeres.

Yo nunca me había considerado celosa, pero sólo de pensar en él vendándole los ojos a otra me dieron arcadas y tuve ganas de arrancarle las entrañas a esa desconocida. Iba a tener que preguntárselo, aunque me doliese la respuesta, no iba a poder quitármelo de la cabeza.

Abrí la caja con la llave y tiré de la cinta de cuero. La cinta se rompió y la llave cayó al suelo y, al recogerla, la apreté en mi palma. Tuve la sensación de que me quemaba, una estupidez, por supuesto, pero así lo sentí. Guardé la llave en un compartimento del bolso y me quedé con la cinta de cuero. Podría haberla dejado encima de la cama, pero algo me impulsó a atármela alrededor de la muñeca. Era delgada y muy larga, me daba tres vueltas, y luego la até con un nudo que escondí debajo. El cuero era suave y en mi muñeca parecía una esclava romana.

En esta primera cita el chófer de Daniel no fue a buscarme, por lo que llamé un taxi y bajé a esperarlo. Habría podido ir a pie, pero estaba tan nerviosa que tenía miedo de caerme con los zapatos de tacón. El apartamento de Daniel estaba, evidentemente, en uno de los barrios más caros de Londres y en cuanto el taxi se detuvo ante la puerta, salió un portero uniformado a recibirme.

—¿Es usted la señorita Clark? —me preguntó y, tras verme asentir, continuó—: El señor Bond la está esperando. Coja el ascensor y suba al ático,

yo me ocuparé del taxista.

Iba a decirle a aquel buen hombre que yo podía pagar perfectamente mi propio taxi, pero el modo en que me miró me dijo que si insistía iba a ponerlo en un aprieto con el señor Bond.

—Gracias.

—De nada, señorita. Es un placer.

Entré en el ascensor y le di al botón del ático. Tenía la llave en la palma de la mano y no podía dejar de pensar en si todas las mujeres con las que Daniel había estado se habían sentido igual. Sencillamente no podía.

La campanilla del ascensor me indicó que habíamos llegado a nuestro destino y salí al rellano. Debería irme. Todavía estaba a tiempo, si con sólo unos días me sentía tan posesiva con Daniel, ¿qué no llegaría a sentir? Y él me dejaría, eso había quedado claro. Quizá lo mejor sería...

—Estás aquí —dijo desde la puerta, como si no pudiese creérselo—. Me había parecido oír el ascensor, pero no sabía si eran imaginaciones mías.

—Estaba pensando en irme —confesé a media voz.

Daniel retrocedió como si lo hubiese golpeado, pero en seguida lo disimuló.

—Ya te dije que podías irte en cualquier momento, lo único que tienes que hacer es decir no.

—¿Tan fácil te resultará mantener las distancias?

—¿Fácil? No, en absoluto. Pero no es no. Y haré lo que sea necesario para respetar tu decisión —aseguró, mirándome a los ojos con la fiera determinación de antes.

—¿Puedo preguntarte una cosa antes de entrar?

—Creía que habías dicho que me harías una pregunta después de pasar siete noches juntos.

—Ésta es distinta. Además, todavía no me has dicho si aceptas responderme.

—Acepto. Después de siete noches juntos, contestaré cualquier pregunta que me hagas —me prometió—. Y sí, puedes preguntarme lo que quieras antes de entrar, siempre que termines entrando —añadió con una sonrisa, probablemente menos segura de lo que a él le habría gustado.

—Todavía no lo sé.

—Haz tu pregunta, Amelia —dijo con voz más ronca que antes y con la mirada fija en mi boca—. Antes de que decida que no te dejen hacérmela y te meta en el piso.

—La venda de seda negra y la llave —la levanté para enseñársela y él se fijó en mi muñeca y no apartó los ojos de la cinta de cuero—, ¿a cuántas mujeres se las has dado?

—A ninguna —aseguró, tragando saliva.

—¿A ninguna? Dijiste que habías estado con...

—Siete mujeres. Ninguna como tú. Eso también te lo dije.

Se me acercó sin decir más. Sin darme otra explicación y sin añadir nada que corroborase que yo era especial. Pero le creí. Se detuvo ante mí y me cogió la muñeca en la que llevaba la cinta de cuero.

—Es la cinta de la llave. ¿Por qué te la puse aquí?

—No lo sé —respondí.

No quería decirle que me la había puesto porque quería tener algo de él cerca de mí.

—No te la quites. Mientras estemos juntos, no te la quites. —No me soltó la muñeca, sino que me la apretó con más fuerza.

—De acuerdo —le aseguré.

Lo tenía tan cerca que podía oler su perfume a madera y me sentía el corazón en la garganta.

—¿Vas a entrar?

—Voy a entrar.

Daniel cerró los ojos un segundo y me dio un beso en la muñeca, justo encima de la cinta de cuero.

—Gracias.

—He preparado algo de cenar —me dijo en cuanto cruzamos el umbral y vio que yo olfateaba el delicioso aroma que salía de la cocina.

—¿Sabes cocinar?

—La señora Riverton insistió en enseñarme, aunque casi nunca lo hago. Primero no iba a hacer nada, pero has ido a comer a ese vegetariano... —levantó las manos— y he deducido que tendrías hambre.

—¿Cómo sabes que he ido al vegetariano?

Daniel se volvió y levantó una ceja.

—Yo lo sé todo, señorita Clark.

—Claro. —Me reí, pero una parte de mí supo que Daniel hablaba en serio —. No tienes que preocuparte por mi dieta, ya soy mayorcita y sé cuidarme.

—No eres tan mayorcita.

—Vaya, deduzco que sabes mi edad porque la viste en el contrato —dije yo—. ¿Y tú? ¿Cuántos años tienes? ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—Treinta y cinco —me respondió—. Y nunca celebro mi cumpleaños.

—¿Por qué?

Él tardó unos segundos en contestar y cuando lo hizo cambió completamente de tema:

—A partir de ahora, siempre que vengas aquí iré a buscarte mi chófer. Y tendrías que llevar un abrigo más grueso, hace demasiado frío para que vayas con una gabardina.

—Puedo coger un taxi. Y me olvidé el abrigo en casa, en Bloxham. Mi hermano me lo traerá uno de estos días.

—Ya sé que puedes coger un taxi, Amelia. Pero va a ir a buscarte mi chófer porque así sabré que no corres ningún peligro y que estás bien atendida. Y ya hablaremos de lo del abrigo. Has entrado en mi apartamento, llevas la venda de seda negra en el bolso y te has puesto la cinta de la llave alrededor de la muñeca. Tal vez tú todavía no lo sepas, pero empiezas a confiar en mí. Deja que yo me ocupe del resto.

—De acuerdo, vendré con tu chófer —accedí, pero sólo porque me parecía una estupidez seguir discutiendo sobre eso. Y porque sabía que Daniel no iba a ceder.

—Ve sentándote si quieres, la mesa está lista —sugirió él, dando también por zanjado el tema—. El salón está por ahí. En seguida vuelvo.

Fui hacia donde me indicó y me quedé impresionada con las vistas del apartamento. La pared del fondo era de cristal y podía verse todo Londres. A diferencia de la casa de campo, aquel piso sí encajaba perfectamente con la imagen que Daniel proyectaba de sí mismo. Los muebles carecían completamente de calidez y eran de último diseño. Había una pantalla de televisor enorme y un montón de aparatos que no tenía ni idea de para qué servían. En el centro, sobre una mesa de madera negra, vi dispuestas una cubertería de plata y una vajilla blanca con motas doradas, además de un par de delicadas copas de cristal y una botella de champán al lado. Una única vela, también blanca, estaba encendida entre los dos comensales.

Daniel apareció tras unos segundos con dos platos de salmón que parecían sacados del mejor restaurante de Londres. Sonreí. Daniel Bond no hacía nada a medias.

Cenamos y noté que él no dejaba de mirarme la cinta de la muñeca. Fuera por el motivo que fuese, le fascinaba que yo hubiese decidido atarme aquel trozo de cuero. Durante la cena, me preguntó por el trabajo, por Martha y por Marina, pero nada demasiado personal.

Esa cena se pareció mucho a lo que habría podido ser mi primera cita con cualquier hombre, pero tuve la sensación de que con Daniel sencillamente rozaba la superficie. Si con cualquier otro me habría conformado con esas preguntas de rigor, ¿por qué no me bastaba con él? ¿Por qué quería gritarle que no me preguntase esas cosas y que me hablase de su pasado, de por qué estaba tan convencido de que no podía tener una relación normal?

—¿Estás bien? —me preguntó entonces.

—Sí, sólo un poco nerviosa. No sé qué pretendes exactamente.

Daniel me miró a los ojos y nos sirvió otra copa a ambos.

—¿Creías que iba a pedirte que te vendases los ojos nada más entrar?

—Sí. No. No lo sé.

—Es lo que iba a hacer en un principio —confesó sincero—, pero al final he decidido que los dos teníamos que cenar y siempre me ha gustado cocinar.

—El salmón estaba buenísimo. —Si él iba a justificar así aquella cena para seguir creyendo que no estábamos teniendo una cita, yo no iba a contradecirlo—. Gracias.

—De nada. Voy a llevar los platos a la cocina. Tú no te muevas.

En un único viaje, se llevó los platos y los cubiertos y dejó sólo las copas. Volvió antes de que yo bebiese otro sorbo de champán.

—Quiero comentarte algo. El otro día, en mi casa, no me acosté contigo porque no estabas preparada y porque quería que supieras que podías sentir placer tú sola. Pero hoy, si vienes a mi cama conmigo, no podré ni querré contenerme. Y tú tampoco.

—¿A qué viene esto, Daniel?

—Quiero que sepas que puedes confiar en mí. No tengo ninguna enfermedad y mientras estemos juntos no estaré con ninguna otra mujer. Utilizaré condón, por supuesto, pero quería que supieras que no corres ningún riesgo conmigo.

—Oh. —Me sonrojé—. Gracias.

En realidad no sabía qué más decirle. Yo nunca había hablado de esos temas con nadie, no había tenido necesidad. Tom había sido mi primer y único novio y Daniel era... Daniel no encajaba en ninguna definición.

—Yo tomo la píldora —carraspeé e intenté ser tan sofisticada y moderna como él—, lo digo por si no quieres utilizar condón.

—No deberías decirme estas cosas, Amelia. Frases así no caben en la relación que te estoy proponiendo.

Me miró a los ojos y me obligué a sostenerle la mirada. Presentía que iba a intentar ahuyentarme de nuevo y no estaba dispuesta a permitirselo. Ahora que estaba allí, nada me haría marchar.

—Tú y yo no vamos a hacer el amor. No me tumbaré encima de ti ni te

poseeré con delicadeza. Voy a arrebatarte el control y, cuando lo tenga, te follaré hasta que creas que sin mí no puedes sentir placer.

Apreté las piernas para contener un estremecimiento. Daniel había elegido aquel lenguaje con la intención de asustarme, pero mi cuerpo sentía de todo menos miedo.

—Está bien. Condón —dije sin más.

—No es una palabrota, no hace falta que te sonrojes al decirlo. Y no te preocupes por el tema, eso es cosa mía. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Me señaló la escalera que conducía al piso superior del ático.

—Arriba hay una habitación con una cama, un vestidor y un cuarto de baño. Y las mejores vistas de la ciudad. Sube, quítate el vestido, las botas y también las medias y la ropa interior, y espérame sentada en un sofá que hay frente a la ventana, con los ojos cerrados. Deja la cinta de seda negra al lado, yo te la pondré.

Tragué saliva antes de hablar:

—¿Qué hay ahí? —Le señalé tres puertas que se veían en el pasillo contiguo al comedor donde estábamos.

—Mi dormitorio, un aseo de cortesía y otra habitación. La tuya, si decides quedarte a pasar la noche.

—¿Tu dormitorio? Creía que era el de arriba.

—No, arriba no duermo nunca.

—Comprendo.

—No, todavía no, Pero si subes esa escalera, ya no habrá marcha atrás. — Me cogió la mano y me dio un beso en la muñeca—. Voy a mi habitación. Ve arriba y haz lo que te he dicho, no tardaré.

Se puso en pie y desapareció en dirección al pasillo. Yo me quedé allí sentada. Pensando. Quería subir; si lo que iba a hacerme allí arriba se parecía lo más mínimo a lo que me había hecho en su casa de campo, jamás me recuperaría. Pero la poca cordura que me quedaba me susurró que Daniel me estaba dando una última oportunidad para irme, para salir de ese apartamento y de su vida sin correr ningún riesgo. Si me iba de allí y le dejaba la llave encima de la mesa, él nunca lo mencionaría.

Me levanté y fui en busca del bolso. Metí la mano dentro para buscar, ¿la

llave?, ¿la cinta de seda? Mis dedos rozaron la seda y la atraparon al instante. Dejé el bolso y me aparté de la puerta como si fuese un monstruo dispuesto a engullirme y a alejarme de lo que más deseaba en este mundo.

Subí la escalera sin plantearme ni siquiera una vez la posibilidad de arrepentirme.

Seguí las instrucciones de Daniel al pie de la letra. Colgué el vestido en el vestidor, que sólo contenía ropa de él y un par de batas de seda negras, una de su talla y una de la mía, de la que todavía colgaba la etiqueta, sin el precio, por supuesto. Dejé las botas en el suelo y todo lo demás al lado, y me senté en el sofá con los ojos cerrados.

Aquel dormitorio era precioso, aunque, a decir verdad, apenas me fijé en nada, porque sólo podía pensar en Daniel y en cuánto tardaría en subir. Y en qué haría cuando lo hiciese.

Una impresionante cama ocupaba el centro del espacio. Las sábanas eran de color oscuro y muy suaves al tacto y encima había dos mantas increíblemente sedosas, que acaricié con los dedos. Las paredes eran todas de cristal y podía verse la ciudad entera. Frente a una había, tal como Daniel había dicho, un sofá. Era un mueble muy bonito, probablemente antiguo, con una tapicería de cuero resplandeciente.

Me moví nerviosa y noté el calor que desprendía la piel, así como también el olor, que no tardó en envolverme.

—A veces subo aquí a pensar —dijo de repente él. No lo había oído subir, pero ahora que sabía que estaba allí me resultaba imposible ignorar su presencia—. Los cristales tienen un tinte especial —me explicó—, no permiten que nadie pueda vernos desde el exterior.

—Pero tú sí puedes verlos a todos, ¿no?

—Exacto.

—Te gusta observar sin ser visto —aventuré en voz alta.

—Me gusta saber qué sucede a mi alrededor. Tienes los ojos cerrados —me dijo cuando se sentó a mi lado en el sofá.

—Tú me has pedido que los cerrara.

—¿Y si te pidiera algo más? —Noté la cinta de seda deslizándose por mi espalda—. Algo realmente arriesgado.

¿Más?

—Pídemelo, sólo así podré darte mi respuesta.

—Nunca me había afectado tanto mirar a una mujer —admitió él tras unos segundos, sin decirme qué era eso tan arriesgado—. Ni siquiera tengo que mirarte para excitarme. —Se rió por lo bajo y tuve la sensación de que si hubiese tenido los ojos abiertos no me habría confesado aquello con aquel tono de voz—. Me basta con saber que voy a verte, con saber que estás ahí.

—A mí... —Me puso un par de dedos en los labios y me silenció.

—Chist, no digas nada más. ¿De acuerdo?

Asentí sin decir ni una palabra y él me acarició la cara.

—Entregarle el control a otra persona es mucho más difícil de lo que parece —susurró, mientras me ataba la cinta alrededor de los ojos—. Hace falta tener mucha fuerza de voluntad para reprimir las reacciones naturales del cuerpo. Por ejemplo, si hago esto —deslizó un par de dedos por uno de mis pechos y me lo pellizó levemente. Yo retrocedí y se me aceleró el corazón—, tú haces eso. Y si hago esto —me cogió las manos y las colocó a ambos lados de mi cuerpo; luego, se inclinó y me lamió el cuello hasta detenerse en la mandíbula—, tus manos sienten el impulso de levantarse del sofá y sujetarme, o apartarme, ¿no?

Flexioné los dedos encima del cuero y clavé las uñas en el maldito sofá. No iba a darle la satisfacción de rendirme tan fácilmente. Por un lado, cualquiera diría que era eso lo que Daniel estaba buscando, pero yo sabía (aunque no tenía ni idea de cómo era eso posible) que era justo lo contrario. Él quería que me quedase. Lo necesitaba. No aparté las manos y no hablé, me limité a seguir esperando.

—No sonrías —me dijo y supe que no había conseguido ocultar todas mis reacciones—. Todavía no he empezado. ¿De verdad crees que podrás seguir adelante? ¿Crees que podrás obedecerme? Respóndeme. —Su voz sonó más ronca que de costumbre, como si le costase tanto hablar como a mí respirar.

—Sí.

—Ponte de pie.

Me levanté y él entrelazó los dedos de una mano con los míos para acompañarme sin que me tropezase con nada.

—Sujétate aquí.

Noté el cuero bajo mis palmas y deduje que era el respaldo del sofá en el

que antes había estado sentada. Con las rodillas rocé también la parte trasera del mismo y supuse que estábamos de pie frente a la ventana, justo detrás del mueble. Yo no podía ver nada, pero Daniel me veía a mí y toda la ciudad. Había dicho que los cristales eran tintados y yo sabía que era verdad, pero por un instante no pude evitar pensar que, si no lo fuesen, cualquiera podría vernos.

De repente noté que él se pegaba a mi espalda y que, aunque seguía llevando los pantalones, tenía el torso desnudo. Su vello me hizo cosquillas en la espalda y me mordí el labio inferior para reprimir un gemido. ¿Qué diablos me estaba haciendo ese hombre que me había reducido a aquel estado?

—Lo único que voy a pedirte hoy es que no te muevas —me susurró, pegado al oído derecho.

Se apartó de mí y oí el ruido de una cremallera y de una prenda pesada de ropa cayendo al suelo. Se había quitado los pantalones. Temblé. Estaba allí de pie, desnuda, con los ojos vendados, a merced de un hombre al que le había dicho que lo obedecería.

—Chist, tranquila. —Me acarició la espalda al presentir mi inquietud. ¿Cómo lo hacía para meterse dentro de mi cabeza?—. Sólo soy yo.

Se pegó completamente a mí para que comprobase que en efecto sólo éramos él y yo.

—Sólo yo —repitió en voz más baja y con cierto temblor.

Sus manos, que había colocado encima de las mías en el respaldo, se levantaron y me rodearon la cintura. Noté sus antebrazos desnudos sobre mi piel y me estremecí.

—Una —susurró él—. A ver cuántas veces eres incapaz de contenerte.

Apreté la mandíbula, decidida a demostrarle que quería estar allí. ¿Por qué estaba tan empeñada en cumplir las peticiones de Daniel? Dios, subió las manos por mi estómago y dejé de pensar, o mejor dicho, perdí completamente la capacidad de razonar.

—No te muevas —me recordó él, mientras subía las manos hasta mis pechos, al mismo tiempo que se apartaba un poco de mi espalda para besarme la nuca.

Me estremecí de nuevo.

—Dos.

Me pellizcó los pechos y yo me mordí el labio inferior para no gemir de placer. Y para no moverme. Cerré los ojos con fuerza, pero fue peor. No dejaba de imaginarme a Daniel desnudo, pegado a mi espalda, sus manos, aquellas maravillosas manos, encima de mis pechos. No, no iba a moverme. Respiré hondo y lo conseguí.

—Muy bien, Amelia.

Sus palabras fueron como una caricia y sentí una satisfacción inexplicable al saber que lo había complacido. Sin embargo, él no me dio tregua. Dejó una mano en un pecho y la otra la movió muy despacio hasta mi entrepierna. La colocó delante, sin tocarme, pero lo bastante cerca como para que yo pudiese adivinar su presencia. Movié las caderas y pegó su pelvis a mis nalgas. Su erección me quemó la espalda y me arqueé buscándola.

—Tres.

Daniel volvió a apartarse y le habría suplicado que volviese si en aquel mismo instante no me hubiese empezado a acariciar con los dedos. Se me aceleró la respiración y noté que me resbalaba una gota de sudor por la espalda, pero no me moví.

—Eres preciosa, Amelia. Tus reacciones, tu cuerpo, tu olor.

Movié los dedos con lentitud, recorriendo los labios de mi sexo y separándolos con suma delicadeza. Me besó la columna vertebral y con la otra mano me pellizcó de nuevo el pecho. Ese asalto fue más de lo que pude soportar.

—Cuatro —dijo él, cuando apoyé la cabeza en su torso.

Tenía la voz cada vez más ronca y su cuerpo desprendía tanto calor que pensé que terminaría quemándome. Notaba su miembro pegado a mí, rígido y húmedo, pero él no parecía impaciente. Por el modo en que me estaba tocando, se diría que tenía un único objetivo: hacerme enloquecer de deseo. Y demostrar que no podía seguir sus reglas.

Apreté los nudillos y volví a quedarme quieta.

Daniel me penetró con un dedo y me mordió en la nuca. Empezó a mover la mano al mismo ritmo que sus caderas y yo volví a morderme el labio inferior. La necesidad de moverme amenazaba con ahogarme, quería gemir, besarlo, quería soltarme de aquel maldito sofá y rodearlo con los brazos.

Quería... quería que Daniel me desease. Y por eso conseguí permanecer inmóvil. Hasta que él sacó el dedo de mi interior y se puso de rodillas detrás de mí. En cuanto noté sus manos sujetándome las caderas y su lengua rozándome la parte interior de los muslos, separé un poco más las piernas en busca de la caricia que tanto necesitaba.

—Cinco —susurró antes de detenerse.

¿Iba a apartarse?

Daniel gimió y abrió los labios como si fuese a darme un beso en la boca. Me mordió y me lamió y me llevó al borde del orgasmo sin dejar que lo alcanzase.

—No te corras —dijo, apartándose de nuevo—. Todavía no —añadió, acariciándome las nalgas.

Noté que se ponía en pie y cuando volvió a estar pegado a mí, se quedó completamente inmóvil.

—Nunca había estado tan cerca de perder el control —susurró entre dientes y noté que empezaba a penetrarme.

Gemí.

—Seis.

¿Seguía contando?

Me sujetó de nuevo las caderas y movió las suyas lentamente.

—Joder —farfulló—. Eres perfecta... Me estás...

Hundió el rostro en mi cuello y noté que tenía la frente empapada de sudor. Le temblaban las manos, o quizá era yo. Daniel fue acelerando el ritmo de sus movimientos y yo me olvidé de lo que había sucedido en mi vida hasta esa noche. Movié de nuevo una mano hacia mi sexo y la colocó encima.

—Lo has hecho muy bien —susurró—, cariño.

Me excité todavía más. Ni mi cuerpo ni mi mente podían soportarlo más. Notaba el miembro de Daniel moviéndose dentro de mí, encontrando los lugares más secretos de mi interior; una de sus manos estaba encima de mis pechos, acariciándolos y pellizcándolos justo en el momento preciso; su otra mano se deslizaba por los labios de mi sexo, presionando ligeramente el clítoris. Y su voz... su voz me susurraba al oído cosas que yo no sabía que había deseado oír. Tenía su sudor pegado a mi cuerpo, sus piernas presionando las mías...

—Ahora, Amelia.

No hizo falta nada más, ni siquiera tuvo que especificarme qué era lo que tenía que hacer. Me corrí justo cuando él me lo pidió y cuando noté que él también eyaculaba y que su musculoso cuerpo se tensaba tras el mío, volví a hacerlo.

¿Qué diablos había accedido a hacer?

Él dejó de moverse y noté que apoyaba la frente en mi nuca durante un instante; luego, muy lentamente y con mucho cuidado, se apartó de mí y me dio un último beso en la espalda antes de irse del todo.

Yo me quedé donde estaba, sujetándome con tanta fuerza en el respaldo del sofá que, sin verlos, sabía que tenía los nudillos blancos. Segundos más tarde, o quizá minutos, Daniel volvió con una toalla y me la pasó por las piernas y por la espalda para secarme el sudor que él me había dejado pegado.

Le habría dicho que no se molestase, que no me importaba, pero tenía miedo de hablar. Y la verdad era que tampoco sabía qué decir.

¿Qué podía decirle? ¿Que jamás podría estar con un hombre sin compararlo con él?

Daniel me cogió en brazos y me depositó con cuidado en la cama, de costado; él se tumbó a mi lado y me acarició la espalda. Pensé que me abrazaría, que nos acurrucaríamos juntos y nos besaríamos y que por la mañana nos iríamos juntos al trabajo y bromearíamos sobre la falta de sueño.

Volvió a levantarse y cuando regresó a la cama me tapó con la bata de seda negra que yo había visto antes en el vestidor. No sentí que el peso de la cama variase, así que deduje que él también se había puesto la suya y que iba a irse.

No lo veía. Daniel no me había quitado la venda y yo tampoco lo había hecho. Una parte de mí quería obligarlo a que lo hiciese él; si me la había puesto, tenía que quitármela. Así quizá se daría cuenta de lo absurda que era aquella barrera entre los dos. ¡Vaya tontería! Tendría que haber sabido que mis trucos de psicología para principiantes no servirían de nada con Daniel.

Él estaba allí, mirándome. Lo sabía con la misma certeza con que sabía que se me estaba partiendo el corazón. No me moví. Había aceptado sus condiciones y ahora tenía que afrontar las consecuencias. Y no iba a permitir

que él utilizase mi reacción como excusa para ponerle punto final a nuestra relación, o a lo que fuese que existiese entre nosotros.

No sé si pasó un minuto o una hora, pero al final oí crujir la madera de los escalones y la puerta del que supuse que era su dormitorio, aquel dormitorio en el que yo, según él, no iba a dormir jamás.

Eso ya lo veríamos.

Me incorporé en la cama y me quité la venda de los ojos, preguntándome quién la llevaba en realidad, si yo o Daniel, y me enjuagué las dos lágrimas que no logré contener.

Me vestí y abandoné el apartamento sin sorprenderme lo más mínimo de encontrar al chófer de Daniel en la puerta del edificio, esperándome.

—Buenas noches, señorita Clark —me saludó el hombre sin inmutarse por la hora o por mi rostro, que sin duda estaba, como mínimo, desencajado.

—Buenas noches.

Llegamos al piso de Marina y el chófer esperó a que hubiese entrado antes de irse. Y fue en mi dormitorio cuando me di cuenta de que no había encontrado mis braguitas por ninguna parte. ¿Daniel se las había quedado? ¿Ese hombre que se negaba a dormir conmigo o a darme un beso de buenas noches se había quedado con mi ropa interior?

Sonreí. Probablemente estaba volviéndome loca.

Si Daniel creía que con esa noche me había asustado y que no volvería a su apartamento, estaba equivocado. Volvería y dentro de seis noches, cinco, si contábamos lo que había sucedido en su casa de campo, le haría mi primera pregunta.

## 16

El muy cobarde se había dado a la fuga. El muy cretino despreciable. Después de esa noche, desapareció del mapa. Oh, sí, su secretaria, Stephanie, vino a verme a primera hora de la mañana para decirme que el señor Bond había tenido que ausentarse de la ciudad durante unos días por asuntos familiares.

Cretino.

Imbécil.

Cobarde.

Y a pesar de todo lo echaba de menos. No podía dejar de pensar que quizá fuera verdad, quizá le había surgido algo y necesitaba mi ayuda. ¿Mi ayuda? Estaba claro que Daniel no necesitaba nada de mí ni de nadie, a juzgar por la facilidad que tenía para desconectar de una persona.

Al mediodía volví a ir al vegetariano con Martha y disfruté pensando en lo mucho que le molestaría a Daniel si supiese que sólo me había tomado una sopa y un té. La verdad era que tenía tal nudo en el estómago que no podía comer nada, pero eso era lo de menos.

Después de comer, Martha se fue a una reunión a la que yo, por mi inferior categoría profesional, no tenía que asistir y aproveché para repasar todo lo que había hecho durante la mañana, porque no me fiaba de no haber metido la pata.

—¿Es usted la señorita Clark, Amelia Clark? —me preguntó un chico que llevaba el uniforme de los almacenes Liberty, unos de los más exclusivos de la ciudad y en los que yo sólo soñaba con ir a comprar.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Si es tan amable de firmar aquí... —Me pasó un comprobante de entrega.

—Me temo que hay un error, yo no he comprado nada en sus almacenes.

—Ojalá.

El chico comprobó los datos y me miró intrigado.

—¿Usted es Amelia Clark y esto es el bufete Mercer & Bond?

—Sí, así es.

—Entonces no hay ningún error. El señor Bond nos encargó personalmente que le trajésemos este paquete. Si es tan amable de firmar, por favor...

Firmé porque no quería causarle ningún problema a aquel muchacho y porque mis compañeros ya empezaban a mirarme.

—Gracias. —Vio que buscaba el bolso y me dijo en voz más baja—. No hace falta, el señor Bond también dejó una generosa propina. Que tenga un buen día.

—Lo mismo digo —creo que conseguí decirle, antes de que desapareciese por el pasillo.

Me quedé mirando la enorme caja de negra decorada con un precioso lazo malva. Me daba pena deshacerlo, pero si quería saber qué había dentro, no tenía más remedio.

Deshice el lazo con cuidado y lo dejé encima de la mesa, junto a la pantalla del ordenador. Luego levanté el papel y fui descubriendo la caja.

El logo de Prada apareció ante mí. Quité la tapa y me encontré con el abrigo perfecto. Era de lana, ligero pero a la vez muy caliente, y de un elegante color café que combinaba tanto con el tono de mi piel como con el de mi pelo. Encima del abrigo había un sobre y en esta ocasión reconocí la letra de Daniel.

*Señorita Clark:*

*Ponte el abrigo y piensa en mí. Volveré el jueves. Yo no podré dejar de pensar en ti (y aquí no hay piscina).*

*Tuyo,*

*D.*

¿Por qué no podía ser como la gente normal y mandarme un SMS o un correo electrónico, o llamarme por teléfono? No, Daniel había tenido que comprarme el abrigo que sin duda habría elegido yo si hubiese podido permitírmelo y me había dejado una nota que evidentemente había tenido que escribir de madrugada. Y no sólo eso, seguro que había despertado al pobre encargado de los almacenes para asegurarse de que todo salía según él tenía planeado.

Nadie le decía que no al señor Daniel Bond. Y al parecer yo tampoco, porque, aunque seguía enfadada con él por no haberse despedido en persona, o por no haberme besado, me puse el abrigo y sonreí.

El jueves llegó y terminó sin rastro de Daniel Bond y esa noche, después de decirme que no importaba y que ya tendría que haberlo visto venir, me quedé dormida llorando y preguntándome por qué me dolía tanto que no me hubiese llamado para decirme que no volvía según lo planeado.

Marina tuvo el detalle de no decirme «Ya te lo dije» y se limitó a hacerme compañía mientras yo insultaba a Daniel y juraba a los cuatro vientos que cuando lo viese le diría exactamente lo que pensaba del cuento chino que me había contado sobre que quería cuidarme y que necesitaba darme placer. Él y su placer podían irse a paseo y eso sería lo primero que le soltaría en cuanto lo viese.

El viernes me desperté un poco más tarde por culpa de la resaca de las lágrimas, pero completamente decidida a seguir adelante y a olvidarme de Daniel Bond y de lo que había sentido en sus brazos. Londres era una ciudad repleta de hombres muy atractivos, algunos incluso más que él, seguro que alguno se fijaría en mí.

Salí del piso sin el abrigo que me había regalado. Hacía frío y como Robert todavía no me había llevado el mío de Bloxham y yo no había ido a comprarme otro, le pedí a Marina que me prestase uno.

Llegué a Mercer & Bond y saludé a Patricia antes de ponerme a trabajar. Supongo que habría podido preguntarle si sabía algo de Daniel, pero me negué a hacerlo. Si hubiese querido que yo estuviese al corriente de su paradero, me lo habría dicho personalmente.

Llevaba un par de horas trabajando cuando me sonó el móvil. Al principio, el timbre me sorprendió y tardé varios segundos en reaccionar, pero cuando lo hice y vi el nombre que aparecía reflejado en la pantalla contesté de inmediato.

—Buenos días, Amelia.

—Buenos días, Raff.

Ese hombre seguía teniendo una voz increíblemente sexy, no tanto como Daniel pero...

«Para, Amy. Para».

—Lamento no haberte llamado antes, pero he tenido una semana muy complicada —se disculpó él con amabilidad.

—No te preocupes, yo también he estado muy liada.

Por decirlo de algún modo.

—Sé que es precipitado y que lo más probable es que estés ocupada, pero este mediodía tengo que ir al centro y he pensado que podríamos quedar para comer. Si te apetece, por supuesto.

Me quedé petrificada con el teléfono en la mano. Qué petición tan normal, tan directa, sin ninguna condición y sin ninguna frase que me encogiese el estómago.

—Te dejan salir a comer, ¿no? Tengo entendido que Patricia y Daniel no son tan esclavistas como el resto.

Sonreí. Sí, definitivamente, Rafferty Jones era mucho menos complicado que Daniel Bond.

—Sí, sí, nos dejan salir a comer. Pero tenemos el tiempo limitado.

—Oh, un toque de queda. Suena interesante. ¿Qué? ¿Te apetece comer conmigo?

—Claro.

—Perfecto, pasaré a recogerte a las doce. Si no me falla la memoria, hay un restaurante italiano cerca de Mercer & Bond que está muy bien. Llamaré y reservaré y así no tendremos que perder tiempo esperando. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

—Pues hasta luego, señorita Pirata. Y hoy no traigas la espada, ¿de acuerdo? Yo también iré desarmado.

—De acuerdo.

Colgué y no pude dejar de sonreír.

Dieron las doce y cuando le dije a Martha que no comería con ella porque Rafferty Jones me había invitado, casi me metió en el ascensor para que no llegase tarde. Y me obligó a prometerle que cuando volviese se lo contaría todo sin omitir ningún detalle.

Raff estaba abajo esperándome, de pie junto a una farola. Iba con vaqueros y una cazadora de cuero marrón estilo motorista que lo hacía parecer todavía más rubio que la noche del baile. Igual que Daniel, exudaba clase por los poros, y seguro que las gafas de sol que llevaba valían más que mi bolso y mis zapatos.

Eliminé la imagen de Daniel de mi cabeza, donde se empecinaba en aparecer cada dos segundos.

—Hola —me saludó Raff en cuanto me vio.

—Hola.

—Estás preciosa, con esta americana pareces incluso más peligrosa que vestida de pirata.

—Tú también. Tu look de rebelde sin causa es de lo más auténtico, seguro que todas las adolescentes que nos encontremos caerán rendidas a tus pies.

Él soltó una carcajada.

—Ya sabía yo que me habías gustado por algo. Vamos, el restaurante está aquí cerca.

Me ofreció el brazo y yo se lo cogí a la espera de sentir algo similar a lo que sentía cada vez que Daniel se me acercaba. Fue en vano. Qué digo, fue peor, porque lo que sentí fue que entre Raff y yo jamás existiría ni el más mínimo atisbo de deseo, al menos por mi parte, aunque sin duda llegaríamos a hacernos muy amigos.

Llegamos al restaurante, un precioso local de comida italiana, y el *maître* nos sentó al instante. Raff había reservado, pero aunque no lo hubiese hecho, no habríamos tenido que esperar. Rafferty Jones rezumaba poder y la gente se daba codazos para satisfacerlo.

Yo pedí lasaña y una ensalada, y Raff otra pasta y un osobuco. Él se encargó de elegir un vino delicioso, pero yo sólo lo probé y opté por beber agua. No quería arriesgarme a volver al bufete con la mente nublada.

Acabábamos de comer el primer plato cuando me sonó el móvil, lo miré y al ver el número del despacho, lo cogí sin pensar.

—¿Qué estás haciendo con Rafferty Jones?

¿Daniel? ¿Había vuelto? ¿Cuándo? ¿Y me estaba llamando hecho una furia?

—Contéstame. —Su voz resonó en el aparato.

—¿Cuándo has vuelto?

—Ahora —dijo entre dientes—. ¿Qué estás haciendo con Rafferty Jones?

—No es de tu incumbencia.

—Amelia, tú sabes tan bien como yo que esa frase es mentira. Así que contéstame, ¿qué estás haciendo con Raff?

—Si no me necesita, señor Bond, ahora mismo estoy comiendo con un amigo. Volveré al bufete en cuanto termine mi hora del almuerzo.

Le colgué y cogí la copa de vino para beberme el que me quedaba.

—¿Era Daniel? —me preguntó Raff, enarcando una ceja.

—Sí —me limité a contestar.

No tenía sentido que se lo negase, pues me había oído llamarlo señor Bond.

—No tendrías que provocarlo.

Lo miré a los ojos e intenté fingir que no sabía a qué se refería, aunque me pareció que no conseguí engañarlo. Por fortuna, en aquel preciso instante llegó el camarero con el segundo plato y cuando volvimos a hablar, Raff tuvo el detalle de elegir otro tema.

Terminamos la comida y él me acompañó de regreso al despacho. Yo no le había dicho nada acerca de Daniel y Raff no había vuelto a preguntarme por él o por la llamada de teléfono, pero su actitud había cambiado desde entonces.

—No es asunto mío —me sorprendió diciéndome justo antes de llegar a la puerta del edificio del bufete—, pero Daniel Bond es un hombre muy complicado. Quizá deberías tener cuidado.

—¿Por qué lo dices?

—Pareces una buena chica y me gustas —me contestó sincero— y aunque sólo lleguemos a ser amigos —añadió, mirándome los ojos—, no quiero que te hagan daño.

—Sé cuidarme.

—De eso estoy seguro —afirmó con una sonrisa—, pero si algún día quieres hablar, llámame. ¿De acuerdo? Daniel y yo éramos amigos.

—¿Ya no lo sois?

—Creo que él ya no me considera como tal, pero yo nunca he dejado de hacerlo.

—Tengo que entrar —le dije, tras esa frase tan complicada—. Gracias por invitarme a almorzar.

—Gracias a ti por aceptar. —Se acercó y me dio un beso en la mejilla—. Te llamaré dentro de unos días, podríamos ir al cine o al teatro; como amigos. ¿No te parece que los amigos son más difíciles de encontrar que los ligues? Mientras tengas a Daniel metido aquí —me tocó la frente con un dedo—, no te fijarás ni en mí ni en nadie. Créeme, lo digo por experiencia. Y me gusta estar contigo: eres divertida y no te dejas impresionar fácilmente. Así ¿qué?, ¿amigos?

—Amigos —acepté.

—Cuídate, Amy. —Me sonrió y volvió a ponerse las gafas de sol, que hasta entonces había guardado en la cazadora—. Y llámame si me necesitas.

—Y tú a mí, Raff.

Lo vi subirse en una moto y esperé a que se fuera. Luego entré en el edificio y saludé a Peter antes de entrar en el ascensor.

Y durante todo el trayecto pensé que era una lástima que no me sintiese atraída por Rafferty. Quizá debería presentárselo a Marina. Sonreí. Era una idea genial, la mejor que había tenido en mucho tiempo.

Llegué a Mercer & Bond y, en cuanto salí del ascensor, Suzzie, una de las dos recepcionistas, me detuvo.

—El señor Bond quiere verte en su despacho ahora mismo.

—Gracias, Suzzie —le dije, como si la frase no me hubiese hecho un nudo en el estómago.

El despacho de Daniel estaba al final del pasillo. Tenía una de las mejores vistas del edificio y las paredes de cristal, aunque a medida que fui acercándome comprobé que había echado las cortinas para que nadie pudiese ver el interior. Patricia no lo hacía nunca, creía firmemente que todos los empleados debían poder verla a todas horas, pero Daniel sí lo hacía en

ocasiones. Y por lo que había oído decir, eso nunca auguraba nada bueno.

Llamé a la puerta y esperé.

—Adelante.

—¿Quería verme, señor Bond?

Se abalanzó sobre mí y me pegó a la puerta. Si no hubiese tenido tantas ganas de besarlo como tenía, quizá habría gritado y lo habría insultado, pero estaba tan furiosa con él y le había echado tanto de menos que dejé que me besase con toda la rabia que evidentemente sentía.

Levanté las manos para tocarle la cara, pero Daniel sólo me lo permitió un segundo y, cogiéndomelas por las muñecas, me las apartó. Me las sujetó sólo con una mano mientras con la otra me acariciaba el pelo y tiraba del recogido que llevaba.

—No me vengas con «señor Bond» —me dijo, al interrumpir el beso—. Has ido a comer con Rafferty Jones llevando esto en la muñeca. —Apretó la cinta de cuero que yo seguía llevando—. Has ido a comer con Raff a pesar de que sabías que a mí no me gustaría.

Estaba furiosa. Daniel me estaba mirando a los ojos como si de verdad le hubiese dolido que hubiese ido a comer con Raff, pero él ni siquiera se había disculpado por no haberme llamado en tres días.

—¿Y cómo se supone que iba a saberlo yo? ¿Por todas las veces que me has llamado preguntando por mí, diciéndome lo mucho que me echabas de menos? —le espeté.

—Te he echado de menos. Igual que tú a mí.

Aunque no sé cómo fui capaz, pero conseguí enarcar una ceja.

—Cierra los ojos —me dijo, sin ocultar lo excitado que estaba.

Podía notar su respiración entrecortada, su erección presionándome la parte delantera de la falda. El fuego que desprendía su mirada.

Quería hacerlo y al mismo tiempo quería resistirme y hacerle pagar por las lágrimas que había derramado por él.

—¿Dónde has estado? —opté por preguntarle, con los ojos bien abiertos.

Daniel respiró hondo y tardó varios segundos en contestar. De hecho, pensé que no iba a hacerlo y que iba a soltarme.

—¿Es ésa la pregunta que quieres hacerme? ¿Una pregunta a cambio de entregarte a mí la otra noche?

—Tú sabes que esto no tiene nada que ver con aquello. Nada. Y si no, suéltame y deja que me vaya —lo reté, temerosa de que fuese a hacerme caso. Sabía que tenía que andarme con cuidado con Daniel, ni él ni yo estábamos preparados para lo que sentíamos estando juntos—. Quiero saber dónde has estado porque lo que sucedió el otro día no me habría sucedido con ninguna otra persona. Y quiero que tú me lo cuentes porque quieres contármelo.

—No quiero contártelo. Dios, Amelia, hay una parte de mí que no quiero contarte jamás. —Me miró a los ojos y respiró hondo. Lo sentí temblar y a los dos nos costó contener las ganas de volver a besarnos—. He estado en Edimburgo, ocupándome de unos asuntos de mi tío. No te he llamado porque no quería mezclarte con eso. No podía. No puedo.

—Chist —lo tranquilicé igual que él había hecho conmigo el lunes por la noche—. No pasa nada. He ido a comer con Rafferty porque somos amigos. Nada más. Él estaba en el centro y me ha invitado y yo he aceptado.

—No volverás a salir con él —aseveró Daniel.

—Sí volveré a salir con él, pero te lo diré antes y te pediré que me acompañes. Me ha dicho que erais amigos.

—No quiero seguir hablando de Raff —me espetó Daniel tras tragar saliva—. Cierra los ojos. No digas nada.

Los cerré.

—Llevo tres noches sin dormir soñando con tu olor, con tu sabor... —dijo, como si estuviese enfadado.

Me subió la falda sin preocuparse lo más mínimo por si la arrugaba y apoyó una mejilla en uno de mis muslos. Yo temblaba, pero no tanto como él. Y como Daniel no me había dicho que no me moviese y que no lo tocara, levanté una mano y le pasé los dedos por el pelo. El gesto lo hizo estremecer y lo que sucedió a continuación jamás lo habría imaginado.

Se puso en pie de repente y mientras con una mano me bajaba las medias y las braguitas, con la otra se desabrochaba los pantalones. No dejó de besarme ni un instante, unos besos cargados de deseo y de pasión y con los que sentí en lo más profundo de mi ser que pretendía dominarme. Me entregué a él sin ninguna restricción. Desnudos de cintura para abajo, Daniel me besó contra la pared como si estuviésemos solos en el mundo, me hizo el

amor con los labios y no se apartó hasta que los dos nos quedamos sin respiración. Me besó el mentón y la mandíbula, y luego me recorrió el cuello con la lengua.

—Rodéame el cuello con los brazos.

Lo hice y Daniel me levantó del suelo y me penetró en un único movimiento.

Gemí al sentirlo desnudo en mi interior, pero no dije nada. No habría podido aunque él me hubiese dado permiso para hablar. Jamás había sabido que algo estaba tan destinado a existir como nosotros.

—No abras los ojos. No te muevas. No me toques.

Me apoyó contra la puerta, la única superficie que era de madera maciza y no de cristal, y se quedó completamente inmóvil. Le habría recorrido la espalda con mis manos. Le habría susurrado palabras de amor al oído. Le habría besado la mejilla. Pero no hice nada de eso porque era lo que él me había pedido.

Empezó a moverse despacio. Me mordió en la clavícula por encima de la ropa y supe que lo hacía para contener un gemido.

—Eres mía. Mía.

Podía sentir cómo seguía excitándose dentro de mí y tuve que morderme la lengua para no gritar del placer que sentía. Poco a poco, Daniel fue moviendo las piernas con más y más fuerza y las manos que tenía apoyadas en la pared fueron deslizándose hacia abajo hasta que me acarició la cara. Yo no abrí los ojos, pero sé que en aquel preciso instante me miró, porque lo sentí eyacular dentro de mí con la misma intensidad que yo estaba sintiendo.

Me besó en los labios y no me soltó hasta que ambos terminamos con un orgasmo tan demoledor que sacudió los cimientos de mi mundo, porque en aquel instante supe que jamás me recuperaría de Daniel Bond. Y a él también debió de sucederle algo similar, porque me dejó en el suelo y me bajó la falda como si yo estuviese hecha de cristal y tuviese miedo de romperme.

El mismo hombre que minutos atrás me había levantado en brazos y me había poseído como si su vida dependiese de ello, se arrodilló delante de mí y me limpió el interior de los muslos con un pañuelo.

Yo seguía quieta. En silencio.

—Abre los ojos —me pidió con voz ronca—. Siento no haberte llamado.

Sonreí.

Al menos era un principio.

—Está bien —concedí, consciente de que para él eso equivalía a un paso de gigante—. ¿Nos vemos más tarde? —me atreví a sugerir y Daniel no tuvo tiempo de ocultar lo sorprendido y feliz que lo hizo mi pregunta.

—Claro. —Carraspeó—. Ven a mi apartamento a las nueve.

—Allí estaré.

—Trae la cinta de seda negra.

Mentiría si negase que no me dolió el comentario. Había creído que después de hacer el amor de aquel modo y sin condón en su despacho, a plena luz del día y con el resto de los abogados a menos de medio metro de distancia, las cosas habían cambiado algo entre nosotros. Pero me dije que tenía que darle tiempo y que el único modo de conseguir que Daniel confiase en mí era siguiendo, por el momento, sus normas.

—Claro —imité su respuesta.

Él me sonrió. Por una sonrisa como aquélla podía seguir con los ojos vendados todo el tiempo que hiciese falta, o eso me dije mientras volvía a mi mesa.

Y me negué a pensar que Daniel, aunque se había disculpado por no llamarme, no me había dejado mirarlo ni tocarlo mientras hacíamos el amor.

*Royal London Hospital*

Hace ya cuatro horas que se han llevado a Daniel y todavía no sé nada. El médico sigue con él y las dos enfermeras que han venido a verme están más preocupadas por mí que por él. Aún no he llamado a Patricia, sé que a estas alturas debería haberlo hecho, pero no consigo marcar el número. A quienes sí he llamado es a Raff y a Marina y seguro que uno de los dos no tardará en llegar.

—Amy, he venido en cuanto he podido —me dice Raff, apareciendo tras la puerta como si mi mente lo hubiese conjurado—. ¿Dónde está Daniel?

—Se lo han llevado hace unas horas. Oh, Raff. —No puedo más y me echo a llorar y Raff, el bueno de Raff, me abraza y permite que le deje la camisa completamente empapada.

—Tranquila, todo saldrá bien. Ya lo verás, Daniel es demasiado terco como para morir y dejarte aquí sola. Te quiere demasiado —afirma convencido, lo que me hace llorar todavía más.

—Ya no estamos juntos —sollozo.

—¿Qué has dicho?

—Que no estamos juntos. Discutimos hace unos días y me fui.

—Tranquila. —Raff me acaricia el pelo igual que habría hecho mi hermano—. No sé de qué diablos estás hablando, pero es imposible que Daniel y tú no estéis juntos. Es sencillamente imposible. No sé por qué discutisteis, pero seguro que no tiene importancia. Vosotros dos tenéis que

estar juntos. Vamos, no pienses en eso ahora, piensa en Daniel y en que pronto se pondrá bien. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —accedo porque Raff tiene razón, ahora lo más importante es pensar en Daniel—. Gracias por haber venido.

—No digas tonterías. ¿Cómo diablos ha tenido un accidente? Daniel es el mejor conductor que conozco, aunque cuando se recupere lo negaré con todas mis fuerzas.

—No lo sé. Todavía no he hablado con la policía, pero al parecer el coche derrapó en el asfalto y fue a chocar contra un muro.

—¿Su coche derrapó? ¿Qué coche llevaba?

—Creo que el Jaguar.

—Los Jaguar no derrapan; ninguno de los coches que tiene Daniel derrapa. Si no te importa, cuando venga la policía me gustaría hablar con ellos. Quizá todo esto no haya sido ningún accidente.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora no es momento de preocuparte por eso y si Daniel no te lo ha contado es porque está convencido de que no tiene importancia, pero lleva años recibiendo amenazas.

—¿Amenazas? Oh, Dios mío, tengo que sentarme.

—Mierda, no tendría que habértelo dicho. —Raff corre a ayudarme.

—Estoy bien, sólo algo mareada.

—Es normal. ¿Qué te han dicho de Daniel? ¿Te ves con fuerzas para contármelo?

—Sí. —Respiro hondo—. Tiene dos costillas rotas y el pulmón perforado, los dedos de la mano izquierda y también la rodilla del mismo lado, pero de todo eso se recuperará sin problema, aunque tendrá que hacer rehabilitación.

—De acuerdo. Ahora dime qué es lo que te tiene tan preocupada. —Raff me coge la mano.

—Tenía un coágulo en el cerebro, han tenido que operarlo para eliminarlo y ahora está en coma y no se despierta. No saben cuándo se despertará, o si lo hará...

—Se despertará. Ya lo verás.

—Los del hospital creen que soy su prometida —le digo de repente.

—Y lo eres —afirma él, mirándome a los ojos.

En ese preciso instante oímos cómo una camilla golpea la puerta justo antes de que uno de los enfermeros pueda abrirla.

—Señorita Clark —me saluda el primero que entra—, el doctor Jeffries vendrá en seguida.

El otro enfermero se limita a asentir en mi dirección, pero yo sólo tengo ojos para Daniel y no le respondo.

—¿Cómo ha ido? —pregunto, con el corazón en un puño.

—Nosotros no tenemos los resultados, señorita Clark, lo lamento —me informa el único que parece dispuesto a hablarme—, pero según mi experiencia, si dejan que pase el día el día en esta habitación y no en una de las salas de observación, es buena señal.

—Gracias.

—De nada. Ya está, nos vamos. Si necesita algo, descuelgue y uno de nosotros o de nuestras compañeras vendrá de inmediato.

—Gracias por todo —les dice Raff cuando se van—. Dios —suelta cuando nos quedamos solos—, parece que sólo esté durmiendo.

—Sí, lo sé.

Me acerco a Daniel y le doy un beso en los labios sin importarme que Raff esté presente. Luego le aparto el pelo de la cara y le toco la cicatriz que tiene en la ceja. Me estremezco al recordar la noche en que me contó cómo se la hizo. Despacio, le acaricio también la mejilla y vuelve a fascinarme que, a pesar de todo, la barba le siga creciendo. ¿No debería detenerse? Le acaricio el brazo y me tranquiliza ver que sigue llevando la cinta de cuero alrededor de la muñeca. Odio no habérsela puesto cuando me lo pidió y deseo con todas mis fuerzas poder compensarlo por ello.

—Buenos días, señorita Clark. —La voz del médico me saca de mis ensoñaciones.

—Buenos días, doctor —lo saludo y al ver a Raff recuerdo mis modales y los presento—. Él es Rafferty Jones, un buen amigo.

—Me alegra que no esté sola, señorita Clark, pero recuerde que sólo puede haber una visita en la habitación —dice el doctor Jeffries tras estrecharle la mano a Raff—. Las pruebas que le hemos hecho al señor Bond indican que no hay ningún otro derrame en el cerebro —empieza la

explicación sin dar ningún rodeo, cosa que en el fondo le agradezco—. Sin embargo, el golpe ha sido contundente y sigue habiendo una zona hinchada. Me temo que, tal como le he dicho antes, lo único que podemos hacer por ahora es esperar. Si en un par de días no se despierta, tendremos que plantearnos otras vías. Por ahora, no merece la pena preocuparnos por algo que lo más probable es que nunca llegue a suceder. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —digo.

—En cuanto al resto de las heridas, la más crítica sigue siendo el pulmón perforado, pero se está recuperando bien y no se observan signos de infección. Y la mano y la rodilla tendrán que seguir su curso. ¿Quiere hacerme alguna pregunta?

—¿Sabe si Daniel me oye?

—Me temo, señorita Clark, que a pesar de lo mucho que ha avanzado la medicina, seguimos sin poder afirmar qué clase de estímulos percibe una persona en coma y cómo reacciona a ellos. El cerebro del señor Bond está activo, así que su sistema auditivo funciona perfectamente, pero no puedo asegurarle que la oiga. Ni que la entienda. ¿Comprende? —Me ve asentir y continúa—: Sin embargo, y a pesar de todo lo que pueda decirle la ciencia, es innegable que la fuerza de voluntad, las ganas de curarse, son vitales en estos casos, así que al señor Bond no le hará ningún mal oír su voz. Todo lo contrario.

—Antes me ha parecido que me estrechaba los dedos.

—No me malinterprete, señorita Clark, puedo entender que a usted le haya parecido eso, pero lo más probable es que sólo haya sido un espasmo muscular. Háblele, tóquelo, pero tenga paciencia. Volveré a verlo dentro de unas horas y, si sucede algo mientras usted no esté, la avisaríamos de inmediato.

—Estaré aquí.

—De acuerdo —concede resignado antes de mirar a Raff—. Cuide de su amiga, no quiero tener que ingresarla en otra planta.

—No se preocupe, doctor, me encargaré de que descanse. Y si no le importa, le dejaré también mi teléfono al irme.

—Claro, déjeselo a una de las enfermeras. Volveré más tarde.

El médico siguió su camino y Raff se acercó a mí.

—Tienes que descansar, Amy, no le servirás de nada a Daniel si te pones enferma.

—Estoy bien.

—De acuerdo, por ahora dejo de insistir, no serviría de nada, pero me reservo el derecho de volver a hacerlo más adelante. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas que te traiga algo, que vaya a alguna parte?

Quizá sea una cobarde, pero ahora sólo puedo, y sólo quiero, pensar en Daniel.

—Sí, por favor.

—Pídeme lo que quieras y dalo por hecho.

—¿Puedes llamar al tío de Daniel y a Patricia? Él no querría que su tío viniese al hospital, pero supongo que tenemos que decírselo. Si se entera por alguien del bufete o por alguna de sus amistades, montará un número.

—Tranquila, yo me encargo. Se lo diré y me aseguraré de que no aparezca por aquí.

—¿Y de Patricia?

—De Patricia también me ocupo yo. No te preocupes, las únicas personas que estaremos aquí contigo, con vosotros —se corrige, mirando a Daniel— seremos Marina y yo. Déjalo en mis manos.

—Gracias, Rafferty.

—Oh, vamos, no me las des y asegúrate de que el terco de Dan se despierta. Volveré en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Vuelvo a quedarme a solas con Daniel. Le doy otro beso en los labios y me digo que no volveré a llorar. Es mentira, en menos de unos segundos estoy haciéndolo, pero me obligo a secarme las lágrimas y respiro hondo hasta calmarme.

—Tienes que despertarte, Daniel. Por favor. No quiero que nuestra primera noche entera juntos sea en un hospital. —Sonríe al recordar una cosa—. ¿Te acuerdas de esa noche en que te quedaste dormido en la cama del piso superior de tu ático?

Después de lo que había sucedido en el despacho de Daniel, tardé más de una hora en recuperar cierta normalidad. Y aunque supongo que mi aspecto exterior no lo revelaba, o al menos esperaba que así fuese, por dentro seguía temblando. Todavía lo sentía moviéndose dentro de mí, sus labios engullendo los gemidos de ambos...

—Siento haberle dicho al jefe dónde estabas —se disculpó Martha, apoyándose en mi mesa—. Apareció de repente preguntando por ti y se lo solté sin pensar.

—No pasa nada, no te preocupes —le dije yo, rezando para que no viese que se me aceleraba el corazón al oír que Daniel había preguntado por mí.

—Suzzie me ha dicho que te has pasado casi cuarenta minutos encerrada en su despacho. Es una cotilla. ¿Estás metida en un lío?

¿Cuarenta minutos?

—No, tranquila. —Carraspeé, una técnica de despiste nada original, y cogí una carpeta—. ¿Cuándo es la próxima reunión con el señor Howell? Todavía nos queda una antes del juicio, ¿no?

—De eso precisamente quería hablarte. La abogada del señor Howell ha llamado a David Lee para decirle que esta tarde nos harán llegar su última oferta. Al parecer, su cliente ha cambiado de opinión y no quiere correr el riesgo de poner su futuro, y su fortuna, en manos de un jurado popular.

—Quizá la oferta no sea lo bastante buena —planteé yo, agradecida porque Martha hubiese aceptado el cambio de tema.

—Algo me dice que lo será. En fin, David quiere que repasemos las

cuentas de Howell una vez más; tiene la teoría de que si ha accedido tan fácilmente a cambiar de opinión, entonces quizá se nos ha pasado algo por alto.

—David Lee cree que nos está ocultando algo que podría hacer que su esposa se quedase prácticamente con todo.

—Exacto, así que me temo que tenemos que volver a repasar todos los archivos del divorcio. Tengo dos portátiles en una de las salas y ya he llamado a Josh para decirle que llegaré tarde. Cuando recibamos la oferta de Howell, seguro que tendrá validez limitada y David no quiere que se nos cuele nada.

—En seguida voy.

—Tranquila, ni yo ni los ordenadores nos iremos a ninguna parte.

Martha se fue de mi mesa y se encaminó hacia la sala de reuniones en la que probablemente íbamos a pasarnos varias horas. ¿Debería avisar a Daniel? Sí, eso sería lo correcto. ¿Cómo? ¿Lo llamaba por teléfono y le decía que no me esperase, igual que había hecho Martha con su prometido? Según Daniel, él y yo no teníamos una relación normal y con todas las estrictas normas de conducta que había establecido y sus condiciones, no sabía si tenía derecho a llamarlo o no.

Oh, todo aquello era una completa tontería. Descolgué el teléfono y marqué la extensión de su despacho. Comunicaba. Colgué y me dije que lo intentaría más tarde.

Eran las nueve y Martha y yo seguíamos encerradas en la sala de reuniones. La abogada del señor Howell había aparecido en el bufete a las seis y media con su oferta; la propiedad de las casas que reclamaba su hasta entonces esposa, la mitad de los bienes declarados y la custodia compartida de los niños. Demasiado bueno para ser verdad. En eso coincidimos los tres; David Lee, Martha y yo. Y por eso mismo seguíamos buscando qué era eso que el señor Howell tenía tanto interés en esconder. Si lo encontrábamos antes de las diez de la mañana del sábado, hora en que perdía vigencia la oferta, quizá lograríamos que nuestra clienta se quedase con lo único que de verdad quería: la custodia total de sus hijos.

—David Lee me ha dicho que estabais aquí —dijo Daniel, apareciendo en la puerta—. Vengo a ayudaros —añadió, mirándome a los ojos— y David

también vendrá en seguida.

—Hemos repasado todas las cuentas oficiales —le explicó Martha, ajena a lo que estaba sucediendo entre él y yo— y ahora íbamos a leer otra vez los informes de los peritos contables.

—Perfecto, dame el primero —le pidió, tendiendo una mano con la palma hacia arriba—. Entre los cuatro iremos más rápido.

En el poco tiempo que llevaba en Mercer & Bond había oído contar que tanto Daniel como Patricia no tenían ningún problema en remangarse y colaborar en cualquier parte del proceso, pero ver a Daniel comportándose como si fuese un becario y no uno de los dos socios del despacho, hizo que mi pobre corazón diese otro salto mortal.

A esas alturas, ya tendría que estar acostumbrada.

Tal como había dicho Daniel, apenas cinco minutos más tarde llegó también David Lee y se puso a repasar otra de las carpetas de documentación. Si alguien me hubiese sugerido que sería capaz de trabajar con Daniel en la misma habitación que yo, le habría dicho que se había vuelto loco. Pero pude y no sólo eso, sino que me concentré con mucha más facilidad que antes de que él llegase.

—Señoritas, David —dijo Daniel estirando los brazos—, no sé vosotros, pero a mí me iría bien tomar un café y comer algo.

—Sí, son casi las once —apuntó David, mirando su reloj.

—Stephanie tiene anotado el número de la cafetería de al lado. Corro el riesgo de perder la mano, pero abriré su agenda y llamaré —bromeó Daniel.

Era la primera vez que lo veía tan relajado.

—No sé cómo no vives aterrorizado. Si mi secretaria fuese como Stephanie, creo que nunca saldría de mi despacho —comentó David.

—No, Stephanie es la mejor —la defendió Daniel—, sólo tienes que aprender a llevarla. Vamos, dime qué quieres que te pida. Y nada de tonterías, David.

—Un sándwich de pollo y una ensalada, Mimi me ha puesto a dieta —explicó, al ver que Daniel enarcaba una ceja, incrédulo.

—¿Martha? —le preguntó entonces a mi amiga.

—Lo mismo que David, falta poco para la boda —se justificó con una sonrisa.

Daniel se puso en pie y se dirigió hacia la puerta sin preguntarme a mí.

—Yo quiero lo mismo —le dije en voz alta.

—Mientras Daniel está gestionando nuestra cena —dijo David—, llamaré a mi esposa para decirle que estoy demasiado mayor para esto.

—Yo también aprovecharé para llamar a Josh.

Martha y David salieron de la sala de reuniones y yo me quedé sola, deseando tener también a alguien a quien llamar. Daniel apareció justo entonces. Miró a su alrededor y detrás de él y después se acercó a mí me dio un beso en los labios.

Se apartó tan rápido que creí que lo había soñado.

—Pareces cansada.

—Estos días no he dormido demasiado bien.

—Tienes que dormir más. De hecho, he estado pensando que deberías quedarte a dormir en mi casa.

—¿Ah, sí?

—Sí, así tu descansarás mejor y yo también, porque sabré que duermes las horas necesarias.

—¿Y tú dormirás conmigo? —le pregunté, mirándolo a los ojos.

—No. Yo dormiré en mi dormitorio y tú en el tuyo. Puedes decorarlo como quieras.

—No, gracias. Ya tengo compañera de piso.

¿Cómo podía volver a estar tan frío después de haberme hecho el amor de aquella manera en su despacho?

—Ya te dije cuáles eran las normas, Amelia.

—No me dijiste el porqué —lo atacó yo—. Si me lo dijese, quizá no me costaría tanto recordarlas —puntalicé sarcástica.

—El porqué no importa.

—Sí importa —insistí.

—No. —El se mantuvo firme—. Necesito follarte cómo nunca he follado a nadie en mi vida, eso lo reconozco.

—¡Un momento! —exclamé, ofendida por el modo en que me estaba hablando.

¿Qué diablos le había sucedido?

—Mimi te manda recuerdos, Daniel —nos interrumpió David al entrar—,

me ha preguntado si sigues viendo a esa mujer de Edimburgo y me ha dicho que si es así, la traigas a cenar a casa la próxima vez que venga.

¿Edimburgo? Daniel acababa de volver de esa ciudad. Oh, Dios, me sentí como una estúpida. Por supuesto que su estancia en Edimburgo se había alargado un día más de lo previsto.

Intenté contener el dolor que me causó el descubrimiento, pero Daniel lo vio reflejado en mi rostro. Alargó una mano para tocarme la muñeca, pero yo la aparté. Eso era lo que le pasaba, se había cansado de mí y quería quitárseme de encima.

—No, llevo meses sin verla —repuso en voz alta, pero mirándome a mí, no a David.

—Oh, es una lástima. La noche que la conocí parecíais llevaros muy bien.

Oh, así que lo de que no salía con nadie fuera de sus citas sexuales también era mentira. Por supuesto. Sentí una arcada y me puse en pie de inmediato.

—En seguida vuelvo —dije y salí corriendo de la sala de reuniones en dirección al baño.

—Amelia —oí a Daniel llamándome, pero no me detuve.

Entré en los servicios y tuve el tiempo justo de levantar la tapa antes de vomitar.

—Amelia. —Daniel entró detrás de mí y se arrodilló a mi lado. Me acarició la espalda y me odié un poco más porque el gesto me reconfortó—. No he visto a esa mujer en Edimburgo. Hace meses que no la veo y la verdad es que soy incapaz de recordar su cara.

—Pero sí que saliste con ella —repliqué, sin levantar la cabeza.

—No. Esa mujer de la que habla David es abogada y coincidimos en un concierto organizado por una fundación benéfica. Supongo que nos sentamos juntos y que debí de presentársela, pero no tiene importancia.

—Oh, sí la tiene.

Me aparté del retrete y él me ayudó a incorporarme.

—Ven —me indicó, acercándose al espejo.

Cogió una toalla, la humedeció con agua y luego me la pasó por la cara. Yo lo miré y vi que estaba preocupado de verdad.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

—Vamos, iré a decirle a David que te acompaño a casa.

—No pienso irme —afirmé rotunda—. Ahora ya estoy bien y no pienso dejaros plantados.

—No nos dejás plantados. Estás pálida y tienes ojeras. Tienes que descansar. Llevas toda la semana trabajando en el caso. David lo sabe y Martha también. Ninguno te acusará de no haber hecho tu parte.

—No me voy a ningún lado.

—Sí que te vas. Si es necesario, te llevaré a rastras.

—No te atreverás.

—Sí me atreveré, así que no te conviene provocarme. ¿Acaso te has olvidado de lo de antes? —Se pegó a mí y se me aceleró el corazón—. Eres mía y voy a cuidar de ti tanto si quieres como si no.

Vi que hablaba en serio, muy en serio, y aunque una parte de mí quería gritarle que yo no era de nadie y mucho menos de alguien que no me contaba la verdad, otra no pudo evitar que esa frase me hiciese temblar por dentro.

Aun así, no iba a ceder tan fácilmente.

—Me quedaré hasta la una. Si para entonces no hemos encontrado nada, me iré a dormir.

—De acuerdo, pero tienes que comerte todo lo que te he pedido para cenar.

—¿Qué me has pedido?

—Ya lo verás. ¿Qué me dices, Amelia?

—Oh, está bien. —Levanté las manos exasperada—. Dime de una vez qué me has pedido.

—Sopa, un sándwich de pollo y una manzana.

—Y tú, ¿qué te has pedido?

—Lo mismo.

Sonó el timbre y los dos nos volvimos hacia la puerta.

—La cena nos espera, *milady*. Y recuerda, a la una en punto te llevaré a tu casa.

A la una menos cuarto, Daniel encontró lo que Ruffus Howell tanto se había

esforzado en esconder. Confieso que me perdí en alguna parte del razonamiento, pero, al parecer, el hombre llevaba años evadiendo impuestos a través de unas cuentas para cuya cancelación necesitaba la firma de su esposa. Si se divorciaba de ella, podía presentar la sentencia de divorcio en el banco y reclamar ese dinero sin la firma del otro titular. Si no, la firma de la señora Howell era imprescindible.

—Llamaré a la abogada a primera hora para decirle que no aceptamos su oferta y exponerle nuestras condiciones —anunció David, con una sonrisa de oreja a oreja—. Y ahora, si no os importa, me iré a casa. Buenas noches a todos.

—Yo también me voy —dijo Martha—. Ahora mismo no recuerdo qué tengo que hacer mañana, pero seguro que es algo muy importante y que reservé hace mucho tiempo. Buenas noches.

—Buenas noches —contestamos Daniel y yo al unísono.

—Ha sido impresionante —comenté en cuanto nos quedamos a solas—. Confieso que no he entendido la mitad de lo que has dicho, pero ha sido fascinante. La señora Howell se alegrará de poder quedarse con sus hijos.

—Sí y ellos también.

—Bueno, me voy a casa. —Me puse en pie y cogí el bolso, que en algún momento había ido a parar al suelo.

—Ven a mi apartamento. No, no —se apresuró a decir, al ver que lo miraba incrédula—, no para eso. Para dormir.

—¿En tu cama?

—En la tuya.

—Yo no tengo cama en tu apartamento.

—No me lo pongas más difícil, Amelia. Ven.

Me tendió la mano y vi que le temblaba.

—Oh, está bien, pero antes tengo que pasar por casa para coger mis cosas y decirle a Marina que pasaré la noche fuera.

—No. Venga, vamos. A Marina mándale un mensaje con mi dirección y mi teléfono móvil.

—De acuerdo, pero que conste que acepto porque estoy muy cansada, no por ti.

—Llámallo como quieras.

Salimos del bufete y llegamos al apartamento de Daniel en cuestión de minutos. Me quedé dormida en el coche, su precioso Jaguar azul marino, y no me desperté hasta que detuvo el motor en el garaje de su domicilio.

—Cariño, ya hemos llegado.

—Me gusta que me llames «cariño», pero sólo lo haces cuando crees que no me doy cuenta.

—Estás muy dormida —señaló él con una sonrisa antes de salir del coche para abrirme la puerta. Daniel siempre hacía esas cosas—. Vamos, rodéame el cuello con los brazos. Eso es, buena chica —me dijo, justo antes de levantarme.

—Eh, puedo caminar.

—Ya lo sé, llevo días viéndote hacerlo. Quiero llevarte en brazos y tú vas a dejarme.

—Tú nunca me pides cosas, siempre me las ordenas —farfullé. Al parecer, el cansancio, la falta de sueño y haber hecho el amor con él esa tarde, me habían aflojado la lengua—. ¿Por qué no me lo pides?

—Porque si lo hago puedes decir que no.

—Nunca te diría que no.

—Chist, duérmete. Ya hemos llegado.

No me había dado cuenta, pero al parecer habíamos subido en el ascensor y en esos momentos estábamos a punto de salir de él. Daniel abrió la puerta de su piso sin dejarme en el suelo y yo hundí la nariz en el hueco de su cuello.

Noté que se detenía frente al pasillo que conducía a su dormitorio y al de invitados sin decidirse. Estuvo allí varios minutos y yo me fingí dormida.

—Mierda —masculló entre dientes y entonces, como furioso consigo mismo, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la escalera que llevaba al dormitorio donde nos habíamos acostado la otra noche.

Me tumbó en la cama y me desnudó con mucho cuidado. No me dio ni un beso con los labios, pero sí con los dedos, con los que me acarició todo el cuerpo. Cuando estuve en ropa interior, vi que tensaba la mandíbula justo antes de levantarse e ir hacia el vestidor, del que volvió con una camiseta blanca en las manos.

Me la puse y lo primero que noté fue que no era nueva, lo segundo, que

olía a él.

—Duérmete, Amelia —me susurró, después de tumbarme en la cama y taparme con las sábanas.

Se puso en pie y, aunque yo seguía con los ojos cerrados, fingiéndome dormida, lo oí pasear de un lado a otro del dormitorio. Se detuvo. Seguro que iba a bajar la escalera y encerrarse de nuevo en su habitación. Conté mentalmente los segundos para estar preparada para el impacto. Diez, once, doce, trece, catorce...

Se tumbó en la cama a mi lado. Sin tocarme. Completamente tenso y con la respiración acelerada. Yo nunca antes había tenido tantas ganas de abrazarlo.

Unos golpes en la puerta del apartamento nos despertaron de golpe y Daniel se sentó en la cama y se quedó mirándome como si no pudiese creer que hubiésemos pasado la noche juntos en la misma cama. Yo lo miré igual.

Volvimos a oír los golpes, seguidos de unos insultos y Daniel bajó a abrir. Yo seguía un poco confusa. Recordaba perfectamente que habíamos salido muy tarde del trabajo y también sabía que no nos habíamos acostado al llegar, pero lo que no recordaba era haber visto antes a Daniel medio desnudo. O medio vestido.

Tan sólo lo vi unos segundos antes de que bajase a toda velocidad a abrir la puerta, pero tuve tiempo de sobra de percatarme de que iba en calzoncillos y con una camiseta blanca que hacía juego con la mía.

—Eres un cretino, Bond —oí la voz de Ruffus Howell insultándolo.

¿Ruffus Howell?

—Tú tendrías que ser mi abogado y no el de mi maldita esposa.

—Vete de mi apartamento, Ruffus.

—No pienso irme de aquí hasta desahogarme. Tú eres como yo. Sabes perfectamente que jamás habría podido conformarme con Gloria.

—Pues entonces tendrías que haber sido sincero con ella y no humillarla delante del país entero. Es la madre de tus hijos, Ruffus, por favor.

—¿Y por eso te sientes legitimado para arruinarme? ¿Acaso tú no utilizas a las mujeres como yo?

—Ya te lo dije aquel día, tú y yo no somos iguales. Vete de aquí ahora mismo.

—Eres un hipócrita.

Probablemente tendría que haberme quedado en el dormitorio, pero oí el distintivo sonido de un puñetazo y mis pies bajaron la escalera por voluntad propia.

Efectivamente, Ruffus le había dado un puñetazo a Daniel, pero éste había sabido defenderse, a juzgar por la sangre que goteaba del labio del uno y de la nariz del otro.

—Oh, esto sí que tiene gracia, Bond. Tú aquí, dándome lecciones de moral y me apuesto lo que quieras a que no le has dicho a la señorita colegiala que te gusta atar y dominar a las mujeres.

—¡Cállate, Ruffus!

—Oh, ¿no se lo has dicho? Vaya, no sabes cuánto siento haberte chafado la sorpresa. —Se secó la sangre de la nariz y se acercó a mí—. Lo siento, señorita, pero me temo que el señor Bond tiene unos gustos mucho más perversos de lo que usted se imagina. Haría bien en irse de aquí cuanto antes.

—El que haría bien en irse es usted, señor Howell. Hágalo antes de que llame a la policía.

—No se moleste, ya me iba. —Se alejó, encaminándose hacia la salida—. Ya he firmado el condenado acuerdo que ha preparado uno de tus esbirros —le dijo a Daniel—. No vuelvas a meterte en mi vida.

—¿Estás bien, Daniel? —Corrí a su lado, pero él retrocedió antes de que pudiese tocarlo.

—Estoy bien. —Se dirigió a la cocina y abrió el grifo. Lo seguí y vi que empapaba una toalla con agua y que se la acercaba al labio inferior para contener la pequeña hemorragia.

—Tendrías que ponerte un poco de antiséptico —le sugerí yo, respetando las distancias que él había impuesto.

—¿No vas a preguntarme por lo que ha dicho Ruffus? —me soltó de repente, dándose media vuelta.

Estaba furioso con Howell y consigo mismo, probablemente más consigo mismo que con el otro hombre. Y buscaba pelea.

—No.

—¿No quieres saberlo? Ayer por la tarde me exigiste que te dijese dónde había estado los últimos días y ahora resulta que no quieres saber si de verdad me gusta atar a las mujeres.

—Está bien —contesté, mirándolo a los ojos. De lo contrario, él no iba a respetarme—. ¿Te gusta atar y dominar a las mujeres?

—Sí, soy así de perverso. Y tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¿Por qué?

—Porque ni una sola vez te he dejado tomar el control mientras te hacía el amor.

—Y he sentido más placer del que había creído posible. Sí, reconozco que te gusta dar órdenes, pero siempre has cuidado de mí, tal como me

prometiste que harías. No eres perverso. Ni cruel.

—¿Por qué confías tanto en mí?

—¿No era eso lo que querías? ¿No me dijiste que lo que más deseabas era ganarte mi confianza? Pues la tienes y la tendrás siempre, diga lo que diga Ruffus Howell.

Daniel dejó la toalla en la encimera y vi que el negro de sus ojos se intensificaba.

—Ruffus y yo coincidimos en un club sadomasoquista. Es un lugar muy exclusivo, sólo para hombres y mujeres de elevada posición social, que comparten ciertos gustos y aficiones.

—¿Cómo cuales?

Si él había sido lo bastante valiente como para sacar el tema, yo lo sería lo suficiente como para hacerle todas las preguntas que tenía.

—Sexuales. En ese club siempre puedes encontrar a alguien dispuesto a satisfacer tu deseo más secreto. Hay hombres y mujeres que sólo experimentan placer si los dominan, si reciben azotes o si sienten un látigo en la espalda. Y hay otros que sólo lo obtienen infligiendo dolor. También existen orgías e intercambios de pareja.

—¿Y tú fuiste allí?

No podía creérmelo; lo que Daniel me estaba contando me parecía demasiado sórdido para él.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Cuándo?

Tuve la certeza de que la respuesta a la segunda pregunta era casi tan importante o más que la de la primera.

—Hace quince años. —Quince años atrás, Daniel apenas tenía veinte—. Hacía tiempo que sabía que follar como los chicos de mi edad no iba a funcionar en mi caso. Y mucho menos después de que mi primera amante me demostrase lo afrodisíaco que podía resultar el poder. —Me miró un instante y yo me obligué mantener el rostro impassible para evitar que interrumpiese su relato—. En esa época, no sabía cómo acercarme a una mujer y pedirle lo que necesitaba y la verdad es que estaba harto de sentirme como un monstruo. Oí a unos hombres hablar del club y mostré interés. No tardé demasiado en recibir una invitación y fui en cuanto surgió la primera

oportunidad.

—¿Y?

—Sólo fui esa vez, esa única vez. Pero en la escena en la que participé, así llaman a los encuentros entre una persona que quiere ser sometida y una que quiere dominar, también estaba Howell. Había una mujer atada con cadenas a una pared. Llevaba una máscara y un corsé de cuero y quería que dos hombres la azotasen.

—Dios mío.

—Era consentido. De hecho, si no me equivoco, esa mujer había pagado una auténtica fortuna por estar allí esa noche. Howell y yo cogimos unos látigos que habían sido previamente tratados para que no cortaran la piel en profundidad y la azotamos hasta que se corrió. Howell también.

—¿Y tú?

—No, yo no. Esa noche sirvió para que me diese cuenta de varias cosas: yo no necesito un circo, lo que necesito es control. Hay ciertos aspectos del sadomasoquismo que comprendo perfectamente: la necesidad de atender todas las necesidades de tu pareja, de saber que te pertenece en todo momento y que tú eres el único responsable de sus reacciones y de sus sentimientos. Yo necesito saber que estoy al mando y para eso no me hacen falta unos látigos o azotar a la mujer que está conmigo. Lo que siento yo no tiene nada que ver con un capricho sexual o con una fantasía erótica, es como soy. Es del único modo que puedo ser. —Se apartó de la cocina y se dirigió al pasillo—. Deberías irte.

—¿Por qué estás tan convencido de que sólo puedes ser de esa manera? ¿Has intentado alguna vez...?

—Nunca. Vete, Amelia.

—¿Me dijiste que cuidarías de mí y ahora me das la espalda sin más? —lo provoqué.

No me gustaba verlo tan abatido y mucho menos por culpa de las absurdas acusaciones de un cretino como Howell.

—Vete, Amelia —repitió.

—Me dijiste que si pasábamos siete noches juntos podría hacerte una pregunta. Aceptaste mi condición y yo he cumplido con las tuyas.

Daniel se detuvo.

—No hemos pasado siete noches juntos —me señaló.

—Por culpa tuya —argumenté—. La primera fue el sábado pasado y hoy vuelve a ser sábado. Si tú no te hubieses ido de viaje, las habríamos pasado. No puedes penalizarme por haberte ido, lo justo es que tenga derecho a hacer mi pregunta.

Él se quedó pensándolo durante unos segundos y cuando tomó una decisión se dio la vuelta despacio.

—Está bien. Pregunta.

—En realidad no tengo una pregunta, es más bien una petición.

Daniel enarcó una ceja y me miró a los ojos. Crucé los dedos para que su sentido del honor fuese tan fuerte como yo creía.

—De acuerdo, ¿qué petición?

—Quiero que hagamos el amor con los ojos vendados. Los dos. Yo haré todo lo que me pidas, no me moveré y no diré nada. Lo único que te pido a cambio es que tú también lleves los ojos vendados.

—Dios mío, Amelia. —Daniel tragó saliva—. No sabes lo que me estás pidiendo.

—Sí que lo sé. ¿Vas a dármelo? Dijiste que me darías todo lo que necesitase... —recurrí a sus propios argumentos.

—No tengo dos cintas de seda negra. Esa la compré para ti.

Me dio un vuelco el corazón al oírle decir eso con tanta sinceridad.

—Puedes utilizar mis medias.

—Sube arriba y siéntate en la cama. Deja la cinta y las medias a tu lado.

—¿Y tú?

—Yo subiré en seguida. Antes quiero afeitarme, la última vez te arañé la piel.

Daniel no lo sabía, pero eran esos gestos los que me impulsaban a seguir a su lado. Quizá estuviera engañándome, pero mi corazón y mis entrañas me decían que no y decidí hacerles caso.

Subí la escalera y, antes de sentarme en la cama, fui al baño y me peiné un poco. Había bajado con tanta prisa que ni siquiera me había mirado. Después, busqué la cinta de seda en mi bolso y recuperé las medias del vestidor, del lugar donde Daniel las había guardado con tanto cuidado al desnudarme. Me senté en la cama, dejé la cinta y las medias junto a mí y

cerré los ojos.

No me hizo esperar demasiado.

Se sentó en la cama a mi lado y al cabo de un breve instante noté la fría seda sobre mis ojos. Dio dos vueltas a la cinta y me la ató con cuidado en la nuca. Durante unos segundos no oí nada, excepto su respiración, que iba entremezclándose con la mía, pero entonces él me cogió una mano y la levantó hasta que en las yemas de los dedos noté el tacto de las medias. Se las había puesto. Me guió la mano por su rostro, dejó que le recorriese los pómulos, la nariz y también las cejas, parcialmente ocultas bajo el nailon de mis medias negras.

—Huelen a ti. Voy a volverme loco. —Lo oí respirar profundamente y luego volvió a hablar—: Quítate la camiseta y tumbate en la cama. No digas nada.

Obedecí y esperé su siguiente instrucción.

—No creas que no sé lo que pretendes —dijo entre dientes y se me puso la piel de gallina sólo con oír su voz—. Lo sé perfectamente y he accedido a vendarme los ojos porque estoy dispuesto a plantearme que quizá tendría que haberte llamado mientras estaba fuera. Pero tú no tendrías que haber salido a comer con Rafferty.

Debió de ponerse en pie, porque durante unos segundos noté que el peso del colchón se modificaba.

—Si no puedo verte, tendré que encontrar otro modo de saber qué estás sintiendo. Levanta los brazos y llévalos al cabezal.

Lo hice, convencida de que iba a atarme y él lo adivinó.

—Tú has querido que me vendase los ojos, ahora no voy a ponértelo tan fácil. —Noté que algo frío como el acero se deslizaba por mis pechos y me mordí el labio para no gemir. ¿Qué era?—. Abre las manos. —Lo hice y Daniel me puso una cadena entre los dedos—. No la sueltes, si la oigo caer al suelo, pararé. Si oigo que los eslabones hacen el menor ruido, pararé. Si la oigo rozar el colchón, pararé. —La aferré con todas mis fuerzas y él deslizó la mano hasta mi rostro—. Asiente si me has entendido.

Asentí y me humedecí los labios.

—Buena chica. Utilizar un látigo falso con esa mujer hace veinte años no me excitó, pero sólo de pensar en utilizar uno de seda contigo... —Dejó de

hablar y me lo imaginé tragando saliva—. Y tú me dejarías. Me dejarías porque eres mía y sabes que yo jamás te haría daño.

A medida que iba hablando, la mano de Daniel iba bajando por mi rostro y mi cuello y se detuvo justo entre mis pechos desnudos. El corazón me latía descontrolado y seguro que él podía notarlo en su palma.

—Como no puedo verte, tendré que encontrar otra manera de asegurarme de que estás lista para mí. Tu piel tiene un color especial cuando te excitas y separas los labios como si no pudieses seguir respirando si no te poseo. Ahora no puedo verlo —añadió enfadado, pero yo no retrocedí ni le dije que podía quitarse las medias de los ojos. Además, si Daniel se las había dejado puestas, era porque en el fondo él también quería. Si no, se las habría quitado y me habría dicho que me fuese. No, él también quería estar así conmigo—. Ahora sólo puedo sentirlo —dijo para sí mismo.

Dejó la mano que tenía entre mis pechos inmóvil y con la otra me despojó de las braguitas. En cuanto estuve desnuda, volvió a hablar:

—Separa las piernas y no las muevas.

¿Qué iba a hacerme? Todavía no me había dado un beso y apenas me había tocado y todo mi cuerpo ya estaba temblando de deseo.

—¿Alguna vez has utilizado un consolador? Por el modo en que se te ha acelerado el corazón, deduzco que la respuesta es no. Me alegro. Me gusta ser el primero. Me habría gustado serlo en todo.

¿Daniel sabía lo que estaba diciendo?

Oh, Dios mío. Arqueé la espalda al notar la punta del vibrador sobre mi sexo. Estaba frío y en contraste con la piel de él todavía más.

—Tranquila. Sólo placer, ¿recuerdas?

Empezó a mover el vibrador despacio, sin llegar a penetrarme. Y siguió hablándome:

—Me gustaría verte. Seguro que empiezas a estar excitada.

Lo estaba, pero también sentía vergüenza si me imaginaba a Daniel utilizando el consolador conmigo. Yo no sabía cómo era esa cosa y me daba miedo hacer el ridículo. ¿Y si no me gustaba? ¿Y si me gustaba demasiado?

—Tranquila, soy yo —dijo él, adivinando como siempre mis pensamientos—. Confía en mí.

A pesar de que ya no veía nada con la cinta de seda, cerré los ojos y me

relajé. Pensé en Daniel sentado a mi lado, también con los ojos vendados, en el modo en que seguramente estaba apretando la mandíbula, en su fuerte mano colocada encima de mi pecho, en su brazo moviendo el vibrador en la parte más íntima de mi cuerpo. Y de repente me sentí libre. Dejé de pensar si estaría haciendo el ridículo o no, si aquello era normal o no y dejé mi placer y todo mi ser en sus manos.

—Eso es, cariño. Lo estás haciendo muy bien. Un poco más. —Deslizó el vibrador por entre los labios de mi sexo y noté que me humedecía. Entonces el artilugio empezó a temblar—. Chist, tranquila —me susurró él al oído.

No tuve tiempo de gemir, porque su boca asaltó la mía sin darme tregua. Los movimientos de la lengua de Daniel seguían el mismo patrón que el consolador que movía entre mis piernas y cuando me penetró con él, me mordió el labio inferior.

La cadena se sacudió, pero no la solté.

—Tranquila, señorita Clark.

¿Tranquila?

Daniel volvió a besarme, pero esa vez lentamente, como si estuviese dándome un beso al llegar a casa, y movió el vibrador del mismo modo. Despacio. Penetrándome cada vez más con él y saliendo poco a poco de mi cuerpo sin llegar a abandonarlo del todo. Los temblores del aparato incrementaban la sensación, aunque en mi mente yo me imaginaba a Daniel moviéndose dentro de mí en vez de aquel objeto.

—Lo estás haciendo muy bien —me dijo al interrumpir el último beso—, pero todavía no estoy seguro de que estés lista para mí. —Se deslizó un poco hacia abajo y me besó el cuello y después la clavícula—. Recuerda que tus orgasmos me pertenecen y hoy todavía no estoy dispuesto a dártelos.

Me mordió el ombligo.

—No sueltes la cadena —repitió.

Sentí su aliento sobre mi sexo. Me lamió y penetró con el consolador al mismo tiempo.

Gemí y me sujeté a la cadena con tanta fuerza que seguro que los eslabones se me quedaron clavados en las palmas de las manos.

—Y no te corras.

Me lamió y me besó sin dejar de mover el vibrador. Notaba los temblores

de éste dentro de mi cuerpo y la húmeda lengua de Daniel estaba por todas partes. No podía gritar. No podía moverme. Pensé que mi cuerpo estallaría de placer. Sus mejillas me rozaban el interior de los muslos, la mano que tenía entre mis pechos subió por mi garganta hasta llegar a mis labios. Los separé y Daniel colocó el dedo índice entre ellos. Yo no hice nada; él no me lo había pedido, pero mi lengua lo acarició involuntariamente.

Daniel capturó mi clítoris entre sus dientes y detuvo el vibrador. Lo movió de nuevo despacio, penetrándome un poco más para luego abandonar del todo mi cuerpo. Yo no podía dejar de temblar, mi propia piel ya no podía contenerme y si volvía a sentir aunque fuese el roce de la mejilla de Daniel, terminaría sin él.

Separó los labios y también se apartó. Colocó la mano encima de mi entrepierna y yo me estremecí.

Lo oí respirar y lo sentí temblar, se había colocado de rodillas entre mis muslos. El vibrador había sido muy excitante, pero nada comparable a lo que sentí cuando noté que su pene se colocaba frente a mi sexo. Me penetró con un único movimiento y cuando yo iba a arquear la espalda, me detuvo colocando una mano sobre el torso y presionándome contra el colchón.

—No te muevas.

Dejó esa mano allí para asegurarse de que lo obedecía y la otra la posó de nuevo encima de mi sexo. Con el pulgar buscó el clítoris, que empezó a acariciar al mismo tiempo que movía las caderas. Nunca lo había notado tan excitado, ni tan contenido. Todos y cada uno de sus movimientos desprendían fuerza y pasión y se estaba obligando a retenerlas.

—Voy a estar así hasta que tu cuerpo reconozca que me pertenece. Hasta que el mío deje de estar furioso porque has sido capaz de pensar en otro.

Yo jamás volvería a poder pensar en otro hombre.

—No me ha gustado nada lo que me has hecho sentir, señorita Clark. Y vas a pagar por ello.

Se movió dentro de mí una y otra vez, pero siempre que creía estar al borde del orgasmo, reducía la intensidad de sus caricias y de sus movimientos para hacerme retroceder. La cadena me quemaba en las manos y me dolían los brazos. Pero nada de eso me importaba. Lo único que quería era sentirlo haciéndome el amor y demostrarle que confiaba en él y en lo que hacíamos

juntos. Daniel también estaba muy excitado, podía sentir su pene imposiblemente erecto y caliente deslizándose dentro de mí. Notaba lo cerca que había estado de eyacular en un par de ocasiones, pero en ambas había logrado contenerse.

Yo no iba a poder aguantar mucho más.

Entonces, él movió la mano que tenía sobre mi torso y me cubrió con ella uno de los pechos. Durante un segundo me lo acarició con ternura, pero luego capturó el pezón entre dos dedos y me lo pellizcó. Lo soltó tras un instante y fue en busca del otro.

No, no iba a poder aguantar mucho más.

—Debería parar y salir de dentro de ti —dijo Daniel con voz ronca—. Terminar con el consolador o masturbándonos el uno al otro. Seguro que bastaría con que me tocases un par de veces para que me corriese. Seguro que tu mano temblaría en cuanto me tocases. Y seguro que mis dedos se quemarían al entrar dentro de ti. Seguro que estás húmeda y caliente...

Si seguía así, no iba a hacer falta que hiciese nada de eso.

—Pero aunque el mundo se derrumbase a mi alrededor, ahora mismo nada ni nadie podrían obligarme a salir de ti. —Me sujetó por las caderas con manos firmes. Seguía inmóvil y yo podía notar el temblor de sus músculos—. Dame lo que necesito, Amelia. Dámelo.

No fui consciente de que estaba sacudiéndome el mayor orgasmo que había sentido nunca hasta que noté que Daniel eyaculaba en mi interior y gritaba mi nombre. Se estremeció y flexionó los dedos sobre mi piel. Volverían a quedarme marcas, pero él volvería a besármelas.

Fue calmándose y se inclinó hacia mi oído.

—Voy a quitarme la venda —susurró.

Asentí y confieso que me sorprendió comprobar que no se la había quitado aún.

—Eres preciosa —dijo segundos más tarde, como si me estuviese viendo por primera vez, y me recorrió el pecho y el abdomen con los dedos—. Dame la cadena.

La apretaba entre los dedos con tanta fuerza que me costó un poco aflojarlos. Daniel la dejó en el suelo y se dedicó a masajearme uno a uno los dedos y las manos. Después, me colocó bien los brazos y también me los

masajeó hasta asegurarse de que había eliminado cualquier tensión que hubiese podido acumular.

—No te muevas, en seguida vuelvo —me dijo, también en voz baja.

Él no me había quitado la venda de los ojos y yo no tenía fuerzas para hacerlo, a pesar de que me moría de ganas de verlo.

Oí que caminaba por el dormitorio de un lado a otro, como si estuviese pensando, y me mordí la lengua para no preguntarle qué pasaba. Además, yo también necesitaba estar en silencio. Minutos más tarde, sus pasos se alejaron un poco y deduje que se había acercado al vestidor; en efecto, unos instantes después noté que me cubría con la bata de seda.

La cama se desniveló cuando se sentó en uno de los extremos, a escasos centímetros de mis pies aunque sin siquiera rozarlos. De hecho, tuve una sensación extraña, pues a pesar de que no podía verlo, estaba convencida de que Daniel tenía los puños apretados para contener las ganas de tocarme. Y he de reconocer que nada me habría gustado más en ese momento... Habíamos hecho el amor de un modo increíble, a pesar de que él insistía en llamarlo «follar» siempre que podía. Era como si aquella palabra le sirviese como escudo para mantenerme a distancia. O quizá era la pura verdad y yo estaba intentando engañarme para proteger mi corazón y para no sentirme como una idiota..., desnuda y con una venda en los ojos.

—La cicatriz que tengo en la ceja... me la hice cuando tenía diecisiete años —empezó a decir Daniel de repente, con su tono de voz quebradizo y midiendo cada palabra—. Mi tío y yo discutimos. Él me tiró contra una estantería y... —Se quedó nuevamente en silencio y yo tuve que contenerme para no levantarme y correr a abrazarlo—. Recuerdo que no me di cuenta de que me había hecho daño hasta que vi la mancha en la alfombra del salón. Las heridas de la cabeza sangran mucho... Tuve ganas de matarlo —suspiró—. Todavía tengo... Creo que ese día perdí la poca alma que me quedaba.

—Daniel... —balbuceé, incapaz de seguir escuchando aquel horrible relato sin hacer nada para aliviar el dolor tan desgarrador que era obvio que él sentía.

El peso de la cama volvió a cambiar cuando se levantó y, durante un instante, temí que se hubiera ido, pero entonces noté que se sentaba a mi espalda y que levantaba las manos para aflojarme la venda de los ojos. Me la

quitó y deslizó los dedos por mi nuca, apartándome el pelo. Muy, muy despacio. Yo no me moví, y dejé que se perdiese en las tiernas caricias. Si mirarme lo tranquilizaba, jamás me movería de donde estaba; porque sabía que, cuando volviese a mirarlo a los ojos, aquel Daniel desaparecería.

—Amelia —empezó tras carraspear.

—¿Sí?

—Tengo que irme.

—Oh, de acuerdo. En seguida me visto.

—No, tranquila. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

—Oh, gracias.

Los dos parecíamos sentirnos inseguros con el otro, como si no supiésemos qué hacer con la intimidad que estaba tejiéndose entre ambos.

—Tengo que irme, pero si quieres, puedes volver esta noche.

—¿Si quiero? —Sonreí—. ¿Me lo estás pidiendo?

Me miró a los ojos y tensó la mandíbula.

—No me provoques, señorita Clark.

—Pídemelo y vendré.

—Dime que vendrás y te lo pediré.

—¿Qué sentido tendría entonces?

—Ninguno y vas a venir de todos modos.

—¿Por qué? ¿Porque me lo has pedido con tanto cariño?

—No, porque los dos queremos que vengas.

—Oh, está bien, supongo que algo es algo —dije, poniéndome el vestido.

—Sí, algo es algo —se burló Daniel—. Ven a las nueve.

—Vendré cuando pueda. —Sí, me encantaba provocarlo.

—A las nueve irá a buscarte mi chofer. No, no discutas. Estaré todo el día preocupado por ti y quiero que vengas en mi coche. ¿Qué harás durante el día?

—No sé, supongo que estaré con Marina.

—Ahora le diré al portero que tenga un taxi esperándote. He grabado mi número de teléfono en tu móvil, ayer me di cuenta de que no lo tenías.

—¿Sabes que antes de conocerte solía ir a pie o en metro a todos lados? Y ¿quién te ha dado permiso para hurgar en mi móvil?

—Yo no he hurgado en tu móvil, te he grabado mi número. Y no me

recuerdes lo que hacías antes, sencillamente prométeme que no volverás a hacerlo, para que pueda irme tranquilo —me advirtió, con aquel tono autoritario que me ponía la piel de gallina.

Daniel estaba de pie frente a la escalera y me fijé en que llevaba vaqueros y un jersey negro. Estaba guapísimo.

—¿Puedo llamarte? —le pregunté, ignorando por completo su petición.

—Por supuesto, señorita Clark. —Me sonrió—. Por supuesto.

Cuando estaba en el bufete, apenas veía a Daniel, aunque él siempre me dejaba un té al lado del ordenador. De noche, iba a su apartamento, me vendaba los ojos y me entregaba a él sin reservas.

Pero no importaba lo intensas que fueran esas noches, él nunca se quedaba a dormir conmigo y había ciertos temas, la mayoría, de los que se negaba a hablar. Yo seguía diciéndome que tenía que darle tiempo, pero empezaba a tener dudas. Quizá yo no era la mujer que él necesitaba. A juzgar por lo que sucedía entre los dos, Daniel me deseaba y cada noche que pasábamos juntos era más autoritario y más creativo que la anterior, y el placer que yo sentía en sus brazos era cada vez mayor. Pero seguía sin abrirse a mí. Y tenía miedo de que nunca llegase a hacerlo.

—Amy, acabo de enterarme de una cosa y... tenemos que hablar —me dijo Martha, apareciendo ante mi mesa. Se la veía muy nerviosa y en seguida dejé de pensar en mí y me preocupé por ella.

—Claro. —Miré el reloj—. Si quieres, podemos salir a comer.

—Sí, sí, será lo mejor —masculló ella.

Cogí el bolso y nos dirigimos al ascensor. Caminamos por la calle en silencio, era obvio que mi amiga estaba alterada y pensé que lo mejor sería no preguntarle nada y darle tiempo para que pusiese orden en sus pensamientos.

Entramos en el vegetariano y justo entonces vibró mi móvil y vi que me había llegado un mensaje.

«Come algo más que una ensalada».

Sonreí y tecleé la respuesta.

«¿O si no, qué?»

Tardó apenas unos segundos en responderme:

«O esta noche tendré que cocinar y tenía pensado dedicarme a otras cosas».

Sonreí.

«De acuerdo. Besos».

Era la primera vez que le escribía algo como «besos». Y quise borrarlo en cuanto le di a la tecla de enviar.

«¿Sólo besos? Estoy decepcionado, te creía más atrevida, Amelia», leí casi al instante y suspiré aliviada.

«Estoy con Martha —escribí al ver que habíamos llegado a nuestra mesa y que mi amiga me miraba intrigada—. Adiós».

Guardé el móvil en el bolso para que no volviese a distraerme y le presté toda mi atención a Martha.

—¿Qué sucede?

—Esta mañana me ha llamado una de las amigas de Josh para confirmarme que vendría a la boda acompañada —empezó, lo que me dejó completamente perpleja.

¿Por eso estaba tan alterada?

—¿Tienes que quitar a alguien de la boda? ¿Es eso? Por mí no hay problema, ya te dije que...

—No, no es eso —me interrumpió ella— y si tuviese que quitar a alguien, tengo una lista muy larga antes que pedirte a ti que no vengas.

—Entonces, ¿qué pasa?

Cogí el vaso de agua y bebí un poco.

—La amiga de Josh, Barbara, me ha dicho que va a venir con su nuevo novio, Tom Delany. Tu Tom.

—No es mi Tom —fue lo primero que dije—, además, ¿cómo sabes que es él? Delany es un apellido muy común.

—Barbara me ha contado que Tom estuvo a punto de casarse hace unos meses y que al final canceló la boda. Y también que acaba de instalarse con ella porque se ha mudado de Bloxham.

—Sí, no cabe duda de que es él —asentí entre dientes.

—Quería decírtelo para que no te pillase por sorpresa. Barbara es amiga

de Josh desde la infancia, así que no puedo decirle que no venga acompañada y tampoco puedo contarle lo de Tom.

—Por supuesto que no. Te agradezco que me hayas avisado.

—Esto no te hará cambiar de opinión acerca de asistir a la boda, ¿no?

—Quizá sería lo mejor. No tengo ganas de ver a Tom, ya no pienso en él y te aseguro que no lo echo de menos ni nada por el estilo, pero no sé si quiero verlo acaramelado con otra delante de mis narices —contesté sincera.

—Pero yo quiero que vengas. Llevo semanas martirizándote con los preparativos y quiero que veas que no estoy completamente loca. —Se puso seria y añadió—: Sé que hace poco tiempo que somos amigas, pero creo que te iría bien ver a Tom. Ya sé, podrías venir acompañada por ese hombre que te manda mensajes. Siempre que recibes uno se te ilumina el semblante.

—Ah, no, él no podrá venir —me apresuré a decir.

Martha no tenía ni idea de que el hombre de los mensajes era Daniel. Él nunca nos presentaba como novios ni hacía nada que pudiese indicarlo, y yo había seguido su ejemplo. Muy a mi pesar.

—¿Se lo has preguntado?

—No, pero...

—¡Pues pregúntaselo! Pregúntaselo —insistió.

—Está bien, se lo preguntaré. ¿Satisfecha?

—Sí, la verdad es que me muero de ganas de conocerlo. ¿Cómo se llama? La llegada del camarero con nuestros platos impidió que le mintiese.

Comimos sin volver a hablar del tema y cuando Martha fue al baño antes de salir, cogí el móvil y le mandé un mensaje a Daniel.

«Tengo que hablar contigo».

«¿Trabajo?», contestó él.

«No, personal», escribí yo.

«¿Urgente?»

«Sí».

«¿Estás bien? Voy a buscarte».

«¡¡¡¡No!!!! Estoy bien», me apresuré a contestarle a toda velocidad.

«Ven a mi despacho cuando llegues».

Martha y yo volvimos al bufete; ella siguió contándome cosas de la boda y del viaje de novios que emprenderían justo al día siguiente de la ceremonia,

y yo intenté prestarle atención.

Pero no podía dejar de pensar que no estaba bien que me preocupase tanto tener que pedirle al hombre con el que compartía mi cuerpo y mi alma de un modo que hasta entonces ni siquiera sabía que fuese posible, que me acompañase a la boda de mi amiga. No era normal.

Como tampoco lo era el horrible presentimiento que tenía acerca de que Daniel iba a decirme que no.

Llegamos a Mercer & Bond y, por fortuna, Martha recibió una llamada urgente y se encerró en su despacho, así pude recorrer sola el pasillo que conducía al despacho de Daniel y tuve esos segundos para tranquilizarme.

Llamé a la puerta y me fijé en que tenía las cortinas echadas.

—Adelante.

Entré y lo vi: estaba sentado tras el escritorio, atendiendo una llamada. Quizá había echado las cortinas para tener intimidad para esa llamada y no para mí, como me había imaginado segundos antes.

—No, no, eso es todo lo que necesitaba saber. Gracias. Sí, lo llamaré si vuelvo a requerir de sus servicios. —Colgó—. Disculpa.

—No, no te preocupes —le dije, yo entrelazando nerviosa las manos en mi regazo. Me había sentado en una de las dos sillas que tenía frente a la mesa.

—Dame la mano —me dijo Daniel, con aquella voz que utilizaba en el dormitorio. Sin dudarle, le tendí la que llevaba la cinta de cuero en la muñeca —. Cuéntame qué te preocupa tanto.

Me cogió los dedos y, con el pulgar, acarició la cinta.

—La boda de Martha es este sábado.

—Lo sé, me hizo llegar una invitación —señaló él, confuso.

—¿Vas a ir? —Quizá no tuviera que pedirselo, quizá bastaría con que coincidiéramos allí y...

—No. Irá Patricia. A ella se le dan mejor que a mí los actos sociales. ¿Por qué?

—Yo también estoy invitada.

—Me lo imagino, Martha y tú os habéis hecho muy amigas en poco tiempo.

—Quiero que vengas conmigo a la boda. Como mi novio, o mi

acompañante si lo prefieres —dije, tras respirar hondo y mirándolo a los ojos.

Él me soltó la mano y a mí empezó a rompérseme el corazón.

—No.

—¿Por qué no?

—Ya te dije que yo no hago esas cosas —me recordó, pero apartó la vista y yo, estúpida como soy, pensé que eso significaba algo.

—Hasta hace unas semanas, yo tampoco hacía nada de lo que hago contigo. Y ahora no lo cambiaría por nada del mundo —reconocí, con la esperanza de que mi sinceridad lo animase a hacer lo mismo.

—¿Qué importancia tiene esa boda? Tú y yo estamos bien, puedes ir y yo estaré en el apartamento cuando regreses.

Los dos sabíamos que esa última frase era mentira, al menos la primera parte, pero ambos fingimos ignorar la evidencia.

—Tom va a estar en esa boda —le anuncié entonces sin preámbulos.

—¿Tom?

—Sí, Martha me ha dicho que una de las amigas de su prometido está saliendo con él; al parecer, incluso han empezado a vivir juntos. Me ha avisado porque no quería que me sorprendiese verlo allí con otra mujer.

—Martha es una buena amiga y se preocupa por ti.

—Sí, lo es.

—¿Y por eso quieres que te acompañe a la boda, porque Tom va a estar allí con otra? —me preguntó Daniel.

—No —le contesté tras pensarlo un segundo—. No. Quiero que me acompañes a la boda de Martha porque quiero estar contigo. No me importa lo más mínimo lo que haga Tom o con quién esté y tampoco me preocupa lo que piense de mí. No quiero que me acompañes para que vea que estoy con un hombre más guapo, más fuerte y con mucho más dinero que él. Quiero que lo hagas porque estoy enamorada de ti y quiero que todo el mundo lo sepa.

—Amelia —dijo él.

—Vas a decirme que no, ¿verdad? —le pregunté yo, secándome una lágrima que me noté en la mejilla—. Y no vas a darme ninguna explicación.

—Si me hubieses dicho que querías que fuese para darle una lección a Tom, habría dicho que sí.

—Pero te he dicho que te quiero y vas a decirme que no.

—Exacto —confirmó él y lo vi flexionar las manos y tensar la mandíbula.

—¿Por qué? Es evidente que tú sientes algo por mí.

—No podemos seguir viéndonos, Amelia.

—¿Por qué? —repetí—. Y no me digas que es por lo de la venda y lo de las órdenes en la cama. A mí me gusta lo que hacemos cuando estamos juntos y a nadie le incumbe aparte de nosotros dos. No me importa seguir cumpliendo tus condiciones.

—Pero a mí sí, Amelia. ¿De verdad crees que lo que hemos estado haciendo es todo lo que quiero hacerte, todo lo que quiero que me hagas?

—¿No lo es? —le pregunté confusa.

—No, no lo es. —Me sonrió con tristeza—. Estoy mucho peor de lo que crees y no puedo seguir reteniéndote a mi lado. No es justo para ti.

—¿Qué más quieres hacerme? Dímelo. Tú siempre dices que quieres que confíe en ti, confía tú en mí y cuéntamelo.

—No, Amelia. Basta.

—No vas a contármelo —dije, al ver el modo en que me miraba—. Nada de lo que diga o haga va a hacerte cambiar de opinión.

—No.

No podía creer lo que estaba pasando. A Daniel le temblaba el músculo de la mandíbula y era obvio que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para contenerse y, sin embargo, iba a dejar que me fuese de su lado sin más. ¿Por qué? ¿De qué tenía tanto miedo?

—Está bien —accedí, rindiéndome temporalmente—, le diré a Patricia que necesito ir a casa unos días. Espero que eso no suponga ningún problema.

—Ninguno en absoluto —me aseguró.

—El sábado iré a la boda de Martha y el lunes volveré al trabajo. Cuídate, Daniel.

Me puse en pie y caminé hasta la puerta.

—Amelia, seguro que Tom se arrepentirá de haberte hecho daño —me dijo.

—Me da igual si se arrepiente o no —contesté.

—Si pudiese estar a tu lado, lo estaría.

¿Por qué insistía en torturarme? ¿Por qué no dejaba que me fuese de allí

con la poca dignidad que me quedaba?

—Puedes, lo que pasa es que no quieres. Tú, Daniel Bond, eres el hombre más fuerte que conozco. No tengo ni idea de qué te sucedió en el pasado, pero es evidente que lograste sobrevivir; y no sólo eso, te has convertido en una de las personas más poderosas y respetadas del Reino Unido. Eres prácticamente un héroe de novela, una leyenda, así que no me vengas con que no puedes estar a mi lado.

—Amelia, tú no sabes...

—¡Tienes toda la razón! No lo sé y tú no quieres contármelo. Lo único que quieres es cuidar de mí como si fuese una muñeca durante el día y atormentarme de deseo durante la noche. Yo quiero las dos cosas y mucho más. Quiero todo lo que tú necesites.

—No sabes lo que estás diciendo...

Vi el anhelo en sus ojos, las ganas que tenía de creer que lo que le estaba diciendo era verdad, pero no sabía cómo convencerlo, así que me fui.

—Quizá no —repuse en voz baja—. Adiós, señor Bond.

Le dije a Patricia que necesitaba volver a casa unos días para resolver unos asuntos que habían quedado pendientes tras anular mi compromiso con Tom. No me gustó mentirle y menos después de ver lo generosa y comprensiva que había sido conmigo desde el principio, pero me pareció lo mejor. No iba a decirle que me iba porque su socio quería acostarse conmigo y atarme a su cama cada noche, pero era incapaz de ir conmigo a una boda.

No, seguro que creería que me había vuelto loca.

A Martha tuve que jurarle que mi partida no tenía nada que ver con lo que ella me había contado de Tom y no me dejó en paz hasta que le aseguré que asistiría a la boda el sábado y que iría acompañada.

Fui al piso y me preparé algo de equipaje. A Marina no la sorprendió que me fuese unos días a casa y lamentó no poder ir conmigo. Me dijo que aprovechase para pensar y que no se me ocurriese llamar a Daniel bajo ningún concepto. A ella le había contado la verdad, más o menos, y le había dicho que se había negado a acompañarme a la boda, con lo que, para Marina, Daniel pasó a convertirse en un ser despreciable.

El trayecto en tren hasta Bloxham me resultó completamente opuesto al que había realizado semanas atrás para ir a Londres. En ese primer viaje estaba llena de esperanzas e ilusiones y en éste, en cambio, estaba hecha un lío. No podía dejar de pensar en Daniel, en todo lo que me había dicho y que no encajaba para nada con lo que contaban sus ojos. O quizá eso era lo que yo quería ver y la realidad fuera mucho más sencilla.

Por suerte, el cansancio terminó pasándome factura y me quedé dormida.

Cuando me desperté, el tren estaba entrando en la estación de Bloxham y vi a mi hermano Robert esperándome en el andén.

Me levanté y cogí la bolsa, impaciente por bajar en cuanto el tren se detuviese.

A la que Robert me abrazó, me eché a llorar.

—¿Qué te pasa? ¿Tanto me has echado de menos?

Él volvió a abrazarme y pensé que sí, que lo había echado mucho de menos.

Era un alivio saber que al menos él siempre me abrazaría.

Después de ese abrazo tan emotivo, Robert me cogió la bolsa y me llevó hasta el coche, pasándome un brazo por el hombro, como cuando éramos niños. De camino, me dijo que Katie y Rachel me esperaban en su casa para que cenase con ellos esa misma noche, así que tenía el tiempo justo de instalarme en mi antiguo dormitorio, ducharme e ir a su casa.

Cuando nos metimos en el coche, me sonó el móvil, lo busqué en el bolso y, cuando vi en la pantalla el nombre de la persona que estaba llamando, decidí ignorarlo.

—¿No vas a cogerlo? —me preguntó mi hermano sin apartar la vista de la carretera.

—No.

—Vale.

El teléfono dejó de sonar y dos segundos después volvió a hacerlo. Miré la pantalla de nuevo y era el mismo número, también vi que había dejado un mensaje.

Volvió a colgar y volvió a llamar.

—Quizá deberías contestar —sugirió Robert—, no parece que tenga intenciones de darse por vencido.

—No quiero hablar con él.

—Pues ponlo en silencio, hermanita.

—Oh, lo siento.

—Tranquila, a mí Katie también me volvía loco.

—Oh, no, esto —sacudí el teléfono— no se parece en nada a lo tuyo con Katie.

—Ya, bueno. No me lo cuentes, pero me alegra ver que has superado lo

de Tom. Aunque, ahora que lo pienso, acabo de darme cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—Con él nunca te había visto así —señaló mi hermano con una de aquellas sonrisas tuyas tan enigmáticas.

—No te pongas en plan Obi Wan Kenobi, Robert Te aseguro que estás muy equivocado.

—Está volviendo a llamar y creo que ya te ha dejado cuatro mensajes.

Miré la pantalla y vi que efectivamente tenía cuatro mensajes de voz y uno de texto. Sólo me atreví a leer el último.

«Contesta el maldito teléfono, Amelia».

¿Daniel había escrito una palabra malsonante? Quizá Robert tenía razón.

Volvió a sonar y lo cogí.

—Gracias a Dios —masculló mi hermano en voz baja.

—¿Se puede saber por qué no cogías el teléfono? —Daniel estaba furioso y su voz resonó en mi interior.

—Porque no quería hablar contigo. ¿Puedo ayudarle en algo, señor Bond?

Oí que Robert silbaba tras el volante.

—¡No me vengas con «señor Bond»! Y no vuelvas a hacer esto de no coger el teléfono. Estaba preocupado —confesó al fin.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Por ti. ¿Acaso no has visto las noticias? Ha habido un accidente múltiple en una de las carreteras de entrada a Bloxham. Hay más de veinte víctimas mortales.

—Dios mío. Yo he venido en tren, siempre vengo en tren.

—Pero yo no lo sabía. He pensado que quizá tu hermano había venido a buscarte a Londres y... —Suspiró y sentí su alivio como si fuese propio—. Me alegro de que estés bien, señorita Clark. No sé qué habría hecho sin ti.

—Yo... —¿Qué podía decirle? Apenas recordaba por qué me había enfadado con él. Ah, sí, la boda, la boda a la que no quería acompañarme. Carraspeé y tragué saliva para recuperar la voz—. Estoy bien.

—No vuelvas a no cogerme el teléfono. Aunque estés furiosa conmigo, no vuelvas a hacerme esto.

—De acuerdo. Adiós, Daniel.

—Hasta el lunes, Amelia.

Colgué y noté que mi hermano me estaba mirando.

—Si pretendes decirme que el tal Daniel Bond no es el motivo de tu visita y de tus lágrimas, es que me consideras más tonto de lo que en realidad soy.

—No, Daniel Bond es el motivo de todo eso y mucho más, pero ahora no quiero hablar del tema. ¿De acuerdo?

—¿Mañana?

—Mañana te lo cuento, pero hoy sólo quiero estar con vosotros y con mi sobrina.

—Trato hecho.

Estar de nuevo con mi familia y ver a Robert con Katie me reconfortó, pero al mismo tiempo me obligó a abrir los ojos. Yo seguía queriendo formar una familia, encontrar a ese hombre con el que compartir mi vida. Y ahora ese hombre sólo conseguía imaginármelo con la cara de Daniel.

—Robert me ha comentado que estás saliendo con un hombre —me dijo Katie cuando mi hermano fue a acostar a la pequeña.

—No exactamente —contesté.

—¿Quieres contármelo?

Katie y Robert llevaban toda la vida juntos y ella era como una hermana para mí. Y, para ser sincera, prefería contarle lo de Daniel a ella que a mi hermano. Seguro que él se pondría en plan neandertal y no lo entendería.

—Es Daniel Bond, mi jefe —le dije.

—¿Tu jefe?

—El mismo.

—Oh, Dios mío. Voy a sentarme.

—Y eso no es todo —proseguí—. Nunca había conocido a ningún hombre como él.

—De eso no tengo ninguna duda —exclamó Katie—. Tu hermano va a subir por las paredes. Salir con tu jefe es muy arriesgado.

—No estamos saliendo.

—¿Ah, no? Entonces...

—Es complicado.

—Pues explícamelo —sugirió Katie.

—Daniel y yo somos amantes —dije, a falta de otra explicación.

—¿Sólo os encontráis para acostaros?

—No, no, qué va.

—¿Entonces?

—Daniel es muy intenso.

—¿En qué sentido?

—En todos y hay muchas cosas que dice que no puede hacer, como por ejemplo acompañarme a la boda del sábado.

—Suena demasiado complicado, Amy. ¿Estás segura de que vale la pena que lo pases tan mal por un hombre así? ¿Y sólo por sexo?

—Sí, estoy segura. Y no es por el sexo. Lo que hay entre Daniel y yo...

—Suspiré frustrada conmigo misma y con la realidad—. Mira, sé que él no es como Robert, ni siquiera como Tom. Daniel no se parece a ningún hombre que yo haya conocido. Todavía no le entiendo y no sé si encontraremos el modo de estar juntos, pero sé que vale la pena intentarlo. Que jamás podría seguir adelante si no lo intento.

—Entonces, cuenta conmigo. Pero ve con cuidado, no quiero que vuelvan a hacerte daño.

—No te preocupes, lo tendré.

Me despedí de mi hermano y de mi cuñada y regresé andando a casa de mis padres. Ellos estaban de viaje, así que tenía la casa para mí sola. Fui paseando por la calle principal y giré al llegar al parque que rodeaba la escuela. En un impulso, me acerqué a un columpio y me senté.

Me sonó el móvil y contesté sin mirar la pantalla.

—Hola, Daniel.

—Hola —saludó él a su vez—. ¿Dónde estás?

—Sentada en un columpio de la vieja escuela.

—¿Sola?

—Sí, sola. ¿Y tú?

—En casa.

«En casa». ¿Por qué me había dado un vuelco el corazón?

Nos quedamos en silencio y él fue el primero en volver a hablar.

—Pensaré en ti, Amelia. Piensa en mí, ¿quieres?

—Buenas noches, Daniel.

—¿Llevas la cinta de cuero en la muñeca? —me preguntó él entonces.

Miré y vi que sí. Estaba tan acostumbrada a llevarla que ya no lo notaba.

—Sí. Debería quitármela.

—No.

—¿Por qué?

Tardó varios segundos en contestar.

—¿Te acuerdas cuando te conté que había estado en ese club sadomasoquista?

—Sí, me acuerdo.

—Te dije que había algunos aspectos de ese tipo de vida que sí encajaban conmigo y uno de ellos es el collar que entrega siempre el miembro dominante de la pareja al sumiso. Es un símbolo de su unión. Algo así como un anillo de casados, pero más intenso, más duradero, menos hipócrita. Cuando un sumiso acepta llevar el collar del dominante está diciendo que le entrega toda su vida, que confía en él o en ella para que tome todas las decisiones importantes, que le da su cuerpo y su alma y todos sus sentimientos.

»El día que hice la copia de la llave de mi apartamento le puse la cinta de cuero con la esperanza de que algún día me dejaras que te la pusiera alrededor del cuello. Y cuando vi que te la habías puesto en la muñeca —carraspeó—, bueno, ya sabes lo que sucedió. Tendría que habértelo contado, no debería haber dejado que te la pusieras sin saber lo que significaba para mí.

¿Daniel creía que el matrimonio era una unión hipócrita? ¿Que el vínculo que podía existir entre una pareja sadomasoquista era más intenso o más duradero que el amor?

Dios mío.

—Ahora lo sé —le dije, intentando encontrarle sentido a aquella revelación.

—Ve a acostarte, Amelia. Es muy tarde y ninguno de los dos sabemos lo que estamos diciendo.

—Tú también. —No podía dejar de mirar la cinta que me rodeaba la muñeca—. Daniel...

—¿Sí?

—Ayúdame a entenderte, por favor. O, si no —tragué saliva y reprimí un sollozo— deja de llamarme. Déjame ir.

—Mi madre era la mujer más dulce del mundo y murió en un accidente de coche con un hombre que la maltrataba y la engañaba.

—Oh, lo siento.

—Ésta es la primera vez que digo esta frase en voz alta.

—Daniel...

—Mi padre maltrataba y engañaba a mi madre y el muy bastardo la mató por conducir borracho y a mí me dejó con mi tío, el hombre con el que llevaba años acostándose. Mi hermana y yo también íbamos en el coche.

¿Hermana? ¿Daniel tenía una hermana?

—¡Oh, Dios mío! —Me llevé una mano a la boca.

—No sé si así podrás entenderme y preferiría hacer cualquier cosa antes que contarte toda la verdad, porque, créeme, ese accidente, por horrible que te parezca, no fue lo peor. —Suspiró—. Quizá incluso fue la salvación de mi madre. Mi hermana... Tengo que colgar, adiós.

—¡Daniel, no!

Tenía que verlo, tenía que consolarlo y decirle que le quería. No podía ni imaginarme por lo que había pasado. Cuando sus padres murieron él tenía diez u once años... ¿y ya sabía todas esas cosas? ¿Qué le había hecho exactamente su padre a su madre?

¿Y su tío? ¿Y su hermana también había muerto en el accidente? ¿Su padre y su tío eran amantes? No era de extrañar que Daniel no se atreviese a confiar en nadie y que sólo fuese capaz de sentir algo teniendo el control absoluto de la situación.

—No me cuelgues, por favor —repetí con lágrimas en la voz.

—Estaré bien, Amelia. Llevo años viviendo conmigo mismo, por eso no quería contártelo, porque sabía que te preocuparías por mí.

—Pues claro que me preocupo por ti, te quiero.

—No, no lo merezco. No quería tener esta conversación por teléfono; de hecho, no quería tenerla nunca. Ahora voy a colgar y tú vas a subir a ese coche que está esperándote en la esquina...

Miré hacia el lugar en cuestión y, efectivamente, vi uno de los coches de Daniel con su chófer.

—¿Me has mandado un coche?

No sabía si enfadarme o darle las gracias.

—Por supuesto —afirmó, con su arrogancia de siempre y, tras unos segundos, añadió con una voz algo distinta—: Cuando he oído lo del accidente —carraspeó—... no iba a permitir que te sucediese algo. No te preocupes, Frederick está alojado en el hotel de la ciudad y se quedará hasta que vuelvas.

—No quiero que tu chófer se quede haciéndome de niñera.

—Frederick no es ninguna niñera, es cinturón negro y habla siete idiomas. Procura que no se entere de que lo has llamado así. Se quedará y te llevará a donde quieras. Y el sábado te traerá a Londres a tiempo para la boda. No le compliques la vida al pobre hombre, le he dicho que si le das esquinazo lo despediré.

—Ah, no, Daniel. Eres muy hábil. Sabes que así me sentiré culpable y te seguiré el juego.

—Eso lo has dicho tú, no yo. Ve a dormir y descansa. Disfruta de estos días con tu familia.

—¿Y tú qué harás?

—Esperar a que Frederick me llame para contarme qué estás haciendo y llamarte luego para hablar contigo. Nos vemos el lunes, señorita Clark. Buenas noches.

—Buenas noches, Daniel.

Colgué y me levanté del columpio para ir a saludar al pobre hombre.

—Buenas noches, Frederick, lamento que el señor Bond lo haya hecho venir hasta aquí.

—No es ninguna molestia, señorita. Es un placer volver a verla —me contestó, al abrirme la puerta—. ¿La llevo a su casa, señorita Clark?

—Sí, Frederick, pero llámeme Amy, por favor. Al parecer, va a pasar unos cuantos días conmigo.

—Como usted quiera, señorita Amy.

Llegó el sábado y Frederick me llevó de regreso a Londres con tiempo de sobra para descansar un poco y arreglarme para la ceremonia. Después de aquella conversación telefónica en el columpio, Daniel me llamó a diario, pero no volvió a mencionar la muerte de sus padres y yo tampoco. Fueron llamadas cortas, casi siempre para preocuparse por mi bienestar, y en todas me hizo sentir que pensaba en mí y que me echaba de menos, aunque no llegase a decírmelo como a mí me gustaría oírlo.

En cuanto a la boda, después de hablarlo con mi cuñada, decidí llamar a Rafferty y preguntarle si quería acompañarme. Él aceptó encantado, a pesar de que le conté que antes se lo había pedido a Daniel y que se había negado. Me dijo que sería divertido volver a vernos, fueran cuales fuesen las circunstancias.

Acababa de salir de la ducha cuando Marina llegó al piso y entró decidida en mi dormitorio para ayudarme a elegir vestido.

Descartamos varias opciones por ser demasiado recatadas o demasiado provocativas y al final decidimos, o mejor dicho, Marina decidió, que iba a ponerme el vestido color verde botella que me había comprado para la cena previa a mi boda con Tom. Era precioso, con el tejido cubierto por una capa finísima de lentejuelas transparentes que hacían que cuando me lo ponía pareciera una ninfa, o una sirena. Me llegaba por encima de las rodillas y así también podía lucir los zapatos tan espectaculares que me había comprado a juego. Me puse también los pendientes que Daniel me había comprado aquel fin de semana y que no me había atrevido a ponerme para ir al bufete, luego

me maquillé y me sequé el pelo.

Llamaron al timbre y Marina fue a abrir. Rafferty era muy puntual, pensé, al mirar el reloj de mi dormitorio. Me eché unas gotas de perfume y cogí un pañuelo y el abrigo que Daniel me había regalado.

Salí y vi a mi amigo, devastador con su esmoquin y el pelo peinado hacia atrás, hablando con Marina, quien al parecer se había quedado muda y estaba casi babeando. En su defensa, tengo que decir que si yo no hubiese estado tan enamorada de Daniel como lo estaba, seguro que también me habría comportado como una idiota al ver a Rafferty Jones en plan Brad Pitt en *Ocean's Eleven*.

—Hola, Raff. —Él no me contestó, al parecer estaba tan absorto con Marina como ella con él—. Hola, Raff —repetí subiendo el tono de voz.

—Ah, hola, Amy. —Reaccionó y se volvió para mirarme—. Estás preciosa, seguro que tu exprometido se pegará un tiro cuando te vea.

—Gracias, Raff, tú también estás muy guapo. Veo que has conocido a Marina.

—Sí, la señorita Coffi ha tenido la amabilidad de hacerme compañía mientras te esperaba.

Marina se sonrojó y yo me pregunté por qué diablos nos afectaba tanto a las mujeres encontrarnos con un caballero. Sería la sorpresa, hoy en día había tan pocos...

—El coche está abajo, esperándonos —añadió Raff.

Sí, lo que yo decía, todo un caballero.

—Pues vamos. No quiero llegar tarde y que todo el mundo nos mire.

—Te mirarán de todas formas, Amy —dijo Marina, recuperando cierta normalidad—, de eso no te quepa la menor duda.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Coffi. Volveremos a vernos pronto.

Marina dijo algo tan poco elocuente como «ajá» y yo la salvé llevándome a Raff de allí.

—Tienes que darme el número de la señorita Coffi —fue lo primero que él me dijo al sentarnos en el coche.

—Por supuesto, pero ¿te importaría pedírmelo? Últimamente todo el mundo me da órdenes.

—Claro, lo siento. ¿Podrías darme el número de teléfono de la señorita Coffi, por favor? Si no me lo das, te robaré el móvil.

—Por supuesto. ¿Ves como no ha sido tan difícil?

—Ni te lo imaginas —se burló él—. Me alegro de que me llamas.

—Sí, yo también. No quería ir sola a la boda.

—¿Todavía sientes algo por tu exprometido? —me preguntó.

A él no le había contado toda la historia, pero sí lo suficiente como para que pudiese hacerse una idea.

—No, pero ya sabes, no quería estar en desventaja.

—No puedo creer que Daniel se negase —dijo Raff.

—Tiene sus motivos —lo justifiqué sin darme cuenta.

—No lo defiendas. Conozco a Dan desde hace muchos años y me cuesta creer que te deje plantada en una situación como ésta.

—¿Conoces al tío de Daniel?

—¿A Jeffrey Bond? Sí, por supuesto. Cuando Daniel y yo estábamos en la universidad, lo visitó allí en un par de ocasiones y luego yo fui a pasar unos días a su casa y también estaba. Casi nunca está en Londres, creo que tiene su residencia en Estados Unidos, pero hace poco coincidí con él aquí, en Inglaterra.

—Es el hermano del padre de Daniel, ¿no?

Se me encogió el estómago al recordar lo que Daniel me había contado acerca de su padre y de su tío.

—Sí, pero si no me falla la memoria, ambos eran adoptados. Los abuelos de Daniel no podían tener hijos y por eso su padre y su tío se parecían tan poco. Aunque si recuerdo bien, Daniel es idéntico a su padre, pero según dice mi abuela, tiene los ojos de su madre.

—¿Daniel y su tío se llevan bien?

—La verdad es que no lo sé. Nunca los he visto discutir, si es eso lo que me estás preguntando, pero en esa época era obvio que a Daniel el hombre no le gustaba demasiado. Claro que en esa época a mí tampoco me gustaba demasiado mi familia.

—Daniel nunca habla del tema —le dije, para justificar mi curiosidad.

—Él nunca habla de casi nada —apostilló Raff.

—¿Por qué os peleasteis?

Cuanto más hablaba Raff de Daniel más claro me quedaba que habían tenido una buena amistad y quería saber qué los había distanciado.

—¿Por qué iba a ser? Por una mujer.

Sentí el mordisco de los celos.

—Daniel y yo teníamos veinte años. A mí me gustaba una chica y creía que yo también le gustaba a ella. Sin embargo, él me dijo que la había oído decirle a sus amigas que lo único que quería de mí era mi dinero y que luego ya se divertiría en otra parte. Evidentemente, no le hice caso y me declaré a esa mujer. Ella aceptó, por supuesto. Una semana más tarde, Daniel me dijo que mi prometida se acostaba con otros hombres y que podía demostrármelo. Me habló de ciertos tatuajes que tenía Estela, así se llamaba ella, y yo le di un puñetazo. Ella vino a verme al cabo de unas horas y me dijo que Daniel era un enfermo y un sádico y que la había azotado con un látigo junto con otro hombre.

¡Oh, Dios mío! Estela era una de las mujeres de aquella fiesta.

—Primero le dije que mentía, pero luego ella me enseñó la espalda y vi las marcas del látigo. Por desgracia para Estela, Daniel me había dejado un dossier con fotos de ella con otros hombres, así que la eché y le dije que no quería verla más. Estuve un mes hecho un lío y cuando por fin reaccioné y quise buscar a Daniel para pedirle perdón y darle las gracias, ya no estaba, se había ido a pasar un año a Francia, o a Italia. Y supongo que, sencillamente, los dos nos hemos acostumbrado a estar enfadados.

—Tendríais que hacer las paces —le dije—. A Daniel le iría bien tener un amigo.

—No creo que le haga falta, teniéndote a ti.

—Sí que se la hace —insistí.

—De acuerdo, si no me parte la cara cuando se entere de que te he acompañado a la boda, hablaré con él.

—Gracias. A cambio, te prometo que me aseguraré de que Marina no se deje engañar por tu deslumbrante aspecto y que te juzgue por el gran tipo que eres.

Llegamos a la iglesia y Raff se comportó como el acompañante perfecto; de hecho, juraría que casi todas las invitadas estuvieron tentadas de arrancarme los ojos. Vi a Tom junto a la que supuse que era Barbara y respiré

aliviada al confirmar que de verdad no sentía nada. Ni siquiera rabia. Simplemente absoluta indiferencia. Al parecer, al final en ese sentido sí que me había convertido en una mujer de mundo.

Martha y Josh pronunciaron sus votos y vi que Raff sacaba el teléfono del bolsillo para leer un mensaje. Lo tenía en modo vibración así que nadie excepto yo se dio cuenta.

—En seguida vuelvo —me susurró al oído.

Salió de la iglesia y yo me quedé escuchando las palabras que dedicaba a los recién casados una de las amigas de infancia de Martha. Fue un discurso muy emotivo, probablemente parecido al que Marina me leería si algún día yo llegaba a casarme. No pude evitar imaginarme vestida de novia —al fin y al cabo, hacía apenas unos meses había estado a punto de hacerlo— y con Daniel a mi lado. No, eso no iba a pasar, y más me valía asumirlo.

Raff todavía no había vuelto e, idiota de mí, me imaginé a Daniel llegando a la iglesia y dándole las gracias por haberme acompañado hasta allí. Me imaginé que se despertaba en su apartamento y comprendía que conmigo no tenía que mantener las distancias. Me lo imaginé poniéndose uno de sus trajes negros a toda velocidad y subiéndose al Jaguar para ir hasta allí. Entraría en la iglesia, o quizá me esperaría fuera y me pediría perdón. Nos daríamos un beso y...

—Lo siento —se disculpó Raff al volver.

Tardé varios segundos en reaccionar y lamento decir que tuve que parpadear un par de veces para contener las lágrimas.

—¿Estás bien? —me preguntó él, mirándome confuso.

—Sí, estoy bien. Las bodas me emocionan.

—Ah, a mi madre le pasa lo mismo. Lloro en todas —dijo él, aceptando mi excusa—. Lamento lo del móvil, era del trabajo.

—Silencio, por favor —nos riñó la señora del banco de delante.

Raff y yo sonreímos y nos disculpamos. Nos quedamos en silencio durante la última parte de la ceremonia y entonces me di cuenta de que, a pesar de que sabía muy poco acerca del hombre que tenía al lado, y él de mí, Raff estaba dispuesto a conocerme.

Y yo no perdería nada conociéndolo a él. Oh, sabía perfectamente que no me atraía, pero como él me había dicho hacía un tiempo, me iría bien un

amigo. No podía decirse que hasta el momento se me diese demasiado bien entender a los hombres.

Terminó la ceremonia y Raff y yo fuimos juntos a la recepción que ofrecían los novios en el hotel Claridge's, uno de los más lujosos de la ciudad, y pude sentir las miradas de los distintos compañeros de trabajo que también estaban invitados a la boda fijadas en mí. Patricia fue la primera que se atrevió a acercarse a nosotros para preguntarnos si era verdad lo que estaba viendo, yo me quedé paralizada, pero por suerte, Raff, que evidentemente la conocía de antes, reaccionó y le contestó que nos habíamos conocido en el baile del colegio de abogados. Tuvo la habilidad de contestarle sin mentirle y sin confirmarle nada. Ella enarcó una ceja y se fue tras darme un abrazo, dejándome con la horrible sensación de que sabía algo que no me estaba contando.

Martha fue mucho más sincera, aunque la conclusión a la que había llegado era completamente errónea (pero lógica), ya que cuando fui a felicitarla, me riñó por haberle ocultado que el señor mensajes era Raff y luego me dijo que no lo dejase escapar y que hacíamos muy buena pareja. Si ella supiese...

Desde la iglesia no veía a Tom por ninguna parte y me atreví a pensar que quizá él me había visto a mí y había tenido un repentino ataque de remordimiento. O tal vez le había cogido una gastroenteritis y estaba vomitando por algún lado. O le había caído un piano encima mientras iba caminando por la calle, igual que sucede en los dibujos animados.

Raff no se apartaba de mi lado sin ser agobiante ni empalagoso; hablaba con todo el mundo y esquivaba las insinuaciones sobre si estábamos saliendo con suma maestría. Y me sonreía y me preguntaba si necesitaba algo. Si hubiese podido pedirle a mi corazón que se enamorase de él y no de Daniel, lo habría hecho. Pero yo sabía mejor que nadie que eso era imposible y la prueba de que mi corazón carecía completamente de criterio estaba acercándose hacia mí con una mujer diminuta colgada del brazo.

Tom.

Barbara.

¿Barbara? Ésta debía de medir diez centímetros menos que yo, lo que de por sí es difícil, le sobraban varios kilos y carecía completamente de glamur y

de sofisticación. ¿Tom me había dejado a mí y ahora estaba saliendo con la hermana mayor de los pitufos? No sabía si echarme a reír o sentirme insultada. Me había imaginado a Tom con una mujer imponente, a lo Elle McPherson, como mínimo, doctorada en química y capaz de hablar nueve idiomas, hacer el pino y cocinar una bandeja de *cupcakes* al mismo tiempo.

—Hola, Amy —me saludó él cuando se detuvo delante de mí.

—Hola, Tom —le contesté automáticamente y vi que me miraba de un modo extraño.

¿Me estaba mirando con cariño? Ah, no, eso sí que no.

—Josh me dijo que estarías aquí —prosiguió—. Barbara y él son muy amigos —añadió, señalando a su acompañante.

—Sí, Martha me lo dijo.

Tenía la sensación de haber metido un pie en la dimensión desconocida.

—Me alegro de ver que estás bien, Amy —dijo Tom—. No sabes cuánto lamento...

—Yo soy Raff, Rafferty Jones —lo interrumpió éste y en aquel instante le habría dado un beso por haberme salvado.

Si Tom se disculpaba por haberme sido infiel, por haberse llevado a aquella rubia a casa para que lo pillase, iba a echarme a llorar.

—Tom Delany —dijo Tom al instante, estrechando la mano que Raff le había ofrecido. Los dos se quedaron mirándose y Tom debió de comprender lo que Raff le estaba diciendo, porque asintió y carraspeó nervioso—. Ella es Barbara, Barbara te presento a Raff y a Amy.

—Es un placer —repuso la joven, con las mejillas sonrojadas.

Yo respondí lo mismo, porque una cosa era odiar e insultar a la rubia que le había estado haciendo una mamada a Tom de rodillas en el suelo y otra odiar a aquella chica que parecía sacada de una academia para señoritas del siglo pasado. Y que en el fondo no me había hecho nada. La verdad es que incluso tuve ganas de llevármela a un lado y advertirle que no se fiase de Tom... y si eso no es raro, no sé qué lo es.

Tom hizo las preguntas de rigor acerca de la salud de mis padres y yo se las contesté con la misma educación que emplearía con un simple conocido, no con la que tendría con mi exprometido. Nos despedimos y ellos dos se sentaron a la mesa donde estaban los amigos del novio.

Raff y yo nos dirigimos hacia nuestro sitio y el resto de la boda transcurrió con absoluta normalidad. Disfrutamos del convite y de la compañía. Raff era en verdad encantador y supo amenizar la velada contando historias sobre su familia, al parecer tenía unos hermanos más que peligrosos, y sobre su trabajo, una empresa especializada en gestionar derechos de autor en nuevas tecnologías (o algo así). Tenía un don innato para incluir a todo el mundo en sus conversaciones, sabía qué preguntarle a quién para que nadie se sintiese desplazado o fuera de lugar.

Llegó el momento del vals y después de que Martha y Josh abriesen el baile, el resto de los invitados los acompañamos. Yo bailé con Raff y constaté que ni él ni yo nos sentíamos atraídos el uno por el otro. A pesar de todo lo que había sucedido, yo no podía dejar de pensar en Daniel y habría dado cualquier cosa para que fuese él y no Raff quien estuviese bailando allí conmigo. Y a Raff probablemente le gustaría bailar con alguna de las otras invitadas a la boda, o incluso con Marina, mi amiga, porque era evidente que antes habían saltado chispas entre los dos.

De todos modos, era un excelente bailarín y creo que los dos lo pasamos bien intentando seguir el ritmo del foxtrot o del tango.

Llegó el momento de las despedidas y, para mi sorpresa, Tom se acercó a decirme adiós. Creo que incluso me dio un beso en la mejilla, pero confieso que había bebido un par de copas de champán y que no lo recuerdo con exactitud.

Raff me acompañó a casa y detuvo el coche justo enfrente del portal del edificio de Marina; a esas horas de la madrugada apenas había tráfico y ningún policía cerca que pudiese multarlo.

—Gracias por acompañarme, Raff —le dije sincera.

—De nada, gracias a ti por invitarme.

—Ya, bueno, estoy segura de que habrías preferido hacer cualquier otra cosa.

—Ahora no se me ocurre ninguna —contestó con una de sus sonrisas—. Tom ha parecido que se alegraba de verte —señaló.

—Sí, me he dado cuenta. ¿No te parece raro?

—No, ¿a ti sí?

—Tom me fue infiel y se aseguró de que yo lo pillase in fraganti. Lo

orquestó todo para que lo encontrase con aquella zorra y no tuviese más remedio que romper con él y anular la boda —le expliqué furiosa.

Y en ese instante comprendí que me había dolido más la mentira y la cobardía que el hecho de que me fuese infiel.

—Todos cometemos errores, Amy. Quizá Tom sencillamente se equivocó y hoy al verte se ha alegrado de verdad.

—Quizá, pero ahora ya no importa. No es el hombre adecuado para mí. Y yo no soy la mujer adecuada para él —afirmé con absoluta convicción.

—¿Y Daniel sí?

Tardé varios segundos en contestar:

—Todo sería más fácil si no lo fuese, pero me temo que sí.

—Es tarde —señaló Raff al ver probablemente que yo volvía a tener un nudo en la garganta—. Llámame si vuelves a tener una boda, o un bautizo. Con un funeral creo que ya no me atrevo —bromeó y no pude evitar darle un abrazo.

—Gracias, Raff.

Él me devolvió el abrazo.

—De nada, para eso estamos los amigos. —Se apartó y me miró a los ojos—. Uno de estos días llamaré a Marina; tu compañera de piso me ha resultado de lo más fascinante. ¿Crees que podrías hablarle bien de mí? —Me guiñó un ojo.

—No hará falta, pero lo haré. Cuídate, Raff.

—Y tú también, Amy.

Abrí la puerta y bajé del coche.

—¿Qué haces el miércoles? —me preguntó cuando yo ya estaba en la acera.

Lo pensé.

—Nada.

—Uno de mis amigos inaugura una galería de arte. Si convenzo a Marina para que me acompañe, ¿vendrás con nosotros?

—Claro —acepté gustosa.

Raff sonrió y supe que Marina no tendría la menor oportunidad de resistírsele.

El lunes llegó casi sin darme cuenta y me sorprendí a mí misma siendo capaz de funcionar como si nada. Había ido a la boda de Martha sin Daniel y lo había pasado bien. Sí, me habría gustado que él estuviese allí, pero lo había pasado bien. Y había sobrevivido a mi primer encuentro con Tom desde que anulamos la boda. No sólo eso, no sólo había sobrevivido, sino que ahora podía afirmar rotundamente que Tom ya no me importaba y que, aunque eso hablase también mal de mí, probablemente nunca me había importado demasiado.

Evidentemente, Martha no estaba porque se había ido de luna de miel, pero después de la boda me sentía mucho más cómoda con el resto de mis compañeros e incluso había algunos con los que intuía que podríamos establecer una relación de amistad.

A primera hora de la mañana, Patricia me pidió que fuese a su despacho y me entregó un par de casos menores de Martha para que los siguiera durante la ausencia de ésta. Con aquellas carpetas entre las manos me sentí como si me hubiesen nombrado juez del Tribunal Supremo y me dirigí de vuelta a mi mesa como flotando en una nube.

Llevaba un par de horas trabajando cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Amy, hay un hombre que pregunta por ti —me dijo Suzzie, la recepcionista.

—¿Un hombre? —Yo nunca recibía visitas en el bufete y todavía no tenía clientes propios.

—El señor Tom Delany.

¿Tom? ¿El mundo se había vuelto completamente loco?

Miré el reloj y vi que faltaba poco para las doce.

—Dile que en seguida salgo. Gracias, Suzzie.

¿Qué hacía Tom allí? Volví a sentir la misma confusión que el sábado, pero pensé que el mejor, el único modo de averiguar qué diablos estaba pasando era hablando con él. Pero no en el bufete, no quería convertir mi lugar de trabajo en un circo, no con lo que me había costado descubrir lo mucho que me gustaba ejercer de abogada en Mercer & Bond.

Apagué el ordenador y guardé mis cosas antes de ponerme en pie. Fui al baño un segundo para retocarme y cuando salí de nuevo al pasillo me encontré, evidentemente, con Daniel.

—Ah, Amelia, te estaba buscando.

—¿Ah, sí? —Enarqué una ceja.

—Sí, Patricia me ha dicho que te ha pasado los casos de Martha. ¿Crees que podrías llevar otro?

—Claro —contesté.

Eran muy pocas las ocasiones en que Daniel me hablaba sólo como mi jefe y me pareció raro.

—Perfecto. Entonces podríamos ir a almorzar y aprovecho para ponerte al día.

¿A almorzar? ¿Con él? ¿Con quien había jurado que nunca saldría conmigo? A no ser que estuviese relacionado con el trabajo, recordé. Y entonces lo miré a los ojos y también recordé que no me había acompañado a la boda y que ahora se estaba comportando como si nada.

—No puedo, ya tengo el almuerzo comprometido.

—¿Con quién? Martha está de viaje de novios.

Podría haberle dicho que no era asunto suyo, pero confieso que una parte de mí se moría de ganas de decirle con quién me iba.

Y se lo dije:

—Con Tom. Me está esperando en el vestíbulo.

Un destello brilló en sus ojos y yo lo vi justo antes de que él pudiese evitarlo, pero después se quedaron fijos en mi rostro. ¿Estaba celoso? No tenía derecho a estarlo. Era él quien había puesto todas esas condiciones.

—Dejaré la carpeta del expediente en tu mesa. Si tienes cualquier duda, házsela llegar a Stephanie o a mí directamente. No es un caso difícil, pero no tenemos tiempo que perder.

—De acuerdo, me pondré a ello en cuanto vuelva.

¡Qué ilusa había sido! Daniel no estaba celoso, sencillamente molesto por lo de ese caso.

—Perfecto.

Se alejó de mí sin ni siquiera despedirse.

Tom me estaba esperando en recepción y en cuanto me vio me sonrió. Y la verdad es que yo le devolví la sonrisa. Iba vestido tal como lo recordaba, con unos vaqueros de lo más corrientes y un jersey azul marino.

Entre otras cosas, el sábado me había descolocado un poco verlo tan elegante con su esmoquin.

—Hola, Amy. Lamento haberme presentado así, sin avisar —se disculpó, tras darme un beso en la mejilla.

—No te preocupes, es mi hora del almuerzo e iba a salir de todos modos —contesté yo algo confusa por su comportamiento.

—¿Te importa que te acompañe?

—No, por supuesto que no.

Bajamos en el ascensor y, como había más gente, los dos pudimos fingir durante un rato más que no sucedía nada raro entre nosotros.

—En esa esquina hay una cafetería —propuse.

—Lo que a ti te apetezca me parecerá bien —dijo él, sin ocultar ya lo incómodo que se sentía.

Llegamos a la cafetería y nos sentamos a la primera mesa que encontramos libre.

—Supongo que te preguntarás por qué he venido —soltó Tom, tras beber un poco de agua.

—Sí, la verdad es que sí.

—Me sorprendió mucho verte el sábado. Estabas muy guapa, parecías otra persona. —Abrí la boca para defenderme de lo que me había parecido un insulto pero él me detuvo—: No, no, lo siento. Me he expresado mal. Tú

siempre estás guapa, lo que quería decir es que sencillamente parecías, pareces, otra persona.

Me quedé pensándolo unos segundos, porque, para ser sincera, la frase de Tom tenía todo el sentido del mundo. Era otra persona.

—¿Por qué te llevaste a aquella mujer a casa? —le pregunté de sopetón.

Él sabía perfectamente a quién me refería.

Se pasó una mano por el pelo e inspiró hondo. Pensé que no me contestaría, o que buscaría alguna excusa, pero cuando me miró a los ojos supe que quizá por primera vez desde que lo conocía iba a ser completamente sincero conmigo.

—No quería casarme contigo, pero tampoco tenía ningún motivo para romper y pensé que si me encontrabas con otra, no tendrías más remedio que dejarme.

—Deberías habérmelo dicho.

—Lo sé y aunque a estas alturas no sirva de nada, en cuanto te vi la cara supe que me había equivocado.

—Tienes razón, ya no sirve de nada. ¿Y Barbara?

—A ella la conocí hace poco y la verdad es que me gusta. Y tú y Raff, ¿hace mucho tiempo que salís juntos?

—Me gusta —copié su respuesta, aunque, probablemente, mi «gustar» era distinto del suyo.

—Tú también me gustas —dijo él entonces.

—¿Disculpa? —Seguro que no lo había oído bien.

—He dicho que me gustas. Me gustaría volver a intentarlo.

—Te has vuelto loco —afirmé, atragantándome con el agua.

—No, escúchame un segundo, por favor —me pidió, pasándome una servilleta.

No sé por qué, pero decidí quedarme y escucharlo. Bueno, sí sé por qué, porque quería mandarlo a paseo.

—Está bien.

—Tú y yo hemos pasado por muchas cosas juntos. Nos precipitamos con lo de la boda...

—Tú te me declaraste —le recordé yo, interrumpiéndolo.

—Y tú aceptaste —replicó—. Habría sido un error, pero ahora tú estás

aquí y yo también he decidido mudarme a Londres. ¿Y?

—Podríamos salir, ver cómo se nos da esta vez. ¿No crees que vale la pena?

—No —respondí rotunda, antes de ponerme en pie—. Me fuiste infiel, Tom. Quizá en tu mente lo hayas justificado, pero a mí sigue pareciéndome una traición y un acto de pura cobardía. Y no quiero tener nada que ver con un hombre que no es capaz de tomar una decisión y de llevarla a cabo por sí mismo.

—Comprendo que estés enfadada. Si necesitas tiempo...

—No necesito tiempo. Mira, si nos encontramos por la calle, te saludaré y si volvemos a coincidir en un sitio te preguntaré por tus padres y tú por los míos, pero nada más. Me voy, tengo que volver al trabajo.

—Te llamaré dentro de unos días —insistió él.

—No, Tom. No me llames y ni se te ocurra venir a verme. Adiós.

Salí de la cafetería con una sonrisa de oreja a oreja. Por fin podía clausurar esa parte de mi vida y no volver la vista atrás.

Saludé a Peter al entrar en el edificio y él se dio cuenta de mi buen humor, porque se quitó la gorra del uniforme para devolverme el saludo. Recorrí el pasillo de Mercer & Bond rumbo a mi mesa y vi que Daniel efectivamente me había dejado la carpeta del caso allí encima. Me senté y la abrí.

Había una nota.

*Mi apartamento. A las nueve.*

*D.*

La leí tres veces para asegurarme de que mi mente no me estaba jugando una mala pasada y había empezado a imaginarse cosas. No, podía sentir el papel arrugándose en mi mano, la nota era de verdad.

¿Qué iba a hacer? El sábado había decidido no volver a acostarme con Daniel, pero él, a su vez, al parecer había decidido fingir que nuestra última discusión no había tenido lugar y que todo seguía igual.

Daniel quería continuar como si nada. Tom quería volver a salir conmigo. Y yo... ¿yo qué quería?

Yo quería sentir lo que sentía cuando estaba con Daniel. Esa increíble sensación de poder que me embargaba cuando notaba que él temblaba al tocarme. Ese deseo que corría a toda velocidad por mis venas cuando me vendaba los ojos. Esa felicidad que sentía cuando me besaba y me abrazaba casi sin darse cuenta.

Iría a su apartamento, lo sabía con la misma certeza que sabía que jamás volvería a ver a Tom. Iría a su apartamento y dejaría que me hiciese volver a sentir todas esas cosas, con la esperanza, o al menos eso fue lo que me dije, de que Daniel comprendiese que conmigo podía ser él mismo y de que terminase contándome la verdad.

Iría a casa de Daniel porque después de esa noche podría volver a hacerle una pregunta. Y sabía exactamente cuál era.

Salí del bufete muy puntual y fui a casa a cambiarme y a coger la cinta de seda negra. Me puse un vestido y me dejé el pelo suelto. Cuando Marina me preguntó adónde iba, le mentí.

—Con unos compañeros del trabajo.

—¿Ah, sí? —Me miró incrédula.

—Sí, coincidimos en la boda de Martha y nos conocimos un poco más.

—Ah, bueno. —Aceptó mi explicación, pero sé que no terminó de creérsela—. Me ha llamado Rafferty.

—Me dijo que lo haría —dije yo, al ver que Marina se sonrojaba.

Pensé burlarme de ella, al fin y al cabo, Marina siempre se las daba de mujer independiente, pero no lo hice porque sentí envidia. Raff y ella estaban empezando lo que podía llegar a convertirse en una relación y yo le estaba mintiendo a mi mejor amiga para ir a acostarme con un hombre que ni siquiera me dejaba verlo mientras lo hacíamos.

Quizá debería quedarme en casa. Me llevé la mano a la muñeca y supe que estaba engañándome a mí misma; a pesar de mi conciencia, iba a ir a ver a Daniel.

—Quiere que el miércoles lo acompañe a una galería de arte. Me ha dicho que tú también vendrías.

—¿Y tú quieres ir?

—No lo sé. Raff me pone nerviosa. Cuando estoy cerca de él, me cuesta pensar y me siento como una idiota.

—Sé lo que es. No con Raff —añadí en seguida, al ver cómo me miraba.

—¿Con Daniel?

—Sí.

—¿Has vuelto a verlo? ¿Te ha dicho algo sobre la boda?

—Le he visto hoy en el trabajo y no, no me ha dicho nada de la boda.

—Será mejor que te olvides de él, Amy —me aconsejó, mirándome a los ojos.

—Tiempo al tiempo —contesté yo, incapaz de volver a mentirle, y Marina sin duda supo que le estaba ocultando algo.

—Le diré a Raff que iremos con él a la galería de arte. ¿Vendrás con nosotros seguro? ¿No tendrás otra cena misteriosa?

Eso de vivir con una persona que te conoce desde hace tantos años tiene sus ventajas y sus desventajas, como por ejemplo que no consigues engañarla.

—No, no tendré otra cena misteriosa.

—Genial, pues que vaya muy bien con tus «amigos» —me deseó y salió de mi dormitorio, donde habíamos estado hablando.

—Gracias —respondí tras tragar saliva.

Cogí el bolso y el abrigo y bajé a la calle. Y confieso que se me encogió el estómago cuando no vi el coche de Daniel esperándome abajo. Bueno, eso era lo que yo quería, ¿no?

Paré un taxi y le di la dirección y, durante el trayecto, intenté analizar si de verdad me molestaba tanto que Daniel quisiese controlar ciertos aspectos de mi vida, como, por ejemplo, mis medios de transporte. En el fondo, para él sencillamente se trataba de una cuestión práctica; no le gustaba perder el tiempo cogiendo taxis y tenía dinero de sobra para permitirse tener chófer.

No, no, yo era perfectamente capaz de ir en taxi, en autobús, en metro o a pie. Sí, pero para Daniel mandarme uno de sus coches tenía la misma importancia que había tenido para Tom recoger una de mis camisas en la tintorería, es decir, ninguna. Era sencillamente un detalle destinado a hacerme la vida un poquito más fácil y agradable.

¿Y eso me molestaba tanto? Quizá debería dejar de pensar en los

convencionalismos y ser sincera conmigo misma. Me gustaba lo que me hacía Daniel, me gustaba estar con él y quería seguir estándolo.

Y él quería estar conmigo.

Así que por el momento tendría que bastarme con eso.

El taxi se detuvo justo en el mismo instante en que yo llegaba a la conclusión de que no iba a romper con Daniel y le sonreí al conductor de oreja a oreja. El hombre me devolvió la sonrisa, aunque probablemente pensó que estaba loca, y me deseó buenas noches.

Bajé del coche y me toqué la cinta de cuero de la muñeca.

Al final, ni siquiera se me había pasado por la cabeza quitármela.

—Llegas tarde.

Miré el reloj y vi que efectivamente pasaban cinco minutos de las nueve, aunque eso no justificaba que ni siquiera me hubiese dado las buenas noches.

—Sube arriba y véndate los ojos.

Si no lo hubiese mirado, probablemente me habría ido del apartamento dando un portazo. Pero lo miré y decidí arriesgarme y confiar en lo que creí ver en sus ojos: desesperación porque me quedase con él.

Subí, me senté en la cama —las piernas no dejaban de temblarme— y me vendé los ojos.

—Fuiste a la boda con Rafferty —dijo Daniel con vos: contenida.

Debió de subir poco después de mí y sonaba más enfadado de lo que me lo había parecido abajo.

—Y hoy has ido a comer con Tom.

Noté sus manos alrededor del cuello, que luego descendieron para quitarme el vestido con un único movimiento.

—Tú sabías las normas —añadió un segundo antes de quitarme los zapatos y lanzarlos al suelo—. Las sabías desde el principio.

Asentí a pesar de que no sabía si me estaba mirando.

—Sabías las normas y me pediste que fuese a la boda.

Tiró de las medias y me separó las piernas con las manos.

Estaba de rodillas delante de mí. Podía sentir su mirada fija en mi cuerpo y con cada respiración suya me excitaba más y más. Y seguro que él podía notarlo. Verlo.

—Tú no puedes cambiar las normas.

Me cogió las manos y me las colocó encima de sus hombros, una a cada lado. Yo me aferré a él.

—Pero yo sí.

Inclinó la cabeza hacia mi sexo y sopló ligeramente. Me estremecí y gemí. Él esperó unos segundos y luego volvió a inclinarse y me pasó la lengua por encima de la ropa interior. Volví a gemir y apreté tanto los dedos que le clavé las uñas. Daniel ni se inmutó; se limitó a apartarse un poco y entonces me dijo lo que quería:

—Esta noche vas a tener que pedirme lo que quieras que te haga. No voy a ponértelo fácil, Amelia. Si quieres algo, si quieres que te bese, que te toque, que te acaricie, tendrás que pedírmelo. Tú sabes lo que necesitas, así que ya va siendo hora de que lo reconozcas. Y que aprendas que yo no tengo sustituto.

¿Sustituto? ¿Daniel pensaba que Rafferty o Tom podían sustituirlo? Oh, Dios, estaba celoso y ni siquiera él lo sabía. Y aquél era su modo de expresarlo. Eso, o mi mente ya estaba buscando —otra vez— el modo de justificarlo.

—Dime, Amelia, ¿qué quieres? —me susurró entonces al oído. Se había incorporado un poco y yo, a pesar de que seguía con las manos en sus hombros, no me había dado cuenta—. ¿Quieres que te bese? —Me besó en la mandíbula—. ¿Que te muerda? —Me mordió el lóbulo de la oreja y después el cuello—. ¿Que te toque? —Deslizó una mano por mi muslo derecho hasta llegar a la cintura, luego subió despacio, me recorrió el ombligo y las costillas y se detuvo tras pellizcarme el pecho por encima del sujetador—. ¿O quieres que me vaya y te deje en paz?

Tragué saliva un par de veces. No podía pensar, todo mi cuerpo estaba al borde del abismo; me temblaban las manos, me sudaba la espalda, no sabía si lo que tenía en el estómago era un nudo o el mayor enredo del mundo. Los labios me hormigueaban a la espera de los besos que él todavía no me había dado.

—Dímelo, Amelia. Esta noche tienes que decidirlo tú. Tienes que asumir que sólo yo puedo darte lo que necesitas.

«Y tú necesitas oírmelo decir», pensé, en medio de la bruma de deseo que

me nublaba la mente.

—Quiero que me desnudes —dije, tras humedecerme los labios—. Quiero que los dos estemos desnudos.

Daniel me cogió una mano y entrelazó los dedos con los míos, luego la guió por su torso y su cintura.

—Yo ya lo estoy.

Me colocó la mano en su pene, que se movió ligeramente bajo mis dedos. Mientras yo seguía tocándolo, él me desabrochó el sujetador. Me apartó la mano para poder quitármelo y confieso que mis dedos se negaron a apartarse.

Tocar a un hombre nunca me había parecido erótico, digamos que siempre había creído que era un trámite necesario, pero tocar a Daniel era fascinante y muy, muy excitante. Su piel quemaba y temblaba, aunque, al mismo tiempo, su erección, que había estado acariciando, desprendía tanto poder como su dueño. Lo habría seguido haciendo hasta que él me hubiese pedido que parase. Se me escapó otro gemido.

—Levanta las caderas.

Su voz me puso la piel de gallina, todavía más, y en cuanto hice lo que me pedía, él me quitó las braguitas.

Y luego se detuvo.

Yo volvía a estar sentada en la cama, con él delante de mí. Lo sabía porque, aunque no lo veía, podía sentir su respiración sobre la piel. Atormentándome.

—Pídeme lo que quieres que te haga.

Volvió a cogerme la mano y pensé que volvería a llevármela a su erección. Deseé que lo hiciese, pero Daniel volvió a demostrarme que sólo él sabía lo que yo de verdad quería. O necesitaba. Con sus dedos entrelazados con los míos, colocó ambas manos encima de mi sexo.

—Pídemelo, Amelia. O me iré y tendrás que solucionarlo tú sola. —Me mordió de nuevo el cuello y luego lamió el mordisco—. No dudo de tu capacidad para masturbarte. —Me movió los dedos hacia mi clítoris y yo gemí. Un poco más. Un mordisco más. Un beso. Y llegaría al orgasmo—. Pero sabes que no es eso lo que necesitas.

¿Ah, no?

Movió un poco más la mano y bajó la cabeza para atraparme un pecho

con los labios. ¡Dios mío! Me lo recorrió con la lengua una y otra vez y no dejó de mover nuestros dedos. Pero Daniel tenía razón, nada de eso era suficiente. Estaba muy excitada, mi cuerpo y mi mente necesitaban llegar al final, pero sólo él podía llevarme hasta allí. Era tal como me había dicho la primera vez, ahora mis orgasmos, mi placer, le pertenecían y sólo él podía dármelos.

—Dime lo que de verdad deseas, Amelia. Dímelo y te lo daré.

—Yo... —balbuceé al fin.

—¿Sí?

¡Dios! Daniel me soltó el pecho y repitió la caricia en el otro. Sus caricias eran perfectas. Lentas, intensas, podía sentir lo excitada que estaba en las yemas de mis dedos, lo excitado que estaba él respirando pegado a mi torso. Y nada de eso era suficiente.

—Hazme el amor —sollocé casi desesperada.

—Oh, no —dijo, apartándose un instante—. No es eso lo que quieres —susurró, deslizándose, por fin, un dedo en mi sexo. Quise cerrar las piernas para retenerlo allí, pero Daniel me lo impedía—. Eso no es lo que quieres. Hacer el amor es una frase de seriales de televisión, Amelia. Tú no quieres que te haga el amor. —Dejó el dedo inmóvil y me mordió un pecho. Yo arqueé la espalda en busca del placer que me estaba negando—. Dime la verdad. Qué quieres.

—Quiero... —Tuve que humedecerme los labios varias veces y tragar saliva—. Quiero que me poseas. Quiero que te metas dentro de mí y no salgas nunca. Quiero que me hagas tuya.

—Buena chica.

Apartó la mano de mi sexo y yo me habría quejado, le habría suplicado incluso, si en aquel mismo instante no me hubiese cogido en brazos y me hubiese tumbado en la cama.

Me separó las piernas y él se colocó en medio, entonces, me sujetó las manos y me las llevó a sus pectorales. Estaba sudado y temblaba, y me dije que era porque estaba tan excitado como yo.

Y también que ése era su modo de decirme que sentía lo mismo que yo. Pero entonces me penetró y dejé de pensar.

—Sí, Amelia. Siente cómo tu cuerpo se niega a dejarme escapar —dijo

Daniel sin mover las caderas—. ¿Es esto lo que necesitas?

Yo gemí y apreté los dedos para indicarle que si no se movía, me volvería loca.

—No, no, tienes que pedírmelo. ¿Recuerdas?

—Muévete.

El muy bastardo movió ligeramente las caderas.

—¿Así?

Negué con la cabeza. ¿Era posible morir de placer?

—Vamos, Amelia, dime lo que quieres. Tú rompiste las normas. Dime lo que quieres.

Colocó una mano en uno de mis pechos y me lo pellizcó.

—Muévete más rápido, tócame, muérdeme, bésame, haz lo que quieras. —Eso era. Por fin lo entendí—. Haz lo que quieras, Daniel.

El gemido de placer que escapó entonces de sus labios fue el más erótico que había oído en toda mi vida y fue lo único que necesité para llegar al orgasmo.

Daniel me poseyó con la misma certeza e intensidad que las otras veces. Me besó como si me necesitase para respirar, que era como yo lo necesitaba a él; me mordió, me tocó y, con las caderas, mantuvo un ritmo frenético que consiguió volver a excitarme.

Y cuando eyaculó y dijo «¡Mía!» al llegar al orgasmo, yo también lo alcancé. Y lo abracé.

—Haz conmigo lo que quieras —le susurré a su oído.

Y él tembló.

Daniel fue el primero en reaccionar, al fin y al cabo, él estaba encima y yo seguía con los ojos vendados. Se apartó despacio y se incorporó y oí que sus pasos se alejaban de la cama en dirección a la escalera (lo supe porque el primer escalón hacía un ruido característico al pisarlo).

¿Iba a irse?

Ni hablar.

—Ya han pasado siete noches más —le dije como si nada—. Tengo derecho a otra pregunta.

Durante unos segundos no oí nada. Daniel no había dado ni un paso más, ni para acercarse ni para marcharse de allí, así que supuse que lo estaba

pensando.

—De acuerdo —se avino al fin.

Solté el aliento que estaba conteniendo y me senté en la cama. Levanté las manos para quitarme la venda, pero me topé con las de Daniel.

—Ya lo hago yo —se ofreció con voz ronca.

Tuve que parpadear un par de veces para enfocar la vista y, aunque mi corazón me pedía justo lo contrario, fingí que no había pasado nada del otro mundo entre los dos y me levanté de la cama.

—Voy al baño un segundo —le dije.

Él estaba de pie, a medio camino entre la cama y la escalera, como si todavía no estuviese seguro de si iba a quedarse.

Fui al baño y, después de asearme un poco, me puse el batín que colgaba de detrás de la puerta. A pesar de que sabía que tendría que volver a mi piso, y de que me había jurado a mí misma que no me importaba, no iba a vestirme a toda prisa.

Salí del baño y vi que él se había puesto una camiseta negra y unos calzoncillos y que me estaba esperando sentado en el suelo, justo en el primer escalón. Bueno, pensé, al menos no se había ido.

—¿Qué quieres preguntarme?

—¿De quién era el rosal de rosas rojas?

Daniel ni siquiera intentó ocultar que mi pregunta lo había pillado por sorpresa. Seguro que pensaba que le preguntaría por qué no me había acompañado a la boda o por qué era como era con relación al sexo.

No, eso quizá se lo habría preguntado antes. Antes de comprender que, si quería estar con él, debía tener paciencia. Daniel no era el único que sabía lo que necesitaba el otro.

—De mi madre. Lo tenía plantado en el jardín de nuestra casa y lo regaba cada día. La recuerdo arrodillada, con su delantal y con las tijeras de podar en una mano. Yo la ayudaba y supongo que al final terminé por aprender algo.

—¿Es el mismo rosal?

—No exactamente, cuando vendí la casa me quedé con un brote y después lo planté en mi jardín. No quería llevarme nada entero de aquella casa.

Allí estaba, era el momento perfecto para preguntarle algo más, para

averiguar parte de lo que le había sucedido de pequeño. Pero no lo hice. No le pregunté nada más. Daniel se habría dado cuenta de que lo estaba interrogando y la próxima vez que quisiera preguntarle algo se cerraría en banda.

—Son unas rosas preciosas. Todavía tengo la que me regalaste el día del baile; la colgué boca abajo para que se secase —le expliqué, mientras recogía mi ropa y mis zapatos del suelo. Él siguió mis movimientos sin decir nada y, cuando lo tuve todo, fui yo la que volvió a hablar—: Me voy a vestir, no hace falta que me esperes, ya cerraré al salir. Buenas noches, Daniel.

Quería besarlo, abrazarlo, tumbarlo allí mismo en el suelo y hacerle el amor tal como él me lo había hecho a mí, pero obligué a mis pies a ir en dirección contraria.

—Buenas noches, Amelia.

Oí que se levantaba y que bajaba la escalera. Y no negaré que me habría gustado que fuese detrás de mí, me cogiese en brazos y me pidiese que me quedase, pero al menos esa vez había sido yo la que había decidido irse antes de que él me dejase sola en la cama.

Vestida y decidida a no derrumbarme, al menos hasta que no estuviese a solas, apagué la luz y bajé la escalera.

No vi a Daniel por ninguna parte, pero encima del mueble de la entrada había una rosa roja.

Me la llevé.

Después de esa noche, después de las horas que me pasé llorando ya en casa, llegué a la conclusión de que, efectivamente, era incapaz de separar el sexo del amor y me había enamorado de Daniel Bond como una idiota.

Y lo peor de todo era que mis entrañas me decían que él sentía lo mismo por mí y que, sin embargo, no iba a ceder. Daniel no iba a dejarme entrar en su pasado. Probablemente, muchas mujeres me dirían que me conformase con lo que me había dado, pero yo, aunque había intentado engañarme a mí misma al respecto, no iba a poder soportarlo.

Sí, el sexo era maravilloso, increíble, probablemente jamás volvería a encontrar un amante como él, pero si tenía que irme de su piso más veces como esa noche, como si fuese un ligue, o algo mucho peor, mi dignidad y mi orgullo no iban a poder soportarlo. Y tarde o temprano se lo haría pagar a él.

Sorbí por la nariz y me sequé las lágrimas. En eso Daniel sí había tenido razón. Lo nuestro, fuera lo que fuese, iba a terminar.

Ahora sólo tenía que superarlo y decidir si, a pesar de todo, de mi corazón roto y de mi orgullo herido, podía quedarme a trabajar en Mercer & Bond.

Y la respuesta, lamentablemente, era no.

No iba a volver a Bloxham, eso seguro. Me quedaría en Londres y buscaría otro empleo, quizá Patricia pudiese recomendarme a alguien.

Estaba agotada, física y emocionalmente, y pronto volvería a llorar o atacaría la nevera y me comería una tarrina de helado entera yo sola. Para evitarlo, me eché agua en la cara, me lavé los dientes y me metí en la cama.

Si tenía suerte, soñaría con Daniel.

Cuando me desperté la mañana siguiente, seguía decidida a decirle a Daniel que no podía seguir así. No podía seguir viéndolo sabiendo que la única de los dos que arriesgaba su corazón era yo. Sí, tenía que decírselo, pero una parte de mí se empeñaba en disculmelo. Era la misma parte que sabía que él no haría nada para impedírmelo y probablemente eso era lo que más me dolía.

El bufete no era lugar para tener aquella conversación, sin embargo, era el lugar idóneo para hablar con Patricia y empezar a cambiar mi vida. Otra vez.

Saludé a Suzzie al entrar y le pregunté si la señora Mercer ya había llegado. Al decirme ella que sí, me dirigí al despacho antes de que me fallasen las fuerzas.

—Adelante —oí que decía Patricia desde dentro, tras golpear la puerta con los nudillos.

—Buenos días, Patricia.

—Buenos días, Amy, pasa.

—Necesito hablar contigo —dije sin más preámbulos.

—¿Sucede algo?

Me señaló una de las sillas que había delante de su mesa y me invitó a sentarme.

Así lo hice y me cogí las manos para que ella no viese que me temblaban.

—Te estoy muy agradecida por haberme dado la oportunidad de trabajar aquí. He aprendido mucho, pero...

—Un momento —levantó la mano para indicarme que me detuviese—, ¿te quieres ir?

—Creo que es mejor que busque trabajo en otro bufete. Si pudieras escribirme una recomendación, te lo agradecería.

Ella se quedó unos segundos en silencio y me miró.

—¿Es por Daniel? —preguntó, con una mirada extraña, entre furiosa y ofendida.

Me sonrojé y deseé que la Tierra se me tragase. Estaba convencida de que nadie lo sabía.

—No creo que lo sepa nadie más —dijo Patricia como si me hubiese leído el pensamiento; su rostro carecía de toda expresión—, pero hace

muchos años que conozco a Daniel y nunca lo había visto así. Llevo semanas sospechándolo y ahora mismo tú acabas de confirmármelo.

—Yo no he dicho nada.

—No hace falta. Mira, si estoy equivocada y entre él y tú no hay nada, no tienes ningún motivo para abandonar un trabajo que es más que evidente que te gusta. Y si no lo estoy —añadió, antes de que yo pudiese decir nada— tampoco. Piénsalo bien, Amy.

Iba a decirle que se equivocaba, que sí tenía motivos para marcharme de Mercer & Bond, pero de repente comprendí que Patricia tenía razón. En realidad no tenía ningún motivo.

Lo único que me había llevado a aquel despacho había sido el miedo a sufrir, el miedo a que Daniel me hiciese daño y no poder soportarlo. Y ahí era donde me equivocaba; sí podía soportarlo. Por supuesto que podía, pensé convencida. Y esa convicción salió de lo más profundo de mi ser, de una parte que, irónicamente, había descubierto gracias a Daniel Bond. Yo era una mujer fuerte y podía superar cualquier cosa.

—Tienes razón —balbuceé, todavía algo incrédula.

—Por supuesto que la tengo —afirmó ella con una sonrisa enigmática—. Y ahora sal de aquí y ponte a trabajar. Martha no vuelve hasta dentro de unos días.

—Claro. —Me puse en pie y la miré—. Gracias, Patricia.

Ella asintió y yo me di media vuelta para irme. Estaba frente a la puerta cuando sus palabras me detuvieron:

—¿Amy? Ten cuidado con Daniel.

Salí de allí antes de preguntarle si la advertencia iba dirigida a mí o a él, porque sentí unos celos horribles al intuir que Patricia sabía algo de Daniel que yo desconocía.

Había impedido que abandonase el bufete, pero ¿por qué? ¿Porque era hija de su mejor amiga de la infancia? Su razonamiento había sido perfectamente lógico, pero yo seguía teniendo el presentimiento de que algo no encajaba.

Probablemente fuesen imaginaciones mías, concluí al final, y opté por centrar todos mis esfuerzos en el trabajo.

No vi a Daniel en todo el día y me fui a casa convencida de que iba a

tener un respiro y decidida a aprovecharlo para pensar, pero a las diez de la noche descubrí que estaba equivocada.

—¿Quién diablos puede ser a estas horas? —pregunté en voz alta al oír el timbre.

Marina no estaba, había salido con unos compañeros del trabajo... pero ella, lógicamente, tenía llaves de su casa.

—Soy yo, abre.

Le di al botón sin pensar. Tardé unos segundos en comprender que Daniel era un engreído y un maleducado por hablarme así. Y eso era exactamente lo que le habría dicho al verlo, de no ser porque, cuando le abrí, vi algo en sus ojos que me detuvo.

—¿Por qué le has dicho a Patricia que querías irte de Mercer & Bond? —me preguntó furioso en la puerta del piso. Era la primera vez que Daniel estaba allí y no parecía encajar—. Y sin hablar conmigo antes.

Bueno, al menos esa frase me recordó lo que había decidido la noche anterior.

—¿Por qué tendría que hablarlo contigo?

Me aparté de la puerta para que entrase, pero me crucé de brazos y no me acerqué a darle ningún beso.

—Amelia —me advirtió él.

—Amelia, ¿qué? Las normas de esto —nos señalé a los dos— están muy claras. Tú mismo las fijaste y creo que hablar contigo de mi futuro profesional no estaba incluido en ninguna de ellas.

—No seas sarcástica.

—Y tú no te hagas el ofendido y el tonto, Daniel, no te pega.

—¿Qué diablos te pasa? Ayer...

—Sí, ayer fui a tu fantástico apartamento y dejé que me follases, pero hoy no tengo ganas.

—No hables así.

Tenía los ojos tan negros que pensé que se le fundirían de un momento a otro.

—¿Por qué no? Tú hablas así, éstos son los términos que utilizas para referirte a lo nuestro. —Ahora que había empezado, no podía parar—. Tú nunca me cuentas nada. Nada. Si quiero hacerte una pregunta, tengo que

esperar siete noches. —Levanté una mano para detenerlo—. Sí, sé que accedí a esas condiciones, Daniel, pero —me falló el valor y se me llenaron los ojos de lágrimas—... pero —conseguí decir tras tragar saliva— tenías razón. Yo no soy así, no estoy hecha para estas cosas. Necesito algo más. No te pido que me propongas matrimonio, ni que renuncies a tus preferencias sexuales, pero necesito saber algo de ti. Algo que me permita creer que soy algo más que una mujer dispuesta a seguirte juego.

—Lo eres —afirmó rotundo—. Mucho más.

—¿Y cómo lo sé, Daniel?

Se quedó mirándome en silencio y lo vi tan confuso que por un segundo estuve tentada de decirle que no pasaba nada, que podíamos seguir como hasta entonces, pero me contuve. Tenía que ser fuerte. Si quería tener la más mínima posibilidad de sobrevivir, tenía que ser fuerte.

—Vete, Daniel. Tú mismo dijiste que tarde o temprano lo nuestro terminaría.

Él no se movió.

Me acerqué a la puerta y la abrí de nuevo.

—Mi hermana no murió en el accidente de coche. Se suicidó. Ella... —apretó la mandíbula y apartó la mirada un segundo—... tenía dieciséis años cuando lo hizo. Yo tenía doce.

—¡Dios mío! —Me llevé una mano al corazón.

—Yo la encontré. —Volvió a apartar la vista un momento y vi que abría y cerraba los puños—. No me obligues a contarte nada más. —Esperó un segundo antes de mirarme a los ojos—. Por favor.

Corrí a su lado y lo abracé.

—No, tranquilo.

Noté que temblaba, pero no como cuando hacíamos el amor, era un temblor distinto, uno que parecía salir de dentro de su alma. Se me desgarró el corazón y decidí que no pararía hasta descubrir cómo compensarlo por todo el daño que había sufrido. Él también me abrazó y, a medida que iban pasando los minutos, noté que iba relajándose y convirtiéndose en el Daniel de siempre.

—Cuando Patricia me ha dicho que te habías planteado irte del bufete, me he puesto furioso —empezó a decir con su tono habitual—, pero cuando he

podido pensar con claridad, me he preguntado cuál era el verdadero motivo de mi enfado.

—¿Y cuál es?

—Yo también necesito algo más, Amelia. —Se apartó un poco y me miró a los ojos—. No sé exactamente qué, ni cuánto, ni cómo. Ni si seré capaz. Pero sé que necesito averiguarlo. Contigo.

—De acuerdo.

—Le he dicho a Patricia que nos íbamos un par de días de vacaciones.

—¿Y adónde vamos?

Podría decirle que no tenía derecho a organizarme la vida, ésa sería probablemente la respuesta más profesional y más propia de una mujer independiente, pero en aquel instante no quería ser una de esas mujeres. Quería ser la mujer de Daniel.

—A Italia, a un pueblo de la Toscana. Tengo una casa allí, cerca de unos viñedos con la puesta de sol más bonita del mundo. La compré hace años y tú el otro día me dijiste que uno de los mejores recuerdos que tenías era de un par de veranos que pasaste en Italia con tu familia. Ya sé que no es verano, pero quiero llevarte allí.

—Daniel. —Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla—. Gracias.

—Prepara una bolsa, nada complicado. El avión nos está esperando en el aeropuerto.

—¿Y si te hubiese dicho que no? —le pregunté, disfrutando de aquellos instantes tan íntimos y relajados entre los dos.

—Habría insistido hasta que me dijese que sí.

Daniel condujo hasta una de las pistas privadas del aeropuerto de Heathrow, donde nos estaba esperando un jet para llevarnos a Italia. Aterrizamos al cabo de un par de horas y él se despidió del piloto mientras yo cogía la bolsa con nuestra ropa. Bajamos y me llevó hasta un todoterreno, oscuro igual que todos sus coches, y me abrió la puerta. Volvió a besarme al ponerme el cinturón.

—Espero que sólo me ayudes a mí a abrochármelo —le dije cuando se apartó.

Daniel me sonrió.

—También se lo pongo a mi abuela, pero a ella la beso de otro modo.

—¿Tu abuela sigue viva? —le pregunté sorprendida. No tenía ni idea.

—Sí, vive en Edimburgo.

—Quizá algún día... —empecé, pero en seguida me mordí la lengua.

—Me encantaría que la conocieras —admitió él, entrelazando los dedos de una mano con los míos.

¡Oh, Dios!

—Tengo que llamar a Marina para decirle dónde estoy —dije de repente, al ver el mar Mediterráneo a mi derecha bañando por la luna.

—Marina está al corriente de todo. Al salir del bufete me he encontrado con Rafferty y se lo he contado. Me tienes tan confuso que al parecer ahora cometo estupideces como ésa.

—Me alegro de que volváis a ser amigos.

—Rafferty me ha dicho que había quedado con Marina, así que deduzco que se lo ha contado. Me ha parecido muy interesado en tu compañera de piso.

—Sí, creo que ella le causó una fuerte impresión.

—Rafferty es un gran tipo, tendrías que haberte fijado en él.

—Ya me he fijado en un gran tipo —repuse—. Además, Raff es demasiado rubio.

Daniel soltó una de sus pocas carcajadas, que me hacían sentir un cosquilleo en el estómago. Nos quedamos un rato en silencio, él tenía la mirada fija en la carretera y yo en las estrellas.

—Gracias por contarme lo de tu hermana, ha significado mucho para mí —le confesé, porque ya no podía seguir reprimiéndolo.

—Creía que te perdía.

—No vas a perderme.

—Eso sí que no puedes prometérmelo. Tú sigues creyendo que soy el personaje de una novela, pero no es así.

—Pase lo que pase, no importa lo que me cuentes acerca de ti o de tu pasado, no me perderás. Tienes que creerme, Daniel.

—Estamos a punto de llegar. Mira.

Giramos por una carretera secundaria y tras unas rocas apareció la playa. Era una cala pedregosa en la que se escondía una única casa. Daniel condujo hasta la verja de hierro y la abrió con un mando a distancia que había en la

guantero del todoterreno. Aparcó en el interior de un jardín y luego bajó para abrirme la puerta y ocuparse de las bolsas.

—Quédate aquí —me dijo.

Vi que se acercaba a la casa, entraba y segundos más tarde se encendieron las luces de varias ventanas. Estaba cansada, la boda, la emoción de ver a Daniel, el vuelo hasta Italia, pero en cuanto lo vi salir de la casa sonriéndome y pasándose nervioso las manos por el pelo, pensé que podía seguir despierta tanto como fuese necesario.

—Probablemente creerás que soy un bastardo, pero llevo días deseando hacer esto y no puedo contenerme más.

Fue lo que me dijo antes de empujarme contra el coche y besarme con todas sus fuerzas. Se pegó a mí y noté que le temblaban las manos y que estaba muy excitado. Casi tanto como yo. Levanté las manos para tocarlo, pero Daniel me las cogió y las pegó al coche. Me besó y con la lengua imitó los movimientos que ambos queríamos hacer con otras partes del cuerpo. Gemí. Se me aceleró el corazón y se me derritieron las rodillas. Y pensé que moriría allí mismo si no me hacía el amor. Me cogió en brazos y me susurró:

—Sujétate a mí, cariño.

Subió los escalones de dos en dos y me llevó hasta una habitación con una cama con dosel y con preciosas vistas al mar y a la luna. Me dejó de pie frente a ella y se apartó. Lo vi acercarse a su bolsa y luego volvió a mí con la cinta negra de seda entre las manos y algo más, una especie de pequeño saco negro de raso, que dejó junto a la cama.

—¿De verdad quieres saberlo todo de mí? —me preguntó, mirándome a los ojos.

—Sí.

Respiró hondo antes de volver a hablar.

—Necesito hacer esto, Amelia. Por primera vez en mi vida quiero compartirlo todo con otra persona. Contigo. Quiero ser yo. Sin disfraces, sin mentiras, sin secretos. No sé si seré capaz de lograrlo, pero quiero intentarlo. Estoy dispuesto a todo con tal de no perderte.

—No me perderás —le repetí.

—No me prometas nada todavía.

—Está bien —accedí.

—Cierra los ojos y deja que te los vende. Te enseñaré qué es lo que quiero, lo que necesito, del único modo que soy capaz.  
Los cerré.

Daniel me tapó los ojos con la cinta de seda negra y bastó con que la tela me tocara la piel para que mi cuerpo y mi mente empezasen a derretirse de deseo. Después noté que bajaba las manos por mi torso y las detenía en los botones del vestido. Los desabrochó uno a uno, acariciándome con los nudillos la piel que iba dejando al descubierto. Cuando terminó, deslizó las mangas por mis brazos y me dejó en sujetador. Durante unos segundos que a mí me parecieron horas, no me tocó. Podía oírlo respirar, sentir el calor que desprendía su cuerpo tan cerca del mío, pero no podía verlo.

Colocó una mano en uno de mis tobillos y me sobresalté y Daniel me besó detrás de la rodilla para compensarme. Se había arrodillado entre mis piernas y me estaba quitando las botas. El sonido de la cremallera abriéndose resonó en mi mente. Me recorrió los muslos con las manos, suave y lentamente, levantando los dedos de vez en cuando para hacerme cosquillas, hasta llegar al encaje de las medias. Deslizó primero una y, en cuanto llegó al final, repitió el camino que habían trazado sus dedos con los labios. Besó todas las pecas que encontró a su paso antes de hacer lo mismo con la otra pierna.

Oí que se ponía en pie y se despojaba de los zapatos, los pantalones y el jersey. Y supe que no se había desnudado del todo, porque cuando volvió a acercarse a mí, la tela de los calzoncillos me rozó la piel.

—Eres preciosa —me susurró antes de besarme y de cogerme en brazos. Sólo recorrimos unos metros y, cuando volvió a dejarme en el suelo, noté el cochón de la cama tocándome las rodillas—. Sé que siempre te pido que no

digas nada, Amelia, pero esta vez, necesito oír tu voz. Necesito saber qué sientes. ¿De acuerdo?

Tuve que humedecerme los labios para poder contestar.

—De acuerdo.

—Voy a atarte las muñecas a la cama. Levanta los brazos, por favor.

Levanté primero el derecho. Daniel me cogió la mano y depositó un beso en mi palma. Luego me la llevó hasta el poste de la cama y yo lo rodeé con los dedos.

—Es de seda, igual que la venda de los ojos —me explicó, mientras me ataba la muñeca a la madera.

La tela era suave, pero los nudos de Daniel conseguían retenerme. Cuando terminó de hacer el último, tiró de la cinta y, al parecer satisfecho, me besó la muñeca y siguió dándome besos hasta llegar al cuello. Después repitió el proceso con el otro brazo.

Yo estaba de pie frente a la cama con Daniel a mi espalda, los ojos vendados y los brazos atados a los postes. Quizá tendría que haberme asustado, pero mi corazón sabía que él jamás me haría daño y que no abusaría de la confianza que yo le estaba demostrando.

—¿Estás bien? ¿Te duelen los brazos?

—No.

Oí que se movía y esperé ansiosa a que me contase qué quería hacerme. Lo oí caminar y respirar profundamente y luego se pegó a mi espalda y me tiró del pelo para darme un beso en los labios.

Hasta ese beso, siempre había tenido la sensación de que Daniel se contenía y en ese momento comprobé que era verdad. No me besó, me devoró con su lengua, sus dientes y sus labios. Me retuvo inmóvil con la mano que había enredado en mi pelo; no me hacía daño, me sujetaba lo justo para que yo no pudiese moverme hasta que él me lo permitiese. Y si hubiese dependido de mí, jamás me habría apartado.

Daniel me besó sin censura, sin intentar frenar la pasión y cualquier deseo oscuro que yo le despertase. Los movimientos de su lengua eran obscenamente sensuales, la fuerza de su mandíbula me impedía cerrar la mía y sus dientes parecían obsesionados con morderme el labio inferior siempre que yo me apartaba un poco.

Gemí.

Él también.

Nuestros cuerpos intentaron sincronizar sus movimientos. Mis pechos subían y bajaban, ansiosos por sentir sus manos, me quemaba la espalda justo donde el torso de él se apoyaba en mí.

Y la erección que podía sentir rozándome las nalgas...

—Tus labios me vuelven loco —me confesó con la respiración entrecortada al apartarse—. Su sabor —me lamió el labio inferior—, su forma —el superior—, cómo tiemblan cuando te beso. No soporto pensar que han temblado así por otro.

—Jamás —le dije con la voz ronca—. Nunca habían temblado por nadie hasta que te conocí.

—Dios —masculló, y aflojó los dedos que me retenían el pelo y se apartó—. ¿Confías en mí?

—Completamente, Daniel. Te quiero.

—No me basta con eso, Amelia. Mi madre me quería y no luchó por mí; y mi padre decía que quería a mi madre pero la insultaba a diario mientras se acostaba en secreto con su hermano.

—Habría dado cualquier cosa para protegerte, Daniel, pero lo único que puedo hacer es decirte que nada de eso era amor.

—Todavía no puedo contarte lo que sucedió con mi tío cuando tuve que irme a vivir con él. No puedo.

Lo sentí temblar y me apresuré a tranquilizarlo.

—No hace falta que me lo cuentes.

—¿Cómo es posible que confíes tanto en mí? ¿Cómo sabes que no te haré daño? —me preguntó, confuso de verdad y muy enfadado. ¿Consigo mismo?—. Te he vendado los ojos y te he atado las muñecas a los postes de una cama y, a pesar de todo, no tengo intención de soltarte.

—Puedes hacerme lo que quieras, confío en ti.

—Es imposible que sepas lo mucho que me afecta oírte decir eso. Se me revuelven el corazón y las entrañas y me excito tanto que tengo miedo de hacer el ridículo. No puedo ocultar lo que siento, Amelia. Necesito poseerte, saber que eres mía por dentro y por fuera.

Inclinó la cabeza y me dio un beso en la clavícula y luego otro, y otro.

—Quiero marcarte, quiero que todo el mundo sepa que eres mía.

Me mordió y succionó hasta que me dejó una marca en el cuello. Yo me estremecí sólo con imaginarme sus dientes en mi piel. Se apartó y me retiró el pelo de la espalda para besarme la columna. No se dejó ningún trozo y mientras, con las manos fue acariciándome los pechos. Poco a poco fue arrodillándose y me besó la parte trasera de los muslos, de las rodillas y de las piernas.

Y con las manos me acarició suavemente por encima de las braguitas. Nunca me había sentido tan deseada, tan adorada.

Cuando terminó de besarme el tobillo del pie izquierdo, yo apenas recordaba cómo respirar y mis labios se morían de sed por sus besos. Oí el ruido del colchón y deduje que Daniel se había puesto de rodillas en él para quedar delante de mí.

—Tengo un látigo, lo encargué para ti. Para nosotros. Con la misma cinta de cuero que colgaba de la llave. —Me acarició la muñeca y me estremecí—. El cuero es muy suave y no te cortará la piel, pero sí lo notarás.

Justo entonces, noté las cintas de cuero de las que me hablaba deslizándose por entre mis pechos.

—¿Lo ves?

—Es muy suave —balbuceé, porque a mi mente le estaba costando procesar lo que estaba sucediendo.

—Necesito hacer esto, Amelia. Necesito saber que confías en mí, que puedo darte placer enfrentándome a mis más oscuros deseos. Necesito saber que no soy un monstruo.

—No lo eres.

—Quiero pegarte con un látigo.

—No eres un monstruo...

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando Daniel me cogió por la nuca y me dio un beso tan intenso como el primero. Los dos estábamos temblando. Supe que esa noche nos cambiaría para siempre y deseé con todas mis fuerzas que siguiésemos juntos cuando saliese el sol.

Daniel me soltó y bajó de la cama. Esperé impaciente, nerviosa.

—Me duele mirarte y eso me asusta —dijo entre dientes y oí el cuero en el aire un instante antes de que me golpease la espalda. No me dolió, pero sí

noté un escozor y me tensé—. Hace años, juré que nunca más estaría asustado. —Otra cinta me golpeó a escasos centímetros de la primera. Me dolió, pero cuando pensé que estaba entregándome a Daniel, que estaba haciendo aquello porque él lo necesitaba, me estremecí y gemí—. Quiero meterte dentro de mí —otro movimiento de aire y el látigo me rozó la cintura y la cadera—, quizá así no me abandones. Tu piel... —Se le quebró la voz y oí que algo caía al suelo.

Iba a contestarle, pero él empezó a recorrerme las marcas del látigo con sus labios y noté que algo me mojaba la espalda. ¿Daniel estaba llorando? Me besó con desesperación las marcas que yo todavía no había visto, pero que empezaba a sentir. Él parecía no tener bastantes manos ni bastantes bocas como para darme todos los besos que quería.

—Tienes mis marcas en la piel. Eres mía.

—Soy tuya.

—Mía.

Me mordió la nalga derecha y tiró de las braguitas hasta romperlas. Me penetró con un único movimiento y los dos nos quedamos sin aliento al comprobar lo excitados que estábamos.

—Dilo otra vez —me ordenó junto al oído.

—Soy tuya.

Me mordió el lóbulo y empezó a mover las caderas.

—No, no te muevas —me indicó y colocó una mano en mi ombligo para empezar a bajarla hacia mi sexo. La otra la enredó en mi pelo y me echó la cabeza hacia atrás—. No voy a dejar de besarte.

Asentí, a pesar de que Daniel no me había pedido que lo hiciera, y noté sus labios sobre los míos. Al principio se movían con languidez, pero poco a poco su lengua fue imitando la cadencia de sus caderas.

Sentía su torso pegado a mi espalda, su sudor me escocía ligeramente en las heridas que me había causado el látigo y me excité al imaginar mi espalda con esas marcas. La prueba del amor que sentía por Daniel.

La erección de él no dejaba de vibrar y de crecer en mi interior, su lengua iba a arrebatarme la poca cordura que me quedaba y cada vez que ambos estábamos a punto de alcanzar el orgasmo, se paraba. Y luego volvía a empezar.

—Quiero que te corras, Amelia. Estás muy excitada y no podrás aguantar más y yo todavía no estoy listo para terminar. —Me lamió el cuello y yo gemí—. Quiero que te corras una vez, ¿crees que podrás hacerlo, cariño?

—Sí —sollocé.

Me besó en la frente y luego volvió a besarme en los labios y movió ligeramente la mano que descansaba encima de mi clítoris. Alcancé el orgasmo y noté que mi sexo se apretaba alrededor de su erección. Él tembló y me mordió el labio inferior.

—No seas mala, Amelia. Yo todavía no estoy listo.

Intenté respirar, pero los temblores seguían recorriéndome el cuerpo y él no dejaba de mover el pulgar sobre mi clítoris, ni de besarme, ni de mover las caderas...

—Tranquila, cariño. Ya está, lo has hecho muy bien. Deja que siga haciéndote el amor, eso es. —Me acarició la cintura y mi cuerpo empezó a moverse al ritmo del suyo—. Deja que yo me encargue de todo.

Volvió a llevarme a lo más alto del placer, no hubo ni una parte de mi cuerpo que no tocara o besara. Me lamió la espalda y me la llenó de besos, salió de dentro de mí durante unos minutos para besarme las nalgas y los muslos, y luego volvió a penetrarme y a empezar de nuevo.

Me pidió que tuviese otro orgasmo y mi cuerpo obedeció al reconocer que estaba entregado a aquel hombre para siempre.

Me pellizcó los pechos y las nalgas, hizo realidad las fantasías que yo no sabía que tenía. Me dio cachetes en las nalgas y me mordió y lamió hasta que creí que siempre había tenido el olor de Daniel impregnándome la piel. Yo no podía más, mis huesos se habían derretido tantas veces que apenas recordaban su forma.

Y lo único que me mantenía en pie eran las cintas que me ataban a la cama.

—Una última vez, Amelia.

—No puedo, Daniel —confesé, a pesar de que notaba que volvía a excitarme.

—Una última vez, cariño. Hazlo por mí, porque te lo pido yo. Necesito oír una vez que me perteneces.

—De acuerdo, Daniel.

Me echó la cabeza hacia atrás y me dio otro beso, esta vez más dulce y tierno.

—Ahora saldré de dentro de ti y me colocaré de rodillas en la cama; esta vez quiero abrazarte. Lo haremos despacio, no quiero hacerte daño.

No dije nada, su voz me tenía hipnotizada y mi cuerpo sencillamente esperaba ansioso cualquier caricia que proviniese de él.

—Vamos, cariño, una última vez —me insistió, al colocarse en la cama.

Me penetró y abrazó al mismo tiempo y empezó a besarme igual que antes.

Yo me entregué, me rendí por completo a sus labios y él se estremeció y arqueó la espalda hacia atrás gritando mi nombre.

Me mantuvo abrazada durante todo el orgasmo y mientras eyaculaba dentro de mí, haciendo imposible que otro hombre pudiese ocupar algún día su lugar. Yo también me estremecí.

Pasados varios minutos, Daniel se apartó y se bajó de la cama. Noté que aflojaba las cintas de los brazos y que me los soltaba y, como siempre, me los masajeó. Luego me quitó la venda de los ojos y me dio un beso lleno de ternura en la boca. Yo casi no podía moverme y dejé que me tumbase en la cama y me tapase.

Cerré los ojos, convencida de que se acostaría a mi lado y me abrazaría, pero cuando volví a abrirlos, horas más tarde, comprobé que había dormido sola.

Y algo se rompió dentro de mi alma.

El sol entraba por la ventana. Estiré los brazos y vi las marcas en mis muñecas.

—Dios mío.

Me incorporé y sentí dolor en las piernas y la espalda. Vi un batín de seda encima de la cama, me lo puse y fui en busca de un baño.

Acerté con la primera puerta a la derecha y entré. Me miré en el espejo y no me reconocí; tenía ojeras, los labios cortados y un impresionante chupetón en el cuello. Me quité el batín y vi que tenía las marcas de los dedos de Daniel por todo el cuerpo y, cuando segundos más tarde, me atreví a darme la vuelta para mirarme la espalda, descubrí las marcas del látigo.

Aquella no era yo.

Era imposible que lo fuese.

Yo no había dejado que Daniel me hiciese esas cosas. Era imposible que hubiese sentido placer, pero mis propios recuerdos me traicionaron y me convirtieron en mentirosa.

¿Qué significaba eso? ¿Acaso lo de Tom me había afectado tanto que ahora necesitaba que un hombre me mordiese para sentir placer? Dios mío, no podía pensar. Le había dicho a Daniel que le quería, pero él no me había dicho nada. Oh, sí, había dicho que no creía en el amor y que lo único que deseaba era que yo le perteneciese.

¿Cómo? ¿Qué diablos significaba eso?

Iba a tener un ataque de nervios. La noche anterior el placer me había nublado la mente, pero ahora las dudas me carcomían y me hacían dudar de la belleza de lo que Daniel y yo habíamos compartido.

Y él no se había quedado a dormir conmigo.

Me vestí y fui a su encuentro. Bajé al piso inferior de aquella casa de la que no había visto nada y lo encontré en la cocina, preparando el desayuno.

—Buenos días —me saludó.

—Quiero volver a casa.

A él le tembló la taza que sujetaba en la mano.

—¿Ahora?

—Lo antes posible.

—¿Te encuentras bien, te hice daño? —me preguntó preocupado, dando un paso hacia mí.

Levanté una mano para detenerlo y él comprendió el gesto.

—Quiero irme a casa —repetí.

Daniel me miró a los ojos y yo vi en los suyos que le dolía mi reacción, pero me sentí incapaz de hacer nada para consolarlo. Yo le había entregado mi confianza y él, retales de su pasado.

Y el sexo... ni siquiera me atrevía a pensar en eso. Era demasiado.

—Comprendo —dijo y en ese preciso instante le cambió el semblante—. Llamaré al aeropuerto para que organicen el vuelo.

—Gracias.

—Puedes ir a preparar el equipaje, no tardaremos en salir.

—Gracias —volví a decirle.

—De nada.

Apagó la cafetera y se lavó las manos con movimientos mecánicos.

—Sólo necesito tiempo, Daniel —reconocí al fin, porque no soportaba verlo de aquella manera.

—Está bien —accedió él—. Creo que yo me quedaré aquí unos días. El avión te llevará a casa y en el aeropuerto tendrás un coche esperándote.

—¿Cuántos días?

—Dos, tres a lo sumo.

—¿Podemos vernos cuando vuelvas?

—Si tantas ganas tienes de verme, ¿por qué te marchas ahora? —me atacó—. Lo siento, no tendría que haber dicho eso.

—No, tienes razón. Estoy confusa y contigo cerca no puedo pensar. Y ahora necesito pensar.

—De acuerdo.

—Iré a preparar el equipaje —le informé.

Era una excusa para irme de allí. Si seguía mirándolo terminaría cediendo y quedándome y eso no nos haría bien a ninguno de los dos.

—Te llamaré cuando llegue y, si quieres, podemos vernos en mi apartamento.

—Allí estaré.

Daniel llamó tres días más tarde y me dijo que quería verme y que me había echado de menos y esas dos frases hicieron que me diese un vuelco el corazón.

La despedida en Italia había sido muy fría y tenía miedo de haber cometido el mayor error de mi vida y de que él hubiese decidido no volver a verme nunca más.

Aquella mañana, lo organizó todo para que el mismo avión que nos había llevado a Italia me llevase de regreso a Londres. Me acompañó al aeropuerto y no se fue hasta que estuve sentada en el avión y lista para despegar, pero en ningún momento intentó convencerme de que me quedase. Ni siquiera me dio un beso antes de irse. Yo me dije que Daniel sencillamente estaba respetando mis deseos y que no tenía derecho a enfadarme con él.

En realidad, no tenía derecho a enfadarme por nada; él me había advertido una y otra vez acerca de sí mismo y me había dado la oportunidad de irme en cualquier momento. Lo único que tendría que haber hecho yo era decir que no.

Me pasé el vuelo de regreso mirándome las marcas de las muñecas, apenas perceptibles ya a esas horas. Las cintas con las que Daniel me había atado a la cama eran de seda, así que apenas me habían rozado la piel ni dejado ningún corte, pero yo podía sentirlos con absoluta claridad. Y, si era sincera conmigo misma, tenía que reconocer que me excitaba al recordarlo. Bastaba con que me imaginase atada a aquella cama con los ojos vendados, para que se me pusiese la piel de gallina y sintiese la necesidad de

humedecerme los labios.

¿Por qué?

Desde pequeña soñaba con encontrar al amor de mi vida; un hombre que se enamoraría perdidamente de mí y me trataría como una princesa. Nos casaríamos y tendríamos un niño y una niña. Y viviríamos felices para siempre. Como en un cuento de hadas. Pero en los cuentos, el príncipe no ata a la princesa y la lleva al orgasmo dándole órdenes.

Daniel no encajaba ni remotamente en el papel de príncipe, quizá en el de dragón, pero nunca en el de príncipe. Y a mí me estaba costando asumir que mi cuento de hadas no iba a hacerse realidad.

Lo que me había hecho me había gustado, me había gustado mucho. ¿Lo bastante como para seguir haciéndolo toda la vida? Sí, sin duda. ¿Podía pasarme toda la vida poniéndome en manos de Daniel? Sí, pero después de dejarlo plantado de esa manera, él probablemente no me quisiera.

Daniel me había enseñado lo que de verdad necesitaba, había empezado a contarme lo de sus padres y me había dicho que algún día me hablaría de su tío y de lo que le había sucedido mientras vivía con él. Y yo lo había dejado en la estacada porque había visto unas marcas en mi cuerpo que no encajaban con un estúpido cuento infantil. Unas marcas que él me había hecho mientras me hacía el amor y yo sentía un placer inimaginable.

Comprendí la magnitud de lo que había hecho justo cuando el avión aterrizaba en Londres y no tuve más remedio que reprimir las lágrimas. Fui lo bastante fuerte como para mantener la compostura frente a Frederick, chófer de Daniel, aunque derramé una lágrima cuando el hombre me pasó un vaso de té recién hecho tal como a mí me gustaba y me dijo que era de parte del señor Bond.

Incluso estando dolido y enfadado conmigo, Daniel quería cuidarme.

Cogí el móvil para llamarlo, pero me dije que no podía hacerlo. Le había dicho que necesitaba estar sola para pensar y si ahora lo llamaba, él jamás me respetaría. Opté por mandarle un mensaje:

«He llegado a Londres. Frederick ha venido a buscarme. Muchas gracias por el té. Tuya, A.»

Dejé la mirada fija en la pantalla, convencida de que él no tardaría en contestar, pero pasaron los minutos y no llegó ningún mensaje. Quizá no

había visto el mío, o quizá no le había importado. O quizá... Vibró el móvil.  
«De nada».

Llegamos al piso y Frederick insistió en acompañarme arriba. Le di las gracias y acepté, porque sabía que sería inútil discutir con él, el hombre era tan terco como su jefe. Se despidió de mí y entré y entonces las lágrimas rodaron por mis mejillas sin ningún pudor.

Me senté en el sofá y lloré desconsolada, echando de menos a Daniel y furiosa conmigo misma por tener tanto miedo a la pasión que él me había hecho sentir. Sí, Daniel no encajaba en el molde del hombre ideal que yo me había imaginado desde pequeña, pero ese hombre era el sueño de una niña y yo ahora era una mujer.

Me sequé las lágrimas y fui a mi dormitorio para desnudarme y ducharme, pero antes guardé en el armario todas las prendas que Daniel me había comprado para aquella escapada. Volví a comprobar lo mucho que se preocupaba por mí. Más serena que cuando había llegado, me duché y me vestí con ropa cómoda para quedarme en casa.

Le mandé un mensaje a Marina para decirle que había vuelto a Londres y ella me contestó de inmediato preguntándome por qué. No quería decirle a mi mejor amiga que me había comportado como una niña pequeña y que quizá había perdido al hombre de mi vida, así que contesté que había surgido algo en el trabajo y que Daniel y yo habíamos cambiado de planes.

Marina me llamó de inmediato.

—¿Estás bien?

—Por supuesto, ya te he dicho que no pasa nada. Daniel volverá dentro de un par de días —le comuniqué.

—¿Y tú no podías quedarte con él?

—No, lo veré cuando vuelva —afirmé, rezando para que así fuese.

—Yo no estoy en casa —dijo Marina tras unos segundos en los que seguro que intentó discernir si le estaba ocultando algo.

—Ya lo veo —bromeé, en un intento de aligerar el tono de la conversación.

—Como se suponía que ibas a estar unos días fuera, decidí aprovechar e

ir a visitar a mis tías.

—¿Estás en Italia?

No me lo podía creer.

—Sí, ha sido un viaje algo improvisado. Tengo muchos días de vacaciones acumulados y pensé que me iría bien ver a mis tías, pero si me necesitas puedo volver mañana.

—No, no hace falta. Disfruta de tus vacaciones. ¿Cuándo volverás?

Oí unas voces de fondo y una era claramente masculina.

—El próximo sábado. —Hizo una pausa—. ¿Seguro que estás bien?

—Perfectamente. Dale recuerdos a tus tías de mi parte y pásalo muy bien.

—Gracias, Amy, lo intentaré y tú procura no pensar demasiado, ¿vale? Y llámame si te sucede algo o si sencillamente quieres hablar un rato.

—Claro, no te preocupes.

—*Ciao.*

Sin Marina en el piso me quedé sola con mis dudas y mis recuerdos de las noches que había pasado con Daniel. Y cuando tres días más tarde él me llamó para decirme que volvía a casa y que quería verme, noté que por fin volvía a encajar dentro de mi piel.

Me puse uno de los vestidos que él me había comprado y fui a su apartamento media hora antes de la que me había dicho. Quería darle una sorpresa, pero me la dio Daniel a mí, porque, cuando llegué, el portero de su edificio me anunció que el señor Bond me estaba esperando.

Entré en el ascensor y el trayecto se me hizo eterno. Ya podía sentir sus labios en mi piel, sus manos recorriéndome todo el cuerpo, su voz susurrándome al oído. ¿Me besaría en cuanto me viese?

Yo no podría contenerme.

El ascensor se detuvo y casi abrí yo misma las puertas de acero de lo impaciente que estaba. Llevaba la llave en la mano, pero temblaba tanto que no conseguía acertar en la cerradura. De repente, Daniel abrió la puerta y los dos nos quedamos mirándonos.

Él no se había afeitado y, a juzgar por el agua que le resbalaba por el cuello y por el pelo mojado, acababa de ducharse. Llevaba los vaqueros sin

abrochar y una camiseta blanca también mojada parcialmente.

—Hola —farfullé al comprender que lo había sacado de la ducha.

—Hola —me respondió él y vi que apretaba la hoja de la puerta—, me ha parecido oírte.

Volvimos a mirarnos y Daniel reaccionó por los dos. Me cogió de la mano y tiró de mí hasta meterme dentro del lujoso apartamento. Cerró la puerta con la otra mano y me besó. Me bastó con sentir su lengua dentro de mi boca y con oler de nuevo su piel para que mi corazón volviese a latir como debía.

Lo aparté y dije lo que llevaba dos días esperando decirle:

—Lo siento, Daniel. Perdóname, no tendría que haberme ido de esa manera.

Me había imaginado que, después de oír esa frase, él me cogería en brazos y me haría el amor con el abandono de siempre, o que como mínimo me besaría como hacía cuando estaba desesperado por estar cerca de mí, pero no hizo nada de eso. Me miró a los ojos y dio un paso atrás y luego otro y entonces tomó aire y habló:

—Tenemos que hablar, Amelia.

Se me encogió el estómago.

—Siento mucho haberme ido, Daniel —repetí, siguiéndolo hasta el sofá del salón en el que habíamos cenado semanas atrás—, pero cuando me desperté y vi que no habíamos dormido juntos me quedé muy confusa y luego vi las marcas de tus dedos y las del látigo y...

—No es eso, Amelia. Aunque reconozco que me dolió mucho que quisieras irte, en cuanto dejé de pensar en mi orgullo herido y empecé a pensar en ti, comprendí por qué lo habías hecho. —Me miró a los ojos y añadió—: Sí dormimos juntos, tú te quedaste dormida mientras yo cerraba la casa; cuando entramos tenía la cabeza ocupada en otras cosas y no lo había hecho. Cuando terminé, me acosté a tu lado. Yo no dormí, eso lo reconozco, me pasé todas esas horas pensando y cuando amaneció fui a la cocina.

—Lo siento, Daniel. Fue una noche maravillosa y lamento haberme asustado y no haber acudido a ti con mis dudas. Pero ahora estoy aquí.

—Fue una noche maravillosa —reconoció él tras tragar saliva. ¿Estaba nervioso?—. Te entregaste a mí de un modo que yo nunca me habría atrevido

a soñar. Confiaste en mí a ciegas y pusiste tu cuerpo, tu placer, incluso tu propio ser en mis manos. Jamás me había sentido tan honrado y tan amado, Amelia.

—Ni yo tampoco.

—Cuando te vi allí, dispuesta a aceptar todo lo que yo quisiera hacerte... pensé que me moriría. Podría haber pasado la eternidad en ese dormitorio, besándote, tocándote, haciéndote el amor. Pero a pesar del intenso placer que me hiciste sentir, de la felicidad que casi rocé con los dedos al saber que eras mía, no me basta con eso, Amelia.

No podía respirar, me estaba ahogando.

—¿No? —conseguí preguntarle.

—No.

Si Daniel me decía que necesitaba estar con otras mujeres me moriría allí mismo. O si me decía que quería que yo estuviera con otros hombres. Era imposible que yo hubiese malinterpretado lo que ambos sentimos, ¿no?

—¿Qué... qué necesitas?

—Necesito que tú me lo hagas a mí.

—¿Qué?

Mi mente no podía asimilar lo que Daniel me estaba diciendo.

—Quiero que me hagas tuyo, quiero ser capaz de entregarme a ti igual que tú te has entregado a mí. Y necesito tu ayuda para conseguirlo.

—¿Có... cómo? —Tenía la garganta seca y me costaba tragar saliva.

—Quiero pertenecerte, quiero que me domines, que me vendas los ojos y me ates los brazos y las piernas, que me digas que no puedo sentir nada si tú no me das permiso para hacerlo. Nunca le he pedido esto a nadie. Nunca. Y siempre he sabido que si algún día encontraba a una mujer con la que quisiera compartir mi vida, tendría que pedírselo.

—No lo entiendo —balbuceé otra vez.

—Necesito tener el control porque hubo una época de mi vida en que me lo arrebataron por la fuerza y la verdad es que creí que me bastaría con eso para seguir adelante. El sexo que había practicado antes siempre había sido así; conmigo al mando y dominando por completo la situación. Pero cuando vi cómo te entregabas a mí la otra noche comprendí que eras tú la que de verdad tenía todo el poder; yo sencillamente estaba allí, dedicado en cuerpo y

alma a responder a tus necesidades. Me regalaste algo precioso, Amelia. Y si quiero tener un futuro contigo, si quiero atreverme a soñar con la posibilidad de ahuyentar mi pasado, necesito hacer lo mismo. Sé que sólo así podré contarte toda la verdad. Tú eres la única mujer a la que he querido —tragó saliva—, a la que necesito contársela. Y sólo así lo conseguiré.

—Pero yo... yo no sé si seré capaz. Yo no puedo hacerte daño.

—¿Yo te hice daño? —me preguntó, asustado de verdad.

—No, pero tú siempre has sido así, en cambio yo...

—Tú eres la mujer más fuerte y valiente que he conocido nunca. La primera vez que te vi te dije que te echaría del bufete y me plantaste cara... Siempre me has plantado cara, señorita Clark. No me falles ahora que es cuando más te necesito. Si no eres tú, sé que jamás volveré a pedirselo a otra. Y nunca me sentiré completo.

—¿Qué tendría que hacer?

—Ser tú, tomar el control, decirme que no puedo hacer nada sin ti. Convencerme para que me entregue con el mismo abandono que tú te entregaste a mí. No quiero estar al mando, quiero saber lo que se siente cuando confías tanto en otra persona que incluso pones tu vida en sus manos. Quiero que me vendas los ojos, que me ates y que hagas conmigo lo que quieras, porque tú eres la única que sabe lo que de verdad necesito.

—Yo... —me humedecí los labios e intenté calmar mi corazón—, yo no soy así. Yo no puedo darte órdenes.

—Lo necesito, Amelia.

—¿No podemos seguir como ahora? Por favor, Daniel.

Él me miró a los ojos y negó con la cabeza.

—No, ahora que por fin he reconocido ante mí mismo lo que de verdad necesito, no puedo conformarme con menos. En mi vida he tenido que hacer muchos sacrificios, me han arrebatado demasiadas cosas, y ésta no va a ser una de ellas. Lo necesito, Amelia. Necesito entregarme a ti de esa manera. Sé que sólo tú serás capaz de obligarme a desprenderme de mi pasado y de darme un futuro.

—No puedo, Daniel. Yo no puedo obligarte a nada. Y nunca podría hacerte daño.

—No me harás daño, igual que yo nunca te lo he hecho a ti. Tienes que

dominar mi mente, mis sentidos, mis instintos, del mismo modo que ya dominas mi corazón.

—Todo esto es demasiado, Daniel. Creía que después de lo de Italia podríamos seguir adelante, que poco a poco seríamos una pareja normal.

El rostro de él se demudó al oír esa última palabra.

—Tú y yo nunca seremos una pareja normal, porque lo que yo siento por ti no encaja en ninguna de las etiquetas aceptadas por la gente «normal», y por un instante me atreví a soñar que tú sentías lo mismo.

—Daniel, yo te quiero —me defendí y noté lágrimas en los ojos.

—No me basta con que me quieras, quiero que me poseas. Quiero ser todo tuyo, mi cuerpo, mi mente, mi alma. Todo. No me conformo con estar enamorado de ti, necesito saber que sin ti no puedo respirar. Necesito que me obligues a entregarme a ti.

—No puedo, Daniel. No sé cómo.

—Sí lo sabes, pero no te atreves. Tienes miedo de sentir lo que estás sintiendo, tienes miedo de no encajar en una de tus preciosas etiquetas.

—Eso no es verdad —me defendí, a pesar de que sus palabras habían dado en el blanco—, te quiero y quiero que volvamos a estar juntos como antes.

—Yo quiero más, Amelia. Necesito más.

Sus ojos negros echaban chispas, el torso le subía y bajaba cada vez que tomaba aire y tenía los puños apretados. Nos miramos, conscientes de que ninguno de los dos iba a ceder y de que ambos terminaríamos con el corazón destrozado. Él fue más valiente que yo y volvió a arriesgarse.

—Cuando empezamos, te dije que si algún día querías dejar de verme lo único que tenías que decir era no. Y ese mismo día te pusiste mi cinta de cuero alrededor de la muñeca. Una cinta que tú y yo sabemos que significa que me perteneces, que te entregaste a mí. Yo quiero hacer lo mismo. Lo necesito y por eso voy a pedírtelo una última vez.

Me enjugué una lágrima y me mordí el labio inferior para contener un sollozo.

—Átame, véndame los ojos, oblígame a entregarte todo mi ser, a poner mi vida en tus manos. Toma el control de mi cuerpo, de mí, y deja que por primera y única vez en mi vida me rinda a otra persona. A ti. Haz todo lo que

tengas que hacer para demostrarme que soy tuyo y que sólo tú tienes el poder de dominarme y de hacerme hacer lo que sabes que de verdad necesito.

Sus palabras evocaron un sinfín de imágenes en mi mente; vi a Daniel de rodillas delante de mí con los ojos vendados, inmóvil a la espera de oír mi voluntad. Me vi a mí misma atándole las manos y utilizando el mismo látigo que él había utilizado conmigo y me asusté. Me asusté, porque por un instante no conseguí apartar la mirada de esas imágenes ni de la reacción que tenían en mi cuerpo.

—No.

Él se acercó a mí y me cogió la muñeca. Me miró a los ojos y noté la tensión que desprendían todos los músculos de su cuerpo. Tiró del nudo de la cinta de cuero y me la quitó con un único movimiento.

—Vete de aquí.

# Epílogo

## *Royal London Hospital*

—Tienes que despertar, Daniel. Tienes que despertar.

Cinco días. Ya lleva cinco días inconsciente sin motivo aparente y los médicos empiezan a plantearse la posibilidad de que su cerebro haya sufrido un daño irreparable.

—Tienes que despertar, Daniel.

Estoy sola en la habitación del hospital, muerta de preocupación y muy asustada porque sé que si Daniel no abre los ojos pronto, su vida corre peligro. Lo sé con la misma certeza con que sé que yo no querré seguir viviendo si a él le pasa algo.

Raff y Marina acaban de irse, los pobres vienen constantemente a hacerme compañía y a darme ánimos; él, además, ha lidiado con el tío de Daniel y con Patricia. Mi hermano Robert también está pendiente de nosotros en todo momento y cada día viene a verme para asegurarse de que no me pongo enferma de preocupación.

Daniel tiene que despertarse. No dejo de recordar la última vez que lo vi, el dolor que vislumbré en sus ojos y el que yo sentí en mi interior. Lo que más recuerdo es lo mucho que me arrepentí de haber tomado esa estúpida decisión. ¿Cómo pude negarle lo que él me había dado a mí?

Toco la cinta de cuero que le ató a la muñeca la primera mañana que vine al hospital. Una enfermera me dijo que la habían encontrado en el bolsillo de Daniel, alrededor del teléfono móvil, y que por eso la habían dejado encima

de la mesilla, porque tuvieron la sensación de que el paciente —cuánto odio esa palabra— la guardaba por algo.

Le acaricio el brazo y luego la mejilla. Está recién afeitado, lo he hecho yo misma, porque sé que no le gustaría llevar barba. Me incorporo y le doy un beso en los labios y vuelvo a pensar en nuestra horrible discusión y en que me fui de su apartamento sin besarlo por última vez.

—Dijiste que querías pertenecerme —le digo, de repente furiosa porque me dejase marchar de ese modo—, que querías que te obligase a entregarte a mí, que necesitabas que yo tomase el control y dominase tus sentidos. Pues escúchame bien, Daniel. Tú me perteneces, eres mío y sólo me obedeces a mí. Nadie te conoce mejor que yo y nadie excepto yo puede darte lo que necesitas.

No sé de dónde está saliendo toda esta rabia, pero de repente no puedo contenerla. Me siento en la cama, junto al brazo en el que Daniel llevaba la cinta y lo miro. Apoyo las manos a ambos lados del rostro de él y me acerco.

—Te quiero, ¿me oyes? Y no es ninguna etiqueta. Te amo y me perteneces. Tú eres mío y estoy harta de que me ignores. No pienso seguir tolerándolo. Ahora mismo abrirás los ojos y me pedirás perdón por haberme asustado tanto. ¿Me oyes? Abrirás los ojos y me dirás...

—Amelia.

Me afloran las lágrimas y veo que los de él están de verdad abiertos. ¡Oh, Dios mío!

Daniel se humedece los labios. Soy una idiota, tendría que avisar a una enfermera, pero tengo miedo de irme y de que él vuelva a quedarse inconsciente. Vuelve la cara despacio y dirige la vista hacia su muñeca con la cinta.

—¿Qué... qué significa? —consigue pronunciar.

No dejo de llorar y no me importa.

—Significa —le digo en voz baja— que te amo y que... —no puedo terminar, se me atragantan las palabras con los sollozos.

—¿Tuyo? —Es obvio que Daniel está muy dolorido y que le cuesta hablar.

—Sí, mío. Eres mío.

Él ha vuelto a cerrar los ojos, pero esta vez de cansancio. Me inclino y le

doy un beso en los labios antes de apartarme.

Daniel se ha despertado.

Se ha despertado y saldrá de ésta.

Él ha hecho lo imposible, ahora me toca a mí.

¿Seré capaz de darle todo lo que me ha pedido?

M. C. ANDREWS nació en Manningtree, el pueblo más pequeño de Inglaterra. Lleva años afincada en Londres, donde ejerce de periodista para un importante periódico, aunque durante sus primeros tiempos en la capital británica tuvo varios trabajos: de camarera a guía turística, pasando por canguro y correctora *freelance* para una editorial. Está casada y es madre de dos hijas.

De pequeña, M. C. Andrews solía decirles a sus padres que deseaba ser escritora; su esposo y sus hijas siempre la han animado a intentarlo... De ahí *Noventa días*, su primera novela, *Todos los días* y *Un día más*, así como los relatos *La cinta*, *Sin fin* y *Por tus caricias*, todos ellos publicados por Zafiro.